This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

~~272 a 24~~

~~269 a 24.~~

~~274 c 15.~~

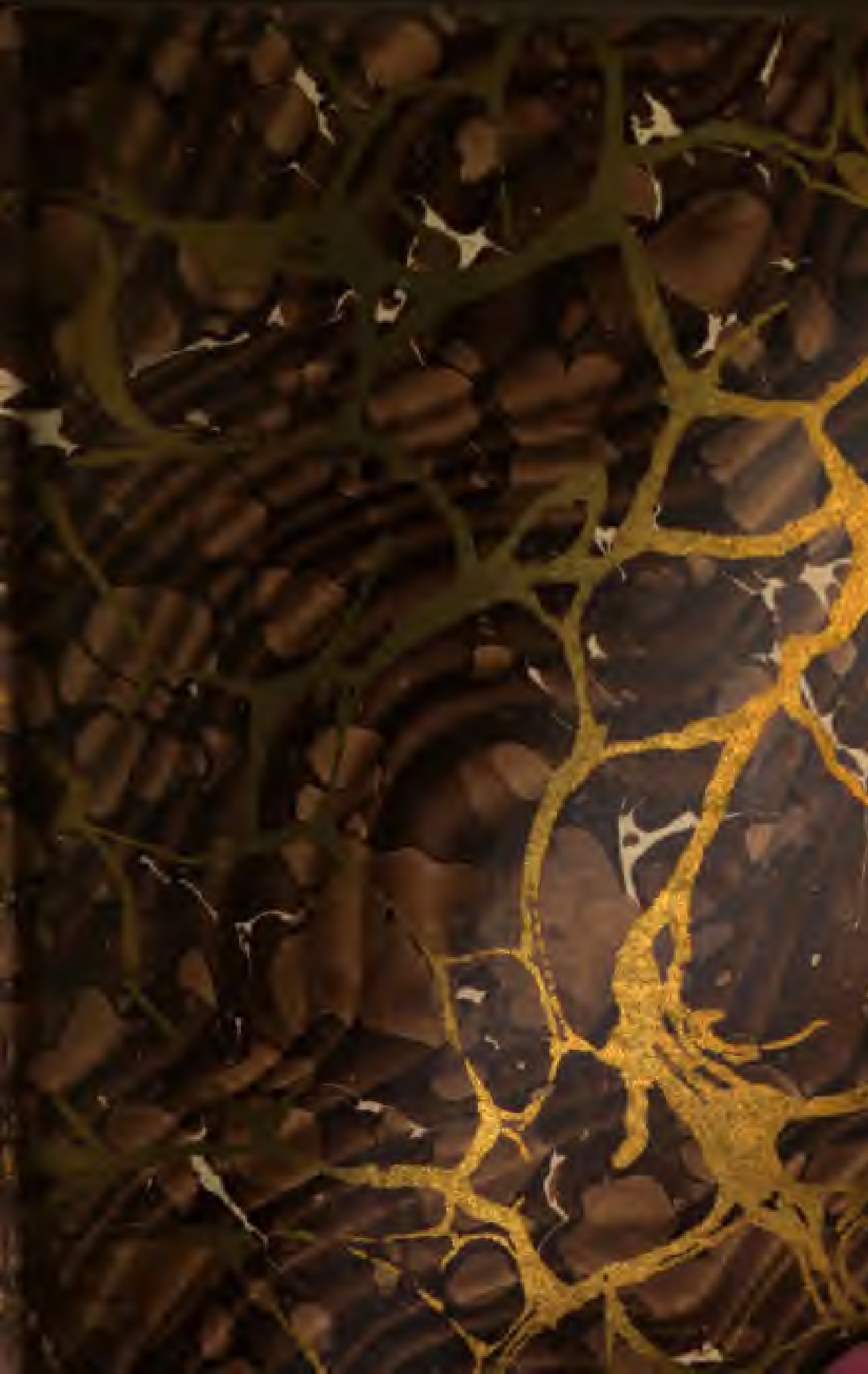
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

Taylor Institution.

M

Vet. Span.

III. A. 64



LA

ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,
CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO,
GENTILHOMBRE DE LA CAMARA DE LA MAGESTAD DEL EMPERADOR,

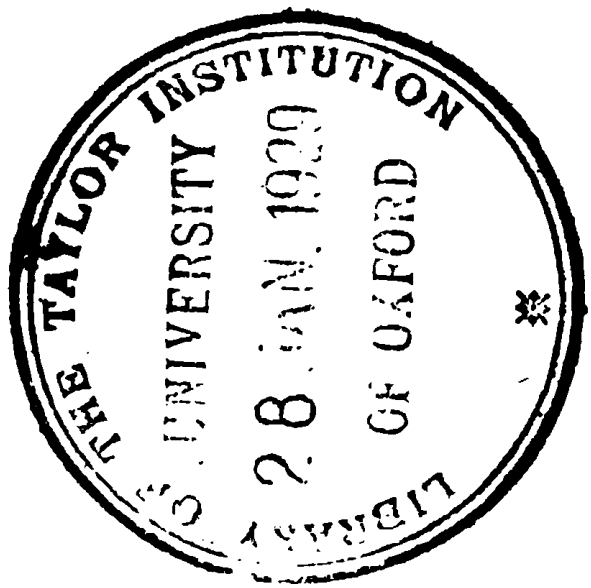
Dirigido á la del Rey D. Felipe II.

Parte segunda.

2.

MADRID, 1828:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

272 a 24


THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY OF OXFORD
28 JAN 1930
LIBRARY

Prólogo del Autor.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestre el trabajo que

me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa; y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así, temeroso desto, quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el Rey nuestro Señor dió á sus obras con el asalto y entrada de san Quintin, por habernos dado otro aquel mismo dia los Araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asímismo trato el rompi-

miento de la batalla naval que el Señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los Araucanos, pues ha mas de treinta años que sustentan su opinion, sin jamas habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenian, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga y campo abierto á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo mas principal, por escribir para el que quisiere tomar

trabajo de hacerlo; que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion é isla de Talcaguano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Petegueleu y Tucapel hubo; asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
el son confuso y mísero lamento
con eficacia y fuerza que interrompa
el celeste y terrestre movimiento.
La Fama con sonora y clara trompa,
dando mas furia á mi cansado aliento,
derrame en todo el orbe de la tierra
las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme ¡oh sacro Señor! favor, pues creo
que es lo que solo puede remediarme,
que en tan grande peligro ya no veo
sino vuestra fortuna en que salvarme:
mirad donde me ha puesto el buen deseo;
favoreced mi voz con escucharme,
que luego el bravo mar viéndoos atento
aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave, el rostro revolviendo,
la socorred en este grande aprieto,
que, si decirse es lícito, yo entiendo
que á vuestra voluntad todo es sujeto;
aunque el soberbio mar, contraveniendo
de los hados al áspero decreto,
arrancando las peñas de su suelo
mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
ha de arribar al puerto deseado,
venciendo el odio y contumaz porfia
del contrapuesto mar y viento airado:
que procuran asi impedir la via
y diferir el término llegado
en que la antigua causa tan reñida
por vuestra parte habia de ser vencida.

Los cuatro poderosos elementos,
contra la flaca nave conjurados,
traspasando sus términos y asientos,
iban del todo ya desordenados,
indómitos, airados y violentos,
removidos, revueltos y mezclados,
en su antigua discordia y fuerza entera,
como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
la fatigada nave proejando
iba casi de un lado sumergida,
las poderosas olas contrastando;
mas ya al furioso viento y mar rendida,
sin poder resistir, se va acercando
á los yertos peñascos levantados,
de las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente,
las voces y las lástimas crecian,
que llevadas del Céfiro inclemente
lejos las rocas cóncavas herian:

pilotos, marineros y la gente,
como locos, sin orden discurrian:
unos dicen: ¡alarga! y otros ¡iza!
quién por ir á la escota va á la triza.
El uno con el otro se atraviesa,
y á sí turbado del temor se impide;
quién á públicas voces se confiesa,
y á Dios perdon de sus errores pide:
quién hace voto expreso, quién promesa,
quién de la ausente madre se despide,
haciendo el gran temor siempre mayores
los lamentos, plegarias y clamores.
Por otra parte el cielo riguroso
del todo parecia venir al suelo,
y el levantado mar tempestuoso
con soberbia hinchazon subir al cielo.
¡Qué es esto, eterno Padre poderoso!
¿tanto importa anegar un navichuelo,
que el mar, el viento y cielo de tal modo
pongan su fuerza extrema y poder todo?
No la barca de Amiclas asaltada
fue del viento y del mar con tal porfia,
que aunque de leños frágiles armada,
el peso y ser del mundo sostenia:
ni la nave de Ulises, ni la armada
que de Troya escapó el último dia
vieron con tal furor el viento airado,
ni el removido mar tan levantado.
La confianza y ánimo mas fuerte
al temor se entregaban importuno,
que la espantosa imágen de la muerte
se le imprimió en el rostro á cada uno:
del todo ya rendidos á su suerte,
sin esperanza de remedio alguno,
el gobierno dejaban á los hados
corriendo acá y allá desatinados;

Cuando un golpe de mar incontrastable,
bramando, en un turbion de viento envuelto,
rompió de la gran mura un grueso cable,
cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aqui sucedió un caso notable,
y fue, que el puño del trinquete suelto
trabó del gran vaiven á la pasada
el un diente de la áncora amarrada.

Y cual si fuera estaca mal asida
la arranca de su asiento y la arrebata,
y acá y allá del viento sacudida
todo lo abate, rompe y desbarata:
mas Dios, que de los suyos no se olvida,
(aunque á las veces su favor dilata)
hizo que en el bauprés dichosamente
el áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento
la nave gobernó rumbo derecho,
y á despecho del mar y recio viento,
botando á orza el timon, salió al levecho:
fue tanto nuestro súbito contento,
que el temeroso inadvertido pecho
pudo sufrir dificilmente á un punto
el extremo de pena y gozo junto.

Luego, pues, que la súbita alegría
lanzó fuera al temor desconfiado,
y á su lugar volvió la sangre fria
que habia los miembros ya desamparado,
la esforzada y contrita compañía,
el rostro al cielo en lágrimas bañado,
con oracion devota y sacrificio
dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
y el indómito viento rebramando,
al bajel acometen con ruïdo,
en vano (aunque se esfuerzan) porfiando;

que la Fortuna de Felipe asido
á jorro le llevaba remolcando
sobre las altas olas espumosas,
un de anegar los cielos deseosas.
En esto la cerrada niebla escura,
por el furioso viento derramada,
descubrimos al Leste la Herradura
y al Sur la isla de Talca levantada.
Reconocida ya nuestra ventura,
y la araucana tierra deseada,
viendo el Morro de Penco descubierto
arribamos á popa sobre el puerto;
El cual está amparado de una isleta
que resiste al furor del norte airado,
y los continuos golpes de mareta
que le baten furiosos de aquel lado.
La corva y larga punta una caleta
hace y seno tranquilo y sosegado,
do las cansadas naves, como digo,
hallan seguro albergue y dulce abrigo.
La nave sin gobierno destrozada
surgió al alto reparo de una sierra,
en gruesa amarra y áncora afirmada,
que con tenace diente aferró tierra.
Apenas la alta vela fue amainada
cuando el alegre estruendo de la guerra
nos extendió (tocando en los oidos)
los ánimos y nervos encogidos.
La isleta es habitada de una gente
esforzada, robusta y belicosa,
la cual viendo una nave solamente
venida allí por suerte venturosa,
gritando ¡guerra! guerra! alegremente
toma las fieras armas, y furiosa,
con gran rebato y prisa repentina,
corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
en formado escuadron se representa;
y nosotros, con ánimo dispuesto
á cualquiera peligro y grande afrenta,
arremetimos á las armas presto;
que el trabajo pasado y la tormenta
nos hizo á todos estimar en nada
cualquiera otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brio
corrimos al batel, de la manera
que si lejos de tierra en un bajío
encallada la nave ya estuviera:
y por los anchos lados el navío
sus dos grandes bateles echó fuera,
en los cuales saltamos tanta gente
cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
mas cierta historia y verdadero cuento,
ora fuese algun caso prodigioso,
ó extraño agüero y triste anunciamiento,
ora violencia de astro riguroso,
ora inusado y rapto movimiento,
ora el andar el mundo (y es mas cierto)
fuera de todo término y concierto:

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
el pie los españoles en el suelo
cayó un rayo, de súbito volviendo
en viva llama aquel nubloso velo;
y, en forma de lagarto discurriendo,
se vió hender una cometa el cielo;
el mar bramó, y la tierra resentida
del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
la fuerza á los turbados naturales,
por siniestro pronóstico tomado
de su ruïna y venideros males,

viendo aquel movimiento desusado,
y los prodigios tristes y señales
que su destrozo y pérdida anunciaban;
y á perpétua opresion amenazaban.
Desto medrosos, aguardar no osaron,
que soltando las armas ya rendidas,
del cerrado escuadron se derramaron,
procurando salvar las tristes vidas:
el patrio nido al fin desampararon,
y con mugeres, hijos y comidas,
por secretos caminos y senderos
se escaparon en balsas y maderos.
Luego los nuestros sin parar corriendo
las casas yermas, chozas y moradas
iban en todas partes descubriendo
las rústicas viandas levantadas,
y con gran diligencia previniendo
los caminos, las sendas y paradas:
por cavernas y espesos matorrales
buscaban los ausentes naturales;
Donde en breve sazon fueron hallados
algunos pobres indios escondidos,
otros en pueblezuelos salteados,
que aun no estaban del miedo apercebidos:
mas con buen tratamiento asegurados,
dándoles joyas, llautos y vestidos,
y palabras de amor, los aquietaban,
y á sus casas, de paz, los enviaban,
Dándoles á entender que nuestro intento
y causa principal de la jornada
era la Religion y salvamento
de la rebelde gente bautizada:
que en desprecio del santo Sacramento
la recibida ley y fe jurada
habian pérfidamente quebrantado
y las armas ilícitas tomado;

Pero que si quisiesen convertirse
á la cristiana ley que antes tenian,
y á la fe quebrantada reducirse
que al grande Carlos Quinto dado habian,
en todas las mas cosas convenirse
á su provecho y cómodo podrian,
haciéndoles con prendas firme y cierto
cualquier partido lícito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
al uso militar y á la vivienda
sacamos en las partes competentes,
que no hay quien nos lo impida ni defienda;
donde todos á un tiempo diligentes,
cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
quién fuego enciende, y en el casco usado
tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa,
cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
dejando antes de tiempo presurosa
envuelto el mundo en tenebroso velo:
no quedó pabellon, tienda, ni cosa
que el viento allí no la abatiese al suelo,
pareciendo con nuevo movimiento
desencajar la isleta de su asiento;

Hasta que el tardo y deseado dia
las nubes desterró, y dejó sereno
el cielo, revistiendo de alegría
el aire escuro y húmedo terreno:
luego la trabajada compañía,
conociendo el instable tiempo bueno,
procura reparar con diligencia
del riguroso invierno la violencia.

Unos presto destechan los pagizos
albergues de los indios ausentados;
otros con tablas, ramas y carrizos,
al nuevo alojamiento van cargados:

y sobre troncos de árboles rollizos
en las hondas arenas afirmados
gran número de ranchos levantamos,
y en breve espacio un pueblo fabricamos.
Del modo que se ven los pajarillos
de la necesidad misma instruidos
por techos y apartados rinconcillos
tejer y fabricar los pobres nidos,
que de pajas, de plumas y ramillos
van y vienen los picos impedidos,
así en el yermo y descubierto asiento
fabrica cada cual su alojamiento.
Ya que todos, Señor, nos alojamos
en el húmido sitio pantanoso,
y con industria y arte reparamos
la furia del invierno riguroso,
las necesarias armas aprestamos,
soltando con estrépito espantoso
la gruesa y reforzada artillería,
que en torno tierra y mar temblar hacia:
En las remotas bárbaras naciones
el grande estruendo y novedad sintieron:
pacos, vicuñas, tigres y leones,
acá y allá medrosos discurrieron:
los delfines, nereidas y tritones
en sus hondas cavernas se escondieron,
deteniendo confusos sus corrientes
los presurosos ríos y las fuentes.
Sintióse en el estado la estampida,
y algunos tan atónitos quedaron,
que la dura cerviz, nunca oprimida,
sobre los yertos pechos inclinaron.
Así avisados ya de la venida,
los instrumentos bélicos tocaron,
descogiendo por todas las riberas
sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
los diez y seis caciques araucanos,
y algunos capitanes señalados
de los interesados comarcanos,
todos en general deliberados
de venir con nosotros á las manos,
sobre el lugar, el tiempo y aparejo,
entraron los caciques en consejo.

Rengo tambien con ellos, que admitido
fue en consejo de guerra por valiente,
que si ya os acordais, quedó aturdido
en Mataquito entre la muerta gente;
pero volvió despues en su sentido,
y al cabo se escapó dichosamente;
que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte
contra la furia de la airada muerte.

Caupolican, en medio de ellos puesto,
á todos con los ojos rodeando,
que con silencio y ánimo dispuesto
estaban sus razones aguardando:
con sesgo pecho, y con sereno gesto,
la vóz en tono grave levantando,
rompió el mudo silencio, y echó fuera
la soberbia intencion desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido
(segun vemos las muestras y señales)
aquel felice tiempo prometido
en que habemos de hacernos inmortales:
que la fortuna próspera ha traido
de las últimas partes orientales
tantas gentes en una compañía
para que las venzais en solo un dia;

Y á costa y precio de su sangre y vidas
del todo eterniceis vuestras espadas,
y nuestras mudas leyes oprimidas
sean en su libre fuerza restauradas;

que por remotos reinos extendidas
han de ser inviolables y sagradas,
viviendo en igualdad debajo de ellas
cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco pensamiento
estas gentes se os han desvergonzado,
y en vuestra tierra y defendido asiento
las banderas tendidas han entrado,
es bien que el insolente atrevimiento
quede con nuevo ejemplo castigado,
antes que, dando cuerda á su esperanza,
les dé fuerza y consejo la tardanza.

Asi, en resolucion me determino,
(si, señores, tambien os pareciere)
que demos con asalto repentino
sobre ellos lo mejor que ser pudiere:
y nadie piense que hay otro camino
sino el que con su fuerza y brazo abriere;
que las rabiosas armas en las manos,
los han de dar por justos ó tiranos."

A la plática fin con esto puso,
y el buen Peteguelen, viejo severo,
por mas antiguo su razon propuso,
como soldado y sabio consejero,
diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
de derramar mi sangre yo el primero,
que aunque por mi vejez parezca helada,
en el pecho me hierve alborotada.

Pero sola una cosa me detiene,
haciéndome dudar el rompimiento,
y es la cierta noticia que se tiene
que es mucha gente y mucho el regimiento:
así que, claro vemos que conviene
gran resistencia á grande movimiento;
que siempre de estimar poco las cosas
suceden las dolencias peligrosas.

Que pues el sitio y puesto que han tomado
es por natura fuerte y recogido,
del mar y altos peñascos rodeado,
por todas partes libre y defendido;
será de mas provecho y acertado
que á su plática y trato deis oido,
y que no se les niegue y contradiga,
pues que solo el oir á nadie obliga:

Que no podrá dañar, y en el comedio
podreis apercebir y juntar gente,
y en secreto aprestar para el remedio
todo lo necesario y conveniente,
en las cosas dificiles dar medio,
proveer á cualquier inconveniente,
atajar y romper los pasos llanos,
y al cabo remitirnos á las manos."

No pudo decir mas, que ardiendo en ira
el bravo Tucapel, con voz furiosa
diciendo (le atajó): «Quien tanto mira
jamas emprenderá jornada honrosa;
y si todo el estado se retira,
por parecerle que esta es peligrosa,
yo solo tomaré, sin compañía,
las armas, causa y cargo á cuenta mia.

Por ventura ¿teneis desconfianza
de vuestras propias fuerzas tan probadas;
pues en cuanto arrojar pueden la lanza
y rodear los brazos las espadas
dais causa que se note en vos mudanza,
y que vuestras victorias mancilladas
queden con bajo y mísero partido,
y nuestro honor y crédito ofendido?

Pues entended que mientras yo tuviere
fuerza en el brazo y voz en el senado,
diga Peteguelen lo que quisiere,
que esto ha de ser por armas sentenciado;

y quien otro camino pretendiere,
primero le abrirá por mi costado;
que esta ferrada maza, y no oraciones,
le ha de dar las causas y razones.
Si los que asi os preciais de bien hablados,
el ánimo os bastáre y el denuedo
de combatir sobre esto, en campo armados
os probaré mas claro lo que puedo:
mas quereisos mostrar tan concertados,
que llamando prudencia á lo que es miedo,
por no poner en riesgo vuestra vida,
á todo, con parlar, dareis salida."
Petegnelen responde: «Pues no halla
nunca en tí la razon acogimiento,
yo solo, viejo, quiero la batalla,
y castigar tu loco atrevimiento,
de piel curtida armados, ó de malla,
con lanza, espada ó maza, á tu contento;
para mostrar que en justas ocasiones
tengo mas largas manos que razones."
¡Quién pudiera pintar el rostro esquivo
que Tucapel mostraba contra el cielo,
lanzando por los ojos fuego vivo,
no se dignando de mirar al suelo!
dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
ya es digno del furor de Tucapelo;
mas por mi honor y por tu edad querria
que metieses contigo compañía."
El viejo respondió: «Jamas de agenas
fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
ni de sangre aun estan vacias mis venas,
ni siento el brazo asi debilitado,
que no te piense dar las manos llenas."
Mas Rengo, su sobrino, levantado
se atravesó diciendo: «El desafio
aceto yo, si quieres, por mi tio."

«Quiérolo, pido, y soy dello contento,
(gritaba Tucapel) y á diez contigo."
Mas saltando Orompello de su asiento,
dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo."
»También enmendaré tu atrevimiento,
responde el fiero Rengo; y mas te digo,
que en poco tu amenaza y campo estimo
despues que haya acabado el de tu primo."
Tucapelo le dijo: «Castigarte
pienso de tal manera yo primero,
que le cabrá á Orompello poca parte,
que á bien librar, serás mi prisionero:
¡afuera! ¡afuera! súsl haceos á parte,
que dilatar el término no quiero,
pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
sino que luego aquí lo averigüemos."
Rengo y Petegüelen le respondieran
á un tiempo con las armas y razones,
si en medio á la sazon no se pusieran
muchos caciques nobles y varones,
pidiendo que suspendan y difieran
aquellas amenazas y cuestiones,
hasta que la fortuna declarada
diese próspero fin á la jornada.
Caupolican estaba ya impaciente
de ver que Tucapelo cada dia
en guerra, en paz, injusta ó justamente,
sin ninguna atencion les revolvia:
mas hubo de llevarlo blandamente,
que el tiempo y la sazon lo requeria;
y así, con gravedad y manso ruego
les reprimió el furor y apagó el fuego;
Quedando entre ellos puesto y acetado;
que luego que la guerra concluyesen
el viejo y Tucapel en estacado
francos de solo á solo combatiesen:

despues, que Tucapel y Rengo armado
ansimismo su causa difiniesen.
El rumor aplacado, Colocolo
les comenzó á decir, hablando solo:
« Generosos caciques, si licencia
tenemos de decir lo que alcanzamos
los que por largos años y experiencia
los futuros sucesos rastreamos;
vemos que nuestras fuerzas y potencia
en solo destruirnos las gastamos,
y el tirano cuchillo apoderado
sobre nuestras gargantas levantado.
Y lo que da señal clara que sea
cierta vnestra caída y mi recelo,
es que ya la fortuna titubea,
y comienza á turbarse nuestro cielo:
cuando un gran edificio se ladea,
no está muy lejos de venir al suelo;
la máquina que en falso asiento estriba,
su misma pesadumbre la derriba.
Por lo cual ya, si mi opinion no yerra,
segun el proceder y los indicios,
temo, y con gran razon, de ver por tierra
nuestros mal cimentados edificios:
y convertido el uso de la guerra
en serviles y bajos ejercicios
quebrantándose, al fin, vuestra protervia,
fundada en una vana y gran soberbia.
Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
con gran deshonra nuestra tres banderas,
rotas nuestras escuadras, y tendidas
al viento y sol por pasto de las fieras,
las fuerzas y opiniones divididas,
lleno el campo de gentes extrangeras,
y las furiosas armas alteradas
contra sus mismos pechos declaradas.

Mirad que asi, por ciega inadvertencia,
la patria muere y libertad perece,
pues con sus mismas armas y potencia
al derecho enemigo favorece:
incurable y mortal es la dolencia
cuando á la medicina no obedece,
y bestial la pasion y detestable
que no sufre el consejo saludable.

¿Por qué con tanta saña procuramos
ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
y envueltos en civiles armas damos
fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
esta union invencible, condenando
nuestra causa aprobada y armas justas,
justificando en todo las injustas?

¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
habeis contra vosotros concebido,
que asi quereis que el araucano estado
venga á ser por sus manos destruïdo,
y, en su virtud y fuerzas ahogado,
quede con nombre infame sometido
á las extrañas leyes y gobierno
en dura servidumbre y yugo eterno?

Volved sobre vosotros, que sin tiento
correis á toda priesa á despeñaros;
refrenad esa furia y movimiento,
que os lleva á destruiros y arruinaros.
¿Sufris al enemigo en vuestro asiento,
que quiere como á brutos conquistaros,
y no podeis sufrir aqui impacientes
los consejos y avisos convenientes?

Que es cierto falta de ánimo, y bastante
indicio de flaqueza disfrazada,
teniendo al enemigo tan delante
revolver contra sí la propia espada,

por no esperar con ánimo constante
los duros golpes de fortuna airada,
á los cuales resiste el pecho fuerte,
que no quiere acabarlo con la muerte.
Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra,
que á veces por ser tanto lo condeno,
y de vuestras hazañas, no esta tierra,
mas todo el universo anda ya lleno;
cese, cese el furor y civil guerra,
y por el bien comun tened por bueno
no romper la hermandad con torpes modos,
pues que miembros de un cuerpo somos todos.
Si á la cansada edad y largos dias
algun respeto y crédito se debe,
mirad á estas antiguas canas mias
y al bien público y celo que me mueve,
para que suspendais vuestras porfias
por alguna sazon y tiempo breve,
hasta que el español furor decline
y la causa comun se determine.
Y pues de vuestra discrecion espero
que os pondrá en el camino que conviene,
traer otras razones mas no quiero,
pues con vos la razon tal fuerza tiene:
dejadas, pues, á parte, lo primero
que venir á las manos nos detiene
y pone freno y límite al deseo,
es el poco aparejo que aqui veo:
Que por todas las partes nos divide
este brazo de mar que veis en medio,
y nuestra pretension y paso impide,
sin tener de pasage algun remedio:
y pues el enemigo se comide
á tratar de concierto y nuevo medio,
aunque nunca pensemos acetarlos,
no nos podrá dañar el escucharlos;

Pues por este camino tomaremos
lengua de su intencion y fundamento,
que cuando no sea lícita, podremos
venir de todo en todo á rompimiento:
tambien en este término haremos
de armas y municion preparamento,
que estas serán al fin las que de hecho
habrán de declarar este derecho.

Mas, conviene advertir, claros varones,
para llevar las cosas bien guiadas,
que nuestras exteriores intenciones
vayan siempre á la paz enderezadas;
mostrándonos de flacos corazones,
las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
y la tierra de minas de oro rica,
cebo goloso en que esta gente pica:

Quizá por este término, sacalla
podremos del isleño sitio fuerte,
y con fingida paz aseguralla,
trayéndola por mañas á la muerte;
y sin rumor ni muestra de batalla
abramos la carrera de tal suerte,
que venga á tierra firme confiada
en el seguro paso y franca entrada."

A su habla dió fin el sabio anciano,
y hubo alli pareceres diferentes,
diciendo que el peligro era liviano
para tanto temor é inconvenientes.
Pero Puren, Lincoya y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes,
al parecer del viejo se arrimaron,
y asi á los mas los menos se allanaron.

Despachando de alli con diligencia
al jóven Millalauco, generoso,
hombre de gran lenguage y experiencia,
cauto, sagaz, solícito y mañoso:

que con fingida muestra y apariencia
de algun partído honesto y medio honroso
nuestro intento y designios penetrase,
y el sitio, gente y número notase:
El cual bien informado y instruido
de lo que á su propósito convino,
en una larga góndola metido,
sin mas se detener tomó el camino:
y de los prestos remos impelido,
en breve á nuestro alojamiento vino,
á donde sin estorbo, libremente
saltó luego seguro con su gente.
Al puerto habian tambien con fresco viento
trea naves de las nuestras arribado,
llenas de armas, de gente y bastimento,
con que fue nuestro campo reforzado:
era tanto el rumor y movimiento
del bélico aparato, que admirado
el cauteloso Millalauco estuvo,
y asi confuso un rato se detuvo.
Mas sin darlo á entender, disimulando,
por medio del bullício atravesaba;
los judiciosos ojos rodeando,
las armas, gente y ánimos notaba:
y el negocio entre sí considerando,
el deseado fin dificultaba,
viendo cubierto el mar, llena la tierra
de gente armada y máquinas de guerra.
Llegado al pabellon de don García,
hallándome con otros yo presente,
con una moderada cortesía
nos saludó á su modo, alegremente
levantando la voz.... Pero la mia,
que fatigada de cantar se siente,
no puede ya llevar un tono tanto,
y asi es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada: salen los españoles de la isla: levantando un fuerte en el cerro de Penco, vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en el aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negar se deben los oidos
á enemigos ni amigos sospechosos,
que tanto os dejan mas apercibidos,
cuanto vos los teneis por cautelosos:
escuchados, serán mas entendidos,
ora sean verdaderos ó engañosos;
que siempre por señales y razones
se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
con su máscara falsa y trato extraño,
os despiertan, avisan, encaminan,
y encubriendo descubren el engaño:

veis el blanco y el fin á donde atinan,
el pro y el contra, el interes y el daño.
No hay plática tan doble y cautelosa
que della no se infiera alguna cosa;
Y no hay lengua tan llena de artificio,
que parlando no muestre algun concepto,
que al fin alguna vez hará su oficio,
y mas si el que oye sabe ser discreto.
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
ni el callar descubrió jamas secreto:
no hay cosa mas dificil, bien mirado,
que conocer un necio si es callado:
Y es importante punto y necesario
tener el capitan conocimiento
del arte y condicion del adversario,
de la intencion, designio y fundamento;
si es cuerdo y reportado, ó temerario,
de pesado ó ligero movimiento,
remiso ó diligente, incauto ó astuto,
vario, indeterminable ó resoluto.
Asi vemos que el bárbaro senado,
por saber la intencion del enemigo,
al cauto Millalanco habia enviado
debajo de figura y voz de amigo:
que con semblante y ánimo doblado,
mostrándose cortés, como atrás digo,
el rostro á todas partes revolviendo,
alzó recio la voz asi diciendo:
«Dichoso capitan y compañía,
á quien por bien de paz soy enviado
del araucano estado y señoría,
con voz y autoridad del gran senado:
no penseis que el temor y cobardia
jamas nos haya á término llegado,
de usar (necesitados de remédio)
de algun partido infame y torpe medio;

Pues notorio os será lo que se extiende
el nombre grande y crédito araucano,
que los extraños términos defiende
y asegura debajo de su mano:
y tambien de vosotros ya se entiende
que, movidos de celo y fin cristiano,
con gran moderacion y disciplina
venís á derramar vuestra doctrina.

Siendo, pues, esto asi, como la nuestra
que habeis dado hasta aqui lo verifica,
y la buena opinion y fama vuestra
con claras y altas voces lo publica;
yo os vengo á asegurar de parte nuestra;
y asi claro por mí se os certifica,
que la ofrecida paz tan deseada
será por los caciques acetada:

Que el ínclito senado, habiendo oido
de vuestra parte algunas relaciones,
con sabio acuerdo y parecer, movido
por legítimas causas y razones,
quiere acetar la paz, quiere partido
de lícitas y honestas condiciones,
para que no padezca tanta gente
del pueblo simple y género inocente:

Que si la fe inviolable y juramento,
de vuestra parte con amor pedido,
y el gracioso y seguro acogimiento
de nuestra voluntad libre ofrecido,
pueden dar en las cosas firme asiento
con honra igual y lícito partido,
sin que los nuestros súbditos y estados
vengan por tiempo á ser menoscabados,

A Carlos sin defensa y resistencia
por amigo y Señor le admitiremos,
y el servicio indebido y obediencia
de nuestra voluntad le ofreceremos:

mas si quereis llevarlo por violencia,
antes los propios hijos comeremos,
y vereis con valor nuestras espadas
por nuestro mismo pecho atravesadas.
Pero por trato llano, sin recelo
podreis por vuestro rey alzar bandera;
que el estado (las armas por el suelo)
con los brazos abiertos os espera,
reconociendo que el benigno cielo
le llama á paz segura y duradera,
quedando para siempre lo pasado
en perpétuo silencio sepultado."
Aquí dió fin al razonar, haciendo
á su modo y usanza una caricia,
siempre en su proceder satisfaciendo
á nuestra voluntad y á su malicia:
y el bárbaro poder desminuyendo,
nos aumentaba el ánimo y codicia,
dándonos á entender que habia flaqueza,
y abundancia de bienes y riqueza.
Oida la embajada, don García,
haciéndole gracioso acogimiento,
en suma respondió: que agradecia
la propuesta amistad y ofrecimiento,
y que en nombre del rey satisfacia
su buena voluntad con tratamiento
que no solo no fuesen agraviados,
mas de muchos trabajos relevados.
Hizo luego sacar á dos sirvientes
por mas confirmacion algunos dones,
ropas de mil colores diferentes,
jotas, llautos, chaquiras y listones;
insignias y vestidos competentes
á nobles capitanes y varones;
siendo de Millalauco recibido
con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y aparencia
de amigo agradecido y obligado,
pidiendo al despedir grata licencia,
á la barca volvió que habia dejado;
y con la acostumbrada diligencia,
al tramontar del sol llegó al estado,
do recibido fue con alegría
de toda aquella noble compañía.

Visto pues el despacho, cautamente
los caciques la junta dividieron,
y dando muestra de esparcir la gente,
á sus casas de paz se retrujeron,
á donde sin rumor secretamente
las engañosas armas previnieron,
moviendo del comun las voluntades,
aparejadas siempre á novedades.

Nosotros, no sin causa, sospechosos
allí mas de dos meses estuvimos,
y á las lluvias y vientos rigurosos
del implacable invierno resistimos:
mas, pasado este tiempo, deseosos
de saber su intencion, nos resolvimos
en dejar el isleño alojamiento,
haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
fueron en nuestro campo apercebidos,
hombres trabajadores y valientes,
entre los mas robustos escogidos,
de armas y de instrumentos convenientes
secreta y sordamente prevenidos:
(yo con ellos tambien, que vez ninguna
dejé de dar un tiento á la fortuna):

Para que en un pequeño cerro esento,
sobre la mar vecina relevado,
levantasen un muro de cimiento
de fondo y ancho foso rodeado:

donde pudiese estar sin detrimento
nuestro pequeño ejército alojado,
en cuanto los caballos arribaban,
que ya teníamos nueva que marchaban:
Pues salidos á tierra, entenderian
la intencion de los bárbaros dañada,
que en secreto las armas prevenian
con falso rostro y amistad doblada:
de do, si se moviesen, les darian
algun asalto y súbita ruciada,
que, quebrantado el ánimo y denuedo,
viniesen á la paz de puro miedo.
Era imaginacion fuera de tino
pensar que los soberbios araucanos
quisiesen de concordia algun camino,
viéndose con las armas en las manos:
pero con la presteza que convino,
los ciento y treinta jóvenes lozanos
pasaron á la tierra sin aynda
mas que el amparo de la noche muda:
Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia,
las variables horas restaurando
que usurpadas la Noche le tenia;
antes que la Alba fuese desterrando
las nocturnas estrellas, parecia
la cumbre del collado levantada
de gente y materiales ocupada.
Cuáles con barras, picos y azadones
abren los hondos fosos y señales;
cuáles con corvos y anchos cuchillones,
hachas, sierras, segures y destrales
cortan maderos gruesos y troncones,
y fijados en tierra, con tapiales
y trabazon de leños y faginas,
levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tirla gente
en la labor de la ciudad famosa,
acá y allá sirviendo diligente
tan solícita andaba y presurosa:
ni Cesar levantó tan de repente
en Dirrachio la cerca milagrosa
con que cercó al ejército esparcido
del enemigo yerno inadvertido,

Cuanto fue de nosotros coronada
de una gruesa muralla la montaña,
de fondo y ancho foso rodeada,
con ocho piezas gruesas de campaña;
siendo á vista de Arauco levantada
bandera por Felipe rey de España,
tomando posesion de aquel estado
con los demas del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido,
de tanto atrevimiento y osadía,
entre la gente plática tenido
mas por temeridad que valentía;
que en el soberbio estado asi temido
los ciento y treinta en poco mas de un dia
pudiésemos salir con una cosa
tanto cuanto dificil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
la cual luego segura al fuerte vino,
que el alto sitio y pólvora temida
hizo facil y llano aquel camino,
por las anchas cortinas repartida;
segun y por el orden que convino,
nos pusimos alli todos á una
debajo del amparo de Fortuna.

La pregonera Fama ya volando
por el distrito y término araucano
iba de lengua en lengua acrecentando
el abreviado ejército cristiano:

la gente popular amedrentando
con un hueco rumor y estruendo vano
que lo incierto á las veces certifica,
y lo cierto, si es mal, lo multiplica.
Llegada, pues, la voz á los oidos
de nuestros enemigos conjurados,
no mirando á los tratos y partidos
por una parte y otra asegurados,
con súbita presteza apercebidos
de municiones, armas y soldados,
sin aguardar á mas, trataron luego
de darnos el asalto á sangre y fuego.
Juntos para el efecto en Talcaguano,
dos millas poco mas del fuerte asiento,
el esforzado mozo Gracolano,
de gran disposicion y atrevimiento,
dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!
si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
prometo que mañana en el asalto
arbolaré mi enseña en lo mas alto.
Y porque á tí, Señor, y á todos quiero
haceros de mis obras satisfechos,
con esta usada lanza me profiero
de abrir lugar por los contrarios pechos;
y que será mi brazo el que primero
barahuste las armas y pertrechos,
aunque mas dificulten la subida
y todo el universo me lo impida."
Asi dijo: y los bárbaros en esto,
porque ya las estrellas se mostraban,
al fuerte, en escuadron, con paso presto,
cubiertos de la noche se acercaban:
y en una gran barranca, oculto puesto,
al pie de la montaña repáraban,
aguardando en silencio aquella hora
que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
reposar un momento no podia,
ó ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
que de escribir entonces yo tenia.
Asi imaginativo y desvelado,
revolviendo la inquieta fantasía,
quise de algunas cosas desta historia
descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche escura,
en medio del reposo de la gente,
queriendo proseguir con mi escritura,
me sobrevino un súbito accidente:
cortóme un hielo cada coyuntura,
turbóseme la vista de repente,
y procurando de esforzarme en vano,
se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fue imposible,
del accidente súbito impedido,
que el agudo dolor y mal sensible
me privó del esfuerzo y del sentido;
pero pasado el término terrible,
y en mi primero ser restituido,
del tormento quedé de tal manera
cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
desfogando las ansias aflojaron,
mis descaidos ojos agravados
del gran quebrantamiento se cerraron:
asi los lasos miembros relajados
al agradable sueño se entregaron,
quedando por entonces el sentido
en la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
dejado el quebrantado cuerpo habia,
cuando oyendo un estruendo sonoroso
que estremecer la tierra parecia,

con gesto altivo y término furioso
delante una muger se me ponia,
que luego ví en su talle y gran persona
ser la robusta y áspera Belona.
Vestida de los pies á la cintura,
de la cintura á la cabeza armada
de una escamosa y lúcida armadura,
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
blandiendo en la derecha la asta dura,
de las horribles Furias rodeada,
el rostro airado, la color teñida,
toda de fuego bélico encendida:
La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
el ánimo levanta y confianza,
reconociendo el tiempo venturoso
que te ofrece tu dicha y buena andanza:
huye del ocio torpe perezoso,
ensancha el corazon y la esperanza,
y aspira á mas de aquello que pretendes,
que el cielo te es propicio si lo entiendes:
Que viéndote á escribir yo aficionado
y de tu inclinacion el claro indicio,
pues nunca te han la pluma destemplado
las fieras armas y áspero ejercicio;
tu trabajo tan fiel considerado,
solo movida de mi mismo oficio,
te quiero yo llevar en una parte
donde podrás sin límite ensancharte
En campo fértil, lleno de mil flores,
en el cual hallarás materia llena
de guerras mas famosas y mayores,
donde podrás alimentar la vena:
y si quieres de damas y de amores
en verso celebrar la dulce pena,
tendrás mayor sugeto y hermosura
que en la pasada edad y en la futura.

Sígueme" dijo al fin; y yo admirado,
viéndola revolver por donde vino,
con paso largo y corazon osado
comencé de seguir aquel camino,
dejando del siniestro y diestro lado
dos montes que el Atlante y Apenino
con gran parte no son de tal grandeza,
ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
con mano liberal y artificiosa
mostraba su caudal y hermosura
en la varia labor maravillosa,
mezclando entre las hojas y verdura
el blanco lirio y encarnada rosa,
junquillos, azahares y mosquetas,
azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
el deleitoso asiento atravesaban,
y los templados vientos respirando
la verde yerba y flores alegraban:
pues los pintados pájaros volando,
por los copados árboles cruzaban,
formando con su canto y melodía
una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
vi gran copia de ninfas muy hermosas,
unas en varios juegos ocupadas,
otras cogiendo flores olorosas:
otras suavemente y acordadas
cantaban dulces letras amorosas,
con cítaras y liras en las manos,
diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
á todo pasatiempo y ejercicio;
quién sigue ya de aquel ya de este lado
de la casta Diana el duro oficio:

ora atraviesa el puerco, ora el venado,
ora salta la liebre, y con el vicio,
gamuzas, capriolas y corcillas
retozan por la yerba y florecillas:
Quién, el ciervo herido rastreando,
de la llanura al monte atravesaba;
quién, el cerdoso puerco fatigando,
los osados lebreles ayudaba:
quién, con templados pájaros volando,
las altaneras aves remontaba:
acá matan la garza, allá la cuerva,
aquí el celoso gamo, allí la cierva.
Estaba justo en medio de este asiento
en forma de pirámide un collado,
redondo en igual círculo y esento,
sobre todas las tierras empinado:
y sin saber yo cómo, en un momento,
de la fiera Belona arrebatado,
en la mas alta cumbre dél me puso,
quedando dello atónito y confuso.
Estuve tal un rato de repente
viéndome arriba, que mirar no osaba;
tanto que acá y allá medrosamente
los temerosos ojos rodeaba:
allí lleno de olores blandamente
un agradable viento respiraba
hasta la cumbre altísima el collado
de verde yerba y flores coronado.
Era de altura tal que no podría
un liviano neblí subir á vuelo;
y así, no sin temor, me parecía
mirando abajo estar cerca del cielo:
de donde con la vista descubría
la grande redondez del ancho suelo,
con los términos bárbaros ignotos,
hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome, pues, Belona alli subido,
me dijo: «El poco tiempo que te queda
para que puedas ver lo prometido
hace que detenerme mas no pueda:
mira aquel grueso ejército movido,
el negro humo espeso y polvareda
en el confin de Flandes y de Francia
sobre una plaza fuerte de importancia.

Despues que Carlos Quinto hubo triunfado
de tantos enemigos y naciones,
y como invicto príncipe hollado
las Articas y Antárticas regiones,
triunfó de la fortuna y vano estado,
y aseguró su fin y pretensiones,
dejando la imperial investidura
en dichosa sazon y coyuntura;

Y movido del pio y santo celo
que del gobierno público tenia,
pareciéndole poco lo del suelo,
segun lo que en el pecho concebia,
vuelta la mira y pretension al cielo,
el peso que en los hombros sostenia
le puso en los del hijo, renunciados
todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
del victorioso padre retirado,
por hacer la esperanza verdadera
que siempre de sus obras habia dado,
por el principio y ocasion primera
aquel copioso ejército ha juntado
para bajar de la enemiga Francia
la presuncion, orgullo y arrogancia.

Aquella es San Quintin que ves delante,
que en vano contraviene á su ruïna,
presidio principal, plaza importante,
y del furor del gran Felipe dina.

Hállase dentro della el almirante,
debajo cuyo mando y disciplina
está gran gente plática de guerra;
á la defensa y guarda de la tierra.
En tres partes allí, como se muestra,
el enemigo campo se reparte:
Cáceres con su tercio, á mano diestra,
donde está de Felipe el estandarte:
el pronto Navarrete á la siniestra
con el conde de Mega; y de la parte
del burgo Julian con tres naciones,
españoles, tudescos y valones.
Llegamos, pues, á tiempo que seguro
podrás ver la contienda porfiada,
y sin escalas por el roto muro
entrar los de Felipe á pura espada:
verás el fiero asalto y trance duro,
y al fin la fuerte Francia aportillada;
que al riguroso Hado incontrastable,
no hay defensa ni plaza inexpugnable.
Conviéneme partir de aquí al momento
á meterme entre aquellos escuadrones,
y remover con nuevo encendimiento
los unos y los otros corazones:
tú desde aquí podrás mirar atento
las diferentes armas y naciones,
y escribir de una y otra la fortuna,
dando su justa parte á cada una."
Luego la diosa airada y compañía
por el aire en tropel se deslizaron,
y en un instante, sin torcer la vía,
cual presto rayo á San Quintin bajaron,
donde atizando el fuego que ya ardia,
con la amiga Discordia se juntaron,
que andaba entre las huestes y compañas
infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,
por la señal postrera ya movido,
en un turbion espeso y polvoroso
corre al batido muro defendido.
¡Quién fuera de lenguage tan copioso
que pudiera explicar lo que aquí vido!
Mas, aunque mi caudal no llegue á tanto,
haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Dá el Rey D. Felipe el asalto á San Quintin: entra en ella victorioso: vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
reducir el valor vuestro y grandeza
á término pequeño y breve suma,
y á tan humilde estilo tanta alteza?
que aunque por campo próspero la pluma
corra con fértil vena y ligereza,
tanto el sugeto y la materia arguye
que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
que me será juzgado á desatino,
pues llegado á razon, yo mismo veo
que salgo de los términos á tino:
mas de serviros siempre el gran deseo,
que siempre me ha tirado á este camino,
quizá adelgazará mi pluma ruda,
y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor (del cual procede
esta mi presuncion y atrevimiento)
es el que agora pido, y el que puede
enriquecer mi pobre entendimiento:
que si por vos, Señor, se me concede
lo que á nadie negais, soltaré al viento
con ánimo la ronca voz medrosa,
indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado,
por la justa razon con que lo pido,
espero que, Señor, seré escuchado,
que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado;
dije en el canto atrás que arremetido
habia el furioso campo por tres vias
á las aportilladas baterías:

Y en la veloz corrida, contrastando
los tiros y defensas contrapuestas,
lo va todo rompiendo y tropellando,
con animoso pecho y manos prestas:
y á los batidos muros arribando
por los lados y partes mas dispuestas,
los unos y los otros se afrontaron,
y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa
armas y defensivos instrumentos,
resisten la llegada impetuosa,
y los contrarios ánimos sangrientos:
mas la gente española, mas furiosa
cuanto topaba mas impedimentos,
con temoso corage y porfiado
rompe lo mas difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
gran contienda, revuelta y embarazos,
muertes extrañas, golpes y heridas
de poderosos y gallardos brazos:

cabezas hasta el cuello y mas, hendidas,
y cuerpos divididos en pedazos;
que no bastaban petos ni celadas
contra el crudo rigor de las espadas.
La plaza se expugnaba y defendia
con esfuerzo y valor por todos lados;
era cosa de ver la herreria
de las armas y arneses golpeados;
la espantosa y horrenda artillería,
las bombas y artificios arrojados
de pólvora, alquitran, pez y resina,
aceite, plomo, azufre y trementina;
Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
de lanzas y saetas arrojaban,
peñas, tablas, maderos, que á gran priesa
de los muros y techos arrancaban.
La fiera rabia y gran teson no cesa;
hieren, matan, derriban; y asi andaban
los unos y los otros muy revueltos
en fuego, en sangre y en furor envueltos.
Unos la entrada sin temor defienden
con libre y animosa confianza:
otros de miedo por vivir ofenden,
poniéndoles esfuerzo la esperanza:
otros, que ya la vida no pretenden,
procuran de su muerte la venganza,
y que caigan sus cuerpos de manera
que al enemigo cierren la carrera.
Cómo el furor indómito y violencia
de una corriente y súbita avenida,
que si halla reparo y resistencia,
hierve y crece alli la agua detenida;
al fin, con mayor ímpetu y potencia,
bramando abre el camino y la salida
que las defensas rompe y desbarata,
y en violento furor las arrebata:

De tal manera la francesa gente,
sin bastar resistencia y fuerza alguna,
la arrebató la próspera corriente
del hado de Felipe y su fortuna,
que ya sin poder mas forzadamente
á su furia rendida, por la una
parte que estaba Cáceres dió entrada
á la enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
el golpe de la gente resistia,
no fue ni pudo al cabo ser bastante
á la pujanza y furia que venia:
quedó en prision con otros, y adelante
la victoriosa y fiera compañía,
dejando eterna lástima y memoria,
iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazon, por la otra parte
que el diestro Navarrete peleaba,
sin ser ya la francesa gente parte,
á puro hierro la española entraba;
y á despecho y pesar del fiero Marte,
que los franceses brazos esforzaba,
haciendo gran destrozo y cruda guerra,
de rota á mas andar ganaban tierra.

Fue preso allí Andalot, que encomendada
le estaba la defensa de aquel lado:
he aqui tambien por la tercer entrada,
que Julian Romero habia asaltado:
la suspensa Fortuna declarada,
abriendo paso al detenido Hado,
la mano á Don Felipe dió de modo
que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
los ánimos del pueblo enflaquecido,
rompiendo el aire espeso y alto cielo
un general lamento y alarido.

Las armas arrojadas por el suelo,
escogiendo el vivir ya por partido,
acordaron con mísera huida
perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron
su gran temor y poco impedimento,
los brazos altos y armas suspendieron;
por no manchar con sangre el vencimiento;
y sin hacer mas golpe, arremetieron,
vuelto en codicia aquel furor sangriento,
al esperado saco de la tierra,
premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando
quebranta los cerrojos reforzados:
quién, por picas y gúmenas trepando,
entra por las ventanas y tejados:
acá y allá rompiendo y desquiciando,
sin reservar lugares reservados,
las casas de alto á bajo escudriñaban,
y á tiento, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente,
cuando en un barrio ó vecindad se enciende,
que con rebato súbito la gente
corre con priesa y al remedio atiende;
y por todas las partes francamente,
quién entra, sale, sube, quién deciende,
sacando uno arrastrando, otro cargado
el mueble de las llamas escapado;

Así la fiera gente victoriosa,
con prestas manos y con pies ligeros,
de la golosa presa codiciosa,
abre puertas, ventanas y agujeros,
sacando diligente y presurosa
cofres, tapices, camas y rimeros,
y lo de mas y menos importancia,
sin dejar una mínima ganancia.

10

No los ruegos, clamores y querellas
que los distantes cielos penetraban
de viudas y huérfanas doncellas
la insaciable codicia moderaban;
antes, rompiendo sin piedad por ellas,
á lo mas defendido se arrojaban,
creyendo que mayor ganancia habia
donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
por las calles, sin guarda, á la ventura,
los bellos rostros con rigor batiendo,
lamentando su hado y suerte dura:
y las míseras monjas, que rompiendo
sus estatutos, límite y clausura,
de aquel temor atónito llevadas,
iban acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe, antes que entrasen,
habia mandado á todas las naciones
que con grande cuidado reservasen
las mugeres y casas de oraciones:
y amigos y conformes, evitasen
pendencias peligrosas y cuestiones,
que del saco y la presa á cada una
diese su parte franca la fortuna.

Las mugeres, que acá y allá perdidas,
llevadas del temor, sin tiento andaban,
por órden de Felipe recogidas
en seguro lugar las retiraban,
donde de fieles guardas defendidas
del bélico furor las amparaban;
que aunque fueron sus casas saqueadas,
las honras les quedaron reservadas:

Que los fieros soldados, obedientes
al cristiano y expreso mandamiento,
se mostraban en esto contínentes,
frenando aun el primero movimiento.

La revuelta y la mezcla de las gentes,
la mucha confusion y poco tiento,
hizo que el daño en la ciudad creciese,
y un repentino fuego se encendiese.
Súbito allí la llama alimentada,
lanzando espeso el humo y las centellas;
del fresco viento céfiro ayudada
procuraba subir á las estrellas:
la miserable gente afortunada,
con dolorosas voces y querellas,
fijos los tiernos ojos en el cielo,
desmayando, esforzaban mas el duelo.
A todas partes gritos lastimosos
en vano por el aire resonaban,
y los tristes franceses temerosos
en las contrarias armas se arrojaban,
eligiendo, por fuerza, vergonzosos
el modo de morir que rehusaban,
antes que como flacos, encerrados,
ser en llamas ardientes abrasados.
Mas del piadoso rey la gran clemencia
habia las fieras armas embotado,
que con remedio presto y diligencia
todo el furor y fuego fue apagado.
Al fin, sin mas defensa y resistencia,
dentro de San Quintin quedó alojado,
con la llave de Francia ya en la mano,
hasta Paris abierto el paso llano.
El sol ya poco á poco declinaba
al hemisferio antártico encendido,
cuando yo, que alegrísimo miraba
todo lo que en mi canto habeis oido,
vi cerca una muger que me hablaba,
mas blanco que la nieve su vestido,
grave, muy venerable en el aspeto,
persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere
por cierta y verdadera profecía,
dificultosa alguna pareciere,
creeme que no es ficcion ni fantasía;
mas lo que el Padre Eterno ordena y quiere
allá en su excelso Trono y Gerarquía,
al cual está sujetò lo mas fuerte,
el Hado, la Fortuna, el Tiempo y Muerte.

Desta guerra y rencores encendidos
entre la España y Francia asi arraigados,
resultarán conciertos y partidos,
por una parte y otra procurados;
en los cuales serán restituidos
al duque de Soboya sus estados;
con otros muchos medios provechosos,
en bien de Francia y á la España honrosos.

Y para que mas quede asegurada
la paz, con hermandad y firme asiento,
con la prenda de Henrico mas amada
contraerá Don Felipe casamiento;
pero la cruda Muerte acelerada
temprano desbará este ayuntamiento:
que el alto cielo asi lo determina
y el decreto fatal y órden divina.

En este tiempo Francia corrompida,
la católica ley adulterando,
negará la obediencia al rey debida,
las sacrílegas armas levantando:
y con el cebo de la suelta vida
cobrará la maldad fuerza, juntando
de gente infiel ejército formado
contra la Iglesia y propio rey jurado.

Por insolencias viejas y pecados
vendrá el reino á ser casi destruido;
y Cárlos de sus pérfidos soldados
á término dudoso reducido:

serán con desacato derribados
los suntuosos templos, y ofendido
el mismo Sumo Dios y Sacramento,
sobrando á la maldad su sufrimiento.
Mas vuestro rey con presta providencia
previniendo al futuro daño, luego
atajará en España esta dolencia
con rigor necesario á puro fuego.
Curada la perversa pestilencia,
las armas enemigas del sosiego
con furia moverá contra el oriente,
enviando al Peñon su armada y gente.
Aunque no pueda de la vez primera
conseguir el efecto deseado,
volverá la segunda de manera,
que el áspero Peñon será expugnado;
y dejando segura la carrera,
y el morisco contorno amedrentado,
por causa de los puertos é invernada,
retirará la victoriosa armada.
Vendrán á España á la sazon de Ungría
dos príncipes de alteza soberana,
hijos de César Máximo y María,
de Cárlos hija y de Felipe hermana;
que acrecentando el goro y alegría
harán aquella corte y Era ufana:
el mayor es Rodolfo, el otro Ernesto;
que á la fama darán materia presto;
Y de sus altas obras prometiendo
en su pequeña edad grande esperanza;
en años y virtud irán creciendo,
virtud y años muy dignos de alabanza;
en quienes se verá resplandeciendo
un excelso valor, y la crianza
del baron Dietristan, persona digna
de dar á tales príncipes dotrina.

Luego en el año próximo siguiente
toda la cristiandad amenazando
la gruesa armada del Infiel potente
irá contra el poniente navegando,
con tan gran aparato y tanta gente,
que temblarán las costas; y arribando
á la isla de Malta dará fondo,
que boja veinte leguas en redondo:

Donde el grande maestre, y caballeros,
que dentro asistirán en este medio,
con otros capitanes forasteros,
ofrecerán las vidas al remedio:
y siempre constantísimos y enteros
resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
haciendo en la defensa tales cosas,
que se podrán tener por milagrosas.

Será la isla batida reciamente
por la tierra, por mar, por bajo y alto;
y el fuerte de Santelmo crudamente
entrado á hierro en el noveno asalto:
el cual suceso á la cercada gente
pondrá en grande peligro y sobresalto,
porque en el puerto la turquesca armada
tendrá por las dos bocas franca entrada.

Allí se verán hechos señalados,
difíciles empresas peligrosas,
ánimos temerarios arrojados,
cuando las esperanzas mas dudosas:
postas, muros y fosos arrasados,
crudas heridas, muertes lastimosas,
casos grandes, sucesos infinitos,
dignos de ser para en eterno escritos.

Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
y la fuerza al trabajo se rindiere,
el muro esté ya raso, el foso llano,
y la esperanza al suelo se viniere:

cuando el sangriento bárbaro inhumano
el cuchillo sobre ellos esgrimiere,
será entonces de todos conocido
lo que puede Felipe y es temido;
Pues con sola una parte de su armada
y número pequeño de soldados,
de su fortuna y crédito guiada
rebatirá los otomanos hados:
y la afligida Malta restaurada,
serán los enemigos retirados,
las fugitivas velas dando al viento
con pérdida increible y escarmiento.
Luego el año despues con poderoso
ejército, en persona Solimano
por tierra moverá contra el famoso
Cesar Augusto, emperador romano;
y por la gran Panonia presuroso,
dejando á la derecha al Trasilvano,
y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
bajará á los confines de Croacia.
A Siguet, plaza fuerte y recogida,
cuatro semanas la tendrá asediada,
y al cabo, sin poder ser socorrida,
del fiero Soliman será ocupada;
mas la empresa difícil y la vida
acabará en un tiempo, que la airada
Muerte, arribando el limitado curso,
pondrá término y punto á su discurso.
Por otra parte, en Flandes los Estados
desasidos de Dios en estos dias,
turbarán el sosiego, inficionados
de perversos errores y heregías;
y contra el rey Felipe conspirados
tentarán de maldad diversas vias,
trayendo á estado y condicion las cosas
que durarán gran término dudosas.

Tambien con pretension de libertárse
en el próspero reino de Granada
los moriscos vendrán á levantarse
y á negar la obediencia al rey jurada:
la cual alteracion, por no estimarse
ni ser á los principios remediada,
será de grandes daños, y costosa
de sangre ilustre y gente valerosa.

Irá á esta guerra un mozo que escondido
anda en humildes paños y figura;
que su imperial linage esclarecido
difíciles empresas lo asegura;
á quien tienen los Hados prometido
una famosa y súbita ventura:
este es hijo de Carlos, que aun se cria,
y encubierto estará por algun dia.

Andará, como digo, disfrazado
hasta que el padre al tiempo de la muerte
le dejará por hijo declarado,
subiéndole en un punto á tanta suerte:
será de todos, con razon, amado,
franco, esforzado, valeroso y fuerte:
es su nombre don Juan; y en esta parte
no puedo mas decir ni revelarte.

Baste que á los moriscos alterados
en su primera edad hará la guerra,
y los presidios rotos y ocupados
los vendrá á retirar dentro en la sierra;
á donde los tendrá tan apretados
que al fin reducirá la alzada tierra,
trasplantando en provincias diferentes
las raíces malvadas y simientes.

Esta guerra acabada, de Alemaña
(de damas y gran gente acompañada)
la infanta Ana vendrá, reina de España,
con el rey don Felipe desposada,

donde con pompa y magestad extraña
será la insigne boda celebrada
en la antigua Segovia, un tiempo silla
de los famosos reyes de Castilla.
Serán, pues, los dos príncipes llamados
del padre emperador, que ya aquel dia
querrá dar nuevo asiento en sus estados
y hacer rey á Rodolfo de la Ungría:
así que, para Génova embarcados,
arribarán, pasando á Lombardía,
por la ribera del Danubio amena
á su ciudad famosa de Viena.
Cuando ya la revuelta y turbaciones
de los tiempos den muestra de acabarse,
y el bélico furor y alteraciones
parezcan declinar y sosegarse,
entonces en las bárbaras regiones
comenzarán de nuevo á levantarse
las armas de los turcos inhumanos,
contra los poderosos venecianos;
Y sacando una armada poderosa,
de todas sus provincias allegada,
en la vecina Chipre, isla famosa,
descargará la furia represada:
y con espada cruda y rigurosa
será la tierra de ellos ocupada,
entrando á Famagusta, ya batida,
sobre palabra falsa y fe mentida.
Quedarán, pues, tan arrogantes desto,
que, la armada de gente reforzando,
con soberbio designio y presupuesto
irán la via de Italia navegando,
despreciando del mundo todo el resto,
y aun el poder del cielo despreciando:
tanto será su orgullo y fiera muestra
nacido del pecado y culpa vuestra.

Mas el alto Señor que otro dispone,
y en vuestro bien por su piedad lo ordena
que cuando faltan méritos compone
con su sangre y pasion la deuda agena,
y por solo un gemir, luego repone
la punicion y merecida pena,
quebrantará con golpe riguroso
la soberbia del bárbaro ambicioso:

Que doliéndose ya de la fatiga
del pueblo pecador, pero cristiano,
contra la gente pérfida enemiga
esgrimirá la poderosa mano.
Asi de inspiracion habrá una Liga,
donde el Papa y Senado veneciano
juntarán su poder, su fuerza y gente
con la del rey católico potente.

Será en gracia de todos elegido
general de la Liga dignamente
el mozo en su niñez desconocido
que anda en hábito humilde entre la gente.
Pero no me es á mí ya concedido
revelar lo futuro abiertamente:
basta que lo verás, pues te asegura
mas larga vida el Hado que ventura.

Mas si quieres saber de esta jornada
el futuro suceso enteramente,
y la cosa mas grande y señalada
que jamas se haya visto entre la gente;
cuando pasares solo la cañada
que ciñe del rio Rauco la corriente,
verás al pie de un líbano á la orilla
una mansa y doméstica corcilla.

Conviénete seguirla con cuidado
hasta salir en una gran llanura,
al cabo de la cual verás á un lado
una fragosa entrada y selva oscura:

y tras la corza tímida emboscado
hallarás en mitad de la espesura
debajo de una tosca y hueca peña
una oculta morada muy pequeña.
Allí, por ser lugar inhabitable,
sin rastro de persona ni sendero,
vive un anciano viejo venerable,
que famoso soldado fue primero,
de quien sabrás do habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
el cual te informará de muchas cosas,
que están aun por venir, maravillosas.
No quiero decir mas en lo tocante
á las cosas futuras, pues parece
que habrá materia y campo asaz bastante
en lo que de presente se te ofrece
para llevar tus obras adelante,
pues la grande ocasion te favorece;
que á mí solo basta aquí me es concedido
el poderte decir lo que has oido.
Mas, si el furor de Marte y la braveza
te tuvieren la pluma destemplada,
y quisieres mezclar con su aspereza
otra materia blanda y regalada,
vuelve los ojos, mira la belleza
de las damas de España, que admirada
estoy, segun el bien que allí se encierra,
cómo no abrasa Amor toda la tierra.
Mas tente, que me importa á mí, primero
que de los ojos fáciles te fies,
prevenir al peligro venidero
para que dél con tiempo te desvíes:
y no aguardes al término postrero,
ni en tu fuerza y mi ayuda te confíes;
que aunque quiera despues contraponerme,
tú cerrarás los ojos por no verme."

65

¡Oh condicion humana! que al instante
que me privó que el rostro no volviese,
solo aquel impedirme fue bastante
á que el pronto apetito se encendiese:
y asi, sin esperar mas que adelante
en el sano consejo procediese,
volví los ojos luego, y de improviso
ví (si decir se puede) un paraiso.

En un asiento fertil y sabroso,
de alegres plantas y árboles cercado,
do el cielo se mostraba mas hermoso,
y el suelo de mil flores variado,
cerca de un claro arroyo sonoroso
que atravesaba el fresco y verde prado,
ví junta toda cuanta hermosura
supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
que en la dichosa España florecian:
el claro sol, la luna y las estrellas
en su respecto escuras parecian;
y sobre sus cabezas todas ellas
olorosas guirnaldas sostenian,
de mil varias maneras rodeadas
de rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
gran copia de galanes estimados,
al regalado y blando amor rendidos,
corriendo tras sus fines y cuidados;
unos en esperanzas sostenidos,
otros en sus riquezas confiados,
todos gozando alegres y contentos
de sus lozanos y altos pensamientos.

En esto, con presteza y furia extraña
arrebatado por el aire vano,
la alta cumbre dejé de la montaña,
bajando al deleitoso y fértil llano,

donde, si la memoria no me engaña,
vi la mi guia á la derecha mano,
algo medrosa y con turbado gesto
de haberme en tanto riesgo y trance puesto;
Que luego que los pies puse en el suelo,
los codiciosos ojos ya cebando,
libres del torpe y del grosero velo
que la vista hasta allí me iba ocupando,
un amoroso fuego y blando hielo
se me fue por las venas regalando,
y el brio rebelde y pecho endurecido
quedó al amor sujèto y sometido.
Y deseoso luego de ocuparme
en obras y canciones amorosas,
y mudar el estilo, y no curarme
de las ásperas guerras sanguinosas;
con gran gana y codicia de informarme
de aquel asiento y damas tan hermosas,
en especial y sobre todas de una
que vi á sus pies rendida mi fortuna.
Era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discrecion madura,
y á mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura:
yo, que saber su nombre deseaba,
rendido y entregado á su hermosura,
vi á sus pies una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.
Y por saber mas della, revolviendo
el rostro y voz á la prudente guia,
súbito el alboroto y fiero estruendo
de las bárbaras armas y armonía
me despertó del dulce sueño, oyendo:
¡arma, arma! ¡presto, presto! y parecia
romper el alto cielo los acentos
de las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
á las vecinas armas corrí presto,
poniéndome en un punto apercebido
en mi lugar y señalado puesto:
cuando con ferocísimo alarido
por la áspera ladera del recuesto
apareció gran número de gente,
y la rosada Aurora en el oriente.

Luego tambien por una y otra parte,
con no menores voces y denuedo,
tanta gente asomó, que al fiero Marte
con su temeridad pusiera miedo.
Mas, para proceder parte por parte,
segun estoy cansado, ya no puedo:
en el siguiente y nuevo canto pienso
de declararlo todo por extenso.

CANTO XIX.

En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco: la arremetida de Gracolano á la muralla: la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
no comienza á esparcir vuestros loores;
y si mis bajos versos no levanto
á conceptos de amor y obras de amores:
mi prisa es grande, y que decir hay tanto
que á mil desocupados escritores,
que en ello trabajasen noche y dia,
para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado, á mi pesar, me veo
desta materia y presupuesto nuevo,
me sacará al camino el gran deseo
que tengo de cumplir con lo que os debo:
y si el adorno y conveniente arreo
me faltan, baste la intencion que llevo,
que es hacer lo que puedo de mi parte,
supliendo vos lo que faltáre en la arte.

Mas la española gente, que se queja
con causa justa y con razon bastante,
dándome mucha priesa, no me deja
lugar para que de otras cosas cante:
que el ejército bárbaro la aqueja,
cercando en torno el fuerte en un instante
con amenaza grande y alarido,
como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
tres gruesos escuadrones parecieron,
juntos á un mismo tiempo hicieron alto,
y el sitio desde alli reconocieron:
visto el foso y el muro, al fiero asalto
dada la seña, todos tres movieron,
esgrimiendo las armas de tal suerte
que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano, no olvidado
de la arrogante oferta y gran promesa,
de varias y altas plumas rodeado,
blandiendo una tostada pica gruesa
venia dellos gran trecho adelantado,
rompiendo por el humo y lluvia espesa
de las balas y tiros arrojados
por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
la larga pica, arremetió furioso,
y en tierra el firme regatun fijando,
atravesó de un salto el ancho foso:
y por la misma pica gateando
arriba sobre el muro victorioso,
á pesar de las armas contrapuestas,
lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
la barrera envistió tan facilmente,
ni fue con tanta fuerza resistido
de esposas armas y apiñada gente,

como el gallardo bárbaro atrevido,
que temeraria y venturosamente,
abriendo lo difícil y mas duro,
sube por fuerza al defendido muro;
Donde sueltas las armas empachadas,
que aprovecharse dellas no podia,
á bocados, á coces y á puñadas
ganar la plaza él solo pretendia.
Los tiros, golpes, botes y estocadas,
con gran destreza y maña rebatia,
poniendo pecho y hombro suficiente
al ímpetu y furor de tanta gente.
En medio de las armas, á pie quedo
sin ellas su promesa sustentaba,
y con gran pertinacia y menos miedo,
de morir mas adentro procuraba;
y en el vano propósito y denuedo,
herido ya en mil partes, porfiaba:
que su loca fortuna y diestra suerte
tenian suspenso el golpe de la muerte.
Asi que, en la demanda ardua instando,
se arroja entre los hierros, y se mete
cual perro espumajoso que, rabiando,
á donde mas le hieren, arremete:
y el peligro y la vida despreciando,
lo mas dudoso y áspero acomete,
desbaratando en torno mil espadas
al obstinado pecho encaminadas.
Viéndose en tal lugar solo, y tratado
segun la temeraria confianza,
no de su pretension desconfiado,
mas con alguna menos esperanza,
á los brazos cerró con un soldado,
y de las manos le sacó la lanza,
sobre la cual echándose, en un punto
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable Fortuna, ya cansada,
de serle curadora de la vida,
dió paso en aquel tiempo á una pedrada,
de algun gallardo brazo despedida,
que en la cóncava sien la arrebatada
piedra gran parte le quedó sumida,
trabucándole luego de lo alto,
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando
la tímida paloma por el cielo,
con gran presteza el corvo arco flechando
la atravesó en la furia de su vuelo,
que retorciendo el cuerpo y revolando
como redondo ovillo vino al suelo;
asi el herido mozo en descubierto
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente
cayó el mísero cuerpo atravesado,
sin el último golpe de la frente,
que el número cerró ya nematado;
y la pica que el bárbaro valiente
de franca y buena guerra habia ganado,
quedó arrimada al foso de manera
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido
habia de acompañarle en el asalto,
y con él hasta el foso arremetido,
aunque no se atrevió á tan grande salto,
como el valiente amigo vió tendido,
y descubrir la pica por lo alto,
la arrebató, tomando por remedio
poner con pies ligeros tierra en medio.

Mas, como no haya maña ni destreza
contra el hado preciso y dura suerte,
ni bastan prestos pies ni ligereza
á escapar de las manos de la Muerte:

que al que piensa huir, con mas presteza
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
como al ligero bárbaro le avino
en mudando propósito y camino:
Que apenas cuatro pasos habia dado,
cuando dos gruesas balas le cogieron,
y de la espalda al pecho atravesado
á un tiempo por dos partes, le tendieron:
no dió la alma tan presto que un soldado
de dos que á socorrerle arremetieron,
de la costosa lanza no trabase,
y con peligro suyo la salvase.
Luego de trompas gran rumor sonando,
la gruesa pica en alto levantaron,
y á toda furia en hila igual cerrando,
al foso con gran ímpetu llegaron;
donde forzosamente reparando,
la municion y flechas descargaron
en tanta multitud que parecian
que la espaciosa tierra y sol cubrian.
Pues en esta sazon Martin de Elvira
(que asi nuestro español era llamado)
de lejos la perdida lanza mira
que el muerto Gracolan le habia ganado;
y con vergüenza honrosa ardiendo en ira,
de recobrar su honor deliberado,
por una angosta puerta que allí habia
solo y sin lanza á combatir salia
Con un osado jóven, que delante
venia la tierra y cielo despreciando,
de proporcion y miembros de gigante,
una asta de dos costas blandeando:
que acá y allá con término galante
la gruesa y larga pica floreando,
ora de un lado y de otro, ora derecho,
quiso tentar del enemigo el pecho,

Unos asi tras otros procediendo,
ganosos de honra y de temor desnudos,
siempre la prisa y multitud creciendo,
crece la furia de los golpes crudos.
Los defendidos términos rompiendo,
cubiertos de sus cóncavos escudos,
nos pusieron en punto y apretura
que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso
apareció gallardo en la muralla,
esgrimiendo un bastón fuerte y ñudoso,
todo cubierto de luciente malla:
como el leon de Libia vedijoso,
que abriendo de la tímida canalla
el tejido escuadron con furia horrenda
desembaraza la impedida senda,

Asi el furioso bárbaro arrogante
discurre por el muro, derribando
todo lo que allí coge por delante,
su misma gente y armas tropellando.
Quisiera tener lengua y voz bastante
para poder en suma ír relatando
el singular esfuerzo y valentía
que el bravo Tucapel muestra este dia.

No las espesas picas ni pertrechos
bastan puestas en contra á resistirle,
ni fuertes brazos, ni robustos pechos
pueden acometiéndole impedirle;
que montones de gente y armas hechos,
rompe y derriba sin poder sufrirle;
y aun, no contento desto, osadamente
se arroja dentro en medio de la gente;

Y al peligro las fuerzas añadiendo,
la poderosa maza rodeaba,
unos desbaratando, otros rompiendo,
siempre mas tierra y opinion ganaba.

Al fin, los duros golpes resistiendo,
por las armas y gente atravesaba,
hiriendo siempre á diestro y á siniestro
con grande riesgo suyo y daño nuestro.
También ácia la banda del poniente
había Peteguelen arremetido,
y, á despecho y pesar de nuestra gente,
en lo mas alto del bastion subido:
que el valeroso corazon ardiente
le había por las entrañas esparcido
un belicoso ardor, como si fuera
en la verde y robusta edad primera!
Mucho no le duró, que á poca pieza
le arrebató una bala desmandada
de los dispuestos hombros la cabeza,
rematando su próspera jornada:
tras ésta disparó luego otra pieza,
ácia la misma parte encaminada,
llevando á Guaspicol que le seguia,
y á Sureo, Longomilla y Lebopía.
La gente que en las naos había quedado
viendo el ruido y priesa repentina,
cuál salta luego arriba desarmado,
cuál con rodela, cuál con coracina;
quién se arroja al batel, y quién á nado
piensa arribar mas presto á la marina,
llamando cada cual á quien debia,
y ninguno aguardaba compañía.
Así á nado y á remo, con gran pena
el molesto y prolijo mar cortaron,
y en la arbena y deseada arena,
casi todos á un tiempo pie tomaron;
donde con diciplina y órden buena
un cerrado escuadron luego formaron,
marchando á socorrer á los amigos
por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés cuando
por la parte de abajo con ruido
les sale un escuadron en contra, dando
una furiosa carga y alarido.
Venia el primero el paso apresurando
el suelto Feniston, mozo atrevido,
que de los otros quiso adelantarse,
con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con orden y osadía,
siguiendo su derrota y firme intento,
á la enemiga opuesta arremetia,
que aun de esperar no tuvo sufrimiento;
y á recibir á Feniston salia,
con paso no menor y atrevimiento,
el diestro Julian de Valenzuela,
la espada en mano, al pecho la rodela.

Fue alli el primero que empezó el asalto
el presto Feniston anticipado,
dando un ligero y no pensado salto,
con el cual descargó un baston pesado;
mas Valenzuela, la rodela en alto,
á dos manos el golpe ha reparado,
dejándole atronado de manera
como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
tanto fue el golpe recio y desmedido,
y el trasportado jóven una pieza
fue rodando de manos aturdido;
mas luego, aunque atronado, se endereza
y volviendo del todo en su sentido,
pudo al través, hurtándose de un salto,
huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
con el gran peso y fuerza que traía,
que visto Valenzuela el embarazo
del bárbaro y el tiempo que él tenia,

metiendo con presteza el pie y el brazo,
el pecho con la espalda le cosia,
y al sacar la caliente y roja espada
le llevó de revés media quijada.
El araucano ya con desatino
le echó los brazos sin saber por donde;
mas el jóven, tentando otro camino,
arrancada la daga le responde:
que con la priesa y fuerza que convino
tres veces en el cuerpo se la esconde,
haciéndole extender ya casi helados
los pies y fuertes brazos añudados.
Ya en aquella sazon ninguno habia
que solo un punto allí estuviese ocioso;
mas cada cual solícito corría
á donde era el favor menesteroso:
era el estruendo tal que parecia
el batir de las armas presuroso
que de sus fijos quicios todo el cielo
desencajado se viniese al suelo.
Por otra parte, arriba en la muralla,
siempre con rabia y prisa hervorosa,
andaba muy reñida la batalla,
y la victoria en confusion dudosa:
vuela en el aire la cortada malla,
y de sangre caliente y espumosa
tantos arroyos en el foso entraban
que los cuerpos en ella ya nadaban.
Asi de ambas las partes reciamente
por la plaza y honor se contendía;
quién sobre el muerto sube diligente,
quién muerto sobre el vivo allí caía.
Don Garcia de Mendoza osadamente
su cuartel con esfuerzo defendia,
al gran furor y bárbara violencia
haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado, á la otra mano,
don Francisco de Andia y Espinosa,
y don Simon Pereira, lusitano,
don Alonso Pacheco y Ortigosa,
contrapuestos al ímpetu araucano,
hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
resistiendo á gran número la entrada
á pura fuerza y valerosa espada.

Vasco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba, y Pedro de Olmos de Aguilera,
subidos sobre el alto baluarte
herian en los contrarios de manera
que, aunque eran infinitos, bien seguro
por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica, y Campo frio,
don Martin de Guzman, y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga, y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
haciendo cosas, que el ingenio mio,
aunque libre de estorbos estuviera,
contarlas por extenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
los fieros araucanos aflojaron,
y rostro á rostro, en paso concertado,
quebrantado el furor se retiraron:
los otros, visto el daño no pensado,
tambien del loco intento se apartaron,
quedando Tucapél dentro del fuerte
hiriendo, derribando, y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
en cólera rabiosa y viva saña,
y acá y allá furioso discurria,
haciendo en todas partes riza extraña:

tropella á Bustamante y á Mejía,
derriba á Diego Perez y á Saldaña:
Mas ya es razon, pues he cantado tanto;
dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
lo que de su caudal y fuerza siente;
que quien en prometer es muy ligero,
proverbio es que despacio se arrepiente:
la palabra es empeño verdadero
que habemos de quitar forzosamente;
y es derecho comun y ley expresa
guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
que en este tiempo mísero se tiene;
promesas que os ensanchan la esperanza;
y ninguna se cumple ni mantiene:
así la vana y necia confianza,
que estribando en el aire nos sostiene,
se viene al suelo, y llega el desengaño
cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuán trabajada
me tiene la memoria y con cuidado
la palabra que di (bien excusada)
de acabar este libro comenzado:
que la seca materia desgustada
tan desierta y estéril que he tomado
me promete hasta el fin trabajo sumo,
y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
tras las roncas trompetas y atambores,
pudiendo ir por jardines y florestas
cogiendo varias y olorosas flores,
mezclando en las empresas y requestas
cuentos, ficciones, fábulas y amores,
donde correr sin límite pudiera,
y dando gusto yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas;
discordia, fuego, sangre, enemistades,
odios, rencores, sañas y bravezas,
desatino, furor, temeridades,
rabias, iras, venganzas y fierezas,
muertes, destrozos, rizas, crueldades,
que al mismo Marte ya pondrán hastío,
agotando un caudal mayor que el mio?

Pero forzoso habré de ser paciente,
pues de mi voluntad quise obligarme;
y así os pido, Señor, humildemente
que no os dé pesadumbre el escucharme:
que el atrevido bárbaro valiente
aun no me da lugar de disculparme;
tal es la furia y prisa con que viene,
que apresurar la mano me conviene.

El cual como encerrada bestia fiera,
ora de aquella y ora desta parte
abre sangrienta y áspera carrera,
y por todas el daño igual reparte;

con un orgullo tal que acometiera
allá en su quinto trono al fiero Marte;
si viera modo de subir al cielo,
segun era gallardo de cerbelo.
Mas viéndose ya solo y mal herido,
y el ejército bárbaro deshecho,
y todo el fiero hierro convertido
contra su fuerte y animoso pecho;
se retrajo á una parte en la cual vido
que el cerro era peinado y muy derecho,
sin muro de aquel lado, donde un salto
habia de mas de veinte brazas de alto.
Como si en tal sazon alas tuviera
mas seguras que Dédalo las tuvo,
se arroja desde arriba de manera
que parece que en ellas se sostuvo:
hizo prueba de sí fuerte y ligera,
que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,
cayendo abajo el bárbaro gallardo
como una onza ligera ó suelto pardo.
Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
infinidad de tiros le arrojaron,
que aunque no le alcanzára el pensamiento
antes que fuese abajo le alcanzaron:
fue tanto el descargar, que en un momento
en mas de diez lugares le llagaron;
pero no de manera que cayese
ni solo un paso y pie descompusiese.
Viéndose abajo y tan herido, luego
del propósito y salto arrepentido,
abrasado en rabioso y vivo fuego,
terrible y mas que nunca embravecido;
quisiera revolver de nuevo al juego
y vengarse del daño recibido;
mas era imaginarlo desatino,
que el cerro era tajado y sin camino.

La negra noche á mas andar cubriendo
la tierra que la luz desamparaba,
se fue toda la gente recogiendo
segun y en el lugar que le tocaba,
la guardia y centinelas repartiendo
que el tiempo estrecho á nadie reservaba:
me cupo el cuarto de la prima en suerte
en un bajo recuesto junto al fuerte.

Donde con el trabajo de aquel dia
y no me haber en quince desarmado,
el importuno sueño me afligia,
hallándome molido y quebrantado:
mas con nuevo ejercicio resistia,
paseándome deste y de aquel lado
sin parar un momento: tal estaba
que de mis propios pies no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
ni vino muchas veces trasegado,
ni el hábito y costumbre de reposo
me habian el grave sueño acarreado;
que bizcocho negrísimo y mohoso,
por medida de escasa mano dado,
y la agua llovediza desabrida,
era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
en dos tasados puños de cebada,
que cocida con yerbas nos servia
por la falta de sal la agua salada:
la regalada cama en que dormia
era la húmida tierra empantanada,
armado siempre y siempre en ordenanza,
la pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando, pues, asi con el molesto
sueño que me aquejaba porfiando,
y en gran silencio el encargado puesto
de un canto al otro canto pasando,

vi que estaba el un lado del recuesto
lleno de cuerpos muertos blanqueando,
que nuestros arcabuces aquel dia
habian hecho gran riza y batería.
No mucho despues desto, yo que estaba
con ojo alerto y con atento oido,
sentí de rato en rato que sonaba
ácia los cuerpos muertos un ruido;
que cada vez al fin se remataba
con un triste suspiro sostenido,
y tornaba á sentirse, pareciendo
que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.
La noche era tan lóbrega y escura
que divisar lo cierto no podia,
y así por ver el fin de esta aventura
(aunque mas por cumplir lo que debia)
me vine, agazapado en la verdura,
ácia la parte que el rumor se oía,
donde ví entre los muertos ir oculto
andando á cuatro pies un negro bulto.
Yo de aquella vision mal satisfecho,
con un temor, que agora aun no le niego,
la espada en mano y la rodela al pecho,
llamando á Dios, sobre él aguijé luego:
mas el bulto se puso en pie derecho,
y con medrosa voz y humilde ruego
dijo: «Señor, señor, merced te pido,
que soy muger, y nunca te he ofendido:
Si mi dolor y desventura extraña
á lástima y piedad no te inclinaren,
y tu sangrienta espada y fiera saña
de los términos lícitos pasaren,
¿qué gloria adquirirás de tal hazaña,
cuando los justos cielos publicaren
que se empleó en una muger tu espada,
viuda, mísera, triste y desdichada?

Ruégote, pues, señor si por ventura
ó desventura, como fue la mia,
con amor verdadero y con fe pura
amaste tiernamente en algun dia,
me dejes dar á un cuerpo sepultura,
que yace entre esta muerta compañía:
mira que aquel que niega lo que es justo,
lo malo aprueba ya y se hace injusto.

No quieras impedir obra tan pia,
que aun en bárbara guerra se concede;
que es especie y señal de tiranía
usar de todo aquello que se puede:
deja buscar su cuerpo á esta alma mia;
despues furioso con rigor procede,
que ya el dolor me ha puesto en tal extremo
que mas la vida que la muerte temo:

Que no sé mal que ya dañar me pueda,
ni hay bien mayor que no le haber tenido;
acábese y fenezca lo que queda,
pues que mi dulce amigo ha fenecido:
que aunque el cielo cruël no me conceda
morir mi cuerpo con el suyo unido,
no estrañará, por mas que me persiga,
que mi afligido espíritu le siga."

En esto con instancia me rogaba
que su dolor de un golpe rematase;
mas yo, que en duda y confusion estaba
aun, temiendo temor que me engañase,
del verdadero indicio no fiaba,
hasta que un poco mas me asegurase,
sospechando que fuese alguna espía
que á saber como estábamos venia.

Bien que estuve dudoso, pero luego
(aunque la noche el rostro le encubria)
en su poco temor y gran sosiego
vi que verdad en todo me decia;

y que el pérfido Amor ingrato y ciego
en busca del marido la traía,
el cual en la primera arremetida
queriendo señalarse dió la vida.
Movido, pues, á compasion de vella,
firme en su casto y amoroso intento,
de allí salido, me volví con ella
á mi lugar y señalado asiento:
donde yo le rogué que su querella
con ánimo seguro y sufrimiento
desde el principio al cabo me contase,
y desfogando la ansia descansase.
Ella dijo: «¡Ay de mí! que es imposible
tener jamas descanso hasta la muerte,
que es sin remedio mi pasion terrible
y mas que todo sufrimiento fuerte:
mas aunque me será cosa insufrible,
diré el discurso de mi amarga suerte;
quizá que mi dolor, segun es grave,
podrá ser que esforzándole me acabe.
Yo soy Tegualda, hija desdichada
del cacique Bracol desventurado,
de muchos por hermosa en vano amada,
libre un tiempo de amor y de cuidado;
pero muy presto la Fortuna, airada
de ver mi libertad y alegre estado,
turbó de tal manera mi alegría
que al fin muero del mal que no temia.
De muchos fuí pedida en casamiento,
y á todos igualmente despreciaba,
de lo cual mi buen padre descontento,
que yo aceptase alguno me rogaba;
pero con franco y libre pensamiento
de su importuno ruego me excusaba:
que era pensar mudarme desvarío,
y martillar sin fruto en hierro frio.

No por mis libres y ásperas respuestas
los firmes pretensores aflojaron;
antes con nuevas pruebas y requestas,
en su vana demanda mas instaron:
y con danzas, con juegos y otras fiestas
mudar mi firme intento procuraron,
no les bastando maña ni artificio
á sacar mi propósito de quicio.

Muy presto, pues, llegó el postrero dia
desta mi libertad y señorío,
¡oh si lo fuera de la vida mia!
pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia,
donde el claro Gualebo, manso rio,
despues que sus viciosos campos riega,
el nombre y agua al ancho Itata entrega,

Alli, para castigo de mi engaño,
que fuese á ver sus fiestas me rogaron;
y como habia de ser para mi daño,
facilmente conmigo lo acabaron.
Luego, por órden y artificio extraño
la larga senda y pasos enramaron,
pareciéndoles malo el buen camino
y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba
un bien compuesto y levantado asiento,
hecho por tal manera que ayudaba
la maestra Natura al ornamento:
el agua clara en torno murmuraba;
los árboles movidos por el viento
hacian un movimiento y un ruïdo
que alegraban la vista y el oído.

Apenas, pues, en él me habia asentado,
cuando un alto y solene bando echaron,
y del ancho palenque y estacado
la embarazosa gente despejaron:

cada cual á su puesto retirado,
la acostumbrada lucha comenzaron;
con un silencio tal, que los presentes
juzgáran ser pinturas mas que gentes.
Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
todos al parecer competidores,
de diferentes suertes y vestidos,
y de un fin engañoso pretensores;
no estaba en cuales eran los vencidos,
ni cuales habian sido vencedores,
buscando acá y allá entretenimiento,
con un ocioso y libre pensamiento.
Yo, que en cosa de aquellas no paraba,
el fin de sus contiendas deseando,
ora los altos árboles miraba,
de Natura las obras contemplando:
ora la agua que el prado atravesaba,
las varias pedrezuelas numerando,
libre á mi parecer y muy segura
de cuidado, de amor, y desventura:
Cuando un gran alboroto y vocería,
(cosa muy cierta en semejante juego)
se levantó entre aquella compañía,
que me sacó de seso y mi sosiego.
Yo, queriendo entender lo que sería,
al mas cerca de mí pregunté luego
la causa de la grita ocasionada,
(que me fuera mejor no saber nada);
El cual dijo: «Señora, ¿no has mirado
como el robusto jóven Mareguano,
con todos cuantos mozos ha luchado
los ha puesto de espaldas en el llano;
y cuando ya esperaba confiado
que la bella guirnalda de tu mano
le ciñera la ufana y leda frente,
en premio y por señal del mas valiente,

Aquel gallardo mozo bien dispuesto,
del vestido de verde y encarnado,
con gran facilidad le ha en tierra puesto,
llevándole el honor que habia ganado;
y el facil y liviano pueblo, desto
como de novedad maravillado,
ha levantado aquel confuso estruendo,
la fuerza del mancebo encareciendo:

Y tambien Maraguano que procura
de volver á luchar, el cual alega
que fue siniestro caso y desventura,
que en fuerza y maña el otro no le llega:
pero la condicion y la postura
del expreso cartel se lo deniega,
aunque el jóven con ánimo valiente
da voces que es contento y lo consiente;

Pero los jueces, por razon, no admiten
del uno ni del otro el pedimento,
ni en modo alguno quieren ni permiten
inovacion en esto y movimiento:
mas que de su propósito se quiten,
si entrambos de comun consentimiento,
pareciendo primero en tu presencia,
no alcanzáreu de tí franca licencia?"

En esto, á mi lugar enderezando
de aquella gente un gran tropel venia,
que como junto á mí llegó, cesando
el discorde alboroto y vocería,
el mozo vencedor la voz alzando,
con una humilde y baja cortesía,
dijo: «Señora, una merced te pido,
sin haberla mis obras merecido:

Que si soy extrangero y no merezco
hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
como tu siervo natural me ofrezco
de vivir y morir en tu servicio;

que aunque el agravio aquí yo le padezco,
por dar desta mi oferta algun indicio
quiero, si dello fueres tú servida,
luchar con Mareguano otra caída.
Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
hasta dejarle en todo satisfecho;
y consiento que al punto y ser primero
se reduzca la prueba y el derecho;
que siendo en tu presencia, cierto espero
salir con mayor gloria de esté hecho:
danos licencia, rompe el estatuto
con tu poder sin límite absoluto."
Esto dicho, con baja reverencia
la respuesta, mirándome, esperaba;
mas yo, que sin recato y advertencia
escuchándole atenta le miraba,
no solo concederle la licencia,
pero ya que venciese deseaba;
y así le respondí: « Si yo algo puedo,
libre y graciosamente lo concedo."
Luego los dos cortés y alegremente
sin detenerse mas se despidieron,
y con grande alborozo de la gente,
en la cerrada plaza los metieron,
adonde los padrinos igualmente
el sol ya bajo y campo les partieron;
y dejándolos solos en el puesto
el uno para el otro movió presto.
Juntáronse en un punto, y porfiando
por el campo anduvieron un gran trecho,
ora volviendo en torno y volteando,
ora yendo al través, ora al derecho,
ora alzándose en alto, ora bajando,
ora en sí recogidos pecho á pecho,
tan estrechos, gimiendo, se tenian
que recibir aliento aun no podian.

Volvian á forcejar con un ruído
que era de ver y oirlos cosa extraña
pero el mozo extrangero ya corrido
de su poca pujanza y mala maña,
alzó de tierra al otro, y de un gemido
de espaldas le trabuca en la campaña,
con tal golpe que al triste Mareguano
no le quedó sentido y miembro sano.

Luego de mucha gente acompañado
á mi asiento los jueces le trajeron,
el cual ante mis pies arrodillado,
que yo le diese el precio me dijeron.
No sé si fue su Estrella ó fue mi Hado,
ni las causas que en esto concurrieron,
que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
fue por todos mis huesos discurriendo.

Halléme tan confusa y alterada
de aquella nueva causa y accidente,
que estuvé un rato atónita y turbada
en medio del peligro y tanta gente;
pero volviendo en mí mas reportada,
al vencedor en todo dignamente,
que estaba allí inclinado ya en mi falda,
le puse en la cabeza la guirnalda;

Pero bajé los ojos al momento
de la honesta vergüenza reprimidos,
y el mozo con un largo ofrecimiento
inclinó á sus razones mis oidos.
Al fin se fue, llevándome el contento
y dejando turbados mis sentidos,
pues que llegué de amor y pena junto
de solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba
la libre fuerza y el rebelde brio,
á la cual sometida se entregaba
la razon, libertad y el albedrio.

Yo que, cuando acordé, ya me hallaba
ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
alcé los ojos tímidos cebados,
que la vergüenza allí tenia abajados.
Roto con fuerza súbita y furiosa
de la vergüenza y continencia el freno,
le seguí con la vista deseosa,
cebando mas la llaga y el veneno;
que solo allí mirarle y no otra cosa,
para mi mal, hallaba que era bueno:
asi que, á donde quiera que pasaba
tras sí los ojos y alma me llevaba.
Víle que á la sazon se apercebia
para correr el palio acostumbrado,
que una milla de trecho y mas tenia
el término del curso señalado:
y al suelto vencedor se prometia
un anillo de esmaltes rodeado,
y una gruesa esmeralda bien labrada,
dado por esta mano desdichada.
Mas de cuarenta mozos en el puesto
á pretender el precio parecieron,
donde en la raya el pie cada cual puesto,
prontos y apercebidos atendieron,
que no sintieron la señal tan presto
cuando todos en hila igual partieron
con tal velocidad que casi apenas
señalaban la planta en las arenas;
Pero Crepino, el jóven extrangero,
que asi de nombre propio se llamaba,
venia con tanta furia el delantero
que al presuroso viento atrás dejaba:
el rojo palio al fin tocó el primero,
que la larga carrera remataba,
dejando con su término agraciado
el circunstante pueblo aficionado.

Con sólene triunfo, rodeando
la llena y ancha plaza, le llevaron;
pero despues á mi lugar tornando,
que le diese el anillo me rogaron:
yo, un medroso temblor disimulando,
que atentamente todos me miraron,
del empacho y temor pasado el punto,
le dí mi libertad y anillo junto.

El me dijo: «Señora, te suplico
le recibas de mí, que aunque parece
pobre y pequeño el don, te certifico
que es grande la aficion con que se ofrece;
que con este favor quedaré rico;
y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
que no habrá empresa grande ni habrá cosa
que ya me pueda ser dificultosa."

Yo por usar de toda cortesía,
que es lo que á las mugeres perficiona,
le dije que el anillo recibia,
y mas la voluntad de tal persona.
En esto toda aquella compañía,
hecha en torno de mí esposa corona,
del ya agradable asiento me bajaron,
y á casa de mi padre me llevaron.

No con pequeña fuerza y resistencia,
por dar satisfaccion de mí á la gente,
encubrí tres semanas mi dolencia,
siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
y mostrando venir á la obediencia
de mi padre y señor, mañosamente
le dí á entender por señas y rodeo,
querer cumplir su ruego y mi deseo,

Diciendo, que pues él me persuadía
que tomase parientes y marido,
al parecer, segun que convenia,
yo por le obedecer le habia elegido:

el cual era Crepino, que tenia
valor, suerte y linage conocido,
junto con ser discreto, honesto, afable,
de condicion y término loable.
Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
hasta el fin escuchó el parecer mio,
besándome en la frente dijo: »en esto,
y en todo me remito á tu albedrio,
pues de tu discrecion y intento honesto
que elegirás lo que conviene fio;
y bien muestra Crepino en su crianza
ser de buenos respetos y esperanza."
Ya que con voluntad y mandamiento
á mi honor y deseo satisfizo,
y la vana contienda y fundamento
de los presentes jóvenes deshizo,
el infelice y triste casamiento
en forma y acto público se hizo
hoy hace justo un mes; ¡oh suerte dura,
que cerca está del bien la desventura!
Ayer me vi contenta de mi suerte
sin temor de contraste ni recelo;
hoy la sangrienta y rigurosa muerte,
todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿qué recompensa puede darme el cielo
á donde ya ningun remedio vale,
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?
Este es, pues, el proceso, esta es la historia,
y el fin tan cierto de la dulce vida:
he aqui mi libertad y breve gloria
en eterna amargura convertida.
Y pues que por tu causa, la memoria
mi llaga ha renovado encrudecida,
en recompensa del dolor te pido
me dejes enterrar á mi marido;

Que no es bien que las aves carniceras
despedacen el cuerpo miserable,
ni los perros y brutas bestias fieras
satisfagan su estómago insaciable:
mas cuando empedernido ya no quieras
hacer cosa tan justa y razonable,
haznos con esa espada y mano dura
iguales en la muerte y sepultura."

Aqui acabó su historia, y comenzaba
un llanto tal que el monte enternecia,
con una ansia y dolor que me obligaba
á tenerle en el duelo compañía;
que ya el asegurarle no bastaba
de cuanto prometer yo le podia;
solo pedia la muerte y sacrificio
por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
si don Simon Pereira, que á otro lado
hacia tambien la guardia, no viniera
á decirme que el tiempo era acabado:
y espantado tambien de lo que oyera,
que un poco desde aparte habia escuchado,
me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando,
en el mar las estrellas trastornaba,
y el crucero las horas señalando,
entre el sur y sudueste declinaba:
en mitad del silencio y noche, cuando
visto cuanto la oferta le obligaba,
reprimiendo Tegualda su lamento,
la llevamos á nuestro alojamiento,

Donde en honesta guarda y compañía
de mugeres casadas quedó en tanto
que el esperado ya vecino dia
quitase de la noche el negro manto.

Entretanto tambien razon seria,
pues que todos descansan y yo canto,
dejarlo hasta mañana en este estado,
que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españòles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra. Hace Caupolican muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante,
quién vió tal muestra y obra tan piadosa
como la que tenemos hoy delante
desta infelice bárbara hermosa?
La Fama, engrandeciéndola, levante
mi baja voz, y en alta y sonorosa,
dando noticia della, eternamente
corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
de las mordaces lenguas ponzoñosas,
que tienen de costumbre y por oficio
ofender las mugeres virtuosas;
pues, mirándolo bien, solo este indicio
sin haber en contrario tantas cosas,
confunde su malicia y las condena
á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuantas vemos que han subido
á la dificil cumbre de la fama,
Judith, Camila, la fenisa Dido,
á quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
labó con sangre la violada cama;
Hippo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia.

Bien puede ser entre estas colocada
la hermosa Tegualda; pues parece
en la rara hazaña señalada
cuanto por el piadoso amor merece:
así, sobre sus obras levantada,
entre las mas famosas resplandece,
y el nombre será siempre celebrado
á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó, pues, como dije, recogida
en parte honesta y compañía segura,
del poco beneficio agradecida,
segun lo que esperaba en su ventura.
Pero la aurora y nueva luz venida,
aunque el sabroso sueño con dulzura
me habia los lasos miembros ya trabado,
me despertó el aquejador cuidado,

Viniendo á toda prisa á donde estaba
firme en el triste llanto y sentimiento,
que solo un breve punto no aflojaba
la dolprosa pena y el lamento.

Yo con gran compasion la consolaba,
haciéndole seguro ofrecimiento
de entregarle el marido y darle gente
con que salir pudiese libremente.
Ella, del bien incrédula, llorando,
los brazos extendidos, me pedia
firme seguridad; y asi llamando
los indios de servicio que tenia,
salí con ella acá y allá buscando:
al fin entre los muertos que allí habia
hallamos el sangriento cuerpo helado,
de una redonda bala atrevesado.
La mísera Tegualda, que delante
vió la marchita faz desfigurada,
con horrendo furor en un instante
sobre ella se arrojó desatinada,
y junta con la suya, de abundante
flujo de vivas lágrimas bañada,
la boca le besaba y la herida,
por ver si le podia infundir la vida.
«¡Ay cuitada de mí! (decia) ¡qué hago
entre tanto dolor y desventura!
¡Como al injusto amor no satisfago
en esta aparejada coyuntura!
¿Por qué ya, pusilánime, de un trago
no acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿la injusticia á donde llega
que aun el morir forzoso se me niega?"
Asi furiosa, por morir echaba
la rigurosa mano al blanco cuello;
y no pudiendo mas, no perdonaba
al afligido rostro ni al cabello:
y aunque yo de estorbarlo procuraba,
apenas era parte á defendello;
tan grande era la basca y ansia fuerte
de la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron
por la gran persuasion y ruego mio,
y sus promesas ya me aseguraron
del gentílico intento y desvarío,
los prestos yanaconas levantaron
sobre un tablon el yerto cuerpo frio;
llevándole en los hombros suficientes
á donde le aguardaban sus sirvientes.

Mas, porque estando así rota la guerra
no padeciese agravio y demasía,
hasta pasar una vecina sierra
le tuve con mi gente compañía;
pero llegando á la segura tierra
encaminada en la derecha vía,
se despidió de mí reconocida
del beneficio y obra recebida.

Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
toda aquella semana trabajando,
en la cual lo deshecho rehicimos,
el foso y roto muro reparando:
de industria y fuerza, al fin, nos prevenimos
con buen ánimo y órden, aguardando
al enemigo campo cada dia,
que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos
eran de Mapochó nuestros guerreros,
de armas y municiones bastecidos,
con mil caballos y dos mil flecheros:
mas del lluvioso invierno los crecidos
raudales y las ciénegas y esteros,
llevándoles ganado, ropa y gente,
los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
llegó un indio á gran priesa á nuestro fuerte,
diciendo: «¡Oh temeraria gente insana!
huid, huid la ya vecina muerte:

que la potencia indómita araucana
viene sobre vosotros, de tal suerte
que no bastarán muros ni reparos,
ni sé lugar donde podais salvaros."
El mismo aviso trujo á medio dia
un amigo cacique de la sierra,
afirmando por cierto que venia
todo el poder y fuerza de la tierra
con soberbio aparato, donde habia
instrumentos y máquinas de guerra,
puentes, traviesas, árboles, fablones
y otras artificiosas prevenciones.
No desmayó por esto nuestra gente,
antes venir al punto deseaba,
que el menos animoso osadamente
el lugar de mas riesgo procuraba:
y con industria y órden conveniente
todo lo necesario se aprestaba,
esperando la gente apercebida
al dia amenazador de tanta vida.
Fuimos tambien por indios avisados
de nuestros espiones, que sin duda
nos darían el asalto por tres lados
al postrer cuarto de la noche muda:
asi que, cuando mas desconfiados,
no de divina, mas de humana ayuda,
por la cumbre de un monte de repente
apareció en buen orden nuestra gente.
¿Quién pudiera pintar el gran contento,
el alborozo de una y otra parte,
el ordenado alarde, el movimiento,
el ronco estruendo del furioso Marte;
tanta bandera descogida al viento,
tanto pendon, divisa y estandarte;
trompas, clarines, voces, apellidos,
relinchos de caballos y bufidos?

Ya que los unos y otros con razones
de amor y cumplimiento nos hablamos,
y para los caballos y peones
lugar cómodo y sitio señalamos,
tiendas labradas, toldos, pabellones
en la estrecha campaña levantamos
en tanta multitud que parecia
que una ciudad allí nacido habia.

Fue causa la venida desta gente
que el ejército bárbaro vecino,
con nuevo acuerdo y parecer prudente
mudase de propósito y camino:
que Colocolo astuta y sabiamente
al consejo de muchos contravino,
discurriendo por términos y modos,
que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
gran contienda sobre ello y diferencia,
pero al fin, por entonces difirieron
la ejecucion de la áspera sentencia;
y el poderoso campo retrujeron
hasta tener mas cierta inteligencia
del español ejército arribado,
que ya le habia la Fama acrecentado.

Pero los nuestros, de mostrar ganosos
aquel valor que en la nacion se encierra,
enemigos del ócio, y deseosos
de entrar talando la enemiga tierra,
procuran con afectos hervorosos
apresurar la deseada guerra,
haciendo diligencia y gran instancia
en prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagage brevemente
de la jornada larga y desabrida,
la bulliciosa y esforzada gente,
ganosa de honra y de valor movida,

murmurando el reposo libremente,
pide que se acelere la partida,
y el dia tanto de todos deseado
que fue de aquel en cinco señalado.

En el alegre y esperado dia,
al comenzar de la primer jornada,
llegó de la Imperial gran compañia
de caballeros y de gente armada:
que en aquella ocasion tambien venia
por tierra, aunque rebelde y alterada,
con gran chusma y bagaje, bastecida
de municiones, armas y comida.

Ya, pues, en aquel sitio recogidos
tantos soldados, armas, municiones,
de cosas importantes advertidos,
hechas las necesarias provisiones;
fueron por igual orden repartidos
los lugares, cuarteles y escuadrones,
para que en el rebato y voz primera
cada cual acudiese á su bandera.

Caupolican con no menor doctrina
y gran cuidado en todo y providencia,
la gente de su ejército consina
á los hombres de suerte y suficiencia,
que en la arte militar y diciplina
era de mayor prueba y experiencia.
Y todo puesto á punto, quiso un dia
ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que empezó la muestra
el cacique Pillolco, el cual armado
iba de fuertes armas, en la diestra
un gran baston de acero barreado;
delante de su escuadra, gran maestra
de arrojar el certero dardo usado,
procediendo en buen orden y manera,
de trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detras de los postreros
el fuerte Leucoton, á quien siguiendo
iba una espesa banda de flecheros,
gran número de tiros esparciendo.
Venia Rengo tras él con sus maceros,
en paso igual y grave, procediendo
arrogante, fantástico, lozano,
con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
el áspero y robusto Tulcomara,
que vestida en lugar de arnés traía
la piel de un fiero tigre que matára:
cuya espantosa boca le ceñia
por la frente y quijadas la ancha cara,
con dos espesas órdenes de dientes
blancos, agudos, lisos y lucientes;

Al cual, en gran tropel, acompañaban
su gente agreste y ásperos soldados,
que en apiñada muela le cercaban,
de pieles de animales rodeados:
luego los talcamávidas pasaban,
que son mas aparentes que esforzados,
debajo del gobierno y del amparo
del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
con sus pintadas armas, el cual era
del famoso Picoldo decendiente,
rigiendo los que habitan la ribera
del gran Nibequeten, que su corriente
no deja á la pasada fuente y rio
que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la muestra Mareande,
con una cimitarra y ancho escudo,
mozo de presuncion y orgullo grande,
alto de cuerpo, en proporcion membrudo:

iba con él su primo Lepomande,
desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo,
ambos de una divisa, rodeados
de gente armada y pláticos soldados.
Seguia el orden tras estos Lemolemo,
arrastrando una pica poderosa,
delante de su escuadra, por extremo
lucida entre las otras y vistosa:
un poco atrás del cual iba Gualemo,
cubierto de una piel dura y pelosa
de un caballo marino, que su padre
habia muerto en defensa de la madre.
Cuentan (no sé si es fábula) que estando
bañándose en la mar, algo apartada,
un caballo marino alli arribando,
fue de él súbitamente arrebatada;
y el marido á las voces aguijando
de la cara muger, del pez robada,
con el dolor y pena de perdella,
al agua se arrojó luego tras ella.
Pudo tanto el amor, que el mozo osado
al pescado alcanzó, que se alargaba,
y abrazado con él por maña á nado,
á la vecina orilla le acercaba,
donde el marino monstruo sobreaguado
(que tambien el amor ya le cegaba)
dió recio en seco, al tiempo que el reflujo
de las huidoras olas se retrujo.
Soltó la presa libre, y sacudiendo
la dura cola, el suelo deshacía,
y aqui y alli el gran cuerpo retorciendo,
contra el mozo animoso se volvia:
el cual, sazon y punto no perdiendo,
á las cercanas armas acudia,
comenzando los dos una batalla
que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente,
de fuerza y ligereza acompañada,
heria al furioso monstruo reciamente
con una porra de metal herrada:
al cabo el indio valerosamente
dió felice remate á la jornada,
dejando al gran pescado alli tendido,
que mas de treinta pies tenia, medido:
Y en memoria del hecho hazañoso,
digno de le poner en escritura,
del pellejo del pez duro y peloso
hizo una fuerte y facil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
las armas heredó y á Quillacura,
que es un valle extendido y muy poblado
de gente rica, de oro y de ganado.
Pasó tras este luego Talcaguano
(que ciñe el mar su tierra y la rodea)
un mástil grueso en la derecha mano,
que como un tierno junco le blandea;
cubierto de altas plumas muy lozano,
siguiéndole su gente de pelea,
por los pechos al sesgo atravesadas
bandas azules, blancas y encarnadas.
Venía tras él Tomé, que sus pisadas
seguian los puelches, gentes banderizas,
cuyas armas son puntas enhastadas,
de una gran braza largas y rollizas:
y los trulos tambien, que usan espadas
de fé mudable, y cosas movedizas,
hombres de poco efecto, alharaquientos,
de fuerza grande y chicos pensamientos.
No falte Andalican con su lucida
y ejercitada gente en ordenanza,
una cota finísima vestida,
vibrando la formida y gruesa lanza:

y Orompello, de edad aun no cumplida,
pero de grande muestra y esperanza,
otra escuadra de práticos regía,
llevando al diestro Ongolmo en compañía.
Elicura pasó luego tras estos
armado ricamente, el cual traía
una banda de mozos bien dispuestos,
de grande presuncion y gallardía:
seguian los flancos de almagrados gestos,
robusta y esforzada compañía,
llevando en medio de ellos por caudillo
al sucesor del ínclito Ainavillo.
Seguia despues Cayocupil, mostrando
la dispuesta persona y buen deseo,
su veterana gente gobernando,
con paso grave y con vistoso arreo.
Tras él venia Puren, tambien guiando
con no menor donaire y contoneo
una bizarra escuadra de soldados
en la dura milicia ejercitados.
Lincoya iba tras él, casi gigante,
la cresta sobre todos levantada,
armado un fuerte peto rutilante,
de penachos cubierta la celada.
Con desdeñoso término delante
de su lustrosa escuadra bien cerrada
el joven Peicaví luego guiaba
otro espeso escuadron de gente brava.
Venia en esta reseña en buen concierto
el grave Caniomangue, entristecido
por el insigne viejo padre muerto,
á quien habia en el cargo sucedido:
todo de negro, el blanco arnés cubierto,
y su escuadron de aquel color vestido,
al tardo son y paso los soldados
de roncos atambores destemplados.

Fue allí el postrero que pasó en la lista
(primero en todo) Tucapel gallardo,
cubierta una lucida sobrevista
de unos anchos escaques de oro y pardo:
grande en el cuerpo, y áspero en la vista,
con un huello lozano y paso tardo,
detrás del cual iba un tropel de gente
arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolican, con la otra parte
y resto del ejército araucano,
mas encendido que el airado Marte,
iba con un baston corto en la mano:
bajo de cuya sombra y estandarte
venia el valiente Curgo y Mareguano,
y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho, y Guampicolo.

Seguian luego detras sus plimaiquenos,
tuncos, renoguelones y poncones,
los itatas, mauleses y cauquenos,
de pintadas divisas y pendones;
nibequetenes, puelches y cautenos,
con una espesa escuadra de peones,
y multitud confusa de guerreros,
amigos comarcanos y extrangeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,
asi crece la fiera gente armada;
tiembla en torno la tierra y se estremece,
de tantos pies batida y golpeada:
lleno el aire de estruendo se escurece
con la gran polvoreda levantada,
que en ancho remolino al cielo sube
cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante
segun que dije arriba, don García
al tiempo del partir puesto delante
de aquella valerosa compañía,

con un alegre término y semblante;
que dichoso suceso prometia,
moviendo los dispuestos corazones,
comenzó de decir estas razones:

»Valientes caballeros, á quien solo
el valor natural de la persona
os trujo á descubrir el austral polo;
pasando la solar tórrida zona
y los distantes trópicos, que Apolo
por mas que cerca el cielo y le corona,
jamas en ningun tiempo pasar puede,
ni el soberano Autor se lo concede;

Ya que con tanto afan habeis seguido
hasta aqui las católicas banderas,
y al español dominio sometido
innumerables gentes extrangeras,
el fuerte pecho y ánimo sufrido
poned contra estos bárbaros de veras,
que, vencido esto poco, teneis llano
todo el mundo debajo de la mano.

Y en cuanto dilatamos este hecho
y de llegar al fin lo comenzado,
poco ó ninguna cosa habemos hecho;
ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
que, la causa indecisa, igual derecho
tiene el fiero enemigo en campo armado
á todas vuestras glorias y fortuna,
pues las puede ganar con sola una.

Lo que yo os pido de mi parte y digo
es, que en estas batallas y revueltas,
aunque os haya ofendido el enemigo,
jamas vos le ofendais espaldas vueltas:
antes le defended como al amigo
si, volviéndose á vos las armas sueltas,
rehuyere el morir en la batalla;
que mas es dar la vida que quitalla

Poned á todo en la razon la mira,
por quien las armas siempre habeis tomado,
que pasando los términos la ira
pierde fuerza el derecho ya violado:
pues cuando la razon no frena y tira
el ímpetu y furor demasiado,
el rigor excesivo en el castigo
justifica la causa al enemigo.

No sé, ni tengo mas acerca desto
que decir ni advertiros con razones,
que en detener ya tanto soy molesto
la furia desos vuestros corazones:
sús, sús, pues, derribad y allanad presto
las palizadas, tiendas, pabellones,
y movamos de aquí todos á una
á donde ya nos llama la fortuna."

Súbito las escuadras presurosas
con grande alarde y con gallardo brío
marchan á las riberas arenosas
del ancho y caudaloso Biobio;
y en esquifadas barcas espaciosas
atravesaron luego el ancho río,
entrando con ejército formado
por el distrito y término vedado.

Mas, segun el trabajo se me ofrece
que tengo de pasar forzosamente,
reposar algun tanto me parece
para cobrar aliento suficiente;
que la cansada voz me desfallece,
y siento ya acabárseme el torrente:
mas yo me esforzaré, si puedo, tanto
que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco: traban los araucanos con ellos una reñida batalla: hace Rengo de su persona gran prueba: cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.

Pérfido Amor tirano, ¿qué provecho
piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,
que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
labrarme poco á poco un vivo fuego,
y desde allí con movimiento blando
ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va en que yo no siga
el duro estilo del sangriento Marte,
que así de tal manera me fatiga
tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga
que, porque nadie quiere celebrarte,
al último rincon vas á buscarme,
y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza
habiendo tantos célebres varones,
venir á mendigar á mi pobreza,
tan falta de conceptos y razones;
y en medio de las armas y aspereza,
sumido en mil forzosas ocasiones,
me cargas por un sueño, quizá vano,
con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
del enemigo bárbaro vecino
no dá lugar á que otra cosa atienda,
que me tiene tomado ya el camino:
donde siento fraguada una contienda,
que al ingenio mas raro y peregrino,
en tal revolucion embarazado,
no le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo, pues, hacer, si ya metido
dentro en el campo y ocasion me veo,
sino al cabo cumplir lo prometido,
aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
por la mas corta senda sin rodeo
pienso seguir el comenzado oficio
desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia, digo que marchaba
nuestro ordenado campo de manera
que gran espacio en breve se alejaba
del Talcaguano término y ribera;
mas cuando el alto sol ya declinaba,
cerca de un agua al pie de una ladera
en cómodo lugar y llano asiento
hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
en el tendido llano á la marina,
cuando se oyó gritar por todos lados:
arma! arma! enfrena! enfrena! arma! arma!

luego de acá y de allá los derramados
siguiendo la ordenanza y disciplina,
corren á sus banderas y pendones,
formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores, que la tierra
iban corriendo por el largo llano,
al remate del cual está una sierra,
cerca del alto monte Andalicano,
vieron de allí calar gente de guerra;
cerrando el paso á la siniestra mano,
diciendo: «espera! espera! tente! tente!
veremos quién es hoy aquí valiente."

Los nuestros al amparo de un repecho
en forma de escuadron se recogieron,
donde con muestra y animoso pecho
al ventajoso número atendieron:
pero los fieros bárbaros de hecho,
sin punto reparar, los embistiéron,
haciéndoles tomar presto la vuelta,
sin orden y camino, á rienda suelta;

Aunque á veces en partes recogidos,
haciendo cuerpo y rostro, revolvian,
y con mayor valor que de vencidos
al vencedor soberbio acometian:
pero, de la gran furia compelidos,
el camino empezado proseguian,
dejando á veces-muerta y tropellada
alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
siempre con mayor furia y crecimiento,
en una espesa polvoreda envueltos,
iban en el alcance y seguimiento.
Los nuestros á calcaño y freno sueltos
(á la sazon con mas temor que tiento)
ayudan los caballos desbocados,
arrimándoles hierro á los costados.

Tucapelo gallardo, que al camino
salió al valiente Osorio, que corriendo
venia con mayor ánimo que tino,
los herrados talones sacudiendo,
mostrando el cuerpo, al tiempo que convino
le dió lado, y la maza revolviendo,
con tanta fuerza le cargó la mano,
que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atras venia,
de otro golpe tambien le puso en tierra,
el cual con gran esfuerzo y valentía
la adarga embraza y de la espada afierra;
y contra la enemiga compañía
se puso él solo á mantener la guerra;
haciendo rostro y pie con tal denuedo
que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustent!
la fuerza contra tantos no bastaba,
que ya la espesa turba alharaquienta
en confuso monton le rodeaba;
pero en esta sazon mas de ciucuenta
caballos que Reynoso gobernaba,
que de refresco á tiempo habia llegado,
vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió que aunque hallaron
de gruesas hastas un tejido muro,
el cerrado escuadron aportillaron,
probando mas de diez el suelo duro:
y al esforzado Cáceres cobraron,
que cercado de gente, mal seguro
con ánimo feroz se sustentaba,
y matando la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés, y Aranda,
sin mirar al peligro y riesgo extraño,
sustentan todo el peso de su banda.

Tambien hacen efeto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa;
Pero muy presto la araucana gente,
en la española sangre ya cebada,
los hizo revolver forzosamente
y seguir la carrera comenzada.
Tras estos otra escuadra de repente
en ellos se estrelló desatinada;
mas, sin ganar un paso de camino,
volver rostros y riendas les convino.
Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
luego con nueva pérdida y mas priesa
la primera derrota proseguian:
y en una polvorosa nube espesa
envueltos unos y otros ya venian,
cuando fue nuestro campo descubierto
en orden de batalla y buen concierto.
Iban los araucanos tan cebados
que por las picas nuestras se metieron;
pero vueltos en sí, mas reportados,
el ímpetu y la furia detuvieron:
y corregidos luego y ordenados,
la campaña al través se retrujeron
al pie de un cerro á la derecha mano,
cerca de una laguna y gran pantano,
Donde de nuestro cuerno arremetimos
un gran tropel á pie de gente armada,
que con presteza al arribar les dimos
espesa carga y súbita rociada:
y al cieno retirados, nos metimos
tras ellos por venir espada á espada,
probando allí las fuerzas y el denuedo
con rostro firme y ánimo á pie quedo.

Jamás los alemanes combatieron
así de firme á firme y frente á frente;
ni mano á mano dando, recibieron
golpes sin descansar á manteniente,
como el un bando y otro, que vinieron
á estar así en el cieno estrechamente
que echar atrás un paso no podian,
y dando aprisa, aprisa recibian.

Quién, el húmido cieno á la cintura,
con dos y tres á veces peleaba;
quién, por mostrar mayor desenvoltura,
queriéndose mover mas se atascaba;
quién, probando las fuerzas y ventura,
al vecino enemigo se aferraba,
mordiéndole y cegándole con lodo,
buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
andaba igual, y en duda la fortuna,
sin muestra ni señal de declararse
mínima de ventaja en parte alguna:
ya parecian aquellos mejorarse;
ya ganaban aquestos la laguna;
y la sangre de todos derramada
tornaba la agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
le habia llevado ciego tanto trecho,
luego que nuestro campo vió á la mira,
y que á dar en la muerte iba derecho,
al vecino pantano se retira,
y el fiero rostro y animoso pecho
contra todo el ejército volvia,
y en voz amenazándole decía:

«Venid, venid á mí, gente plebea,
en mí sea vuestra saña convertida,
que soy quien os persigue y quien desea
mas vuestra muerte que su propia vida.

No quiero ya descanso hasta que vea
la nacion española destruïda;
y en esa vuestra carne y sangre odiosa
pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»
Asi la tierra y cielo amenazando
en medio del pantano se presenta,
y, la sangrienta maza floreando,
la gente de poco ánimo amedrenta.
No fue bien conocido en la voz cuando
(haciendo de sus fieros poca cuenta)
algunos españoles mas cercanos
aguijaron sobre él con prestas manos.
Mas á Juan, yanacona, que una pieza
de los otros osado se adelanta,
le machuca de un golpe la cabeza,
y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta;
y contra el joven Záñiga endereza
el tercero, con saña y furia tanta
que, como clavo en húmido terreno,
le sume hasta los pechos en el cieno.
Pero de tiros una lluvia espesa
al animoso pecho encaminados,
turbando el aire claro, á mucha priesa
descargaron sobre él de todos lados:
por esto el fiero bárbaro no cesa,
antes con furia y golpes redoblados,
el lodo á la cintura, osadamente
estaba por muralla de su gente.
Cual el cerdoso javalí herido,
al cenagoso estrecho retirado,
de animosos sabuesos combatido,
y de diestros monteros rodeado,
ronca, bufa y rebufa embravecido,
vuelve y revuelve de este y de aquel lado,
rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
y los espesos tiros desbarata,

El bárbaro esforzado, de aquel modo
ardiendo en ira y de furor insano,
cubierto de sudor, de sangre y lodo,
estaba solo en medio del pantano
resistiendo la furia y golpe todo
de los tiros que de una y otra mano
cubriendo el sol sin número salian,
y como tempestad sobre él llovian.

Ya la esparcida y desmandada gente
que el porfiado alcance habia seguido,
descubriendo en el llano á nuestra gente,
se habia tirado atrás y recogido:
solo Rengo feroz y osadamente
sustenta igual el desigual partido;
á causa que la ciénaga era honda
y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto,
segun la mucha gente que cargaba,
que á grande prisa en orden y concierto
desta y de aquella parte le cercaba,
por un inculto paso y encubierto,
que la fragosa sierra le amparaba,
le pareció con tiempo retirarse,
y salvar sus soldados y él salvarse.

Diciéndoles: «amigos, no gastemos
la fuerza en tiempo y acto infrutuoso;
la sangre que nos queda conservemos
para venderla en precio mas costoso:
conviene que de aquí nos retiremos
antes que en este sitio cenagoso,
del enemigo puestos en aprieto,
perdamos la opinion, y él el respeto."

Luego, la voz de Rengo obedecida,
los presurosos brazos detuvieron,
y por la parte estrecha y mas tejida
al son del atambor se retrujeron.

era áspero el lugar y la salida,
y asi seguir los nuestros no pudieron;
quedando algunos dellos tan sumidos,
que fue bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
iban los fieros bárbaros saliendo.
Rengo, todo sangriento y enlodado,
los lleva en retaguardia recogiendo,
como el celoso toro madrigado
que la tarda vacada va siguiendo,
volviendo acá y allá espaciosamente
el duro cerviguillo y alta frente.

Nuestro campo por órden recogido;
retirado del todo el enemigo,
fue entre algunos un bárbaro cogido,
que mucho se alargó del bando amigo;
el cual acaso á mi cuartel traído
hubo de ser para ejemplar castigo
de los rebeldes pueblos comarcanos;
mandándole cortar ambas las manos:

Donde sobre una rama destroncada
puso la diestra mano (yo presente),
la cual de un golpe con rigor cortada,
sacó luego la izquierda alegremente,
que del tronco tambien saltó apartada,
sin torcer ceja ni arrugar la frente;
y con desden y menosprecio dello,
alargó la cabeza y tendió el cuello

Diciendo así: «Segad esa garganta,
siempre sedienta de la sangre vuestra;
que no temo la muerte ni me espanta
vuestra amenaza y rigurosa muestra:
y la importancia y pérdida no es tanta
que haga falta mi cortada diestra,
pues quedan otras muchas esforzadas
que saben gobernar bien las espadas.

Y si pensais sacar algun provecho
de no llegar mi vida al fin postrero,
aquí, pues, moriré á vuestro despecho,
que si quereis que viva yo no quiero:
al fin iré algun tanto satisfecho
de que á vuestro pesar alegre muero,
que quiero con mi muerte desplaceros,
pues solo en esto puedo ya ofenderos."
Así que, contumaz y porfiado
la muerte con injurias procuraba,
y siempre mas rabioso y obstinado,
sobre el sangriento suelo se arrojaba;
donde en su misma sangre revolcado
acabar ya la vida deseaba,
mordiéndose con muestras impacientes
los desangrados troncos con los dientes.
Estando pertinaz desta manera,
templándonos la lástima el enojo,
vió un esclavo bajar por la ladera
cargado con un bárbaro despojo:
y como encarnizada bestia fiera
que vé la desmandada presa al ojo,
así con una furia arrebatada
le sale de través á la parada;
Y en él los pies y brazos añudados,
sobre el húmido suelo le tendia,
y con los duros troncos desangrados
en las narices y ojos le hería:
al fin junto á nosotros á bocados
sin poderse valer se le comia
si no fuera con tiempo socorrido,
quedando, aunque fue presto, mal herido.
El bárbaro infernal con atrevida
voz en pie puesto, dijo: «Pues me queda
alguna fuerza y sangre retenida
con que ofender á los cristianos pueda,

quiero acetar, á mi pesar, la vida
aunque por modo vil se me conceda;
que yo espero sin manos desquitarme,
que no me faltarán para vengarme.
Quedáos, quedáos, malditos, que yo os digo
que en mí tendreis con ódio y sed rabiosa
torcedor y solícito enemigo
cuando dañar no pueda en otra cosa:
muy presto entendereis cómo os persigo;
y que os fuera mi muerte provechosa."
Diciendo así otras cosas que no cuento,
partió de allí ligero como el viento.
No es bien que así dejemos en olvido
el nombre deste bárbaro obstinado,
que por ser animoso y atrevido
el audaz Galbarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido
que la fuerza y la voz se me ha acabado
y así habré de parar, porque me siento
ya sin fuerza, sin voz, y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galbarino á donde estaba el Senado araucano: hace en el Consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo: pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.

Jamas debe, Señor, menospreciarse
el enemigo vivo, pues sabemos
puede de una centella levantarse
fuego con que despues nos abrasemós:
y entonces es cordura recelarse
cuando en mayor felicidad nos vemos;
pues los que gozan próspera bonanza
están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
el breve curso del felice hado,
que mientras que la incierta vida dura
nunca hay cosa que dure en un estado.

Así que, quien jamas tuvo ventura
podrá llamarse bienaventurado,
y sin prosperidad vivir contento;
pues no teme infelice acaecimiento.
Y pues que ya tenemos certidumbre
que nunca hay bien seguro ni reposo,
que es ley usada, es órden y costumbre
por donde ha de pasar el mas dichoso,
gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
y así, por no ser largo y enojoso,
solo quiero contar á lo que vino
el despreciar al mozo Galbarino:
El cual, aunque herido y desangrado;
tanto el corage y rabia le inducia,
que llegó á Andalican, donde alojado
Caupolican su ejército tenia.
Era al tiempo que el ínclito Senado
en secreto consejo proveía
las cosas de la guerra y menesteres,
dando y tomando en ello pareceres.
Cuál con justo temor dificultaba
la pretension de algunos imprudente;
cuál, por mostrar valor, facilitaba
cualquier dificultoso inconveniente;
cuál un concierto lícito aprobaba;
cuál era deste voto diferente;
procurando unos y otros con razones
esforzar sus discursos y opiniones.
En esta confusion y diferencia
Galbarino arribó, apenas con vida,
el cual pidiendo para entrar licencia,
le fue graciosamente concedida:
donde con la debida reverencia,
esforzado la voz enflaquecida,
falto de sangre, y muy cubierto della,
comenzó desta suerte su querella:

«Si soldados vengar, sacros varones,
las agenas injurias tan de veras,
y en las extrañas tierras y naciones
hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿como agora en las propias posesiones
unas bastardas gentes extrangeras
os vienen á oprimir y conquistaros,
y tan tibios estais en el vengaros?

Mirad mi cuerpo aqui despedazado,
miembro del vuestro, que por mas afrenta
me envian lleno de injurias al Senado
para que dellas sepa daros cuenta:
mirad vuestro valor vituperado,
y lo que en mi el tirano os representa,
jurando no dejar cacique alguno
sin desmembrarlos todos de uno en uno.

Por cierto bien en vano han adquirido
tanta gloria y honor vuestros agüelos,
y el araucano crédito subido
en su misma virtud hasta los cielos,
si agora infame, hollado y abatido
anda de lengua en lengua por los suelos,
y vuestra ilustre sangre resfriada
en los sucios rincones derramada.

¿Qué provincia hubo ya que no tremiese
de solo vuestro nombre y voz temida,
ni nacion que las armas no rindiese
por temor ó por fuerza compelida,
arribando á la cumbre porque fuese
tanto de allí mayor nuestra caida,
y al término llegase el menosprecio
donde de los pasados llegó el precio?

Pues unos extrangeros enemigos,
con título y con nombre de clemencia
ofrecen de acetaros por amigos
queriéndoos reducir á su obediencia:

y si no os sometéis, que con castigos
prometen oprimir vuestra insolencia,
sin quedar del cuchillo reservado
género, religion, edad, ni estado.

Volved, volved en vos, no deis oido
á sus embustes, tratos y marañas;
pues todas se enderezan á un partido
que viene á deslustrar vuestras hazañas:
que la ocasion que aqui los ha traido
por mares y por tierras tan extrañas
es el oro goloso que se encierra
en las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, es apariencia vana
querer mostrar que el principal intento
fue el extender la religion cristiana,
siendo el puro interés su fundamento:
su pretension de la codicia mana,
que todo lo demas es fingimiento,
pues los vemos que son mas que otras gentes
adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte
nos amenacen cierto en lo futuro,
podemos elegir honrada muerte,
remedio breve, facil y seguro:
poned á la fortuna el hombro fuerte;
á dura adversidad corazon duro;
que el pecho firme y ánimo invencible
allana y facilita aun lo imposible."

No pudo decir mas de desmayado
por la infinita sangre que perdia,
que el laso cuello ya debilitado
sostener la cabeza aun no podia:
asi el rostro mortal desfigurado
en el sangriento suelo se tendia,
dejando aun á los mas endurecidos
de su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida
por do pudiese hallar la muerte entrada,
retuvo luego la dudosa vida
en siéndole la sangre restañada:
y la virtud con tiempo socorrida
fue de tantos remedios confortada,
y el mozo se ayudó de tal manera
que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones
y el ódio que á los nuestros concibieron,
que los mas entibiados corazones
de cólera rabiosa se encendieron:
así las diferentes opiniones
á un fin y parescer se redujeron,
quedando para siempre allí excluido
quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
de venir á las armas bravcaban,
y con muestras y afectos hervorosos
el espacioso tiempo apresuraban;
pero los mas maduros y espaciosos
aquella ardiente cólera templaban
y el término de algunos indiscreto,
no reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato, pues, tratando
de dar no una batalla, sino ciento,
del órden, la manera, dónde y cuándo,
con varios pareceres y un intento;
que me voy poco á poco descuidando
de nuestro alborotado alojamiento,
donde estuvimos todos recogidos
con buena guardia y bien apercebidos.

Mas cuando el esperado sol salía,
la gente de caballo en órden puesta
marchó, quedando atrás la infantería,
y del campo despues toda la resta.

con tal velocidad que á medio dia
subimos la temida y agria cuesta,
de blancos huesos de cristianos llena,
que despertó el cuidado y nos dió pena.
Al araucano valle, pues, bajamos
que el mar le bate al lado del poniente,
donde en llano lugar nos alojamos
de comidas y pastos suficiente:
y luego con promesas enviamos
de aquella vecindad alguna gente
á requerir la tierra comarcana
con la segura paz y ley cristiana.
Mas como al tiempo puesto no volviesen,
y pasasen despues algunos dias,
ni por astucia y maña no supiesen
de su resolucion nuestras espías,
fue acordado que algunos se partiesen
por los vecinos pueblos y alquerías
al salir tardo de la escasa luna
á tomar relacion y lengua alguna.
Asi yo apercebido sordamente,
en medio del silencio y noche escura
dí sobre algunos pueblos de repente
por un gran arcabuco y espesura
donde la miserable y triste gente
vivia por su pobreza en paz segura;
que el rumor y alboroto de la guerra
aun no la habia sacado de su tierra.
Viniendo, pues, á dar al Chaillacano,
que es donde nuestro campo se alojaba,
ví en una loma al rematar de un llano
por una angosta senda que cruzaba
un indio, laso, flaco, y tan anciano
que apenas en los pies se sustentaba,
corvo, espacioso, debil, descarnado,
cual de raices de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza
de aquel retrato de vejez tardía;
llegué, por ayudarle en su pereza,
y tomar lengua dél si algo sabia.
Mas no sale con tanta ligereza
sintiendo los lebreles por la via
la temerosa gama fugitiva,
como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atencion ni advertimiento,
arrimando las piernas al caballo,
á mas correr salí en su seguimiento,
pensando (aunque volaba) de alcanzallo:
mas el viejo, dejando atrás el viento,
me fue forzoso á mi pesar dejallo,
perdiéndole de vista en un instante
sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
cerca de dos caminos desusados,
por donde corre Rauco mas estrecho,
que le ciñen dos cerros los costados:
y mirando á lo bajo y mas derecho,
en una selva de árboles copados
ví una mansa corcilla junto al rio
gustando de las yerbas y rocío.

Ocurrió luego á la memoria mia
que la razon en sueños me dijera
cómo habia de topar acaso un dia
una simple corcilla en la ribera:
y asi yo con graudísima alegría
comencé de bajar por la ladera
paso á paso, siguiendo el un camino
hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
era graude el rumor de la corriente,
y con pasos y orejas descuidadas
pacía la tierna yerba libremente;

pero cuando sintió ya mis pisadas
y al rumor levantó la altiva frente,
dejó el sabroso pasto y arboleda
por una estrecha y áspera vereda.
Comencéla á seguir á toda priesa
labrando á mi caballo los costados;
mas tomando otra senda que atraviesa
se entró por unos ásperos collados:
al cabo enderezó á una selva espesa
de matorrales y árboles cerrados,
á donde se lanzó por una senda,
y yo tambien tras ella á toda rienda.
Perdí el rastro y cerróseme el camino
sobreviniendo un aire turbulento,
y asi de acá y de allá fuera de tino
de una espesura en otra andaba á tiento.
Vista, pues, mi torpeza y desatino,
arrepentido del primer intento,
sin pasar adelante me volviera
sí alguna senda ó rastro yo supiera.
Gran rato anduve asi descarriado,
que la oculta salida no acertaba,
cuando sentí por el siniestro lado
un arroyo que cerca murmuraba;
y al vecino rumor encaminado,
al pie de un roble que á la orilla estaba
ví una pequeña y mísera casilla,
y junto á un hombre anciano la cercilla.
El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
tan fuera de camino te ha traido
por este inculto bosque y espesura
donde jamas ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
andas de tus banderas foragido,
haré cuanto pudiere de mi parte
en buscar el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
de aquel extraño y agradable viejo,
mas alegre que nunca fuí en mi vida
por hallar tal ayuda y aparejo,
le dije la ocasion de mi venida,
pidiéndole me diese algun consejo
para saber la cueva do habitaba
el mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
con un suspiro y tierno sentimiento
me tomó blandamente por la mano
saliendo de su frágil aposento:
y por ser á la entrada del verano
buscamos á la sombra un fresco asiento
en una tosca y pedregosa fuente,
do comenzó á decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
el desdichado viejo Guaticolo,
que en los robustos años fuí soldado
en cargo antecesor de Colocolo:
y antes por mi persona en estacado
siete campos vencí de solo á solo,
y mil veces de ramos fue ceñida
esta mi calva frente envejecida.

Mas como en esta vida el bien no dura,
y todo está sujeto á desvarío,
mudóse mi fortuna en desventura,
y en deshonor perpetuo el honor mio
que por extraño caso y desventura
vine con Ainaville en desafío,
donde toda mi gloria fue perdida
quitándome el honor y no la vida.

Viéndome, pues, con vida y deshonrado,
(que mil veces quisiera antes ser muerto)
de cobrar el honor desesperado
me vine, como ves, á este desierto,

donde mas de veinte años he morado
sin ser jamas de nadie descubierto
sino agora de tí, que ha sido cosa
no poco para mí maravillosa.
Así que, tantos tiempos he vivido
en este solitario apartamiento,
y pues que la fortuna te ha traido
á mi triste y humilde alojamiento,
haré de voluntad lo que has pedido,
que tengo con Fiton conocimiento,
que aunque intratable y áspero, es mi tio,
hermano de Guarcolo, padre mio.
Al pie de una asperísima montaña,
pocas veces de humanos pies pisada,
hace su habitacion y vida extraña
en una oculta y lóbrega morada
que jamas el alegre sol la baña,
y es á su condicion acomodada,
por ser fuera de término inhumano,
enemigo mortal del trato humano.
Mas su saber y su poder es tanto
sobre las piedras, plantas y animales,
que alcanza por su ciencia y arte cuanto
pueden todas las causas naturales:
y en el escuro reino del espanto
apremia á los callados infernales
á que digan por áspero conjuro
lo pasado, presente, y lo futuro.
En lá furia del sol y luz serena
de noturnas tinieblas cubre el suelo,
y, sin fuerza de vientos, llueve y truena
fuera de tiempo el sosegado cielo:
el raudo curso de los rios enfrena,
y las aves en medio de su vuelo
vienen de golpe abajo amodorridas
por sus fuertes palabras compelidas.

Las yerbas en su agosto reverdece,
y entiende la virtud de cada una,
el mar revuelve, el viento le obedece
contra la fuerza y órden de la luna;
tiembla la firme tierra y se estremece
á su voz eficaz sin causa alguna
que la altere y remueva por de dentro,
apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos
á las palabras deste estan sujetos,
y á las causas de arriba y movimientos
hace perder la fuerza y los efetos:
al fin, por su saber y encantamentos
escudriña y entiende los secretos,
y alcanza por los astros influentes
los destinos y hados de las gentes.

No sé, pues, cómo pueda encarecerte
el poder deste mágico adivino,
solo en tu menester quiero ofrecerte
lo que ofrecerte puede un su sobrino.
Mas, para que mejor esto se acierte,
será bien que tomemos el camino,
pues es la hora y sazon desocupada
que podremos tener mejor entrada."

Luego de alli los dos nos levantamos,
y atando á mi caballo de la rienda,
á paso apresurado caminamos
por una estrecha é intricada senda,
la cual seguida un trecho nos hallamos
en una selva de árboles horrenda,
que los rayos del sol y claro cielo
nunca alli vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada,
de espesas ramas y árboles cubierta,
vimos un callejon y angosta entrada,
y mas adentro una pequeña puerta

de cabezas de fieras rodeada,
la cual de par en par estaba abierta,
por donde se lanzó el robusto anciano
llevándome trabado de la mano.
Bien por ella cien pasos anduvimos,
no sin algun temor de parte mia,
cuando á una grande bóveda salimos,
do una lámpara eterna en medio ardia:
y á cada banda en torno della vimos
poyos puestos por órden, en que habia
multitud de redomas sobre-escritas
de ungüentes, yerbas, y aguas infinitas.
Vimos allí del lince preparados
los penetrantes ojos virtuosos,
en cierto tiempo y conjuncion sacados,
y los del basilisco ponzoñosos;
sangre de hombres bermejos enojados;
espumajos de perros que rabiosos
van huyendo del agua; y el pellejo
del pecoso chersidros cuando es viejo.
Tambien en otra parte parecia
la coyuntura de la dura hiena,
y el meollo del cencris, que se cria
dentro de Libia en la caliente arena; 5v
y un pedazo del ala de una arpía;
la hiel de la biforme anfisibena,
y la cola del áspide revuelta
que dá la muerte en dulce sueño envuelta:
Moño de calavera destroncada
del cuerpo que no alcanza sepultura;
carne de niña por nacer, sacada
no por donde la llama la natura;
y la espina tambien descoyuntada
de la sierpe cerastas; y la dura
lengua de la emorrois, que aquel que hiere
suda toda la sangre hasta que muere:

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
la supérflua natura ha producido;
escupidos de sierpes venenosos;
las dos alas del jáculo temido;
y de la seps los dientes ponzoñosos,
que el hombre ó animal della mordido
de súbito hinchado como un odre,
huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso transparente
el corazon del grifo atravesado,
y ceniza del fenix que en oriente
se quema él mismo de vivir cansado:
el unto de la scitala serpiente,
y el pescado echineis, que en mar airado
al curso de las naves contraviene,
y á pesar de los vientos las detiene;

No faltaban cabezas de escorpiones
y mortíferas sierpes enconadas;
alacranes, y colas de dragones,
y las piedras del águila preñadas:
buches de los hambrientos tiburones;
menstruo y leche de hembras azotadas,
landres, pestes, venenos, cuantas cosas
produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atencion mirando andaba
la copiosa botica embebecido,
por una puerta que á un rincon estaba
ví salir un anciano consumido
que sobre un corvo junco se arrimaba,
el cual luego de mí fue conocido
ser el que habia corrido por la cuesta,
que apenas le alcanzára una ballesta,

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
el que siendo tan mozo has hoy tomado
de venir á mi oculto alojamiento,
do sin mi voluntad nadie ha llegado:

mas, porque sé que algun honrado intento
tan lejos á buscarme te ha obligado,
quiero, por esta vez, hacer contigo
lo que nunca pensé acabar conmigo."
Visto por mi apacible compañero
la coyuntura y tiempo favorable,
pues el viejo tan áspero y severo
se mostraba doméstico y tratable,
se detuvo, mirándome primero
con un comedimiento y muestra afable,
por ver si responderle yo queria;
mas, viéndome callar, le respondia
Diciendo: «¡oh gran Fiton, á quien es dado
penetrar de los cielos los secretos,
que del eterno curso arrebatado,
no obedecen la ley, á tí sujetos!
tú, que de la Fortuna y fiero Hado
revocas cuando quieres los decretos,
y el orden natural turbas y alteras
alcanzando las cosas venideras;
Y por mágica ciencia y saber puro
rompiendo el cavernoso y duro suelo,
puedes en el profundo reino escuro
meter la claridad y luz del cielo;
y atormentar con áspero conjuro
la caterva infernal que con recelo
tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
que sus eternas leyes le quebranta;
Sabrás que á este mancebo le ha traido
de tu espantoso nombre la gran fama,
que, en las indas regiones extendido,
hasta el ártico polo se derrama;
el cual por mil peligros ha rompido,
tras su deseo corriendo, que le llama
á celebrar las cosas de la guerra,
y el sangriento destrozo desta tierra;

Que estando así una noche retirado
escribiendo el suceso de aquel dia,
súbito fue en un sueño arrebatado,
viendo cuanto en la Europa sucedia:
donde le fue asimismo revelado
que en tu escondida cueva entenderia
extraños casos, dignos de memoria,
con que ilustrar pudiese mas su historia:
Y que noticia le darias de cosas
ya pasadas, presentes y futuras;
hazañas y conquistas milagrosas,
peregrinos sucesos y aventuras;
temerarias empresas espantosas,
hechos que no se han visto en escrituras:
este encarecimiento le molesta,
y nos tiene suspensos tu respuesta."
Holgó el mago de oir cuán extendida
por aquella region su fama andaba;
y vuelta á mí la cara envejecida,
todo de arriba abajo me miraba:
al fin, con voz pujante y expedida,
que poco con las canas conformaba,
y aspecto grave y muestra algo severa,
la respuesta me dió desta manera:
«Aunque en razon es cosa prohibida
profetizar los casos no llegados,
y es menos alargar á uno la vida
contra el fuerte estatuto de los Hados;
ya que ha sido á mi casa tu venida
por incultos caminos desusados,
te quiero complacer, pues mi sobrino
viene aquí por tu intérprete y padrino."
Diciendo así, con paso tardo y lento
por la pequeña puerta cavernosa
me metió de la mano á otro aposento,
y luego en una cámara hermosa,

que su fábrica extraña y ornamento,
era de tal labor y tan costosa,
que no sé lengua que contarlo pueda,
ni habrá imaginacion á que no exceda.
Tenia el suelo por orden ladrillado
de cristalinas losas trasparentes,
que el color entrepuesto y variado
hacia labor y visos diferentes:
el cielo alto, diáfano, estrellado
de innumerables piedras relucientes,
que toda la gran cámara alegraba
la varia luz que dellas revocaba.
Sobre columnas de oro sustentadas
cien figuras de bulto en torno estaban,
por arte tan al vivo trasladadas
que un sordo bien pensára que hablaban:
y dellas las hazañas figuradas
por las anchas paredes se mostraban,
donde se via el extremo y excelencia
de armas, letras, virtud y continencia.
En medio desta cámara espaciosa,
que media milla en cuadro contenia,
estaba una gran poma milagrosa,
que una luciente esfera la ceñia,
que por arte y labor maravillosa
en el aire por sí se sostenia,
que el gran círculo y máquina de dentro
parece que estribaban en su centro.
Despues de haber un rato satisfecho
la codiciosa vista en las pinturas,
mirando de los muros, suelo y techo
la gran riqueza y varias esculturas,
el mago me llevó al globo derecho,
y vuelto allí de rostro á las figuras,
con el corvo cayado señalando,
comenzó de enseñarme así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
son los mas desta vida ya pasados,
que por grandes hazañas sus renombres
han sido y serán siempre celebrados;
y algunos, que de baja estirpe y nombres
sobre sus altos hechos levantados,
los ha puesto su próspera fortuna
en el mas alto cuerno de la luna:

Y esta bola que ves y compostura,
es del mundo el gran término abreviado,
que su dificilísima hechura
cuarenta años de estudio me ha costado.
Mas no habrá en larga edad cosa futura
ni oculto disponer de inmovil hado
que muy claro y patente no me sea,
y tenga aquí su muestra y viva idea.

Mas, pues tus aparencias codiciosas
son de escrebir los actos de la guerra,
y por fuerza de estrellas rigurosas
tendrás materia larga en esta tierra,
dejaré de aclararte algunas cosas
que la presente poma y mundo encierra,
mostrándote una sola que te espante,
para lo que pretendes importante:

Que, pues en nuestro Arauco ya se halla
materia á tu propósito cortada,
donde la espada y defensiva malla
es mas que en otra parte frecuentada,
solo te falta una naval batalla,
con que será tu historia autorizada,
y escribirás las cosas de la guerra
así de mar tan bien como de tierra;

La cual verás aquí tal, que te juro
que vista la tendremos por dudosa,
y en el pasado tiempo y el futuro
no se vió ni verá tan espantosa:

y el gran Mediterráneo mar seguro
quedará por la gente victoriosa,
y la parte vencida y destrozada
la marítima fuerza quebrantada.
Por tanto, á mis palabras no te alteres,
ni te espante el horrísono conjuro,
que, si atento con ánimo estuvieres,
veras aqui presente lo futuro:
todo punto por punto lo que vieres;
lo disponen los Hados, y aseguro
que podrás, como digo, ser de vista
testigo y verdadero coronista."
Yo con mayor codicia, por un lado
llegué el rostro á la bola trasparente,
donde vi dentro un mundo fabricado,
tan grande como el nuestro, y tan patente
como en redondo espejo relevado,
llegando junto el rostro, claramente
vemos dentro un anchísimo palacio,
y en muy pequeña forma grande espacio.
Y por aquel lugar se descubria
el turbado y revuelto mar Ausonio,
donde se difinió la gran porfia
entre Cesar Augusto y Marco Antonio:
asi en la misma forma parecia
por la banda de Lepanto y Favonio,
junto á las Curchulares, hácia el puerto
de galeras el ancho mar cubierto.
Mas viendo las devisas señaladas
del Papa, de Felipe y venecianos,
luego reconocí ser las armadas
de los infieles turcos y cristianos,
que, en orden de batalla aparejadas,
para venir estaban á las manos,
aunque á mi parecer no se movian,
ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
verás una naval batalla extraña,
donde se mostrará bien manifiesto
el supremo valor de vuestra España.»
Y luego con airado y fiero gesto,
hiriendo el ancho globo con la caña
una vez al través, otra al derecho,
sacó una horrible voz del ronco pecho

Diciendo: «Oroe amarillo, can Cerbero,
oh gran Pluton, rector del bajo infierno,
oh cansado Caron, viejo barquero;
y vos, laguna Estigia y lago Averno;
oh Demogorgon, tú que lo postrero
habitas del tartáreo reino eterno,
y las hervientes aguas de Aqueronte,
de Leteo, Cocito, y Flegetonte;

Y vos, Furias, que así con crueldades
atormentais las ánimas dañadas,
que aun temen ver las ínferas deidades
vuestras frentes de víboras crinadas;
y vosotras, Gorgóneas potestades,
por mis fuertes palabras apremiadas
haced que claramente aquí se vea
(aunque futura) esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,
nos muestra lo que pido aquí visible.
¡Hola! ¿á quién digo? ¿qué tardanza es esta,
que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta
y os heriré con luz aborrecible,
y por fuerza absoluta y poder nuevo
quebrantaré las leyes del Erebo.»

No acabó de decir bien esto cuando
las aguas en el mar se alborotaron,
y el seco Isnordeste respirando
las cuerdas y anchas velas se estiraron:

y aquellas gentes súbito anhelando
poco á poco moverse comenzaron,
haciendo de aquel modo en los objetos
todas las demas causas sus efetos.

Mirando (aunque espantado) atentamente
la multitud de gente que allí habia,
vi que escrito de letras en la frente
su nombre y cargo cada cual tenia:
y mucho me admiró los que al presente
en la primera edad yo conocia,
verlos en su vigor y años lozanos,
y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego, pues, los cristianos dispararon
una pieza en señal de rompimiento,
y en alto un crucifijo enarbolaron,
que acrecentó el hervor y encendimiento:
todos humildemente le saltaron
con grande devocion y acatamiento,
bajo del cual estaban á los lados
las armas de los fieles coligados.

En esto, con rumor de varios sones,
acercándose siempre, caminaban;
estandartes, banderas y pendones
sobre las altas popas tremolaban:
las ordenadas bandas y escuadrones,
esgrimiendo las armas, se mostraban
en torno las galeras rodeadas
de cañones de bronce y pabesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
no es bien que de tan grande cosa cante,
que es cierto menester aliento nuevo,
lengua mas expedida y voz pujante.
Asi, medroso desto, no me atrevo
á proseguir, Señor, mas adelante.
En el siguiente y nuevo canto os pido
me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV.

En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochali.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
en que mi voz, de vos favorecida,
cante la universal y gran jornada
en las ausónias olas difinida;
la soberbia otomana derrocada,
su marítima fuerza destruida,
los varios hados, diferentes suertes,
el sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme ¡oh sacras Musas! vuestra fuente,
y dadme nuevo espiritu y aliento,
con estilo y lenguage conveniente
á mi arrojado y grande atrevimiento,
para decir extensa y claramente
deste naval conflicto el rompimiento,
y las gentes que están juntas á una
debajo de este golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
y el número copioso de galeras,
la multitud y mezcla de naciones,
estandartes, enseñas y banderas;

las defensas, pertrechos, municiones,
las diferencias de armas y maneras,
máquinas, artificios, instrumentos,
aparatos, divisas y ornamentos?
Vi croatos, dalmacios, esclavones,
búlgaros, albaneses, transilvanos,
tártaros, tracios, griegos, macedones,
turcos, lidios, armenios, georgianos,
sirios, árabes, licios, licaones,
numidas, sarracenos, africanos,
genízaros, sanjacos, capitanes,
chauces, behelerveyes y bajanes.
Vi allí tambien de la nacion de España
la flor de juventud y gallardía,
la nobleza de Italia y de Alemaña,
una audaz y bizarra compañía;
todos ornados de riqueza extraña,
con animosa muestra y lozanía;
y en las popas, carceses y trinquetes
flámulas, banderolas, gallardetes.
Así las dos armadas, pues, venian,
en tal manera y orden navegando
que dos espesos bosques parecian
que poco á poco se iban allegando.
Las cicaládas armas relucian
en el inquieto mar reverberando,
ofendiendo la vista desde lejos
las agudas bislumbres y reflejos.
Por nuestra armada al uno y otro lado
una presta fragata discurria,
donde venia un mancebo levantado
de gallarda aparencia y bizarría,
un riquísimo fuerte peto armado,
con tanta autoridad que parecia
en su disposicion, figura y arte,
hijo de la Fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,
aficionado al talle y apostura,
mirando atentamente la manera,
el aire, el ademan y compostura,
en la fuerte celada en la testera
vi escrito en el relieve y grabadura
de letras de oro, el campo en sangre tinto,
DON JUAN, HIJO DE CESAR CARLOS QUINTO;

El cual acá y allá siempre corria
por medio del bullicio y alboroto,
y en la fragata cerca dél venia
el viejo secretario Juan de Soto,
de quien el mago anciano me decia
ser en todas las cosas de gran voto,
persona de discurso y experiencia,
de mucha expedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazon los exhortaba
á la batalla y trance peligroso,
con ánimo y valor que aseguraba
por cierta la victoria y fin dudoso;
y su gran corazon facilitaba
lo que el temor hacia dificultoso,
derramando por toda aquella gente
un bélico furor y fuego ardiente,

Diciendo: «¡oh valerosa compañía,
muralla de la Iglesia inexpugnable!
llegada es la ocasion, este es el dia
que dejais vuestro nombre memorable:
calad armas y remos á porfia,
y la invencible fuerza y fe inviolable
mostrad contra esos pérfidos paganos,
que vienen á morir á vuestras manos;

Que quien volver de aquí vivo desea
al patrio nido y casa conocida,
por medio desa armada gente crea
que ha de abrir con la espada la salida:

asi cada cual mire que pelea
por su Dios, por su rey y por la vida,
que no puede salvarla de otra suerte
sino es trayendo al enemigo á muerte.
Mirad que del valor y espada vuestra
hoy el gran peso y ser del mundo pende,
y entienda cada cual que está en su diestra
toda la gloria y premio que pretende:
apresuremos la fortuna nuestra,
que la larga tardanza nos ofende;
pues no estais de cumplir vuestro deseo
mas del poco de mar que en medio veo.
Vamos, pues, á vencer; no detengamos
nuestra buena fortuna que nos llama;
del hado el curso próspero sigamos,
dando materia y fuerzas á la fama:
que solo deste golpe derribamos
la bárbara arrogancia, y se derrama
el sonoroso estruendo desta guerra
por todos los confines de la tierra.
Mirad por ese mar alegremente,
cuanta gloria os está ya aparejada;
que Dios aqui ha juntado tanta gente
para que á nuestros pies sea derrocada;
y someta hoy aqui todo el oriente
á nuestro yugo la cerviz domada,
y á sus potentes príncipes y reyes
les podamos quitar y poner leyes.
Hoy con su perdicion establecemos
en todo el mundo el crédito cristiano,
que quiere nuestro Dios que quebrantemos
el orgullo y furor mahometano:
¿qué peligro ¡oh varones! temeremos
militando debajo de tal mano?
¿y quién resistirá vuestras espadas
por la divina mano gobernadas?

Solo os ruego que, en Cristo confiando,
que á la muerte de Cruz por vos se ofrece,
combata cada cual por él, mostrando
que llamarse su mílite merece;
con propósito firme protestando
de vencer ó morir, que si parece
la victoria de premio y gloria llena,
la muerte por tal Dios no es menos buena.
Y pues con este fin nos dispusimos
al peligro y rigor desta jornada,
y en la defensa de su ley venimos
contra esa gente infiel y renegada,
la justísima causa que seguimos
nos tiene la victoria asegurada:
así que, ya del cielo prometido,
os puedo yo afirmar que habeis vencido."
Súbito allí los pechos mas helados
de furor generoso se encendieron,
y de los torpes miembros resfriados
el temor vergonzoso sacudieron:
todos, los diestros brazos levantados,
la victoria ó morir le prometieron,
teniendo en poco ya desde aquel punto
el contrario poder del mundo junto.
El valeroso jóven, pues, loando
aquella voluntad asegurada,
con súbita presteza el mar cortando,
atravesó por medio de la armada,
de blanca espuma el rastro levantando;
cual luciente cometa arrebatada
cuando veloz, rompiendo el aire espeso,
le suele así dejar gran rato impreso.
Así que, brevemente habiendo puesto
en orden las galeras y la gente,
á la suya real se acosta presto,
donde fue saludado alegremente;

y señalando á cada cual su puesto;
con el concierto y orden conveniente,
la artillería bien puesta y alistada,
iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
el sucesor del ínclito Andrea Doria,
de quien el largo mar Mediterrano
hará perpétua y célebre memoria:
y Agustin Barbarigo, veneciano,
proveedor de la armada senatoria,
llevaba el otro cuerno á la siniestra,
con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
la batalla guiaba el hijo dino
del gran Carlos, cerrando los dos lados
las galeras de Malta y Lomelino,
las del Papa y Venecia á los costados:
así continuaban su camino,
cargando con igual compas y extremos
las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras,
bastecidas de gente y artilladas,
puestas de dos en dos en las fronteras,
que á manera de luna iban cerradas:
seguian luego detrás treinta galeras
al general socorro dedicadas,
donde el marques de Santa Cruz venia
con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento
la católica armada caminaba
la vuelta de la infiel, que á sobreviento,
ganándole la mar, se aventajaba:
pero luego á deshora calmó el viento;
y el alto mar sus olas allanaba,
remitiendo Fortuna la sentencia
al valor de los brazos y excelencia....

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro
va Siroco, virey de Alejandría,
con Mehemet, bey, eosario y gran maestro,
que á Negroponto á la sazon regía:
Ochali, renegado, iba al siniestro
con Carabei su hijo en compañía,
y en medio en la batalla bien cerrada,
Alí, gran general de aquella armada;
El cual, reconociendo el duro Hado,
y de su perdicion la hora postrera,
como prudente capitan y osado,
de la alta popa en la real galera,
con un semblante alegre y confiado,
que mostraba fingido por defuera,
el cristiano poder disminuyendo
hizo esta breve plática, diciendo:
«No será menester, soldados, creo,
moveros ni incitaros con razones,
que ya por las señales que en vos veo
se muestran bien las fieras intenciones.
Echad fuera la ira y el deseo
desos vuestros fogosos corazones,
y las armas tomad, en cuyo hecho
los Hados ponen hoy vuestro derecho.
Que jamas la Fortuna á nuestros ojos
se mostró tan alegre y descubierta,
pues cargada de gloria y de despojos
se viene ya á meter por nuestra puerta.
Rematad el trabajo y los enojos
desta prolija guerra, haciendo cierta
la esperanza y el crédito estimado,
que de vuestro valor siempre habeis dado.
No os altere la muestra y el ruido
con que se acerca la enemiga armada;
que sabed que ese ejército movido
y gente de mil reinos allegada,

Fortuna á una cerviz la ha reducido
porque pueda de un golpe ser cortada,
y deis por vuestra mano en solo un dia
del mundo al Gran Señor la monarquía:
Que esas gentes sin orden que allí vienen
en el valor y número inferiores,
son las que nos impiden y detienen
el ser de todo el mundo vencedores.
Muestren las armas el poder que tienen,
tomad desos indignos posesores
las provincias y reinos del poniente
que os vienen á entregar tan cierramente.
Que ese su capitan envanecido
es de muy poca edad y suficiencia,
indignamente al cargo promovido,
sin curso, disciplina ni experiencia:
y así presuntuoso y atrevido,
con ardor juvenil é inadvertencia
trae toda esta gente condenada
á la furia y rigor de vuestra espada.
No penseis que nos venden muy costosa
los Hados la victoria deste dia;
que lo mas desa armada temerosa
es de la veneciana señoría,
gente no ejercitada ni industriosa,
dada mas al regalo y policía,
y á las blandas delicias de su tierra,
que al robusto ejercicio de la guerra.
Y esotra turba multa congregada
es pueblo soez y bárbara canalla,
de diversas naciones amasada,
en quien conformidad jamas se halla:
gente que nunca supo qué es espada,
que antes que se comience la batalla
y el espantoso son de artillería
la romperá su misma vocería.

Mas vosotros, varones invencibles,
entre las armas ásperas criados,
y en guerras y trabajos insufribles
tantas y tantas veces aprobados,
¿qué peligros habrá ya tan terribles
ni contrarios ejércitos ligados
que basten á poneros algun miedo,
ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?
Ya me parece ver gloriosamente
la riza y mortandad de vuestra mano,
y ese interpuesto mar con mas creciente
teñido en roja sangre el color cano.
Abrid, pues, y romped por esa gente,
echad á fondo ya el poder cristiano,
tomando posesion de un golpe solo
del Gange á Chile, y de uno al otro polo."
Asi el bajá en el limitado trecho
los dispuestos soldados animaba,
y de la grande empresa y alto hecho
el próspero suceso aseguraba;
pero en lo hondo del secreto pecho
siempre el negocio mas dificultaba,
tomando por agüero ya contrario
la gran resolucion del adversario:
Y mas cuando un genízaro, forzado,
que iba sobre la gavia descubriendo,
despues de haberse bien certificado,
las galeras de alli reconociendo,
dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
y el socorro que atras viene siguiendo,
si mi vista de aqui no desatina,
es de la armada y gente ponentina."
Bien que sintió el bajá terriblemente
lo que el cristiano cierto le afirmaba;
pero, fingiendo esfuerzo, sabiamente
el secreto dolor disimulaba,

y al gran cuerpo de en medio frente á frente,
que por orden y suerte le tocaba,
enderezó su escuadra aventajada
de sus dos largos cuernos abrigada.
Llegado el punto ya del rompimiento
que los precisos Hados señalaron,
con una furia igual y movimiento
las potentes armadas se juntaron,
donde por todas partes á un momento
los cargados cañones dispararon
con un terrible estrépito, de modo
que parecia temblar el mundo todo.
El humo, el fuego, el espantoso estruendo
de los furiosos tiros escupidos;
el recio destroncar y encuentro horrendo
de las proas y mástiles rompidos;
el rumor de las armas estupendo,
las varias voces, gritos y apellidos;
todo en revuelta confusion hacía
espectáculo horrible y armonía.
No la ciudad de Príamo asolada
por tantas partes sin cesar ardia,
ni el crudo efecto de la griega espada
con tal rigor y estrépito se oía,
como la turca y la cristiana armada
que, envuelta en humo y fuego, parecia
no solo arder el mar, hundirse el suelo,
pero venirse abajo el alto cielo.
El gallardo don Juan, reconocida
la enemiga real que iba en la frente,
rompiendo recio la agua rebatida,
arremete sobre ella osadamente;
mas la turca con ímpetu impelida
le sale á recebir, donde igualmente
se embisten con furiosos encontrones,
rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas
cuando de gran tropel sobrevinieron
siete galeras turcas bien armadas;
que en la cristiana súbito embistieron;
pero, de no menor furia llevadas,
al socorro sobre ellas acudieron
de la derecha y de la izquierda mano
la general del Papa y veneciano,
Do con segunda autoridad venía
por general del sumo Quinto Pio
Marco Antonio Colonna, á quien seguia
una escuadra de mozos de gran brio,
tras la cual al socorro arremetia
por el camino y paso más vacío
la patrona de España y capitana
rompiendo el golpe y multitud pagana.
El príncipe de Parma valeroso,
que iba en la capitana ginovesa,
hendiendo el mar revuelto y espumoso
se arroja en medio de la escuadra apriesa:
la confusion y revolver furioso,
y del humo la negra nube espesa
la codiciosa vista me impedia,
y asi á muchos allí desconocia.
Mons de Leñí con su galera presto
por su parte embistió y cerró el camino,
donde llegó de los primeros puesto
el valeroso príncipe de Urbino,
que á la bárbara furia contrapuesto
con ánimo y esfuerzo peregrino,
gallarda y singular prueba hacia
de su valor, virtud y valentía.
Luego con igual ímpetu y denuedo
llegan unas con otras á bordarse,
cerrándose tan juntas que á pie quedo
pueden con las espadas golpearse.

No bastaba la muerte á poner miedo,
ni allí se vió peligro rehusarse,
aunque al arremeter viesen derechos
disparar los cañones á los pechos.
Así la airada gente deseosa
de ejecutar sus golpes se juntaban,
y cual violenta tempestad furiosa
los tiros y altos brazos descargaban.
Era de ver la priesa hervorosa
con que las fieras armas meneaban:
la mar de sangre súbito cubierta
comenzó á recebir la gente muerta.
Por las proas, por popas y costados
se acometen y ofenden sin sosiego;
unos cayendo mueren ahogados,
otros á puro hierro, otros á fuego;
no faltando en los puestos desdichados
quien á los muertos succediese luego,
que muerte ni rigor de artillería
jamas bastó á dejar plaza vacía.
Quién por saltar en el bajel contrario
era en medio del salto atravesado;
quién por herir sin tiempo al adversario
caía en el mar de su furor llevado:
quién con bestial designio temerario,
en su nadar y fuerzas confiado,
al odioso enemigo se abrazaba
y en las revueltas olas se arrojaba.
¿Cuál será aquel que no temblase viendo
el fin del mundo y la total ruïna;
tantas gentes á un tiempo pereciendo,
tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol, los claros rayos recogiendo,
con faz turbada de color sanguina,
entre las negras nubes se escondia
por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
sobre el rodante carro presuroso;
de Tesifon y Aleto acompañado,
discurre el fiero Marte sanguinoso.
Ora sacude el fuerte brazo armado,
ora bate el escudo fulminoso,
infundiendo en la fiera y brava gente
ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién, faltándole tiros, luego afierra
del pedazo del remo ó de la entena;
quién trabuca al forzado y lo deshierra
arrebatando el grillo y la cadena:
no hay cosa de metal, de leño y tierra
que allí para tirar no fuese buena,
rotos bancos, postizas, batayolas,
barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban
(aunque del duro acero resurtiesen)
en las sangrientas olas ya hallaban
enemigos que en sí los recibiesen;
y ardiendo, en la agua fria peleaban,
sin que al adverso Hado se rindiesen,
hasta el forzoso y postrimero punto
que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles, su propia sangre resorbiendo,
andan agonizando sobreaguados;
cuáles, tablas y gúmenas asiendo,
quedan (rindiendo el alma) enclavijados;
cuáles, hacer mas daño no pudiendo,
á los menos heridos abrazados,
se dejan ir al fondo forcejando,
contentos con morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta
y el confuso tumulto y son horrendo.
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
alquitran, y resina, y pez ardiendo:

la presta llama con la brea revuelta;
por la seca madera discurriendo,
con fieros estallidos y centellas,
creciendo amenazaban las estrellas.
Unos al mar se arrojan por salvarse,
del crudo hierro y llamas perseguidos:
otros, que habian probado el ahogarse,
se abrazan á los leños encendidos:
así que, con la gana de escaparse,
á cualquiera remedio vano asidos,
dentro del agua mueren abrasados,
y en medio de las llamas ahogados.
Muchos, ya con la muerte porfiando,
su opinion aun muriendo sostenian,
los tiros y las lanzas apañando
que de las fuertes armas resurtian:
y en las huidoras olas estribando,
los ya cansados brazos sacudian,
empleando en aquellos que topaban
la rabia y pocas fuerzas que quedaban.
Crece el furor y el áspero ruido
del contino batir apresurado:
el mar de todas partes rebatido
hierve y regüelda cuerpos de apretado;
y sangriento, alterado y removido,
cual de contrarios vientos arrojado,
todo revuelto en una espuma espesa,
las herradas galeras bate apriesa.
En la alta popa junto al estandarte
el ínclito don Juan resplandecia,
mas encendido que el airado Marte,
cercado de una ilustre compañía.
De allí provee remedio á toda parte:
acá dá priesa, allá socorro envía,
asegurando á todos su persona
soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
corre, vuelve, revuelve, torna y anda
donde el peligro mas le necesita:
provee, remedia, acude, ordena, manda,
insta, da priesa, induce y solicita,
á la diestra, siniestra, á popa, á proa,
ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Pliego don Fernando,
diligente, solícito y cuidoso
acude á todas partes, remediando
lo de menos remedio y mas dudoso.
Asi, pues, del cristiano y turco bando,
cada cual inquiriendo un fin honroso,
procuraban matando, como digo,
morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa
que el fin y dia postrero parecia;
de los tiros la recia lluvia espesa
el aire claro y rojo mar cubria.
Crece la rabia y el teson no cesa
de la presta y continua bateria,
atronando el rumor de las espadas
las marítimas costas apartadas.

El buen marques de Santa Cruz, que estaba
al socorro comun apercibido,
visto el trabado juego cual andaba
y desigual en partes el partido,
sin aguardar mas tiempo, se arrojaba
en medio de la priesa y gran ruido,
embistiendo con ímpetu furioso
todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo, pues, de enemigos rodeada
la galera real con gran porfia,
y que otra de refresco bien armada
á embestirla con ímpetu venia,

saltóle de través, boga arrancada,
y al encuentro y defensa se oponia,
atajando con presto movimiento
el bárbaro furor y fiero intento.
Despues rabioso, sin parar, corriendo
por la áspera batalla discurria;
entra, sale y revuelve, socorriendo,
y á tres y á cuatro á veces resistia.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
las gallardas espadas que este dia
en medio del furor se señalaron,
y el mar con turca sangre acrecentaron?
Don Juan en esto airado y impaciente,
la espaciosa Fortuna apresuraba,
poniendo espuelas y ánimo á su gente,
que envuelta en sangre agena y propia andaba.
Allí bajá, no menos diligente,
con gran hervor los suyos esforzaba,
trayéndoles contino á la memoria
el gran premio y honor de la victoria.
Mas la real cristiana aventajada
por el grande valor de su caudillo,
á puros brazos y á rigor de espada
abre recio en la turca un gran portillo,
por do un grueso tropel de gente armada
sin poder los contrarios resistillo,
entra con un rumor y furia extraña,
gritando: cierra! cierra! España! España!
Los turcos, viendo entrada su galera,
del temor y peligro compelidos,
revuelven sobre sí de tal manera
que fueron los cristianos rebatidos;
pero añadiendo furia á la primera
los fuertes españoles ofendidos,
venciendo el nuevo golpe de la gente,
los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el arbol mayor, donde afirmando
el rostro y pie con nueva confianza
renuevan la batalla, refrescando
el fiero estrago y bárbara matanza.
Carga socorro de uno y otro bando;
fatígales y aqueja la tardanza
de vencer ó morir desesperados,
dando gran priesa á los dudosos Hados.

La grande multitud de los heridos
que á la batida proa recudían,
causaban que á las veces detenidos
los unos á los otros se impedian;
pero, de medicinas proveidos,
luego de nuevo á combatir volvian,
las enemigas fuerzas reprimiendo
que iban, al parecer, convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
que allí cargaba mas que en otro lado,
viniendo á socorrer don Bernardino,
mas que de vista de ánimo dotado,
fue con súbita furia en el camino
de un fuerte esmerilazo derribado,
cortándole con golpe riguroso
los pasos y designio valeroso.

Fue el poderoso golpe de tal suerte,
de mas de la pesada y gran caida,
que resistir no pudo el peto fuerte
ni la rodela á prueba guarnecida;
al fin el joven con honrada muerte
del todo aseguró la inquieta vida,
embainando en España mil espadas
en contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fue embestida
la famosa de Malta capitana,
y apretada de todas y abatida
con vieja enemistad y furia insana;

mas la fuerza y virtud tan conocida
de aquella audaz caballeria cristiana;
la multitud pagana contrastando,
iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Argel, cosario experto,
que á la mira hasta entonces habia estado,
hallando al cuerno diestro el paso abierto,
que del todo no estaba bien cerrado,
antes que se pusiesen en concierto,
furioso se lanzó por aquel lado,
echándole de nuevo tres bajeles
con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
resisten aquel ímpetu y motivo;
pero al cabo, Señor, sobrepujando
á las fuerzas el número excesivo,
los entran con gran fuerza degollando,
sin tomar á rescate un hombre vivo,
vertiendo en el revuelto mar furioso
de baptizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta, que miraron
con tal rigor su capitana entrada,
los fieros enemigos despreciaron
con quien tenia batalla comenzada;
y batiendo los remos, se lanzaron
con nueva rabia y priesa acelerada
sobre la multitud de los paganos
verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fue el sentimiento en los soldados
y la sed de venganza de manera
que, embistiendo á los turcos por los lados,
entran haciendo riza carnicera:
así que, victoriosos y vengados
recobraron su honor y la galera,
hallando solo vivos los primeros
al general y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona, despreciando
el ímpetu enemigo y la braveza,
combate animosísimo, igualando
con la honrosa ambicion la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero, contrastando
la turca fuerza y bárbara fiereza,
vengaba allí con ira y rabia justa
la injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto
tambien Portau bajá la combatia,
la cual ya por el uno y otro canto
cercada de galeras la tenia.
Era el valor de los cristianos tanto
que la ventaja desigual suplia,
no solo sustentando igual la guerra,
pero dentro del mar ganando tierra;

Que don Juan, de la sangre de Cardona,
ejercitando allí su viejo oficio,
ofrece á los peligros la persona,
dando de su valor notable indicio;
y la fiera nacion de Barcelona
hace en los enemigos sacrificio,
trayèndo hasta los puños las espadas
todas en sangre bárbara bañadas.

No, pues, con menos ánimo y pujanza
el sabio Barbarigo combatia,
igualando el valor á la esperanza
que de su claro esfuerzo se tenia.
Ora oprime la turca confianza,
ora á la misma muerte rebatia,
haciendo suspender la flecha airada
que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
contrastaba la furia sarracina,
no pudo contrastar al duro Hado,
ó, por mejor decir, orden Divina;

que ya el último término llegado,
de una furiosa flecha repentina
fue acertado en el ojo en descubierto,
donde á poco de rato cayó muerto.
Aunque fue grande el daño y sentimiento
de ver tal capitan así caído,
no por eso turbó el osado intento
del venceciano pueblo embravecido,
antes con mas furor y encendimiento,
á la venganza lícita movido,
hiere en los matadores de tal suerte
que fue recompensada bien su muerte.
En este tiempo andaba la pelea
bien reñida del lado y cuerno diestro,
donde el sagaz y astuto Juan Andrea
se mostraba muy plático maestro.
Tambien Hector Espínola pelea
con uno y otro á diestro y á siniestro,
señaláudose en medio de la furia
la experta y diestra gente de Liguria.
Bien dos horas y media y mas habia
que duraba el combate porfiado,
sin conocer en parte mejoría,
ni haberse la victoria declarado,
cuando el bravo don Juan, que en saña ardia,
cuasi quejoso del suspenso Hado,
comenzó á mejorar sin duda alguna
declarada del todo su fortuna.
En esto con gran ímpetu y ruído,
por el valor de la cristiana espada
el furor mahomético oprimido,
fue la turca real del todo entrada,
do, el estandarte bárbaro abatido;
la cruz del Redentor fue enarbolada,
con un triunfo solemne y grande gloria
cantando abiertamente la victoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
por los míseros turcos ya turbados,
les fue los brazos luego entorpeciendo,
dejándolos sin fuerzas desmayados;
y las espadas y ánimos rindiendo,
á su fortuna mísera entregados,
dieron la entrada franca (como cuento)
al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya, pues, del cuerno izquierdo y del derecho
de la victoria sanguinosa usando,
con furia inexorable todo á hecho
los van por todas partes degollando.
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
quién se entrega á las llamas, rehusando
el agudo cuchillo riguroso,
teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochali, viendo su gente
por la cristiana fuerza destruida,
y la deshecha armada totalmente
al hierro, fuego y agua ya rendida,
la derrota tomó por el poniente,
siguiéndole con mísera huida
las bárbaras reliquias destrozadas,
del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo
del traidor renegado el bajo intento,
con gran furia el movido mar rompiendo
carga, dándole caza, en seguimiento.
Iban trás ellos al través saliendo
el de Bazan y el de Oria á sotavento
con una escuadra de galeras junta
procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
la senda y ancho mar, segun temia,
vuelta la proa á la vecina costa,
en tierra con gran ímpetu embestia:

y cual se ve tal vez saltar langosta
en multitud confusa, asi á porfia
salta la gente al mar embravecido,
huyendo del peligro mas temido.
Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
el gran reflujo de las olas hiende;
cuál, sin mirar al fondo y largo trecho,
no sabiendo nadar alli lo aprende:
no hay parentesco, no hay amigo estrecho,
ni el mismo padre al caro hijo atiende,
que el miedo, de respetos enemigo,
jamas en el peligro tuvo amigo.
Asi que, del temor mismo esforzados,
en la arenosa playa pie tomaron,
y por las peñas y árboles cerrados
á mas correr huyendo se escaparon.
Deshechos, pues, del todo y destrozados
los miserables bárbaros quedaron,
habiendo, fuerza á fuerza y mano á mano,
rendido el nombre de Austria al Otomano.
Estaba yo con gran contento viendo
el próspero suceso prometido,
cuando en el globo el mágico hiriendo
con el potente junco retorcido,
se fue el aire ofuscando y revolviendo,
y cesó de repente el gran ruido;
quedando en gran quietud la mar segura
cubierta de una niebla y sombra escura.
Luego Fiton con plática sabrosa
me llevó por la sala paseando,
y sin dejar figura, cada cosa
me fue parte por parte declarando.
Mas teniendo temor que os sea enojosa
la relacion prolija, iré dejando
todo aquello (aunque digno de memoria)
que no importa ni toca á nuestra historia;

Solo diré que con muy gran contento
del mago y Guaticolo despedido,
aunque tarde, llegué á mi alojamiento,
donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo, pues, la pluma á nuestro cuento,
que en larga digresion me he divertido,
digo que allí estuvimos dos semanas
con falsas armas y esperanzas vanas;
Pero en resolucion, nunca supimos
de nuestros enemigos cautelosos,
ni su designio y ánimo entendimos,
que nos tuvo suspensos y dudosos;
lo cual considerado, nos partimos,
desmintiendo los pasos peligrosos
en su demanda, entrando por la tierra
con gana y fin de rematar la guerra.
Una tarde que el sol ya declinaba,
arribamos á un valle muy poblado,
por donde un grande arroyo atravesaba,
de cultivadas lomas rodeado;
y en la mas llana que á la entrada estaba,
por ser lugar y sitio acomodado,
la gente se alojó por escuadrones
las tiendas levantando y pabellones.
Estaba el campo apenas alojado,
cuando de entre unos árboles salia
un bizarro araucano bien armado,
buscando el pabellon de don García;
y á su presencia el bárbaro llegado,
sin muestra ni señal de cortesía,
le comenzó á decir:::: Pero entre tanto
será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los españoles su campo en Millarapué: llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y sangrienta: señálanse Tucapel y Rengo: cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada
y no pasar por ella facilmente,
que gente tan ignota y desviada
de la frecuencia y trato de otra gente,
de innavegables golfos rodeada,
alcance lo que asi dificilmente
alcanzaron por curso de la guerra
los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
á los que el arte militar hallaron;
ni mas celebren ya á los inventores
que el duro acero y el metal forjaron:
pues los últimos indios moradores
del araucano estado asi alcanzaron
el orden de la guerra y diciplina,
que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién lés mostró á formar los escuadrones,
representar en orden la batalla,
levantar caballeros y bastiones,
hacer defensas, fosos y muralla,
trincheas, nuevos reparos, invenciones,
y cuanto en uso militar se halla,
que todo es un bastante y claro indicio
del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado
el silencio en la guerra y obediencia,
que nunca fue secreto revelado
por dádiva, amenaza ni violencia;
cómo ya en lo que dellos he contado
vemos abiertamente la experiencia;
pues por maña jamas ni por espías
dellos tuvimos nueva en tantos dias;

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
presas de sobresalto muchas gentes.
que al rigor del tormento resistieron
con gran constancia y firmes continentes:
tanto, que muchas veces nos hicieron
andar en los discursos diferentes,
que pudiera causar notable daño,
creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
apenas nuestro ejército alojado,
vino un gallardo mozo preguntando
dó estaba el capitan aposentado:
y á su presencia el bárbaro llegando,
con tono sin respeto levantado,
habiéndose juntado mucha gente,
echó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitan cristiano! si ambicioso
eres de honor con título adquirido,
al oportuno tiempo venturoso
tu próspera fortuna te ha traído:

que el gran Caupolicano, deseoso
de probar tu valor encarecido,
si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
pide de solo á solo la batalla:
Que siendo de personas informado
que eres mancebo noble floreciente,
en la arte militar ejercitado,
capitan y cabeza desta gente,
dándote por ventaja de su grado
la eleccion de las armas francamente;
sin excepcion de condicion alguna
quiere probar tu fuerza y su fortuna.
Y así, por entender que muestras gana
de encontrar el ejército araucano,
te avisa que al romper de la mañana
se vendrá á presentar en este llano,
do con firmeza de ambas partes llana,
en medio de los campos mano á mano,
si quieres combatir sobre este hecho,
rimitirá á las armas el derecho:
Con pacto y condicion que si vencieres
someterá la tierra á tu obediencia,
y dél podrás hacer lo que quisieres
sin usar de respeto ni clemencia:
y cuando tú por él vencido fueres,
libre te dejará en tu preeminencia;
que no quiere otro premio ni otra gloria
sino solo el honor de la victoria.
Mira que solo en que esta voz se extienda
consigues nombre y fama de valiente,
y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
durará tu memoria entre la gente;
pues al fin se dirá que por contienda
entraste valerosa y dignamente
en campo con el gran Caupolicano
persona por persona y mano á mano.

Esto es á lo que vengo, y así pido
te resuelvas en breve á tu albedrío,
si quieres por el término ofrecido
rehusar ó acetar el desafío,
que, aunque el peligro es grande y conocido,
de tu altiveza y ánimo confío
que al fin satisfarás con osadía
á tu estimado honor y al que me envía."
Don García le responde: «Soy contento
de acetar el combate, y le aseguro
que al plazo puesto y señalado asiento
podrá á su voluntad venir seguro."
El indio, que escuchando estaba atento,
muy alegre le dijo: «Yo te juro
que esta osada respuesta eternamente
te dejará famoso entre la gente."
Con esto, sin pasar mas adelante
las espaldas volvió y tomó la vía,
mostrando por su término arrogante
en la poca opinion que nos tenía.
Algunos hubo allí que en el semblante
juzgaron ser mañosa y doble espía,
que iba á reconocer con este tiento
la gente y pertrechado alojamiento.
Venida, pues, la noche, los soldados
en orden de batalla nos pusimos,
y á las derechas picas arrimados,
contando las estrellas estuvimos,
del sueño y graves armas fatigados,
aunque crédito entero nunca dimos
al indio, por pensar que solo vino
á tomar lengua y descubrir camino.
Ya la espaciosa Noche declinando
trastornaba al ocaso sus estrellas,
y la Aurora al oriente despuntando
deslustraba la luz de todas ellas:

las flores con su fresco humor rociando,
restituyendo en su color aquellas
que la tiniebla lóbrega importuna
las habia reducido á sola una.

Cuando con alto y súbito alarido
apareció por uno y otro lado,
en tres distintas partes dividido,
el ejército bárbaro ordenado;
cada escuadron de gente muy fornido
que con gran muestra y paso apresurado
iban en igual orden, como cuento,
cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada,
sobre las riendas la enemiga espera;
mas antes que llegase, anticipada
se arroja por una áspera ladera,
y al escuadron siniestro encaminada,
le acomete furiosa, de manera
que un terrapleno y muro poderoso
no resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolican, que gobernando
iba aquel escuadron algo delante,
el paso hasta su gente retirando,
hizo calar las picas á un instante:
donde, los pies y brazos afirmando,
en las agudas puntas de diamante
reciben el furor y encuentro extraño,
haciendo en los primeros mucho daño.

Unos, sin alas, con ligero vuelo
desocupan atónitos las sillas;
otros, vueltas las plantas hácia el cielo,
imprimen en la tierra las costillas;
y los que no probaron allí el suelo
por apretar mas recio las rodillas,
aunque mas se mostraron esforzados,
quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,
que todos sin errar fueron derechos;
cuales, de banda á banda atravesaron;
cuales, atropellaron con los pechos:
todos en un instante se mezclaron,
viniendo á las espadas mas estrechos
con tal priesa y rumor que parecia
la espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,
rota la pica de la maza afierra,
y á la derecha y á la izquierda mano
hiere, destroza, mata y echa á tierra:
hallándose muy junto á Berzocano
los dientes y el furioso puño cierra,
descargándole encima tal puñada,
que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,
que fue por su desdicha el mas vecino;
abre, destroza, rompe y desbarata,
haciendo llano el áspero camino:
y al yanacona Tambo asi arrebata
que, como alcon al pollo ó palomino,
sin poderle valer los mas cercanos,
le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando
andaban de encontrarse en esta danza,
se acometen furiosos, descargando
los brazos con igual ira y pujanza;
y las altas cabezas inclinando,
á su pesar usaron de crianza
hincando á un tiempo entrambos las rodillas
con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza,
comenzando un combate fiero y crudo;
ya tiran á los pies, ya á la cabeza,
ya abollan la celada, ya el escudo.

Así, pues, anduvieron una pieza;
mas pasar adelante esto no pudo,
que un gran tropel de gentes que embistieron
por fuerza á su pesar los despartieron.
Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortes y Juan Jufré con riesgo extraño
sustentan todo el peso de su banda:
tambien hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña; Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juán Lopez de Gamboa.
Pues don Luis de Toledo peleando,
Carranza, Aguayo, Zúñiga, y Castillo
resisten el furor del indio bando,
con Diego Cano, Perez, y Morcillo:
los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes, y Carrillo
derriban á sus pies gallardamente,
aunque á costa de sangre, mucha gente.
El escuadron de en medio viendo asida
por el cuerno derecho la contienda,
acelerando el tiempo y la corrida,
acude á socorrer con furia horrenda:
mas nuestra gente en tercios repartida
le sale á recibir á toda rienda,
y del terrible estruendo y fiero encuentro
la tierra se apretó contra su centro.
Hubo muchas caidas señaladas,
grandes golpes de mazas y picazos:
lanzas, gorgueas y armas enastadas
volaron hasta el cielo en mil pedazos:
vienen en un momento á las espadas,
y aun otros, mas coléricos, á brazos,
dándose con las dagas y puñales
heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel habiendo hecho
su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
poco del diestro golpe satisfecho,
le arrebató un estoque acicalado,
con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
y de un reves y tajo arrebatado
arrojó dos cabezas con celadas
muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo facilmente,
y dió á Juan Yanarunà tal herida
que la armada cabeza por la frente
cayó sobre los hombros dividida.
Revuelve de estocada diestramente
y al robusto Picol quitó la vida;
pero en esta sazon inadvertido
de mas de diez espadas fue herido.

Carga sobre él de presto mucha gente,
al rumor del estrago que sonaba,
y cercándole en torno reciamente
en confuso monton le fatigaba:
mas él con gran desden y altiva frente
de tal manera el brazo rodeaba,
que á muchos con castigo y escarmiento
les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
cuanto el trabajo y el peligro crece;
que allí la gloria y el honor pretende
donde mayor dificultad se ofrece:
lo mas dudosó y de mas riesgo emprende,
y poco lo posible le parece,
que el pecho grande y ánimo invencible
le allana y facilita lo posible.

El último escuadron y mas copioso,
su derrota y designio prosiguiendo,
con paso, aunque ordenado, presuroso,
por la tendida loma iba subiendo:

y en el dispuesto llano y espacioso,
nuestro escuadron del todo descubriendo,
se detuvo algun tanto astutamente
reconociendo el sitio y nuestra gente.
Delante desta escuadra, pues, venia
el mozo Galbarin sargenteando,
que sus troncados brazos descubria,
las llagas aun sangrientas amostrando.
De un canto al otro apriesa discurría,
el daño general representando,
encendiendo en furor los corazones
con muestras eficaces y razones,
Diciendo: «¡oh valentísimos soldados
tan dignos deste nombre, en cuya mano
hoy la Fortuna y favorables Hados
han puesto el ser y crédito araucano!
estad de la victoria confiados,
que ese tumulto y aparato vano
es todo el remanente y son las heces
de los que habeis vencido tantas veces.
Y esta postrer batalla fenecida,
de vosotros asi tan deseada,
no queda cosa ya que nos impida,
ni lanza enbiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
que está para el vencido aparejada,
los ásperos tormentos excesivos
que el vencedor promete hoy á los vivos:
Que si en esta batalla sois vencidos,
la ley perece y libertad se atierra,
quedando al duro yugo sometidos,
inhábiles del uso de la guerra;
pues con las brutas bestias siempre uncidos
habeis de arar y cultivar la tierra,
haciendo los oficios mas serviles
y bajos ejercicios mugeriles.

Tened, varones, siempre en la memoria
que la deshonra eternamente dura,
y que perpetuamente esta victoria
todas vuestras hazañas asegura.
Considerad, soldados, pues, la gloria
que os tiene aparejada la Ventura,
y el gran premio y honor que, como digo,
un tan breve trabajo trae consigo:
Que aquel que se mostráre buen soldado
tendrá en su mano ser lo que quisiere,
que todo lo que habemos deseado
la Fortuna con ello hoy nos requiere.
Tambien piense que queda condenado
por rebelde y traidor quien no venciere,
que no hay vencido justo y sin castigo
quedando por juez ya su enemigo."
De tal manera el bárbaro valiente
despertaba la ira y la esperanza,
que el escuadron apenas obediente
podia sufrir el orden y tardanza;
mas, ya que la señal última siente,
con gran resolucion y confianza,
derribando las picas, bien cerrado
irse dejó de su furor llevado.
En el esento y pedregoso llano,
que mas de un tiro de arco se extendia,
nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
asimismo al encuentro le salia,
donde con muestra y término inhumano,
y el gran furor que cada cual traía,
se embisten los airados escuadrones
cayendo cuerpos muertos á montones.
No duraron las picas mucho enteras,
que en rajas por los aires discurrieron;
las extendidas mangas y hileras
de golpe unas con otras se rompieron:

hubo muertes allí de mil maneras,
que muchos sin heridas perecieron
del polvo y de las armas abogados,
otros de encuentros fuertes estrellados.
Trábase entre ellos un combate horrendo
con hervorosa priesa y rabia extraña,
todos en un teson igual poniendo
la extrema industria, la pujanza y maña.
Sube á los cielos el furioso estruendo,
retumba en torno toda la campaña,
cubriendo los lugares descubiertos
la espesa lluvia de los cuerpos muertos.
Hierve el corage, crece la contienda
y el batir sin cesar siempre mas fuerte;
no hay malla y pasta fina que defienda
la entrada y paso á la furiosa Muerte,
que con irreparable furia horrenda
todo ya en su figura lo convierte,
naciendo del mortal y fiero estrago
de espesa y negra sangre un ancho lago.
Rengo orgulloso, que al siniestro lado
iba siempre avivando la pelea,
de la roedora afrenta estimulado
que en Mataquito recibió de Andrea,
el ronco tono y brazo levantado,
discurre todo el campo y le rodea,
acá y allá por una y otra mano
llamando el enemigo nombre en vano.
Andrea, pues, asimismo procurando
fenecer la cuestion le deseaba;
mas lo que el uno y otro iba buscando
la dicha de los dos lo desviaba:
que el italiano mozo peleando
en el otro escuadron distante andaba;
haciendo por su extraña fuerza cosas
que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza
la dura punta y á Pinol barrena,
y sin brazo á Teguan una gran pieza
le arroja dando vueltas por la arena;
lleva de un golpe á Changle la cabeza,
y por medio del cuerpo á Pon cercena,
hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
como grulla le deja en un pie solo.

Veis, pues, aquí á Orompello, el cual haciendo
venia por esta parte mortal guerra,
que al gran tumulto y voces acudiendo,
vió cubierta de muertos la ancha tierra;
y al ginovés gallardo conociendo,
como cebado tigre con él cierra,
alta la maza y encendido el gesto,
sobre las puntas de los pies enhiesto.

Fue de la maza el ginovés cogido
en el alto crestou de la celada,
que todo lo abolló y quedó sumido
sobre la estofa de algodon colchada:
estuvo el italiano adormecido,
gomita sangre, la color mudada,
y vió, dando de manos por el suelo,
vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego,
con mas furor y menos bien guiado,
que á no ser á soslayo, el fiero juego
del todo entre los dos fuera acabado:
el ginovés desatinado y ciego
fue un poco de traves, pero cobrado
se puso en pie con priesa no pensada,
levantando á dos manos la ancha espada,

Y con la extrema rabia y fuerza rara
sobre el jóven la cala de manera
que, si el ferrado leño no cruzára,
de arriba abajo en dos le dividiera:

tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
y si la espada el filo no torciera,
penetrára tan honda la herida
que privára al mancebo de la vida.
Viéndose el araucano, pues, sin maza,
no por eso amainó al furor la vela;
antes con gran presteza de la plaza
arrebata un pedazo de rodela,
que sin se detener punto lo embraza,
y, como quien peligro no recela,
con solo el trozo de baston cortado
aguija al enemigo confiado.
Hirióle en la cabeza, y á una mano
saltó con ligereza y diestro brio,
hurtando el cuerpo asi que el italiano
con la espada azotó el aire vacío:
quiso hacello otra vez, mas salió en vano,
que entrando recio al tiempo del desvío,
fue el ginovés tan presto que no pudo
sino cubrirse con el roto escudo.
Echó por tierra la furiosa espada
del defensivo escudo una gran pieza,
bajando con rigor á la celada
que defender no pudo la cabeza:
hasta el casco caló la cuchillada,
quedando el mozo atónito una pieza;
pero en sí vuelto, viéndose tan junto,
le echó los fuertes brazos en un punto.
El bravo ginovés, que al fiero Marte
pensára desmembrar, recio le asia;
pero salió engañado, que en esta arte
ninguno al diestro jóven excedia:
revuélvense por una y otra parte,
el uno el pie del otro rebatia,
intricando las piernas y rodillas
con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
antes como animoso y diligente
unas veces airado peleaba,
otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
que de soldado y capitan prudente
con igual diciplina y ejercicio
usaba en sus lugares el oficio.

Santillan, y don Pedro de Navarra,
Avalos, Biezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra
dando muerte defienden bien su vida:
el factor Vega, y contador Segarra,
habian echado á parte una partida,
siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

Pasáranlo, pues, mal al otro lado,
segun la mucha gente que acudia,
si don Felipe, don Simon, y Prado,
don Francisco Arias, Pardo, y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
y don Juan de Pineda en compañía,
con valeroso esfuerzo combatiendo,
no fueran los contrarios reprimiendo.

Tambien acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivél y Altamirano,
Villarroel, Moran, Vergara, Lago,
Godoi, Gonzalo Hernandez y Andicano.
Si de todos aqui mencion no hago,
no culpen la intencion sino la mano,
que no puede escrebir lo que hacian
tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazon un gran ruido
en el otro escuadron de mediodía,
y era, que el fiero Rengo embravecido,
llevado de su esfuerzo y valentía,

se habia por la batalla asi metido
que volver á los suyos no podia,
y de menuda gente rodeado,
andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
al un lado y al otro golpeando,
que en rueda los hacia tener á fuera,
muchos en daño ageno escarmentando;
pero la turba acá y allá ligera
le vá por todas partes aquejando
con tiros, palos y armas enastadas,
como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido, y otro muerto,
sin valerles defensa ni armadura:
á quien acierta golpe en descubierto
del todo le deshace y desfigura:
y el de menos efecto y mas incierto
quebranta brazo, pierna ó coyuntura;
vieran arneses rotos y celadas
junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo
mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
le van á tanto estrecho reduciendo
que poder escapar era imposible:
y por mas que se esfuerza resistiendo,
al fin era de carne, era sensible,
y el furioso y continuo movimiento
la fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla
que aun apenas asi se sustentaba,
y la gente solícita en cuadrilla,
sin dejarle alentar le fatigaba;
cuando de la otra parte por la orilla
de la alta loma Tucapél llegaba,
haciendo con la usada y fuerte maza
por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado
cuando brama, la lengua ya sacada,
que de la turba multa rodeado
procura cada cual probar su espada;
y en esto de repente al otro lado,
la cerviz yerta y frente levantada,
asoma otro famoso de Jarama,
que deshace la junta y la derrama;

Asi el famoso Rengo ya en el suelo
hincada una rodilla combatia
en medio del monton que sin recelo
poco á poco cerrándole venia;
cuando el sangriento y bravo Tucapelo
que por allí la grita le traía,
viéndole asi tratar, sin poner duda,
rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
que estrecha plaza y paso le dejaron,
y los otros en círculo esparcidos
del fatigado Rengo se arredraron:
y contra Tucapel embravecidos
las armas y la grita enderezaron;
mas él daba de sí tan bueu descargo,
que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: «Aunque enemigo
esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,
que el impar Tucapél está contigo,
y no puedes tener siniestra suerte,
que el favorable cielo y Hado amigo
te tiene aparejada mejor muerte,
pues está cometida al brazo mio,
si cumples á su tiempo el desafio."

Rengo le respondió: «Si ya no fuera
por ingrato en tal tiempo reputado,
contigo y con mi débito cumpliera,
que no estoy, como piensas, tan cansado."

En esto mas ligero que si hubiera
diez horas en el lecho reposado
se puso en pie, y á nuestra gente asalta
firme el membrudo cuerpo y la maza alta.
Tucapél replicó: «Seria bajeza
y cosa entre varones condenada
acometerte, vista tu flaqueza,
con fuerza y en sazon aventajada:
cobra, cobra tu fuerza y entereza,
que el tiempo llegará que esta ferrada
te dé la pena y muerte merecida
como hoy te ha dado claro aqui la vida."
No se dijeron mas; y por la via
los dos competidores araucanos,
haciéndose amistad y compañía,
iban como si fueran dos hermanos;
guardaba el uno al otro y defendia;
y asi con diligencia y prestas manos,
abriendo el escuadron gallardamente,
llegaron á juntarse con su gente.
En esto á todas partes la batalla
andaba muy reñida y sanguinosa,
con tal furia y rigor que no se halla
persona sin herida ni arma ociosa:
cubre la tierra la menuda malla,
y en la remota Turcia cavernosa,
por fuerza arrebatados de los vientos,
hieren los duros y ásperos acentos.
Era el rumor del uno y otro bando,
y de golpes la furia apresurada,
como ventosa y negra nube cuando
de Vulturno ó del Zéfiro arrojada
lanza una piedra súbita, dejando
la rama de sus hojas despojada,
y los muros, los techos y tejados
son con priesa terrible golpeados.

Pues de aquella manera y mas furiosas
las homicidas armas descargaban,
y con hondas heridas rigurosas
los sanguinosos cuerpos desangraban:
el gran rumor y voces espantosas
en los vecinos montes resonaban;
el mar confuso al fiero son retrujo
de sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
la batalla primero habia trabado,
donde por su valor Caupolicano
contrastaba al furor del duro Hado;
á pura fuerza el escuadron cristiano,
del contrario teson sobrepujado,
comenzó poco á poco á perder tierra
ácia la espesa falda de la sierra.

Fue tan grande la priesa desta hora
y el ímpetu del bárbaro potente,
que por el araucano en voz sonora
se cantó la victoria abiertamente:
mas la misma Fortuna burladora
la rueda revolvió súbitamente
en contra de la parte mejorada,
barajando la suerte declarada:

Que el último escuadron donde estribaba
nuestro postrer remedio y esperanza,
metido en el contrario peleaba
haciendo fiero estrago y gran matanza;
que ni el valor de Ongolmo alli bastaba,
ni del fuerte Lincoya la pujanza:
ni yo basto á contar de una vez tanto,
que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino, y su muerte. Asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.

Nadie puede llamarse venturoso
hasta ver de la vida el fin incierto;
ni está libre del mar tempestuoso
quien surto no se vé dentro del puerto:
venir un bien tras otro es muy dudoso,
y un mal tras otro mal es siempre cierto:
jamás próspero tiempo fue durable,
ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
y nos muestra bien claro aqui la historia
cuán poco les duró á los araucanos
el nuevo gozo y engañosa gloria;
pues llevando de rota á los cristianos
y habiendo ya cantado la victoria,
de los contrarios Hados rebatidos,
quedaron vencedores los vencidos:

Que; como os dije, el escuadron postrero
á donde por testigo yo venia,
ganando tierra siempre mas entero,
al bárbaro enemigo retraía;
que aunque el fuerte Lincoya el delantero
á la adversa Fortuna resistía,
no pudo resistir últimamente
el ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada
que en medio de dos lomas se hacia,
la bárbara canalla, quebrantada
la dañosa soberbia y osadía,
yá del torpe temor señoreada
esforzadas espaldas revolvia,
huyendo de la Muerte el rostro airado,
que clara á todo ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la victoria á priesa,
que aun no quieren venir en el partido,
y de la inculta breña y selva espesa
inquieren lo secreto y escondido:
el gran estrago y mortandad no cesa,
suena el destrozo y áspero ruïdo,
tirando á tiento golpes y estocadas
por la espesura y matas intricadas.

Jamás de los monteros en ojeo
fue caza tan buscada y perseguida
cuando con ancho círculo y rodeo
es á término estrecho reducida,
que con impacientísimo deseo,
atajados los pasos y huída,
arrojan en las fieras montesinas
lanzas, dardos, venablos, javalinas;

Como los nuestros, hasta allí cristianos,
que, los términos lícitos pasando,
con crueles armas y actos inhumanos
iban la gran victoria deslustrando;

que ni el rendirse, puestas yá las manos,
la obediencia y servicio protestando,
bastaba á aquella gente desalmada
á reprimir la furia de la espada.

Asi el entendimiento y pluma mia,
aunque usada al destrozo de la guerra,
huye del grande estrago que este dia
hubo en los defensores de su tierra;
la sangre, que en arroyos ya corria
por las abiertas grietas de la sierra,
las lástimas, las voces y gemidos,
de los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano, que miraron
su mayor escuadron desbaratado,
perdiendo todo el ánimo, dejaron
la tierra y el honor que habian ganado.
Asi la trompa á retirar tocaron,
y con paso, aunque largo, concertado;
altas y campeando las banderas,
se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
la braveza de Rengo sin medida,
pues que, desbaratada ya su gente,
y puesta en rota y mísera huida,
fiero, arrogante, indómito, impaciente,
sin mirar al peligro de la vida,
dando mas furia á la ferrada maza,
solo sustenta la ganada plaza:

Y alli como invencible y valeroso
solo estuvo gran rato peleando;
pero viendo el trabajo infructuoso,
y gente ya ninguna de su bando,
con paso tardo, grave y espacioso,
volviendo el rostro atrás de cuando en cuando,
tomó á la mano diestra una vereda
hasta entrar en un bosque y arboleda,

Donde ya de la gente destrozada
habia el temor á algunos escondido;
pero viendo de Rengo la llegada,
cobrando luego el ánimo perdido,
con nuevo esfuerzo y muestra confiada,
en escuadron formado y recogido,
vuelven el rostro y pechos esforzados
á la corriente de los duros Hados.

Yo, que de aquella parte discurriendo
á vueltas del rumor tambien andába,
la grita y nuevo estrépito sintiendo
que en el vecino bosque resonába,
apresuré los pasos, acudiendo
hácia donde el rumor me encaminaba,
viendo al entrar del bosque detenidos
algunos españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad, que todo es nada;"
mas ellos, el peligro ponderando,
dificultaban la dudosa entrada.
Yo, pues, á la sazon á pie arribando
donde estaba la gente recatada;
Juan Remon que me vió luego de frente,
quiso obligarme allí públicamente

Diciendo: «¡Oh don Alonso! quien procura
ganar estimacion y aventajarse,
este es el tiempo y esta es coyuntura
en que puede con honra señalarse:
no impida vuestra suerte esa espesura
donde quieren los indios entregarse,
que al que abriere la entrada defendida
le será la victoria atribuïda."

Oyendo, pues, mi nombre conocido,
y que todos volvieron á mirarme,
del honor y vergüenza compelido,
no pudiendo del trance ya excusarme,

por lo espeso del bosque y mas temido
comencé de romper y aventurarme,
siguiéndome Arias Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon, y Coronado,
Los cuales, de vivir desesperados,
los obstinados indios embistieron,
que en una espesa muela bien cerrados
las españolas armas atendieron.
En esto, ya al rumor por todos lados
de nuestra gente muchos acudieron,
comenzando con furia presurosa
una guerra sangrienta y peligrosa.
Renuévase el destrozo, reduciendo
á término dudoso el vencimiento,
el menos animoso acometiendo
el mas dificultoso impedimento.
¡Cuál será aquel que pueda ir escribiendo
de los brazos la furia y movimento,
y deste y de aquel otro la herida,
y quién á cuál allí quitó la vida!
Unos hienden por medio, otros barrenan
de parte á parte los airados pechos;
por los muslos y cuerpo otros cercenan,
otros miembro por miembro caen deshechos:
los duros golpes todo el bosque atruenan,
andando de ambas partes tan estrechos
que vinieron algunos de impacientes
á los brazos, á puños y á los dientes.
Pero la Muerte allí difinidora
de la cruda batalla porfiada,
ayudando á la parte vencedora,
remató la contienda y gran jornada;
que la gente araucana en poca de hora,
en aquel sitio estrecho destrozada,
quiso rendir al hierro antes la vida
que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
los indómitos bárbaros quedaron,
y los demas con pasos ordenados,
como ya dije, atrás se retiraron;
de manera que ya nuestros soldados
recogiendo el despojo que hallaron,
y un número copioso de prisiones,
volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
doce los mas dispuestos y valientes,
que en las nobles insignias y vestidos
mostraban ser personas preeminentes:
estos fueron allí constituidos
para amenaza y miedo de las gentes,
quedando por ejemplo y escarmiento
colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando,
de la cruda sentencia condolido,
salvar quise uno dellos, alegando
haberse á nuestro ejército venido;
mas él luego los brazos levantando
que debajo del peto habia escondido,
mostró en alto la falta de las manos
por los cortados troncos aun no sanos.

Era, pues, Galbarino este que cuento,
de quien el canto atrás os dió noticia,
que, porque fuese ejemplo y escarmiento,
le cortaron las manos por justicia;
el cual con el usado atrevimiento,
mostrando la encubierta inimicicia,
sin respecto ni miedo de la muerte,
habló, mirando á todos, desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables,
indignas de la gloria deste dia!
hartad vuestras gargantas insaciables
en esta aborrecida sangre mia;

que, aunque los fieros Hados variables
trastornen la araucana monarquía,
muertos podremos ser, mas no vencidos,
ni los ánimos libres oprimidos.
No penseis que la muerte rehusamos,
que en ella estriba ya nuestra esperanza;
que si la odiosa vida dilatamos,
es por hacer mayor nuestra venganza:
que, quando el justo fin no consigamos,
tenemos en la espada confianza,
que os quitará, en nosotros convertida,
la gloria de poder darnos la vida.
Sús, pues ya, ¿qué esperais, ó qué os detiene
de no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
pues con ella á mi deuda satisfago;
pero si algun disgusto y pena tiene
este importante y deseado trago
es no haberos primero hecho pedazos
con estos dientes y troncados brazos."
De tal manera el bárbaro esforzado
la muerte en alta voz solicitaba,
de la infelice vida ya cansado,
que largo espacio á su pesar duraba:
y en el gentil propósito obstinado,
diciéndonos injurias procuraba
un fin honroso de una honrosa espada,
y rematar la mísera jornada.
Yo, que estaba á par dél, considerando
el propósito firme y osadía,
me opuse contra algunos, procurando
dar la vida á quien ya la aborrecia;
pero al fin los ministros porfiando
que á la salud de todos convenia,
forzado me aparté, y él fue llevado
á ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte que vecino
está de aquel asiento en un repecho,
por el cual atraviesa un gran camino
que al valle de Lincoya va derecho,
con gran solemnidad y desatino,
fue el insulto y castigo injusto hecho,
pagando allí la deuda con la vida
en muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
quien el oficio hubiese acostumbrado,
quedó casi por uso de aquel dia
un modo de matar jamás usado;
que á cada indio de aquella compañía
un bastante cordel le fue entregado,
diciéndole que el árbol señalase
donde á su modo él mismo se colgase.

No tan presto los pláticos guerreros,
del cierto asalto la señal tocando,
por escalas, por picas y maderos
suben á la muralla gateando,
cuanto aquellos caciques, que ligeros
por los mas grandes árboles trepando,
en un punto á las cimas arribaron,
y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno de ellos algo arrepentido
de su ligera prisa y diligencia,
á nuestra devocion ya reducido,
vuelto pidió para hablar licencia;
y habiéndosela todos concedido,
con voz algo turbada y aparencia,
los ánimos cristianos comoviendo,
habló contritamente asi diciendo:

«Valerosa Nacion, invicta gente
donde el extremo de virtud se encierra,
sabed que soi cacique, y decendiente
del tronco mas antiguo desta tierra:

no tengo padre, hermano, ni pariente,
que todos son ya muertos en la guerra;
y pues se acaba en mí la decendencia,
os ruego useis conmigo de clemencia."
Quisiera proseguir si Galbarino,
que le miraba con airada cara,
de súbito saliéndole al camino,
la doméstica voz no le atajára
diciendo: «Pusilánime, mezquino,
deslustrador de la progenie clara,
¿por qué á tan gran bajeza así te mueve
el miedo torpe de la muerte breve?
Dime, infame traidor, de fé mudable,
¿tienes por mas partido y mejor suerte
el vivir en estado miserable
que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el Hado (aunque adverso) tolerable,
que el fin de los trabajos es la muerte;
y es poquedad que un afrentoso medio
te saque de la mano este remedio."
Apenas la razon habia acabado
cuando el noble cacique, arrepentido,
al cuello el corredizo lazo echado,
quedó de una alta rama suspendido:
tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
aun á la misma muerte no rendido,
y los robustos robles desta prueba
llevaron aquel año fruta nueva.
Habida la victoria, como cuento,
y el enemigo roto, retirado,
dejando el infelice alojamiento
todo de cuerpos bárbaros sembrado,
llegamos sin desman ni impedimento
á la bajada y sitio desdichado
do Valdivia fundó la Casa-fuerte,
y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
que el sitio de la casa rodeaba,
donde el bagaje, chusma y remanente
con menos daño y mas seguro estaba.
De allí la tierra en torno facilmente
sin poderlo estorbar se salteaba,
haciendo siempre instancia y diligencia
de traerla, sin sangre, á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia
saliendo yo á correr aquella tierra
donde por cierto aviso se tenia
que andaba gente bárbara de guerra;
dejando un trecho atrás la compañía,
cerca de un bosque espeso y alta sierra
sentí cerca una voz envejecida,
diciendo: «¿Donde vais? que no hay salida"

Volví el rostro y las riendas hácia el lado
donde la extraña voz habia salido,
y ví á Fitón, el mágico, arrimado
al tronco de un gran roble carcomido,
sobre el herrado junco recostado,
que cómo fué de mí reconocido,
del caballo salté ligeramente,
saludándole alegre y cortesmente.

Él me dijo: «Por cierto bien pudiera
tomar de vos legítima vengauza,
y en esa vuestra gente que anda fuera,
que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
pero aunque mas razon y causa hubiera,
haciendo vos de mí tal confianza,
no quiero ni será justo dañaros,
antes en lo que es lícito ayudaros;

Que es órden de los cielos que padezca
esta indómita gente su castigo,
y antes que contra Dios se ensoberbezca
le abaje la soberbia el enemigo:

y aunque vuestra ventura agora crezca,
no durará gran tiempo; porque os digo
que, como á los demas, el duro Hado
os tiene su descuento aparejado.
Si la Fortuna asi á pedir de boca
os abre el paso próspero á la entrada,
grandes trabajos y ganancia poca
al cabo sacareis desta jornada:
y porque á mí decir mas no me toca,
me quiero retirar á mi morada,
que tambien desta banda tiene puerta,
pero á todos oculta y encubierta."
Yo, de le ver asi maravillado,
y mas de la siniestra profecía,
mi caballo en un líbano arrendado,
le quise hacer un rato compañía:
y al fin de muchos ruegos acetado,
siendo el viejo decrépito la guia,
hendimos la espesura y breña extraña,
hasta llegar al pie de la montaña.
En un lado secreto y escondido
donde no habia resquicio ni abertura,
con el potente báculo torcido
blandamente tocó en la peña dura;
y luego con horrísono ruido
se abrió una estrecha puerta y boca escura
por do tras él entré, erizado el pelo,
pisando á tiento el peñascoso suelo.
Salimos á un hermoso y verde prado
que recreaba el ánimo y la vista,
do estaba en ancho cuadro fabricado
un muro de belleza nunca vista,
de vario jaspe y pórfido escacado;
y al fin de cada escaque una amatista;
en las puertas de cedro barreadas
mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago á punto,
y en un jardin entramos espacioso
do se puede decir que estaba junto
todo lo natural y artificioso.
Hoja no discrepaba de otra un punto,
haciendo cuadro ó círculo ingenioso;
en medio un claro estanque do las fuentes
murmurando enviaban sus corrientes.

No produce Natura tantas flores
cuando mas rica primavera envía,
ni tantas variedades de colores
como en aquel jardin vicioso habia.
Los frescos y suavísimos olores,
las aves y su acorde melodía
dejaban las potencias y sentidos
de un ageno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidára,
segun suspenso estuve una gran pieza,
si el anciano Fiton no me llamára
haciéndome señal con la cabeza.
Metióme por la mano en una clara
bóveda de alabastro que á la pieza
del milagroso globo respondia,
á donde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
sin licencia del mago avecinarme;
mas él que mis designios penetraba,
teniendo voluntad de contentarme,
asido por la mano, me acercaba,
y comenzando él mismo á señalarme
el mundo me mostró como si fuera
en su forma real y verdadera.

Pero para decir por órden cuanto
ví dentro de la gran poma lucida,
es cierto menester un nuevo canto,
y tener la memoria recogida.

Así, Señor, os ruego que entretanto
que refuerzo la voz enflaquecida,
perdoneis si lo dejo en este punto;
que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

En este canto se pone la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase tambien como los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapél; y como don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
con gran razon de todos alabada,
y vemos que una plática es gustosa
cuanto mas breve y menos afectada:
y aunque sea la prolija provechosa,
nos importuna, cansa, y nos enfada;
que el manjar mas sabroso y sazonado
os deja, cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo,
de la larga carrera arrepentido,
¿cómo podré llevar tan gran rodeo,
y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
estoy ya dentro en la ocasion metido;
que no se puede andar mucho en un paso,
ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, Señor, le pareciere
que me voy en el curso deteniendo,
el extraño camino considere,
y que mas que una posta voy corriendo:
en todo abreviaré lo que pudiere;
y asi, á nuestro propósito volviendo,
os dije como el indio mago anciano
señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
veinte abrazar el cerco enteramente,
donde todas las cosas parecian
en su forma distinta y claramente.
Los campos y ciudades se veian,
el tráfago y bullicio de la gente;
las aves, animales, lagartijas,
hasta las mas menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este
lugar nadie nos turba ni embaraza,
sin que un mínimo punto oculto reste
verás del universo la gran traza:
lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,
y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,
rios, montes, lagunas, mares, tierras,
famosas por Natura y por las guerras.

Mira al principio de Asia á Calcedonia;
junto al Bósforo en frente de la Tracia,
á Lidia, Caria, Licia, y Licaonia,
á Panfilia, Bitinia, y á Galacia;

y junto al Ponto Euxinio á Paflagonia,
la llana Capadocia, y la Farnacia,
y la corriente de Eufratea famoso
que entra en el mar de Persia caudaloso.
Mira la Siria, la Judea, la indina
tierra de promision de Dios privada,
y á Nazareth dichosa, en Palestina,
do á María Gabriel dió la embajada:
ves las sacras reliquias y ruïna
de la ciudad por Tito desolada,
do el Autor de la vida, escarnecido,
á vergonzosa muerte fué traido.
Mira el tendido mar Mediterrano
que la Europa del Africa separa,
y el mar Bermejo, en punta, á la otra mano,
que abrió Moisen sus aguas con la vara.
Mira el golfo de Ormuz, y mar Persiano;
y aunque á partes la tierra no está clara,
verás hácia la banda descubierta
las dos Arabias, Feliz, y Desierta.
Mira á Persia, y Carmania que confina
con Susiana, al lado del poniente,
donde el forjado acero se fulmina
de pasta y temple fino y excelente:
Drangiana, y Gredosía, que camina
hasta el mar de India y ferias del Oriente;
y adelante, siguiendo aquella via,
verás la calurosa Aracosía.
Dentro y fuera del Gange mira tanta
tierra de India, al levante prolongada;
ves el Catai y su ciudad de Canta
que sobre el Indo mar está fundada:
la China, y el Maluco, y toda cuanta
mar se extiende del leste, y la apartada
Trapobana famosa, antiguamente
término y fin postrero del Oriente.

Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos
hácia la Trapisonda dilatados,
y otros reinos pequeños comarcanos,
tributarios de Persia y aliados:
los Iberos, que llaman Georgianos,
y los pobres Circasos derramados,
que su lunada tierra en parte angosta
toma del mar Mayor toda la costa.

Ves el revuelto Cirro caudaloso,
que la Iberia y Albania así rodea,
y el alto monte Cáucaso fragoso,
que su cumbre gran tierra señorea:
mira el reino de Colcos, tan famoso
por la isla celebrada de Medea,
á donde el trabajado Jason vino
en busca del dorado vellocino.

Mira la grande Armenia, memorable
por su ciudad de Tauris señalada:
y al sur la religiosa y venerable
Soltania, sin respecto arruinada
por la tártara furia irreparable
del grande Taborlan, que de pasada
cuanto encontró lo puso por el suelo,
cual ira ó rayo súbito del cielo.

Mira á Tigris y Eufrátes, que poniendo
punto á Mesopotamia, en compañía
hasta el golfo de Persia van corriendo,
dejando á un lado á Egipto y á Suría:
ves la Partia y la Media, que torciendo
su corva costa abraza al mediodía;
el Caspio mar, por otro nombre Hircano,
que en forma oval se extiende al subsolano.

Mira la Asiria y su ciudad famosa,
donde la confusion de lenguas vino
que sus muros, labor maravillosa,
hizo Semiramis, madre de Nino:

donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
cortándole en su próspera corrida
el hilo de los Hados y la vida.
Mira en Africa al sur los extendidos
reinos del Preste Juan, donde parece
que entre los mas insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece:
tres frútos da en el año repartidos;
y tres veces se agosta y reverdece:
tiene en veinte y dos grados su postura,
al antártico polo por la altura.
Ves á Gógia y sus montes levantados;
que á todos sobrepujan en grandeza,
canos siempre de nieve los collados,
y abajo peñascales y aspereza,
que forman un gran muelle rodeados
de breñales espesos y maleza,
morada de osos, puercos y leones;
tigres, panteras, grifos y dragones.
Destos peñascos ásperos pendientes,
llamados hoy el Monte de la Luna,
nacen del Nilo las famosas fuentes,
y dellos rios sin nombre y fama alguna,
que aunque tuercen y apartan sus corrientes,
se vienen á juntar á una laguna
tan grande que sus senos y laderas
baten de tres provincias las riberas.
A Gógia y Beguemetros al oriente,
y á Dambaya al poniente; del cual lado
hay islas donde habita mucha gente,
y todo el ancho círculo es poblado.
De aquí el famoso Nilo mansamente
nace, y despues mas grande y reforzado
parte á Gógia de Amara, y va tendido
sin ser de las riberas restringido,

Hasta un angosto paso peñascoso
que le va los costados estrechando,
de donde con estrépito furioso
se va en las catarata embocando:
despues, mas ancho, grave y espacioso,
llega á Meroé, gran isla, costeando,
que contiene tres reynos eminentes,
en leyes y costumbres diferentes.

Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
y el palacio real de Dultibea,
las torres, los jardines y heredades
que su espacioso círculo rodea.
Las pirámides mira y vanidades
de los ciegos antiguos, que aunque sea
señal de sus riquezas la hechura,
fue mas que el edificio la locura.

Mira los despoblados arenosos
de la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos
donde habita la bruta y negra gente.
Mira los trogloditas belicosos,
y los que baña Gambra en su corriente;
mandingos, monicongos, y los feos
zapes, biafras, gelofos y guineos.

Ves de la costa de Africa el gran trecho,
los puertos señalados y lugares
de las bocas del Nilo hasta el estrecho
por do se comunican los dos mares:
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto (si miráres)
veras aun las reliquias y el estrago
de la ciudad famosa de Cartago.

Mira á Sicilia fértil y abundosa,
á Cerdeña y á Córcega de frente,
y en la costa de Italia la viciosa
tierra que va corriendo ácia el poniente.

Mira la ilustre Nápoles famosa,
y á Roma, que gran tiempo altivamente
se vió del universo apoderada,
y de cada nacion despues hollada.
Mira en Toscana a Sena y á Florencia,
y dejando la costa al mediodia,
á Bolonia, Ferrara, y la eminencia
de la isleña ciudad y señoría*:
Padua, Mantua, Cremona, y á Placencia;
Milan, la tierra y parque de Pavía,
á donde en una rota de importancia
Carlos prendió á Francisco rey de Francia.
Ve á Alejandría, y por Liguria entrando,
á la soberbia Génova y Saona;
y el Piamonte y Saboya atravesando,
á Leon, á Tolosa y á Bayona;
y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Poitiers, Orleans, Paris, Perona,
Flandes, Brabante. Güeldres, Frisia, Olanda,
Ingalaterra, Escocia, Hibernia ó Irlanda;
A Dinamarca, Dacia y á Noruega
ácia el mar de Dantisco y costa helada,
y á Suecia, que al confin de Gócia llega,
que está en torno del mar fortificada,
de donde á la Zelandia se navega:
y mira allá á Grolandia, desviada
del solar curso y la zodiaca via,
do hay seis meses de noche y seis de dia.
Mira al norte á Moscovia, que es tenida
por última region de lo poblado,
que rematan su término y medida
las Rifeas montañas del un lado,
y de las fuentes de Tanais tendida
llega al monte Hiperbóreo y mar Helado;
confina con Sarmacia y Tartaría,
y corre por el austro hasta Rusía.

* Venecia. 13:

Mira á Livonia, Prusia y Lituania,
Samogicia, Podolia y á Rusía,
á Polonia, Silesia y á Germania;
á Moravia, Bohemia, Austria y Ungría;
á Croacia, Moldavia, Transilvania,
Valaquia, Vulgaría, Esclavonía,
á Macedonia, Grecia, la Morea,
á Candia, Chipre, Rodas, y Judea.

Mira al poniente á España, y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do es fama
que depende y procede la nobleza
que en aquellas provincias se derrama.
Ves á Bermeo cercado de maleza,
cabeza y primer tronco desta rama,
y tu torre de Ercilla sobre el puerto
de las montañas altas encubierto.

Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona;
y bajando al poniente á la siniestra,
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
á Leon y á Galicia de la diestra.
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coimbra y Salamanca que se muestra
felice en todas ciencias, do solia
enseñarse tambien nigromancía.

Mira á Valladolid, que en llama ardiente
se irá como la fénix renovando,
y á Medina del Campo casi en frente,
que las ferias la van mas ilustrando.
Mira á Segovia y su famosa puente;
y el bosque y la Fonfria atravesando,
al Pardo, y Aranjuez donde Natura
vertió todas sus flores y verdura.

Mira aquel sitio inculto montuoso *
al pie del alto puerto algo apartado,
que aunque le ves desierto y pedregoso
ha de venir en breve á ser poblado:

* El Escorial.

allí el rey don Felipe victorioso,
habiendo al Franco en San Quintin domado,
en testimonio de su buen deseo
levantará un católico trofeo*.
Será un famoso templo incomparable
de suntuosa fábrica y grandeza,
la máquina del cual hará notable
su religioso celo y gran riqueza.
Será edificio eterno y memorable,
de inmensa magestad y gran belleza,
obra, al fin, de un tal rey, tan gran cristiano,
y de tan larga y poderosa mano.
Mira luego á Madrid que buena suerte
le tiene el alto cielo aparejada;
y á Toledo fundada en sitio fuerte
sobre el dorado Tajo levantada.
Mira adelante á Córdoba, y la Muerte
que airada amenazando está á Granada,
esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
principales cabezas y gargantas**.
Mira á Sevilla; ves la realeza
de templos, edificios y moradas,
el concurso de gente, y la grandeza
del trato de las Indias apartadas,
que de oro, plata, perlas y riqueza
dos flotas en un año entran cargadas,
y salen otras dos de mercancía,
con gente, municion y artillería.
Mira á Cadiz donde Hércules famoso,
sobre sus Hados prósperos corriendo,
fijó las dos columnas victorioso,
nihil ultra en el marmol escribiendo;

---

* El incomparable monasterio de S. Lorenzo.

** Las de los moriscos rebelados cuando el autor escribia.

mas *Fernando católico** glorioso,
los mojonados términos rompiendo,
del ancho y Nuevo-mundo abrió la vía;
porque en un mundo solo no cabia.

Mira por el océano bajando
entre el húmido noto y el poniente
las Islas de Canaria, reparando
en aquella del Hierro especialmente,
que falta de agua, la Natura obrando,
las aves, animales y la gente
beben la que de un árbol se destila
en una bien labrada y ancha pila.

Ves á la banda diestra las Terceras,
que están de portugueses ocupadas;
y corriendo al sudueste, las primeras
islas que descubrió Colon, pobladas
de gentes nunca vistas extrangeras,
entre las cuales son mas señaladas
los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba, y Jamaica.

Ves de Bahama la canal angosta,
y siguiendo al poniente, la Florida,
la tierra inútil y torcida costa
hasta la Nueva-España proseguida,
donde Cortés, con no pequeña costa,
y gran trabajo y riesgo de la vida,
sin término ensanchó por su persona
los límites de España y la corona.

Mira á Jalisco y Mechoacan, famosa
por la raiz medicinal que tiene;
y á Méjico abundante y populosa,
que el indio nombre antiguo aun hoy retiene.

---

* En la edicion de 1578 decia: *Carlos Quinto máximo.*

Ves al sur la poblada y montuosa
tierra que en punta á prolongar se viene,
que los dos anchos mares por los lados
la van adelgazando los costados.
A Panamá y al Nombre de Dios mira,
que sus estrechos términos defienden
á dos contrarios mares, que con ira
romper la tierra y anegar pretenden.
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se extienden
de Santa Marta y cabo de la Vela
hasta el Lago y ciudad de Venezuela.
A Bogotá y Cartáma, que confina
con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayan, Pasto, y Quito que vecina
está á la equinoccial línea templada.
Mira allá á Puerto Viejo, do la mina
de ricas esmeraldas fue hallada,
y las tierras que corren por la vía
del austro y del volturno y mediodía.
Ves Guayaquil, que abunda de madera
por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Paita y su puerto, que es primera
escala donde surgen los navíos:
Piura, Loja, la Zarza, y cordillera
de do nacen y bajan tantos rios
que riegan bien dos mil millas de suelo
donde jamas cayó lluvia del cielo.
Mira los grandes montes y altas sierras
bajo la zona tórrida nevadas,
los mojos, bracamoros y las tierras
de incultos chachapoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
fueron famosas siempre y señaladas;
y la ciudad insigne de Los Reyes,
silla de las audiencias y vi-reyes;

Y Guánuco, Guamanga, y el templado
terreno de Arequipa, y los mojones
del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
asiento de los Ingas y Orejones.
Mira, el solsticio y trópico pasado,
del austral Capricornio las regiones
de varias gentes bárbaras extrañas,
los rios, lagunas, valles y montañas.
Mira allá á Chuquiabo, que metido
está á un lado, la tierra al sur marcada,
y adelante el riquísimo y crecido
cerro de Potosí, que de cendrada
plata de ley y de valor subido
tiene la tierra envuelta y afamada;
pues de un quintal de tierra de la mina
las dos arrobas son de plata fina.
Ves la villa de Plata la postrera
por el levante á la siniestra mano,
y atravesando la alta cordillera,
Calcháqui, Pilcomayo y Tucomano:
los jurres, los diagoitas y ribera
de los comechingones, y el gran llano
y fructífero término remoto
hasta la fortaleza de Gaboto.
Ves, volviendo á la costa, los collados
que corren por la banda de Atacama,
y la desierta costa y despoblados
do no hay ave, animal, yerba ni rama.
Mira los copiapós, indios granados
que de grandes flecheros tienen fama:
Coquimbo, Mapochó, Cauquen, y el rio
de Maule, y el de Itata, y Biobío.
Ves la ciudad de Penco y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial; y ácia el levante
la Villa-rica, y el volcan fogoso,

Valdivia, Osorno, el Lago; y adelante
las islas y archipiélago famoso;
y siguiendo la costa al sur derecho,
Chiloé, Coronados, y el estrecho
Por donde Magallanes con su gente
al mar del Sur salió desembocando;
y tomando la vuelta del poniente,
al Maluco guió noruesteando.
Ves las islas de Acaea y Zabú en frente,
y á Matan, do murió al fin peleando;
Brunei, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.
Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
que pueden ser apenas divisadas,
son las que nunca han sido descubiertas,
ni de extrangeros pies jamas pisadas;
las cuales estarán siempre encubiertas
y de aquellos celages ocupadas,
hasta que Dios permita que parezcan,
porque mas sus secretos se engrandezcan.
Y como ves en forma verdadera
de la tierra la gran circunferencia,
pudieras entender, si tiempo hubiera,
de los celestes cuerpos la excelencia,
la máquina y concierto de la esfera,
la virtud de los astros é influencia,
varias revoluciones, movimientos,
los cursos naturales y violentos.
Mas, aunque quiera yo de parte mia
dejarte mas contento y satisfecho,
ha mucho rato que declina el dia,
y tienes hasta el sitio largo trecho."
Así, haciéndome el mago compañía,
me trujo hasta ponerme en el derecho
camino, do encontré luego mi gente
que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto cuando
entraban á la guardia los amigos,
donde gastamos tiempo procurando
reducir á la paz los enemigos;
unas veces por bien, acariciando;
otras por amenazas y castigos,
haciendo sin parar correduríias
por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto;
ni las promesas, medios y partidos,
que en su primer intento y presupuesto
estaban siempre mas endurecidos.
Vista, pues, la importancia de aquel puesto,
por estar en la tierra mas metidos,
con maduro consejo fue acordado
sustentar el lugar fortificado;

Y proveyendo al esperado daño
de algunos bastimentos que faltaban,
que aunque era fértil y abundante el año,
los campos en cogollo y berza estaban,
don Miguel de Velasco y Avendaño,
con los que mas á punto se hallaban,
haciéndoles yo escolta y compañía,
tomamos de Cauten la recta via.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno
los peligrosos términos pasamos,
y en tiempo aparejado y oportuno
á la Imperial ciudad salvos llegamos,
donde á los moradores de uno en uno
con palabras de amor los obligamos
no solo á dar graciosa la comida,
pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Asi que, alegres, sin rumor de guerra,
con pan, frutas, semillas y ganados,
dimos presto la vuelta por la tierra
de pacíficos indios y alterados;

y al descubrir de la purena sierra
hallamos una escolta de soldados,
digo de nuestra gente, que venia
á asegurar la peligrosa vía.
El sol ya derribado al occidente
habia en el mar los rayos zabullido,
dando la noche alivio á nuestra gente
del cansancio y trabajo padecido;
pero al romper del alba, alertamente
se comenzó á marchar con gran ruïdo,
el cargado bagage y el ganado
de todas las escuadras rodeado.
Iba yo en la vanguardia descubriendo
por medio de una espesa y gran quebrada,
cuando ví de traves salir corriendo
una muger, al parecer turbada;
yo tras ella los prestos pies batiendo,
luego de mi caballo fue alcanzada.
El que saber el fin desto desea
atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida: Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Puren: pasa entre ellos una recia batalla: saquean los enemigos el bagage: retíranse alegres aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
le conviene vivir mas recatado,
que siempre es peligrosa la caïda
del que está del peligro descuidado;
y vemos muchas veces convertida
la alegre suerte en miserable estado,
en dura sujecion las libertades,
y tras prosperidad adversidades.

Es Fortuna tan varia, es tan incierta,
ya que se muestra alguna vez amiga,
que no ha llamado el Bien á nuestra puerta,
cuando el Mal dentro en casa nos fatiga:

y pues sabemos ya por cosa cierta
que nunca hay Bien á quien un Mal no siga;
roguemos que no venga; y si viniere,
que sea pequeño el Mal que le siguiere;
Que yo, de acuchillado en esto, siento
que es de temer en parte la ventura;
el tiempo alegre pasa en un momento,
y el triste hasta la muerte siempre dura:
y porque viene bien á nuestro cuento,
á la bárbara oid, que en la espesura
alcancé, como os dije, que en su trage
mostraba ser persona de linage.
Era mochacha grande, bien formada,
de frente alegre y ojos extremados,
nariz perfeta, boca colorada,
los dientes en coral fino engastados;
espaciosa de pecho y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados,
acrecentando mas su hermosura
de un natural donaire y apostura.
Yo, queriendo saber á qué venía
sola por aquel bosque y aspereza,
con mas seguridad que prometía
su bello rostro y rara gentileza,
la aseguré del miedo que traía,
la cual dando un sospiro, que á terneza
al mas rebelde corazon moviera,
comenzó su razon en tal manera:
«No sé si ya me queje desdichada,
ó agradezca á los Hados y á mi Suerte;
que me abren puerta y que me dan entrada,
para que pueda recebir la muerte:
pero si ya la historia desastrada
quieres saber y mi dolor tan fuerte,
que aun le agravia mi poco sentimiento,
te ruego que al proceso estes atento.

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida;
hija del buen cacique Quilacura,
de la sangre de Friso esclarecida,
rica de hacienda, pobre de ventura;
respetada de muchos y servida
por mi linage y vana hermosura;
mas ¡ay de mí! cuánto mejor me fuera
ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre á mi contento
como única heredera yo vivia,
que su felicidad y pensamiento
en solo darme gusto lo ponia:
mi voluntad en todo y mandamiento
como inviolable ley se obedecia,
no habiendo de contento y gusto cosa
que fuese para mí dificultosa;

Mas presto el envidioso Amor tirano,
turbador del sosiego, adredemente
trujo á mi tierra y casa á Fresolano
mozo de fuerzas y ánimo valiente,
de mi infelice padre primo hermano,
y mucho mas amigo que pariente,
á quien la voluntad tenia rendida,
no habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre, como amigo aficionado,
que yo le regalase me mandaba;
y así yo con llaneza y gran cuidado
por hacerle placer lo procuraba;
mas él luego, el propósito estragado,
cuya fidelidad ya vacilaba,
corrompió la amistad, salió de tino,
echando por ilícito camino.

O fue el trato que tuvo allí conmigo,
ó, por mejor decir, mi desventura,
que esta sería mas cierto, como digo,
que no la mal juzgada hermosura,

que ingrato al hospedage del amigo,
del deudo y deuda haciendo poca cura,
me comenzó de amar y buscar medio
de dar á su cuidado algun remedio.

Visto yo que por muestras y rodeo
muchas veces su pena descubria,
conocí que su intento y mal deseo
de los honestos límites salia.
Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
lo que el mísero entonces padecia;
que á término he llegado al pie del palo
que aun no puedo decir mal de lo malo.

Hallábale mil veces suspirando
en mí los engañados ojos puestos;
otras andaba tímido tentando
entrada á sus osados presupuestos.
Yo, la ocasion dañosa desviando
con gravedad y términos honestos,
que es lo que mas refrena la osadía,
sus erradas quimeras deshacia.

Estando sola en mi aposento un dia,
temerosa de algun atrevimiento,
ante mí de rodillas se pónia
con grande turbacion y desatiento
diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mia!
ya no basta razon ni sufrimiento,
ni de fuerza una mínima me queda
que á la del fuerte Amor resistir pueda.

Tú, señora, sabrás que el dia primero
de mi felice y próspera venida
me trujo Amor al término postrero
desta penosa y desdichada vida;
mas ya que por tu amor y causa muero,
quiero saber si dello eres servida,
porque siéndolo tú, no sé yo cosa
que pueda para mí ser tan dichosa."

Viéndole, al parecer, determinado
á cualquiera violencia y desacato,
disimuladamente por un lado
salí dél, sin mostrar algun recato
diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
incestuoso, desleál, ingrato,
corrompedor de la amistad jurada,
y ley de parentesco conservada!...."
Iba estas y otras cosas yo diciendo
que el repentino enojo me mostraba,
cuando con priesa súbita y estruendo
un cristiano escuadron nos salteaba,
que en cerrado tropel arremetiendo,
nuestra alta casa en torno rodeaba,
saltando Fresolano en mi presencia
á la debida y justa resistencia
Diciendo: »¡Oh fiera tígre endurecida,
inhumana y cruel con los humanos!
vuelve, acaba de ser tú la homicida,
no dejes que hacer á los cristianos:
vuelve, verás que acabo aqui la vida;
pues no puedo á las tuyas, á sus manos;
que aunque no sea la muerte tan honrosa,
á lo menos será más piadosa."
Asi furioso sin mirar en nada
se arroja en medio de la armada gente,
donde luego una bala arrebatada
le atravesó el desnudo pecho ardiente:
cayó, ya la color y voz turbada
diciendo: «Glaura! Glaura! últimamente
recibe allá mi espíritu, cansado
de dar vida á este cuerpo desdichado."
Llegó mi padre en esto al gran ruïdo;
solo armado de esfuerzo y confianza;
mas luego en el costado fue herido
de una furiosa y atrevida lanza:

cayó el cuerpo mortal descolorido;
y vista mi fortuna y mal andanza,
por el postigo de una falsa puerta
salí, á mi parecer, mas que ellos muerta.
Acá y allá turbada, al fin por una
montaña comencé luego á emboscarme,
dejándome llevar de mi fortuna,
que siempre me ha guiado á despeñarme.
Asi que, ya sin tino y senda alguna
procuraba ¡cuitada! de alejarme;
que con el gran temor me parecia
que yendo á mas correr no me movia.
Mas como suele acontecer contino
que, huyendo el peligro y mal presente
se suele ir á parar en un camino
que nos coge y anega la creciente,
asi á mí ¡desdichada! pues me avino
que, por salvar la vida impertinente,
de un mal en otro mal, de lance en lance
vine á mayor peligro y mayor trance.
Iba, pues, siempre ¡mísera! corriendo
por espinas, por zarzas, por abrojos,
aquí y allí, y acá y allá volviendo
á cada paso los atentos ojos,
cuando por unos árboles saliendo
ví dos negros cargados de despojos;
que luego en el instante que me vieron
á la mísera presa arremetieron.
Fuí dellos prestamente despojada
de todo cuanto alli venia vestida,
aunque yo ¡triste! no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida:
pero el honor y castidad preciada
estuvo á punto ya de ser perdida;
más mis voces y quejas fueron tantas
que á lástima y piedad movia las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia
guiando á Cariolan á mis clamores,
que visto el acto inorme y la insolencia
de aquellos enemigos violadores,
corrió con provechosa diligencia
diciendo: «Perros, bárbaros, traidores,
dejad, dejad al punto la doncella,
si no la vida dejareis con ella."

Fueron sobre él los dos encontinente;
mas él, flechando el arco que traía,
al mas adelantado y diligente
la flecha hasta las plumas le escondia:
hízose atrás dos pasos diestramente,
y al otro la segunda flecha envía
con brújula tan cierta y diestro tino,
que al bruto corazon halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido
cerró con él furioso y emperrado;
mas Cariolan, valiente y prevenido,
en la arte de la lucha ejercitado,
aunque el negro era grande y muy fornido,
de su destreza y fuerzas ayudado,
alzándole en los brazos ácia el cielo
le trabucó de espaldas en el suelo,

Y sacando una daga acicalada,
queriendo á hierro rematar la cuenta,
por el desnudo vientre y por la ijada
tres veces la metió y sacó sangrienta;
huyó por allí la alma acelerada,
y libre Cariolan de aquella afrenta
se vino para mí con gran crianza
pidiéndome perdon de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones,
haciendo Amor conmigo así el oficio,
que medrosa de andar en opiniones,
que es ya dolencia de honra y ruin indicio,

por evitar, al fin, murmuraciones;
y no mostrarme ingrata al beneficio
en tal sazon y tiempo recibido,
le tomé por mi guarda y mi marido;
Y temiendo que gente acudiría,
por el espeso bosque nos metimos,
donde, sin rastro ni señal de vía,
un gran rato perdidos anduvimos;
pero, señor, al declinar del dia,
á la ribera de Lauquén salimos,
por do venia una escuadra de cristianos
con diez índios, atrás presas las manos.
Descubriéronnos súbito en saliendo,
que en todo, al fin, nos perseguia la suerte,
sobre nosotros de tropel corriendo,
aguarda! aguarda! ten! gritando fuerte;
pero mi nuevo esposo alli, temiendo
mucho mas mi deshonra que su muerte,
me rogó que en el bosque me escondiese,
mientras que él con morir los detuviese.
Luego el temor, á trastornar bastante
una flaca muger inadvertida,
me persuadió, poniéndome delante
la horrenda muerte y la estimada vida:
asi, cobarde, tímida, inconstante,
á los primeros ímpetus rendida,
me entré, viéndolos cerca, á toda priesa
por lo mas agrio de la selva espesa,
Y en lo hueco de un tronco, que tejido
de zarzas y maleza en torno estaba,
me escondí sin aliento ni sentido,
que aun apenas de miedo resollaba,
de donde escuché luego un gran ruído,
que el bosque cerca y lejos atronaba,
de espadas, lanzas y tropel de gente,
como que combatiesen fuertemente.

Fue poco á poco, al parecer, cesando
aquel rumor y grita que se oía,
cuando la obligacion ya calentando
la sangre que el temor helado habia,
revolví sobre mí, considerando
la maldad y traicion que cometia
en no correr con mi marido á una
un peligro, una muerte, una fortuna.

Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
que en él quedára viva sepultada,
corriendo con presteza á la ribera
á donde le dejé, desatinada:
mas cuando no vi rastro ni manera
de le poder hallar, solá y cuitada,
podrás ver qué sentí; pues era cierto
que no pudo escapar de preso ó muerto.

Solté ya sin temor la voz en vano,
llamando al sordo Cielo injusto y crudo;
preguntaba: ¿do está mi Cariolano?
y todo al responder lo hallaba mudo.
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
salia corriendo, que el dolor agudo,
en mis entrañas siempre mas furioso,
no me daba momento de reposo.

No te quiero cansar ni lastimarme
en decirte las bascas que sentia:
no sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
frenética y furiosa discurría:
muchas veces propuse de matarme,
mas por torpeza y gran maldad tenia
que aquel dolor en mí tan poco obrase
que á quitarme la vida no bastase.

En tanta pena y confusion envuelta,
de contrarios y dudas combatida,
al cabo ya de le buscar resuelta,
pues no daba el dolor fin á mi vida,

ácia el campo español he dado vuelta,
de noche y desde lejos escondida,
por el honor, que mal me le asegura
mi poca edad y mucha desventura.
Y teniendo noticia que esta gente
era la vuelta de Cauten pasada,
tambien que habia de ser forzosamente
por este paso estrecho la tornada,
me dispuse á venir cubiertamente,
pensando que entre tantos disfrazada
alguna nueva ó rastro hallaria
deste que la Fortuna me desvía.
¿Qué remedio me queda ya captiva,
sujeta al mando y voluntad agena,
que, para que mayor pena reciba,
aun la muerte no viene, porque es buena?
Pero aunque el Cielo cruel quiera que viva,
al fin me ha de acabar ya tanta pena;
bien que el estado en que me toma es fuerte,
mas nadie escoje el tiempo de su muerte."
Asi la bella jóven lastimada
iba sus desventuras recontando,
cuando una gruesa bárbara emboscada
que estaba á los dos lados aguardando,
alzó al cielo una súbita algarada
las salidas y pasos ocupando,
creciendo indios asi que parecian
que de las yerbas bárbaros nacian.
Llegó al instante un yanacona mio,
ganado no habia un mes en buena guerra,
diciéndome: «Señor, échate al rio,
que yo te salvaré que sé la tierra,
que pensar resistir es desvarío
á la gente que cala de la sierra:
bien puedes ¡oh señor! de mí fiarte,
que me verás morir por escaparte.

Yo, que al mancebo el rostro revolvia
á agradecer la oferta y buen deseo,
ví á Glaura que sin tiento arremetia
diciendo: «¡oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?
¿eres mi dulce esposo? ¡ay vida mia!
en mis brazos te tengo y no lo creo;
¿qué es esto, estoy soñando ó estoy despierta?
¡ay! que tan grande bien no es cosa cierta."
Yo atónito de tal acaecimiento,
alegre tanto dél como admirado,
visto de Glaura el mísero lamento
en felice suceso rematado,
no habiendo allí lugar de cumplimiento,
por ser revuelto el tiempo y limitado,
dije: «Amigos, adios; y lo que puedo,
que es daros libertad, yo os la concedo."
Sin otro ofrecimiento ni promesa
piqué al caballo, que salió ligero.
Pero aunque mas los indios me den priesa,
quiero, Señor, que aquí sepais primero
como á la entrada de la selva espesa
Cariolan vino á ser mi prisionero,
cuando medrosa de perder la vida
en el tronco quedó Glaura escondida.
Sabed, sacro Señor, que yo venia
con algunos amigos y soldados,
despues de haber andado todo el dia
en busca de enemigos desmandados;
mas ya que á nuestro asiento me volvia
con diez prisiones bárbaros atados,
á la entrada de un monte y fin de un llano
descubrimos muy cerca á Cariolano.
Corrió luego sobre él toda la gente,
pensando que alas le prestára el miedo;
pero con gran desprecio y alta frente,
apercibiendo el arco, estuvo quedo:

llegando, pues, á tiro, diestramente
hirió á Francisco Osorio y Acebedo,
arrancando una daga, desenvuelto
el largo manto al brazo ya revuelto.
Tanta fue la destreza, tanta el arte
del temerario bárbaro araucano,
que no fue el gran tropel de gente parte
á que dejase un solo paso el llano;
que, saltando de aquella y desta parte,
todos los golpes hizo dar en vano,
unos hurtando el cuerpo desmentidos,
otros del manto y daga rebatidos.
Yo, que ver tal batalla no quisiera,
al animoso mozo aficionado,
en medio me lancé diciendo: «Afuera
caballeros, afuera, hacéos á un lado,
que no es bien que el valiente mozo muera,
antes merece ser remunerado;
y darle asi la muerte ya sería
no esfuerzo ni valor, mas villanía."
Todos se detuvieron conociendo
cuán mal el acto infame les estaba;
solo el indio no cesa, pareciendo
que de alargar la vida le pesaba:
al fin, la daga y paso recogiendo,
pues ya la cortesía le obligaba,
vuelto ácia mí me dijo: «¿Qué te importa
que sea mi vida larga ó que sea corta?
Pero de mí será reconocida
la obra pia y voluntad humana,
pia por la intencion, pero entendida,
puede decirse impía é inhumana;
que á quien ha de vivir mísera vida,
no le puede estar mal muerte temprana:
asi que, en nō matarme, como digo,
cruel misericordia usas conmigo.

Mas, porque no me digan que ya niego
haber de tí la vida recebido,
me pongo en tu poder, y así me entrego
á mi fortuna mísera rendido."
Esto dicho, la daga arrojó luego
doméstico el que indómito habia sido,
quedando desde allí siempre conmigo,
no en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
de las armas y voces resonaban;
unos van en monton allá corriendo,
otros acá socorro demandaban.
Era la senda estrecha, y no pudiendo
ir atrás ni adelante, reparaban
que el bagaje, la chusma y el ganado
tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Puren derecho
ácia la entrada y paso del estado;
despues vá en forma oblica largo trecho
de dos ásperos cerros apretado;
y vienen á ceñirle en tanto estrecho
que apenas pueden ir dos lado á lado,
haciendo aun mas angosta aquella via
un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
revueltos unos y otros voceando
andaban en confuso remolino
la tempestad de tiros reparando.
No basta de la pasta el temple fino;
grebas, petos, celadas abollando
la furia que zumbaba á la redonda
de galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
sin poder en las sillas sostenerse;
otros, cual rana ó sapo, aporreados
no pueden aunque quieren removerse;

otros á gatas, otros derrengados,
arrastrando procuran acogerse
á algun reparo ó hueco de la senda,
que de aquel torbellino los defienda;
Que en este paso estrecho el enemigo,
la gente y municion por orden puesta,
tenia á nuestros soldados, como digo,
de ventaja las piedras y la cuesta,
donde puedo afirmar como testigo
que era la lluvia tan espesa y presta
de las piedras, que cierto parecia
que el cerro á bajo en piezas se venia.
Como cuando se ve el airado cielo
de espesas nubes lóbregas cerrado
querer undir y arruinar el suelo,
de rayos, piedra y tempestad cargado;
las aves mata en medio de su vuelo,
la gente, bestias, fieras y ganado
buscan corriendo, acá y allá perdidas,
los reparos, defensas y guaridas;
Asi los españoles constreñidos
de aquel granizo y tempestad furiosa,
buscan por todas partes mal heridos
algun árbol ó peña cavernosa,
do reparados algo y defendidos,
con la virtud antigua generosa,
cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,
á la victoria aspiran y venganza;
Y desde alli con la presteza usada,
las apuntadas miras asestando,
les comienzan á dar una rociada,
muchos en poco tiempo derribando.
Ya por la áspera cuesta derrumbada
venian cuerpos y peñas volteando
con un furor terrible y tan extraño
que muertos aun hacian notable daño.

Asi andaba la cosa, y entretanto
que en esta estrecha plaza peleaban,
con no menor revuelta al otro canto
donde mayores voces resonaban
se habian los indios desmandado tanto
que ya el bagage y cargas saqueaban,
haciendo grande riza y sacrificio
en la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
sube ligeramente á la alta cumbre;
quién de petaca ó de fardel cargado
corre sin embarazo y pesadumbre;
del alto y bajo, de uno y otro lado,
al saco acude allí la muchedumbre,
cual banda de palomas en verano
suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
por la gran multitud que concurria,
procuré de tentar el postrer medio
que en nuestra vida y salvacion habia:
y asi, rompiendo súbito por medio
de la revuelta y empachada via,
llegué do estaban hasta diez soldados
en un hueco del monte arrinconados,

Diciéndoles el punto en que la guerra
andaba de ambas partes tan reñida
que, ganada la cumbre de la sierra,
la victoria era nuestra conocida;
porque toda la gente de la tierra
andaba ya en el saco embebecida,
y solo en ver asi ganado el alto
los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego, resueltos á morir de hecho,
todos los once juntos de cuadrilla
los caballos echamos al repecho,
cada cual soliviado alto en la silla:

y aunque el fragoso cerro era derecho,
por la tendida y aspera cuchilla
llegamos á la cumbre deseada,
de breña espesa y árboles poblada:
Saltamos á pie todos al momento,
que ya allí los caballos no prestaban;
que llenos de sudor, faltos de aliento,
no pudiendo moverse, ijadeaban:
donde sin dilacion ni impedimento,
al lado que los indios mas cargaban,
en un derecho y gran derrumbadero
nos pusimos á vista y caballero,
Dándoles una carga de repente
de arcabuces y piedras que os prometo
que aunque llevó de golpe mucha gente,
hizo el súbito miedo mas efeto:
y asi, remolinando torpemente,
les pareció, segun el grande aprieto,
moverse en contra dellos cielo y tierra,
viendo por alto y bajo tanta guerra.
Luego con animosa confianza
en nuestra ayuda algunos arribaron,
que deseosos de áspera venganza,
el daño y miedo en ellos aumentaron
tanto que ya, perdida la esperanza,
á retirarse algunos comenzaron,
poniendo prestos pies en la huida,
remedio de escapar la ropa y vida.
Cual por aquella parte, cual por esta,
cargado de fardel ó saco, guia;
cual por lo mas espeso de la cuesta
arrastrando el ganado se metia:
cual con hambre y codicia deshonesta;
por solo llevar mas se detenia,
costando á mas de diez allí la vida
la carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
saqueados en parte y vencedores,
la victoria y honor solemnizando
con trompetas, clarines y atambores,
al rumor de las cuales caminando,
con buena guardia y diestros corredores,
llegamos al Real todos heridos,
donde fuimos con salvas recebidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
por un áspero risco y monte espeso
se fueron á gran paso, consolados
con el sabroso robo, del suceso,
y á donde estaba el general llegados;
que, sabido el desorden y el exceso
que rindió la victoria al enemigo,
hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
del destrozado campo el remanente,
á consultar las cosas del estado
llamó á la principal y digna gente;
donde, despues de haber allí tratado
de lo mas importante y conveniente,
les dijo libremente todo cuanto
podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacado brava y animosamente.

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
el amor de la patria; pues hallamos
que en razon nos obliga y necesita
á que todo por él lo pospongamos!
cualquier peligro y muerte facilita,
al padre, al hijo, á la muger dejamos
cuando en trabajo nuestra patria vemos,
y como á mas parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido
las hazañas de antiguos señaladas,
que por la cara patria han convertido
en sus mismas entrañas las espadas,
y su gloriosa fama han extendido
las plumas de escritores celebradas
Mario, Casio, Filou, Codro ateniense,
Scebóla, Agesilao y el Uticense.

Entrar, pues, en el número merece
esta araucana gente que, con tanta
muestra de su valor y ánimo, ofrece
por la patria al cuchillo la garganta;
y en el firme propósito parece
que ni rigor de Hado y toda cuanta
fuerza pone en sus golpes la Fortuna
en los ánimos hace mella alguna:

Que habiendo en solos tres meses perdido
cuatro grandes batallas de importancia,
no con ánimo triste ni abatido,
mas con valor grandísimo y constancia,
estaban, como atrás habeis oido,
en consejo de guerra haciendo instancia
en darnos otro asalto; mas la mano
tomó diciendo así Caupolicano:

«Conviene ¡oh gran senado religioso!
que vencer ó morir determinemos,
y en solo nuestro brazo valeroso
como último remedio confiemos:
las casas, ropa y mueble infrutuoso
que al descauso nos llaman abrasemos;
que habiendo de morir todo nos sobra,
y todo con vencer despues se cobra.

Es necesario y justo que se entienda
la grande utilidad que desto viene;
que no es bien que haya asiento en la hacienda
cuando el honor aun su lugar no tiene:
ni es razon que soldado alguno atienda
á mas de aquello que á vencer conviene;
ni entibie las ardientes voluntades
el amor de las casas y heredades.

Así que, en esta guerra tan reñida
quien pretende descanso, como digo,
piense que no hay mas honra, hacienda y vida
de aquella que quitáre al enemigo;

que la virtud del brazo conocida
será el rescate y verdadero amigo,
pues no ha de haber partido ni concierto
sino solo matar ó quedar muerto."
Oido allí por los caciques esto,
muchos suspensos sin hablar quedaron,
y algunos dellos con turbado gesto,
enarcando las cejas, se miraron;
pero rompiendo aquel silencio puesto,
sobre ello un rato dieron y tomaron,
hallando en su favor tantas razones
que se llevó tras sí las opiniones.
Asi el valiente Ongolmo, no esperando
que otro en tal ocasion le precediese,
aprueba á voces la demanda, instando
en que por obra luego se pusiese.
Siguió este parecer Purén, jurando
de no entrar en poblado hasta que viese
sin medio ni concierto, á fuerza pura,
su patria en libertad y paz segura.
Lincoya y Caniomangue, pues, no fueron
en jurar el decreto perezosos,
que aun mas de lo posible prometieron,
segun erau gallardos y animosos.
Tambien Rengo y Gualemo se ofrecieron;
y los demas caciques orgullosos
Talcaguan, Lemolemo y Orompello;
hasta el buen Colocolo vino en ello.
Resueltos, pues, en esto, y decretado
segun que aqui lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
con gran sosiego y con atento oido,
despues del alboroto sosegado
y aquel árduo negocio difinido,
puesto en pie levantó la voz ardiente,
que jamas hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero
en lo que el general propone vengo
por parecerme justo; y asi quiero
que se abrase y asuele cuanto tengo:
en lo demas, al brazo me refiero,
que si un mes en su fuerza lo sostengo,
pienso escoger despues á mi contento
el mayor y mejor repartimiento.

Y si algun miserable no concede
lo que tan justamente le es pedido,
por enemigo de la patria quede,
y del militar hábito excluido;
que ya por nuestra parte no se puede
venir á ningun medio ni partido,
sin dejar de perder, pues la contienda
es sobre nuestra libertad y hacienda.

Asi que, yo tambien determinado
de seguir vuestros votos y opiniones;
aunque parece en tiempo tan turbado
que muevo nuevas causas y cuestiones,
del natural honor estimulado,
y por otras legítimas razones,
no puedo ya dejar por ningun arte
de echar del todo un gran negocio á parte.

Ya tendreis en memoria el desafio
que Rengo y yo tenemos aplazado;
asimismo el que tuve con su tio,
que quiso mas morir desesperado:
viendo el gran deshonor y agravio mio;
y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
quiero, sin esperar á mas rodeo,
cumplir la obligacion y mi deseo;

Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
entre todas las gentes, pues se trata
que conmigo ha de entrar en estacado,
y asi vanaglorioso lo dilata:

mas yo, de tanta dilacion cansado,
pues que cada ocasion lo desbarata,
pido que nuestro campo se fenezca,
que no es bien que mi crédito padezca:
Que ya Peteguelen, astutamente,
con aparencia de ánimo engañosa,
á morir se arrojó entre tanta gente,
por parecerle muerte mas piadosa:
y asi se me escapó mañosamente,
que fue puro temor y no otra cosa;
pues si ambicion de gloria le moviera,
de mi brazo la muerte pretendiera.
Tambien Rengo, de industria, cauteloso,
anda en los enemigos muy metido
buscando algun estorbo ó modo honroso
que le excuse cumplir lo prometido;
y debajo de muestra de animoso
procura de quedar manco ó tullido,
y para combatir no habilitado,
glorioso con me haber desafiado."
Asi hablaba el bárbaro arrogante,
cuando el airado Rengo echando fuego,
sin guardar atencion se hizo adelante,
diciendo: « La batalla quiero luego,
que ni tu muestra y faufarron semblante
me puede á mí causar desasosiego;
las armas lo dirán, y no razones
que son de jactanciosos baladrones."
Arremetiera Tucapel, si en esto
Canpolican, que á tiempo se previno,
con presta diligencia en medio puesto,
la voz no le atajára y el camino:
y con severa muestra y grave gesto,
reprehendiendo el loco desatino,
por rematar entre ellos la porfia
concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
que fue para de aquel en cuatro dias,
nacieron en el pueblo alborozado
sobre el dudoso fin muchas porfias:
quién apostaba ropa, quién ganado,
quién tierras de labor, quién granjerías:
algunos, que ganar no deseaban,
las usadas mugeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
en un exento y descubierto llano
donde los dos indómitos varones
armados combatiesen mano á mano,
publicando en pregon las condiciones
por el estilo y término araucano,
para que á todos manifiesto fuèse,
y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
con gran gozo de muchos esperado,
luego la bulliciosa compañía
comenzó á rodear el estacado.
Era tal el aprieto que no habia
árbol, pared, ventana ni tejado
de donde descubrirse algo pudiese
que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso
apenas del oriente habia salido,
cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruïdo;
por otra pues, no menos orgulloso,
al mismo tiempo aparecer se vido
el fantástico Rengo muy gallardo,
ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
de fuertes petos dobles relevados,
escarcelas, brazales y celadas,
hasta el empeine de los pies armados:

mazas cortas de acero barreadas,
gruesos escudos de metal herrados,
y al lado izquierdo cada cual ceñido
un corvo y ancho alfange guarnecido.
Tenia, Señor, la plaza á cada parte
puertas como palenque de torneo,
por las cuales el uno y otro Marte
entran en ancho círculo y rodeo.
Despues que con vistoso y gentil arte
su término acabaron y paseo,
airoso cada cual quedó á su lado
dentro de la gran plaza y estacado.
Hecho por los padrinos el oficio
cual se requiere en actos semejantes,
quitando todo escrúpulo y indicio
de ventaja y cautelas importantes,
cesó luego el estrépito y bullicio
en todos los atentos circunstantes,
oyendo el son de la trompeta en esto,
que robó la color de mas de un gesto.
Luego los dos famosos combatientes,
que la tarda señal solo atendian,
con bizarros y airosos continentes
en paso igual á combatir movian,
y descargando á un tiempo los valientes
brazos, de tales golpes se herian
que estuvo cada cual por una pieza
sobre el pecho inclinada la cabeza.
Redoblan los segundos de manera
que, aunque fueron pesados los primeros,
si tal reparo y prevencion no hubiera,
no llegára el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
el furor destos bárbaros guerreros,
viendo el valor del mundo en ellos junto,
y la encendida cólera en su punto?

Fue de tal golpe Tucapel cargado
sobre el escudo en medio de la frente,
que quedó por un rato embelesado,
suspensos los sentidos y la mente.
Llegó Rengo con otro apresurado,
pero salió el efecto diferente,
que el estruendo del golpe y dolor fiero
le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
defendiendo á los hijos en su nido,
como el airado bárbaro furioso,
mas del honor que del dolor sentido:
asi, fuera de término rabioso,
de soberbia diabólica movido,
sobre el gallardo Rengo fue en un punto,
descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
aquel furor y acelerado brio,
que la ferrada maza irreparable
el grueso extremo descargó en vacío:
fue el golpe, aunque furioso, tolerable
quitándole la fuerza el desvarío,
que á cogerle de lleno, yo creyera
que con él el combate feneciera.

Mas, aunque fue al soslayo, el araucano
se fue un poco al través desvaneciendo;
al fin puso en el suelo la una mano,
sostener la gran carga no pudiendo;
pero viendo el peligro no liviano,
sobre el fuerte contrario revolviendo,
con su desenvoltura y maza presta
le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
de los dos en valor al mundo raros,
la providencia, el arte, la destreza,
las entradas, heridas, y reparos,

tanto, que temo ya de mi torpeza
no poder por sus términos contaros
la mas reñida y singular batalla
que en relacion de bárbaros se halla.
Asi el fiero combate igual andaba,
y el golpear de un lado y de otro espeso;
que el mas templado golpe no dejaba
de magullar la carne ó romper hueso.
El aire cerca y lejos retumbaba
lleno de estruendo y de un aliento grueso,
que era tanto el rumor y batería
que un ejército grande parecía.
Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo,
batiéndole de suerte la celada
que vió lleno de estrellas todo el suelo,
y la cabeza le quedó atronada;
pero en sí vuelto, blasfemando al cielo,
con aquella pujanza aventajada,
birió tan presto á Rengo al desviarse
que no tuvo lugar de repararse.
Cayó el pesado golpe en descubierto,
cargando á Rengo tanto la cabeza
que todos le tuvieron ya por muerto,
y estuvo adormecido una gran pieza;
mas del mismo peligro al fin despierto
la abollada celada se endereza,
y sobre Tucapel furioso aguija,
que la maza rompió por la manija.
Mas, viéndole sin maza en esta guerra,
que en dos trozos saltó lejos quebrada,
la suya con desprecio arroja en tierra,
poniendo mano á la fornida espada.
En esto Tucapel otra vez cierra,
la suya fuera en alto levantada;
mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano
hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
aunque era duro, en él quedó enterrado,
y en este impedimento y embarazo
fue Tucapel herido por un lado,
de suerte que el siniestro guarda-brazo
con la carne al través cayó cortado,
y procurando segundar no pudo,
que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
el cual fue en dos pedazos dividido
con la cresta de acero y la mollera:
el bárbaro quedó desvanecido,
y por poco en el suelo se tendiera;
mas el esfuerzo raro y ardimiento
venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira,
antes hacer cruda venganza piensa;
y asi lleno de rabia, ardiendo en ira,
acrecentada por la nueva ofensa,
furioso de revés un golpe tira
con la extrema pujanza y fuerza inmensa,
que á no topar tan fuerte la armadura
le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan á dentro que no pudo
salir del enemigo ya vecino,
por lo cual, arrojando el roto escudo,
valerse de los brazos le convino.
Tucapel, que robusto era y membrudo,
al mismo tiempo le salió al camino,
echándole los suyos de manera
que un grueso y duro roble desbiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
le llevaba ventaja en la braveza,
de diez, de seis, de dos él era el uno
de mas agilidad y fortaleza.

Llegados á las presas, cada uno
con viva fuerza y con igual destreza
tientan y buscan de una y de otra parte
el modo de vencer la industria y arte.
Asi que, pecho á pecho forcejando,
andaban en furioso movimiento,
tanto los duros brazos añudando
que apenas recebir pueden aliento;
y al arte nuevas fuerzas ayuntando,
aspira cada cual al vencimiento,
procurando por fuerza, como digo,
de poner en el suelo al enemigo.
Era, cierto, espectáculo espantoso
verlos tan recia y duramente asidos,
llenos de sangre y de un sudor copioso
los rostros, y los ojos encendidos:
el aliento ya grueso y presuroso,
el forcejar, gemir, y los ronquidos,
sin descansar un punto en todo el dia,
ni haber ventaja alguna ó mejoría.
Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
teniéndose por flojo y afrentado,
ara y revuelve toda la campaña,
cargando recio deste y de aquel lado.
Rengo con gran destreza y cauta maña,
recogido en su fuerza y reportado,
su opinion y propósito sostiene
y en igual esperanza se mantiene.
Viendo, pues, al contrario algo metido,
le quiso rebatir el pie derecho;
mas Tucapel, á tiempo recogido,
lo suspende de tierra sobre el pecho,
y entre los duros músculos ceñido
le estremece, sacude y tiene estrecho,
tanto que con el recio apretamiento
no le deja tomar tierra ni aliento.

En esto, pues, creyendo facilmente
de aquella suerte rematar la guerra,
Rengo, que era destrísimo y valiente,
hizo pie con gran fuerza y cobró tierra:
donde á un tiempo estribando reciamente,
de un fuerte rodeon se desafierra,
llevándose en las manos apretado
cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fue Tucapél un rato descompuesto,
dando de un lado y de otro zancadillas,
y Rengo de la fuerza que habia puesto
hincó en el suelo entrambas las rodillas:
ámbos corrieron á las armas presto,
rajando los escudos en astillas,
con tempestad de golpes presurosos
mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
de aquel duro teson y valentía,
viéndolos en mil partes ya llagados
y la sangre que el suelo humedecia,
los arneses y escudos destrozados,
y que ningun partido y medio habia,
sino solo quedar el uno muerto,
aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida,
cogiéndole al soslayo la rodela,
que, aunque de gruesos cercos guarnecida,
entró como si fuera blanda suela.
No quedó allí la espada detenida,
que gran parte cortó de la escarcela
y un doble zaragüel de ñudo grueso,
penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
que no diese en el pecho algun latido,
viendo la horrenda muestra y rostro airado
del impaciente bárbaro ofendido,

que, el roto escudo lejos arrojado,
de un furor infernal ya poseido,
de suerte alzó la espada, que yo os juro
que nadie alli pensó quedar seguro.
Guarte Rengo, que baja! guarda! guarda!
con gran rigor y furia acelerada
el golpe de la mano mas gallarda
que jamas gobernó bárbara espada.
Mas quien el fin deste combate aguarda
me perdone si dejo destroncada
la Historia en este punto, porque creo
que asi me esperará con mas deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

LA

ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,
CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO,
GENTILHOMBRE DE LA CAMARA DE LA MAGESTAD DEL EMPERADOR,

Dirigido á la del Rey D. FELIPE II.

Parte tercera.

EL EDITOR.

Se ha dicho en la advertencia sobre la presente edicion que esta tercera parte la imprimió Ercilla en 1589, publicándola reunida á las dos anteriores en el siguiente de 1590: contenia entonces solamente hasta el canto XXXV inclusive, y asi se repitió en Antuerpia en 1597 por Andres Bacxii; pero despues añadió el autor algunos retazos intercalados, uno de seis octavas ácia la mitad del canto XXXII, y otro largo al fin del XXXIV, con el cual formó los cantos XXXV y XXXVI, rematando el XXXVII con el mismo que en la primera edicion era

el XXXV. Uno y otro trozos se marcan al principio con una † y al fin con una * para que los lectores tengan cabal idea de lo que constituía la obra en su primera edicion, y de lo que ha sido posteriormente; pues siempre ha continuado reimprimiéndose con estas añadiduras.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquera desafio es reprobado
por ley divina y natural derecho
cuando no va el designio enderezado
al bien comun y universal provecho;
y no por causa propia y fin privado,
mas por autoridad pública hecho,
que es la que en los combates y estacadas
justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafio
es de derecho y de costumbre usada,
pues con el ser del hombre y albedrío
juntamente la Ira fue criada;
pero sujeta al freno y señorío
de la Razon, á quien encomendada
quedó, para que así la corrigiese
que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento
que en ocasion y á tiempo nos airemos,
pero con tal templanza y regimiento,
que de la raya y punto no pasemos;
pues, dejados llevar del movimiento,
el ser y la razon de hombres perdemos;
y es visto que difieren en muy poco
el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea
ímpetu natural el que nos lleva,
y por la alteracion de Ira se vea
que á combatir la voluntad se mueva:
la ejecucion, el acto, la pelea,
es lo que se condena y se reprueba,
cuando aquella pasion que nos induce
al yugo de Razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,
parece, como parte conveniente,
ser en el hombre natural la Ira,
en cuanto á la Razon fuere obediente:
y, en la causa comun puesta la mira,
puede contra el campion el combatiente
usar della en el tiempo necesario
como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,
ó por jactancia vana ó alabanza,
ó por mostrar la fuerza y valentía,
ó por rencor, por ódio ó por venganza;
si es por declaracion de la porfía
remitiendo á las armas la probanza,
es el combate injusto, es prohibido,
aunque esté en la costumbre recebido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
de Rengo y Tucapel, que, peleando
por solo presuncion y orgullo vano,
como fieras se están despedazando:

y con protervia y ánimo inhumano
de llegarse á la muerte trabajando,
estaban ya los dos tan cerca della
cuanto lejos de justa su querella.
Digo que los combates, aunque usados
por corrupcion del tiempo introducidos,
son de todas las leyes condenados
y en razon militar no permitidos:
salvo en algunos casos reservados,
que serán á su tiempo referidos;
materia á los soldados importante,
segun que lo veremos adelante.
Déjolo aquí indeciso, porque viendo
el brazo en alto á Tucapel alzado,
me culpo, me castigo y reprehendo
de haberle tanto tiempo así dejado.
Pero á la historia y narracion volviendo,
me oistes ya gritar á Rengo airado
que bajaba sobre él la fiera espada
por el gallardo brazo gobernada.
El cual, viéndose junto y que no pudo
huir del grave golpe la caída,
alzó con ambas manos el escudo,
la persona debajo recogida:
no se detuvo en él el filo agudo,
ni bastó la celada, aunque fornida,
que todo lo cortó, y llegó á la frente,
abriendo una abundante y roja fuente.
Quedó por grande rato adormecido;
y en pie dificilmente se detuvo,
que, del recio dolor desvanecido,
fuera de acuerdo vacilando anduvo:
pero volviendo á tiempo en su sentido,
visto el último término en que estuvo,
de manera cerró con Tucapelo
que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto,
que por poco le hubiera trabucado,
que de la gran pujanza que habia puesto
anduvo de los pies desbaratado;
pero volviendo á recobrarse presto,
viéndose del contrario asi aferrado
le echó los fuertes y ñudosos brazos,
pensando deshacerle en mil pedazos:
Y con aquella fuerza sin medida
le suspende, sacude y le rodea;
mas Rengo, la persona recogida,
la suya á tiempo y la destreza emplea.
No la falta de sangre allí vertida,
ni el largo y gran teson en la pelea
les menguaba la fuerza y ardimiento,
antes iba el furor en crecimiento.
En esto Rengo á tiempo el pie trocado
del firme Tucapel ciñó el derecho,
y entre los duros brazos apretado
cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
fue tanto el forcejar que ambos de lado,
sin poderlo excusar, á su despecho,
dieron á un tiempo en tierra, de manera
como si un muro ó torreon cayera.
Pero con rabia nueva y mayor fuego
comienzan por el campo á revolcarse,
y con puños de tierra á un tiempo luego
procuran y trabajan por cegarse;
tanto que al fin el uno y otro ciego,
no pudiendo del hierro aprovecharse,
con las agudas uñas y los dientes
se muerden y apedazan impacientes.
Así, fieros, sangrientos y furiosos,
cual ya debajo cual ya encima andaban,
y los roncos acezos presurosos
del apretado pecho resonaban;

mas no por esto un punto vagáreos
en la rabia y el ímpetu aflojaban,
mostrando en el teson y larga prueba
criar aliento nuevo y fuerza nueva.
Eran pasadas ya tres horas cuando
los dos campeones, de valor iguales,
en la creciente furia declinando,
dieron muestra y señal de ser mortales:
que las últimas fuerzas apurando,
sin poderse vencer, quedaron tales
que ya en parte ninguna se movian,
y mas muertos que vivos parecian.
Estaban par á par desacordados,
faltos de sangre, de vigor y aliento,
los pechos garleando levantados,
llenos de polvo y de sudor sangriento;
los brazos y los pies enclavijados
sin muestra ni señal de sentimiento;
aunque de Tucapel pudo notarse
haber mas porfiado á levantarse.
La pierna diestra y diestro brazo echado
sobre el contrario á la sazon tenia,
lo cual de sus amigos fue juzgado
ser notoria ventaja y mejoría;
y aunque esto es hoy de muchos disputado,
ninguno de los dos se rebullia,
mostrando ambos de vivos solamente
el ronco aliento y corazon latiente.
El gran Caupolicano, que asistiendo
como juëz de la batalla estaba,
el grave caso y pérdida sintiendo,
apriesa en la estacada plaza entraba:
el cual sin detenerse un punto, viendo
que alguna sangre y vida les quedaba,
los hizo levantar en dos tablones
á doce los mas ínclitos varones;

Y siguiendo detras con todo el resto
de la nobleza y gente mas preciada,
fue con honra solemne y pompa puesto
cada cual en su tienda señalada:
donde acudiendo á los remedios presto,
y la sangre con tiempo restañada,
la cura fue de suerte que la vida
les fue en breve sazon restituïda.

Pasado el punto y término temido,
iban los dos á un tiempo mejorando,
aunque del caso Tucapel sentido,
no dejaba curarse braveando:
pero el prudente general sufrido,
con blandura la cólera templando,
asi de poco en poco le redujo
que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
y con solemnidad capitulado
que en todo lo restante de la vida
no se tratase mas de lo pasado,
ni por cosa de nuevo sucedida
en público lugar ni reservado
pudiesen combatir ni armar cuestiones,
ni atravesarse en dichos ni en razones;

Mas siempre como amigos generosos
en todas ocasiones se tratasen,
y en los casos y trances peligrosos
se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Convenidos así los dos famosos,
porque mas los conciertos se afirmasen,
comieron y bebieron juntamente,
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera
en su conformidad y ayuntamiento,
que me importa volver á la ribera
del rio, que muda nombre en cada asiento:

pues ha mucho que falto y ando fuera
de nuestro molestado alojamiento,
para decir el punto en que se halla
despues del trance y última batalla.
Luego que la victoria conseguimos
con mas pérdida y daño que ganancia,
al fuerte á mas andar nos recogimos
que estaba del lugar larga distancia:
y aunque poco despues, Señor, tuvimos
otros muchos reencuentros de importancia,
no sin costa de sangre y gran trabajo,
iré, por no cansaros, al atajo;
Y, pasando en silencio otra batalla
sangrienta de ambas partes y reñida,
que, aunque por no ser largo aqui se calla,
será de otro escritor encarecida;
vista de municion y vitualla
la plaza por dos meses bastecida,
pareció por entonces provechoso
dejar por capitan allí á Reinoso.
Que las demas ciudades, trabajadas
de las pesadas guerras, nos llamaban,
y las leyes sin fuerza arrinconadas,
aunque mudas, de lejos voceaban:
las cosas de su asiento desquiciadas
todos sin gobernarse gobernaban,
estando de perderse el reino á cante
por falta de gobierno habiendo tanto.
Mas viendo la comarca tan poblada,
fértil de todas cosas y abundante,
para fundar un pueblo aparejada,
y el sitio á la sazon muy importante,
quedó primero la ciudad trazada,
de la cual hablaremos adelante,
que aunque de buen principio y fundamento,
mudó despues el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra
los mas diestros y pláticos soldados,
en órden de batalla y son de guerra
rompimos por los términos vedados;
y atravesando de Purén la sierra,
de la hambre y las armas fatigados,
á la Imperial llegamos salvamente,
donde hospedada fué toda la gente.

Puso el gobernador luego en llegando
en libertad las leyes oprimidas,
la justicia y costumbres reformando
por los turbados tiempos corrompidas,
y el exceso y desórdenes quitando
de la nueva codicia introducidas;
en todo lo demas por buen camino
dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos satisfecho
del sueño y hambre mísera transida,
cuando tuvimos nueva que de hecho
toda la tierra en torno removida,
rota la tregua y el contrato hecho,
viendo así nuestra fuerza dividida,
ayuntaban la suya, con motivo
de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos
de los que mas en órden nos hallamos,
por la espesura de Tirú metidos
la barrancosa tierra atravesamos,
y los tomados pasos desmentidos,
no con pocos rebatos arribamos,
sin parar ni dormir noche ni dia,
al presidio español y compañía,

Donde ya nuestra gente habia tenido
nueva del trato y tierra rebelada,
que por extraño caso acontecido
de la junta y designio fue avisada;

y habiendo alegremente agradecido
el socorro y ayuda no pensada,
nos dió del caso relacion entera,
el cual pasa, Señor, desta manera:
El araucano ejército entendiendo
que su próspera suerte declinaba,
y que Caupolican iba perdiendo
la gran figura en que primero estaba,
en secretos concilios discurriendo
del capitan ya odioso murmuraba,
diciendo que la guerra iba á lo largo
por conservar la dignidad del cargo.
No con tan suelta voz y atrevimiento
que el mas libre y osado no temiese,
y del menor edicto y mandamiento
cuanto una sola mínima excediese:
que era tanto el castigo y escarmiento,
que no se vió jamas quien se atreviese
á reprobar el órden por él dado,
segun era temido y respetado.
Pero temiendo, al fin, como prudente,
el revolver del Hado incontrastable,
y la poca obediencia de su gente,
viéndole ya en estado miserable,
que la buena Fortuna facilmente
lleva siempre tras sí la Fé mudable;
y un mal suceso y otro cada dia
la mas ardiente devocion resfria,
Quiso, dando otro tiento á la Fortuna,
que del todo con él se declarase,
y no dejar remedio y cosa alguna
que para su descargo no intentase:
entre muchas, al fin, resuelto en una,
antes que su intencion comunicase,
con la presteza y orden que convino,
de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza
á que el miedo el peligro examinase,
y algun suceso y súbita mudanza
los ánimos del todo resfriase,
con animosa muestra y confianza
mandó que de la gente se aprestase
al tiempo y hora de silencio mudo
el mas coposioso número que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
en la cual resolvió que convenia
dar el asalto al fuerte por el lado
de la posta de Ongolmo al mediodia,
que de cierto espion era avisado
como la gente que en defensa habia,
demas de estar segura y descuidada,
era poca, bisoña y desarmada:

Que el capitan ausente habia llevado
la plática en la guerra y escogida,
de no volver atras determinado
hasta dejar la tierra reducida:
y en las nuevas conquistas ocupado,
sin poder ser la plaza socorrida,
en breve por asaltos facilmente
podian entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones,
y tal la autoridad de su presencia,
que se llevó los votos y opiniones
en gran conformidad sin diferencia:
y con ánimo y firmes intenciones
le juraron de nuevo la obediencia,
y de seguir, hasta morir, de veras,
en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resoluto
habló con Pran, soldado artificioso,
simple en la muestra, en el aspecto bruto,
pero agudo, sutil y cauteloso,

prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
falso, disimulado, malicioso,
lenguaz, ladino, práctico, discreto,
canto, pronto, solícito y secreto.
El cual en puridad bien instrido
en lo que el arduo caso requeria,
de pobre ropa y parecer vestido,
del presidio español tomó la via,
y fingiendo ser indio foragido
se entró por la cristiana ranchería
entre los indios mozos de servicio,
dando en la simple muestra dello indicio;
Debajo de la cual miraba atento
sin mostrar atencion, lo que pasaba,
y con disimulado advertimiento
los ocultos designios penetraba:
tal vez entrando en el guardado asiento,
en la figura rústica, notaba
la gente, armas, el órden, sitio y traza,
lo mas fuerte y lo flaco de la plaza.
Por otra parte, oyendo y preguntando
á las personas menos recatadas,
iba mañosamente escudriñando
los secretos y cosas reservadas:
y aquí y allí los ánimos tentando
buscaba con razones disfrazadas
vaso capaz y suficiente seno
donde vaciar pudiese el pecho lleno.
Tentando, pues, los vados y el camino
por donde el trato fuese mas cubierto,
de tiento en tiento y lance en lance vino
á dar consigo en peligroso puerto;
que engañado de un bárbaro ladino,
Andresillo llamado, de concierto
salieron juntos á buscar comida,
cosa á los yanaconas permitida;

Y con dobles y equívocas razones,
que Pran á su propósito traía,
vino el otro á decir las vejaciones
que el araucano estado padecia,
los insultos, agravios, sinrazones,
las muertes, robos, fuerza y tiranía;
travendo á la memoria lastimada
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido
tan presto el falso amigo á la parada,
hallando voluntad y grato oido
y el tiempo y la ocasion aparejada;
de la engañosa muestra persuadido,
el disfrace y la máscara quitada,
abrió el secreto pecho y echó fuera
la encubierta intencion desta manera,

Diciéndole: «Si sientes, oh soldado,
la pérdida de Arauco lamentable
y el infelice término y estado
de nuestra opresa patria miserable,
hoy la Fortuna y poderoso Hado,
mostrándonos el rostro favorable,
ponen solo en tu mano libremente
la vida y salvacion de tanta gente:

Que el gran Caupolicano, que en la tierra
nunca ha sufrido igual ni competencia,
y en paz ociosa y en sangrienta guerra
tiene el primer lugar y la obediencia,
quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
tu industria grande y grande suficiencia,
fiar en ocasion tan oportuna
el estado comun de tu fortuna;

Y que á tí, como causa, se atribuya
el principio y el fin de tan gran hecho,
siendo toda la gloria y honra tuya,
tuya la autoridad, tuyo el provecho:

sola una cosa quiere que sea suya,
con la cual queda ufano y satisfecho;
que es haber elegido tal sugeto
para tan grande y importante efeto.
Pues á tu libremente cometido
puede suceso próspero esperarse,
y á tu dichosa y buena suerte asido
quiere llevado della aventurarse:
y asi en figura humilde travestido,
porque de mí no puedan recatarse,
vengo, cual ves, para que deste modo
te dé yo parte dello y seas el todo,
Haciéndote saber como querria
(si no es de algun oculto inconveniente)
dar el asalto al fuerte á medio dia
con furia grande y número de gente;
por haberle avisado cierta espía
que en aquella sazon seguramente
descansan en sus lechos los soldados
de la molesta noche trabajados:
Y sin recato la ferrada puerta,
no siendo á nadie entonces reservada,
franca de par en par siempre está abierta,
y la gente durmiendo descuidada:
la cual, de salto fácilmente muerta,
y la plaza despues desmantelada,
en la region antártica no queda
quien resistir nuestra pujanza pueda.
Asi que, de tu ayuda confiado,
que todo se lo allana y asegura,
cerca de aqui tres leguas ha llegado
cubierto de la noche y sombra escura;
á donde, de su ejército apartado,
debajo de palabra y fe segura
quiere comunicar solo contigo
lo que sumariamente aqui te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
gozar desta ventura prometida,
demas del grande honor que consiguieres
siendo por tí la patria redemida,
solo á tí deberás lo que tuvieres,
y á tí te deberán todos la vida,
siendo siempre de nos reconocido
haberla de tu mano recebido.

Mira, pues, lo que desto te parece,
conoce el tiempo y la ocasion dichosa,
no seas ingrato al cielo, que te ofrece
por solo que la acetes tan gran cosa:
dá la mano á tu patria, que perece
en dura servidumbre vergonzosa;
y pide aquello que pedir se puede,
que todo desde aquí se te concede."

Dió fin con esto á su razon, atento
al semblante del indio sosegado,
que sin alteracion y movimiento
hasta acabar la plática habia estado;
el cual con rostro y parecer contento,
aunque con pecho y ánimo doblado,
á las ofertas y razon propuesta
dió sin mas detenerse esta respuesta:

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio
de mi intrínseco gozo y alegría
de ver que esté en mi mano el beneficio
de la cara y amada patria mia?
que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
ni el gobierno del mundo y monarquía
podrán tanto conmigo en este hecho
cuanto el comun y general provecho:

Que sufrir no se puede la insolencia
desta ambiciosa gente desfrenada,
ni el disoluto imperio y la violencia
con que la libertad tiene usurpada;

por lo cual la divina Providencia
tiene ya la sentencia declarada,
y el ejemplar castigo merecido
al araucano brazo cometido.

Vuelve á Caupolican, y de mi parte
mi pronta voluntad le ofrece cierta,
que cuanto en esto quieras alargarte
te sacaré yo á salvo de la oferta:
y mañana, sin duda, por la parte
de la inculta marina mas desierta
seré con él, do trataremos largo
desto que desde aqui tomo á mi cargo.

Por la sospecha que nacer podria
será bien que los dos nos apartemos;
y deshecha por hoy la compañía,
á donde nos aguardan arribemos:
que mañana de espacio á medio dia
con mayor libertad nos hablaremos,
y de mí quedarás mas satisfecho:
adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho."

Asi luego partieron el camino,
llevándole diverso y diferente,
que el uno al araucano campo vino
y el otro á donde estaba nuestra gente:
el cual con gozo y ánimo malino,
hablando al capitan secretamente,
le dijo punto á punto todo cuanto
oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado. Habla con Caupolican cautelosamente, el cual, engañado, viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada
que mas ofende á la bondad divina
es la traicion sobre amistad forjada,
que al cielo, tierra y al infierno indina:
que aunque el señor de la traicion se agrada,
quiere mal al traidor y le abomina:
tal es este nefario maleficio,
que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el alevoso
en estado seguro permanece,
de nadie amado, á todo el mundo odioso,
que el mismo interesado le aborrece:

amigo en todo tiempo sospechoso:
aunque trate verdad no lo parece;
y al cabo no se escápa del castigo
que la misma maldad lleva consigo.
Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
debajo de seguro al enemigo,
¿qué será aquel que al enemigo vende
la libertad y sangre del amigo,
y el que con rostro de leal pretende
ser traidor á su patria, como digo,
poniéndole con ódio y rabia tanta
el agudo cuchillo á la garganta?
Guardarse puede el sabio recatado
del público enemigo conocido,
del perverso, insolente, del malvado,
pero no del traidor nunca ofendido:
que en hábito de amigo disfrazado,
el desnudo puñal lleva escondido:
no hay contra el desleal seguro puerto,
ni enemigo mayor que el encubierto.
La prueba es Andresillo, que dejaba
al amigo engañado y satisfecho;
el cual, con la gran priesa que llevaba,
en poco espacio atravesó gran trecho:
y puesto ante Reinoso, el cual estaba
seguro y descuidado de aquel hecho,
preciándose el traidor de su malicia,
della y de la traicion le dió noticia
Diciéndole: «Sabrás que usando el Hado
hoy de piadoso término contigo,
las cosas de manera ha rodeado
que puedo serte provechoso amigo:
pues en mi voluntad libre ha dejado
la muerte ó salvacion de tu enemigo,
remitiendo á las manos de Andresillo
la arbitraria sentencia y el cuchillo.

Mas negando la deuda y fe debida
á mi tierra y nacion, por tu respeto,
quiero, señor, sacrificar la vida
por escapar la tuya deste aprieto:
y en contra de mi patria aborrecida
volver las armas y áspero decreto,
desviando gran número de espadas
que están á tu costado enderezadas."
Tras esto allí le dijo todo cuanto
con Pran le sucedió y habeis oido,
que si me acuerdo, en el pasado canto
lo tengo largamente referido.
Quedó Reinoso atónito de espanto,
y con ánimo y rostro agradecido
los brazos amorosos le echó al cuello
dándole encarecidas gracias dello;
Y alabando la astucia y artificio
con que del trato doble usado habia,
exageró el famoso y gran servicio
que á todo el reino y cristiandad hacia;
diciendo que tan grande beneficio
siempre en nuestra memoria duraría,
y con honroso premio de presente
sería remunerado largamente.
Quedaron, pues, de acuerdo que otro dia,
sin que noticia dello á nadie diese,
en el tiempo y lugar que puesto habia
con el vecino capitan se viese:
que de la vista y habla entendería
lo que mas al negocio conviniese,
trayéndole por mañas y rodeo
al esperado fin de su deseo.
Hízolo, pues, asi; pero antes desto,
á la salida de un espeso valle
halló al amigo en centinela puesto,
esperándole ya para guialle;

donde Caupolican con ledo gesto,
saliendo algunos pasos á encontralle,
adelantado un trecho de su gente,
le recibió amorosa y cortesmente,
Diciendo: «¡Oh capitan! hoy por el cielo
en esta dignidad constituido,
á quien la redencion del pátrio suelo
justa y méritamente ha cometido;
bien sé que solo con honrado celo
de virtud propia y de valor movido,
aspiras á arribar do ningun hombre
tendrá puesto adelante mas su nombre:
Y habiendo de tu pecho penetrado
el intento y designio valeroso,
de tu Fortuna próspera guiado,
que promete suceso venturoso,
estoy resuelto, estoy determinado
que con golpe de gente numeroso
demos, siendo tú solo nuestra guia,
sobre el fuerte español á medio dia;
Para lo cual ha sido mi venida,
sorda y secretamente en esta parte,
donde, siendo tu boca la medida,
quiero del justo premio asegurarte,
y ver si á tí esta empresa cometida
quieres della y nosotros encargarte,
dando, como cabeza y dueño, en todo
el órden, la instruccion, la traza y modo;
Que, demas de las honras, te aseguro
de parte del senado un señorío,
y por el fuerte Eponamon te juro
que éste será escogido á tu albedrío:
en tus manos me pongo y aventuro,
y á tu buen parecer remito el mio,
para que dés el órden que convenga
y el esperado bien no se detenga;

Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta;
que me prometen próspera jornada,
en una parte oculta y encubierta
tengo cerca de aqui mi gente armada;
y antes que sea de alguno descubierta
y la plaza enemiga preparada,
que es el peligro solo que esto tiene,
apresurar la ejecucion conviene.

Resuélvete ¡oh varon! y determina;
como de tí se espera, brevemente,
que detrás deste monte á la marina
está el copioso ejército obediente:
y porque puedas ver la disciplina,
los ánimos, las armas y la gente,
podrás llegar allá, que aqui te aguardo
con esperanza y ánimo gallardo.

El traidor pertinaz, que atento estaba
á cuanto el general le prometia,
no la oferta ni el premio le mudaba
de la fea maldad que cometia:
bien que, algun tanto tímido, dudaba
viendo de aquel varon la valentía,
el ser gallardo y el feroz semblante,
la proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
de una fuerte coraza barreada,
y un dragon escamoso relevado
sobre el alto creston de la celada;
en la derecha su baston ferrado,
ceñida al lado una tajante espada,
representando en talle y apostura
del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato
podia salir con el malvado hecho,
teniendo en su traicion y doble trato
andado en poco tiempo tanto trecho,

con alegre semblante y rostro grato,
aunque con doble y engañoso pecho;
hincando ambas rodillas en el llano,
tal respuesta volvió á Caupolicano:

«¡Oh gran Apó! no pienses que movido
por honra, por riqueza ó por estado
á tus pies y obediencia soy venido,
á servirte y morir determinado;
que todo lo que aquí me has ofrecido
y lo que puede mas ser deseado
no me provoca tanto ni me instiga
cuanto la gran razon que á ello me obliga!.

Gracias al cielo doy, pues mi esperanza
en tu prudencia y gran valor fundada,
la siento ya con próspera bonanza
ir al derecho puerto encaminada:
y porque no nos dañe la tardanza
será bien que apresures la jornada,
siguiendo la Fortuna, que se muestra
declarada en favor de parte nuestra;

Que nuestros enemigos sin recelo,
á las armas de noche acostumbrados,
cuando va el sol en la mitad del cielo
descansan en sus toldos desarmados:
y desnudos y echados por el suelo,
en vino y dulce sueño sepultados,
pasan la ardiente siesta en gran reposo
hasta que el sol declina caluroso.

Y si estás, como dices, prevenido,
y la gente vecina en ordenanza,
que goces luego la ocasion te pido,
no dejando pasar esta bonanza:
que el tiempo es malo de cobrar, perdido,
mayormente si daña la tardanza;
y pues no te detiene cosa alguna
no detengas tus Hados y Fortuna;

Que á darte la victoria yo me obligo,
no por el galardon que dello espero,
que la virtud la paga trae consigo
y ella misma es el premio verdadero:
basta lo que en servirte yo consigo;
y asi graciosamente me prefiero
de ponerte sin pérdida en la mano
la desnuda garganta del tirano.

Mañana disfrazado, al tiempo cuando
vaya el sol en mitad de su jornada,
vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
estaré su venida deseada;
y en el presidio y franca plaza entrando,
verá la gente entonces entregada
al ordinario y descuidado sueño,
sin prevencion, y al parecer sin dueño.

Esta noche, callada y quietamente,
desviada á la diestra del camino,
venga á ponerse en escuadron la gente
una milla del fuerte y mas vecino:
y cuando asome el sol por el oriente,
echada en recogido remolino,
bajas las armas por la luz del dia,
aguarde allí el aviso y orden mia.

Quiero ver, pues que dello eres servido,
(por ir del todo alegre y satisfecho)
tu dichoso escuadron, constituido
para tan alto y señalado hecho;
por quien Arauco ya restituido
en sus primeras fuerzas y derecho,
echada la española tiranía,
extenderá su nombre y monarquía.*

Quedó Caupolicano de manera
que tuvo el trato y hecho por seguro,
diciéndole razones, que moviera
no un corazon movible pero un muro:

y en señal de firmeza verdadera
le dió un lucido llauto de oro puro
y un grueso mazo de chaquira prima,
cosa entre ellos tenida en grande estima;
Y del alegre Pran acompañado
al pie de un alto cerro montuoso
vió el araucano ejército emboscado,
de brava gente y número copioso:
quedó el traidor de verlo algo turbado,
y en la falsa y mudable fe dudoso;
que en el ánimo vario y movedizo
hace el temor lo que virtud no hizo.
Pero ya la maldad apoderada,
dándole espuelas y ánimo bastante,
la duda tropelló representada,
llevando el mal propósito adelante:
y así, encubriendo la intencion dañada,
con mentirosas muestras y semblante
loó el traidor encarecidamente
el sitio, el orden, armas y la gente;
Y despues de inquerir y haber notado
lo que notar entonces convenia,
visto el grande aparato, y tanteado
la gente armada y cantidad que habia,
advertido de todo y enterado,
llegó al presidio al rematar del dia,
á donde le esperaba ya Reinoso,
de su larga tardanza sospechoso.
Hizo con singular advertimiento
de su jornada relacion copiosa,
dándole mayor ánimo y aliento
nuestra llegada á tiempo provechosa;
que si estuvistes á mi canto atento,
por la montaña y costa montuosa
al socorro llegué aquel mismo dia
con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo
las armas é instrumentos militares,
el foso, muro y plaza requiriendo,
señalando á la gente sus lugares;
hasta que fue la aurora descubriendo
con turbia luz los hondos valladares,
dando triste señal del dia esperado
por tanta sangre y muertes señalado.

Jamas se vió en los términos australes
salir el sol tan tardo á su jornada,
rehusando de dar á los mortales
la claridad y luz acostumbrada:
al fin salió cercado de señales,
y la luna delante dél menguada,
vuelto el mudable y blanco rostro al cielo
por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
por una y otra parte ocultamente,
con iguales designios y esperanza,
aunque con hado y suerte diferente,
veis aquí á Pran, que solo, y á la usanza
de los mitayos indios, diligente,
cargado con un haz de blanco trigo,
viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba,
mirando á los caminos ocupado,
pareciéndole ya que se pasaba
el tiempo del concierto aun no llegado:
tanto ya la maldad le aceleraba
de una furia maligna espoleado,
que siempre en lo que mucho se desea
no hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
que la gente en dos tercios dividida
habia el murado sitio descubierto
sin ser de nadie vista ni sentida:

y con paso callado y gran concierto,
doméstica, ordenada y recogida,
los pechos y las armas arrastrando
venia derecho al fuerte caminando.
Con muestra del designio diferente
dió Andresillo señal de su alegría,
diciendo que sin duda nuestra gente
ya, segun su costumbre, dormiria:
luego, disimulada y quietamente,
sin mas se detener, de compañia
entraron en el fuerte preparado
el falso engañador y el engañado.
Vieron en sus estancias recogidos
todos los oficiales y soldados,
sobre sus lechos, sin domir, dormidos;
con aviso y cuidado, descuidados;
los arneses acá desguarnecidos,
los caballos allá desensillados,
todo de industria, al parecer revuelto;
en un mudo silencio y sueño envuelto.
Visto el reposo, Pran, visto el sosiego
y poca guardia que en el fuerte habia,
alegre dello tanto, cuanto ciego
en no ver la sospecha que traía,
sin detenerse un solo punto, luego
por una corta senda que él sabia,
haciendo de sus pies y aliento prueba,
fue á dar al campo la esperada nueva.
Apenas habia él barbaro traspuesto,
cuando Andresillo en tono levantado
dijo: «¡Oh fuertes soldados en quien puesto
está el fin de la guerra deseado;
tomad las vencedoras armas presto
y romped el silencio ya excusado,
saliendo á toda priesa, porque os digo
que á las puertas teneis al enemigo!"

Marinero jamas tan diligente
de entre la vedijosa hernia salta
cuando los gritos del piloto siente
y la borrasca súbita le asalta,
como nosotros, que ligeramente,
oyendo de Andresillo la voz alta,
de los toldos con ímpetu salimos
y á las vecinas armas acudimos.

Quién al mudo peto arremetia,
quién encaja la gola y la celada,
quién ensilla el caballo, y quién salia
con arcabuz, con lanza ó con espada:
fue en un punto la gruesa artillería
á las abiertas puertas asestada,
llenos de tiros mil, de mil maneras
los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en orden la plaza, y encargado
segun el puesto á cada cual su oficio,
el silencio importante encomendado
trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
quedando aquel presidio tan callado,
que la gente extramuros de servicio,
visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
que todo en igual sueño reposaba.

No fue Pran en el curso negligente,
pues apenas estábamos armados,
cuando los enemigos de repente
se descubrieron cerca por dos lados;
venian tan escondida y sordamente,
bajas las armas y ellos inclinados,
que entráran, si la vista ya no fuera
mas presta que el oido y mas ligera.

Como el cursado cazador, que tiene
la caza y el lugar reconocido,
que poco á poco el cuerpo bajo viene
entre la yerba y matas escondido:

ya apresura el andar, ya le detiene,
mueve y asienta el paso sin ruïdo,
hasta ponerse cerca y encubierto,
donde pueda hacer el tiro cierto;
Con no menor silencio y mayor tiento
los encubiertos indios parecieron,
y sobre nuestro fuerte en un momento
á treinta y menos pasos se pusieron,
de do sin son de trompa ni instrumento
en callado tropel arremetieron
mas de dos mil en número á las puertas,
con mas cuidado que descuido abiertas.
No sé con qué palabras, con qué gusto
este sangriento y crudo asalto cuente,
y la lástima justa y ódio justo,
que ambas cosas concurren juntamente:
el ánimo, ahora humano, ahora robusto,
me suspende y me tiene diferente,
que si al piadoso celo satisfago,
condeno y doy por malo lo que hago;
Si del asalto y ocasion me alejo,
dentro della y del fuerte estoy metido;
si en este punto y término lo dejo,
hago y cumplo muy mal lo prometido:
asi, dudoso el ánimo y perplejo
destos juntos contrarios combatido,
lo dejo al otro canto reservado,
que de consejo estoy necesitado.

¡Dios sempiterno, qué fracaso extraño,
qué riza, qué destrozo y batería
hubo en la triste gente, que al engaño
ciega, pensando de engañar venia!
¿Quién podrá referir el grave daño,
la espantosa y tremenda artillería,
el ñublado de tiros turbulento
que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
otros llevados la cabeza y brazos,
otros sin forma alguna machucados,
y muchos barrenados de picazos:
miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,
lloviendo lejos trozos y pedazos,
hígados, intestinos, rotos huesos,
entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
cuando con gran estrépito revienta,
que la furia del fuego repentina
las torres vuela y máquinas avienta;
con mas estruendo y con mayor ruina,
la fuerza de la pólvora violenta
voló, y hizo pedazos en un punto,
cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda Fortuna
despedazó el ejército araucano,
no habiendo un solo tiro ni arma alguna
que errase el golpe ni cayese en vano:
nunca se vió morir tantos á una,
y asi, aunque yo apresure mas la mano,
no puedo proseguir, que me divierte
tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados
cuando, por verse fuera en campo raso,
los caballos á un tiempo espoleados
rompen la entrada y ocupado paso:

y en los segundos indios, que ovillados
estaban como atónitos del caso,
hacen riza y mayor carnicería
que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando
abre sangrienta y ancha la salida;
quién á diestro y siniestro golpeando
priva aquestos y aquellos de la vida:
no hay ánimo ni brazo allí tan blando
que no cale y ahonde la herida;
ni espada de tan grueso y boto filo
que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,
y figurar las formas de los muertos;
unos atropellados de caballos,
otros los pechos y cabeza abiertos:
otros, que era gran lástima mirallos,
las entrañas y sesos descubiertos;
vieran otros deshechos y hechos piezas,
otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
el miserable y lastimoso duelo,
el rumor de las armas y alaridos
hinchen el aire y cóncavo del cielo:
luchando con la muerte los caidos
se tuercen y revuelcan por el suelo,
saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto
al embaucado Pran, que estaba fuera,
visto el destrozo cierto, y falso cuanto
el traidor de Andresillo le dijera,
la pena y sentimiento pudo tanto,
que aunque escaparse el mísero pudiera,
en medio de las armas desarmado
á morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos,
á los cuales llegó solo el estruendo,
volviendo las espaldas presurosos
muestran las plantas de los pies huyendo:
los nuestros, del alcance deseosos,
en carrera veloz los van siguiendo,
hiriendo y derribando en los postreros
los menos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes, que estimaban
la ganada opinion mas que la vida,
volviendo el pecho y armas, refrenaban
el ímpetu de muchos y corrida:
y aunque con grande esfuerzo peleaban,
era presto la guerra difinida,
que la furiosa Muerte allí su espada
traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo cuando
se forman por mil partes los ñublados,
que van unos creciendo, otros menguando;
otros luego de nuevo levantados;
mas el norueste frígido soplando
los impele y arroja amontonados
hasta buscar del ábrego el reparo,
dejando el cielo raso y aire claro.

Así la gente atónita y turbada,
en partes dividida se esparcía,
y á las veces juntándose, esforzada,
haciendo cuerpo y rostro, revolvía:
pero de la violencia arrebatada,
dejó el campo y banderas aquel dia,
quedando de los rotos escuadrones
gran número de muertos y prisiones.

Deshechos, pues, del todo y destruidos,
y acabado el alcance y seguimiento,
los presos y despojos repartidos,
volvimos al dejado alojamiento,

donde trece caciques elegidos,
para ejemplar castigo y escarmiento,
á la boca de un grueso tiro atados,
fueron, dándole fuego, justiciados.
Muchos habrá de preguntar ganosos
si en el monton y número de gente
algunos de los indios valerosos
fueron muertos allí confusamente:
pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
iban delante en la primera hilera,
abriendo siempre el paso y la carrera:
Respondo á esto, Señor, que no venia
capitan ni cacique señalado,
visto que el general usado habia
de fraude y trato, entrellos reprobado;
diciendo ser vileza y cobardía
tomar al enemigo descuidado,
y victoria sin gloria y alabanza
la que por bajo término se alcanza.
Así que, una arrogancia generosa
los escapó del trance y muerte cruda,
que ninguno por ruego ni otro cosa
quiso en ello venir ni dar ayuda;
teniendo por hazaña vergonzosa
vencer gente sin armas y desnuda:
que el peligro en la guerra es el que honra,
y el que vence sin él vence sin honra.
Quedó Caupolican desta jornada
roto, deshecho y falto de pujanza,
que fue mucha la sangre derramada
y poca de su parte la venganza:
el cual, viendo la turba amedrentada
y el ardor resfriado y la esperanza,
deshizo el campo entonces conveniente,
dando licencia á la cansada gente.

Quísose entretener, mientras pasaba
de los contrarios Hados la corrida,
conociendo de sí que peleaba
con cansada Fortuna envejecida:
así la gente en partes derramaba,
con orden que estuviese apercebida
en cualquiera ocasion y movimiento
para el primer aviso y mandamiento;

Y con solos diez hombres retirado,
gente de confianza y valentía,
ora en el monte inculto, ora en poblado,
desmintiendo los rastros parecia;
y en lugares ocultos alojado,
jamas gran tiempo en uno residia;
usando de su bárbara insolencia
por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
andábamos haciendo mil jornadas,
no dejando lugar circunveciao
que no diésemos salto y trasnochadas;
y en los mas apartados del camino
hallábamos las casas ocupadas
de gente foragida de la tierra
que ya andaba huyendo de la guerra.

Diciendo que de grado volveria
á sus yermos, estancias y heredades;
pero que el general los compelia
usando de inhumanas crueldades:
y si en esto remedio se ponia,
llanas estaban ya las voluntades
para dejar las armas los soldados
de la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
se puso en inquerir toda la tierra,
no quedando lugar inhabitado,
monte, valle, ribera, llano y sierra.

dónde no fuese el bárbaro buscado:
mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,
aunque todo con todos lo probamos,
jamas señal ni lengua dél hallamos.
No amenaza, castigo ni tormento
pudo sacar noticia ó rastro alguno,
ni caricia, interes ni ofrecimiento
jamas á corromper bastó á ninguno:
andábamos atónitos y á tiento
segun la variedad de cada uno;
de dia, de noche, acá y allá perdidos,
del sueño y de las armas afligidos.
Saliendo yo á correr la costa un dia
por caminos y pasos desusados,
llevando por escolta y compañía
una escuadra de pláticos soldados,
dimos en una oculta ranchería
de domésticos indios ausentados,
que, por ser grande el bosque y la distancia,
tomaron por segura aquella estancia.
Sobre un hato de arrancada yerba estaba
en la cabeza una muger herida,
moza que de quince años no pasaba,
de noble trage y parecer vestida:
y en la color quebrada se mostraba
la falta de la sangre, que esparcida
por la delgada y blanca vestidura,
la lástima aumentaba y hermosura.
Pregunté qué ocasion la habia traido
á lugar tan extraño y apartado,
cómo y por qué razon la habian herido
y de inhumana crueldad usado:
ella, con rostro y ánimo caido
y el tono del hablar debilitado,
me dijo: «Es cosa cierta y prometida
la muerte triste tras la alegre vida.

Porque entiendas el dejo y desvarío
que el humano contento trae consigo;
aun no es cumplido un mes que el padre mio,
usando de privado amor conmigo,
me dió esposo elegido á mi albedrío,
esposo y juntamente grande amigo;
tal, y de tantas partes, que yo creo
que en él hallára término el deseo.

Pero su esfuerzo raro y valentía,
que della por extremo era dotado,
le trujo á la temprana muerte el dia
que fue nuestro escuadron despedazado;
donde cerca de mí, que le seguia,
un tiro le pasó por el costado,
que fuera menos crudo y mas derecho
si abriera antes el paso por mi pecho.

Cayó muerto, quedando yo con vida!
vida mas enojosa que la muerte:
mas viéndome un soldado asi afligida,
en parte condolido de mi suerte,
me dió por acabarme esta herida
con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte
que mi espíritu suelto le siguiese
y un bien tras tanto mal me sucediese.

Dió conmigo en el suelo facilmente,
aunque no me privó de mi sentido,
pasando el golpe y furia de la gente
en confuso tropel con gran ruido:
pero luego un cacique mi pariente,
que en un hoyo al pasar quedó escondido,
en brazos me sacó del gran tumulto,
trayéndome á este bosque y sitio oculto;

Donde espero morir cada momento;
mas ya, como esperado bien, se tarda:
que es costumbre ordinaria del contento
no acabar de llegar á quien le aguarda;

y aunque ya de mi vida al fin me siento,
conmigo el Cielo término no guarda,
ni la llamada Muerte á tiempo viene;
que mi deseo la impide y la detiene.
La vida asi me cansa y aborrece
viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
que cada hora que vivo me parece
que cometo maldad pues no le sigo:
y pues el tiempo ésta ocasion me ofrece,
usa tú de piedad, señor, conmigo,
acabando hoy aquí lo que el soldado
dejó por flojo brazo comenzado."
Así la triste jóven luego luego
demandaba la muerte, de manera
que algun simple de lástima á su ruego
con bárbara piedad condecendiera;
mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
labró en mi inculto pecho, viendo que era
mas cruel el amor que la herida,
corrí presto al remedio de la vida:
Y habiéndola algun tanto consolado,
y traído á que viese claramente
que era el morir remedio condenado,
y para el muerto esposo impertinente;
con el zumo de yerbas aplicado
(medicina ordinaria desta gente)
le apreté la herida lastimosa,
no tanto cuanto grande peligrosa.
Dejando, pues, un prático ladino
para que poco á poco la llevase,
y en los tomados pasos y camino
del peligro al pasar la asegurase,
partir á mi jornada me convino;
mas primero que della me apartase
supe que se llamaba Lauca, y que era
hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presídio caminando
sin hallar otra cosa de importancia,
iba con los soldados platicando
de la fe de las indias y constancia
de muchas (aunque bárbaras) loando
el firme amor y gran perseverancia;
pues no guardó la casta Elisa Dido
la fe con mas rigor á su marido.

Mas un soldado jóven, que venia
escuchando la plática movida,
diciendo, me atajó, que no tenia
á Dido por tan casta y recogida:
pues en la Eneida de Maron veria
que, del amor libídino encendida,
siguiendo el torpe fin de su deseo,
rompió la fe y promesa á su Siquéo.

Visto, pues, el agravio tan notable
y la objecion siniestra del soldado,
por el gran testimonio incompensable
á la famosa reina levantado,
pareciéndome cosa razonable
mostrarle que en aquello andaba errado
él y todos los mas que me escuchaban,
que en la misma opinion tambien estaban;

Les dije que, queriendo el Mantuano
hermosear su Eneas floreciente,
porque César Augusto Octaviano
se preciaba de ser su decendiente,
con Dido usó de término inhumano;
infamándola injusta y falsamente;
pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fue Dido.

Quedaron admirados en oirme
que asi Virgilio á Dido disfamase,
haciendo instancia todos en pedirme
que su vida y discurso les contase.

Yo, pensando tambien con divertirme
que la cuerda el trabajo algo aflojase,
recorriendo de nuevo la memoria
les comencé á decir así la historia:

† Cuento una vida casta, una fe pura
de la fama y voz pública ofendida,
en esta no pensada coyuntura,
por raro ejemplo y ocasion traida;
y una falsa opinion que tanto dura
no se puede mudar tan de corrida;
ni del rudo comun mal informado
arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
cosa que sea de gusto ni contento,
sin dejar de picar siempre al caballo,
ni del tiempo perder solo un momento,
no pudiendo eximirme ni excusallo,
por ser historia y agradable cuento,
quiero gastar en él, si no os enfada,
este rato y sazon desocupada:

Que el áspero sujeto desabrido,
tan seco, tan estéril y desierto,
y el estrecho camino que he seguido;
á puros brazos del trabajo abierto,
á término me tienen reducido,
que busco anchura y campo descubierto
donde con libertad, sin fatigarme,
os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene sordo y atronado
el rumor de las armas inquiëto,
siempre en un mismo ser continuado,
sin mudar son ni variar sujeto;
por espaciar el ánimo cansado
y ser el tiempo cómodo y quiëto,
hago esta digresion, que acaso vino
cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente
que destruye una honra es bien oida;
y á la reina de Tiro injustamente
infama y culpa su inculpable vida;
la verdad, que es la ley de toda gente
por quien es en su honor restituida,
¿ por qué no debe ser, siendo cantada,
en cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
demas de ser, cual veis, importunado,
es el honor de la constante Dido
inadvertidamente condenado:
preste, pues, atencion y grato oido
quien á oir la verdad es inclinado:
que el mal ofende, aun dicho en pasatiempo;
y para decir bien siempre es buen tiempo. *

Cartago antes que Roma fue fundada
setenta años contados comunmente,
por la famosa Dido, venerada
por diosa un tiempo de la tiria gente:
del rey Belo su padre fue casada
con el sumo pontífice, asistente
del gran templo de Alcides, el cual era
despues del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siquéo ya nombrado,
á quien Dido guardó la fe inviolable;
varon sábio en sus ritos, y abastado
de bienes y tesoro inestimable:
mas lo que para alivio habia allegado
fue causa de su muerte miserable,
que en fin, le que codicia mucha gente
ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
uno Pigmaleon, y el otro Dido,
á quien en los consejos postrimeros
encargó la hermandad y amor unido:

le cual, aunque duró los dias primeros,
de codicia el hermano corrompido,
por haber los tesoros del cuñado
le dió la muerte envuelta en un bocado.
Sintió, pues, la muger su muerte tanto
que, no bastando á resistir la pena,
soltó con doloroso y fiero llanto
de lágrimas un flujo en larga vena;
y cubriendo de triste y negro manto
los bellos miembros y la faz serena,
con pompa funeral ceremoniosa
dió al cuerpo sepultura suntuosa.
Y aunque del casto amor notable índicio
fue el soberbio sepulcro y monumento,
no igualó en la grandeza el edificio
al dolor de la reyna y sentimiento:
que siempre con devoto sacrificio
y continuos sollozos y lamento,
llamando al sordo espíritu, hacía
á las frias cenizas compañía,
Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
en este solitario apartamiento?
¡Ay! que de tibia fe y amor procede
no acabar de matarme el sentimiento:
el mal no es grande que sufrir se puede,
y corto al que no basta sufrimiento;
mas quiere el Cielo dilatar mi muerte,
porque dure el dolor mas que ella fuerte."
Aunque el ódio y rencor disimulaba
contra el pérfido hermano poderoso,
venganza al Cielo sin cesar clamaba
con ira muda y con gemir rabioso;
y cuando sola á ratos se hallaba,
desfogando aquel ímpetu bascoso,
soltaba, con un bajo son gimiendo,
la reprimida rabia y voz diciendo:

«¿Traidor, díme, qué caso irremediable
debajo de hermandad y ley fingida
á maldad te movió tan detestable
contra tu misma sangre cometida?
Si fue sed de riquezas insaciable,
quitárasle el tesoro y no la vida,
templando tu impiedad y furia insana
el amor y respeto de tu hermana.

Si no miraste, ingrato, al beneficio
que dél como cuñado recebias,
miráras al nefario sacrificio
que del hermano de tu madre hacias,
y al malvado y horrendo maleficio
en tu pecho forjado tantos dias,
pues no podrás decir que fue accidente,
que nunca nadie es malo de repente.

Si de tu inorme intento y desatino
me hubieras con indicios advertido,
no por tan duro y áspero camino
el tesoro alcanzáras pretendido:
mas el mal, cuando viene por destino,
no puede ser á tiempo prevenido!
¡Ay! ¿qué aprovecha el lamentarme ahora?
que siempre es tarde ya cuando se llora.

¿Por qué, fiero enemigo, asi quisiste
dejarte arrebatar de tu deseo,
tan ciego de codicia que no viste
que matabas á Dido con Síquéo?
Materia de maldad al mundo diste
con un hecho atrocísimo y tan feo,
que durará en los siglos por memoria
de tu traicion la abominable historia.

¿Cabe en razon, es cosa permitida
que, siendo tú traidor, siendo tirano,
perverso, atroz, sacrílego, homicida,
tengas con estos nombres el de hermano?

Y viéndome contigo convenida
mi crédito andará de mano en mano,
padeciendo mi honor agravio injusto;
que no dice la fama cosa al justo.
Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
te irrito á que me sigas pues que huyo;
si á mi marido en la fortuna sigo,
todo lo que pretendes queda tuyo:
si habiéndole tú muerto estoy contigo,
mancho la fama y mi opinion destruyo;
que en parte ya parece que consiente
quien perdona ligera y facilmente.
¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte?
que el cielo ni la tierra no le tiene,
y aquel forzoso y último, mi suerte
(porque padezca mas) me le detiene.
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
es peor el temerla si conviene:
que no es pena el morir á los cuitados,
sino fin de las penas y cuidados.
Mas ya que el ser tú rey y recatado
la venganza legítima me impida,
procuraré atajar tu fin dañado
con muestra doble y hermandad fingida;
y cuando pienses verte apoderado,
quedarás con mi súbita partida
sin hermana, tesoro y sin derecho,
y con la infamia del inorme hecho."
Asi la triste reyna dolorosa
sobre el rico sepulcro lamentando
pasaba vida triste y soledosa,
la venganza y el tiempo deseando:
pero de alguna fuerza recelosa,
de su prudencia y discrecion usando,
doméstica, amorosa y blandamente
al hermano escribió, que estaba ausente.

Haciéndole entender que ya cansada
del llanto y soledad que padecia
en aquellos palacios y morada,
dò tuvo un tiempo alegre compañía,
de la triste memoria lastimada,
dando algun vado á su dolor, queria
irse con él, poniendo fin al lloro,
con todas sus riquezas y tesoro:

Para lo cual secreta y prestamente
una fornida flota le enviase,
donde con todo su tesoro y gente,
en arribando al puerto se embarcase,
porque con el seguro conveniente
el mar que estaba enmedio atravesase;
que era solo el temido impedimento
de su esperado y último contento.

Llegada, pues, la nueva al ambicioso
rey de aquello que tanto deseaba,
viendo que al fin y puerto venturoso
sus cosas la Fortuna encaminaba,
alegre mas que nunca y codicioso,
luego una gruesa flota despachaba
de naves y galeras, bastecida
de gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
con presta y no pensada diligencia,
do la gente del rey desembarcada
fue luego á dar á Dido la obediencia,
que, mostrando placer de su llegada,
con loable cuidado y providencia
hizo luego hospedar toda la gente
espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo la cuidosa Dido
á su gente mandó que se aprestase,
y con alarde y público ruido
los empacados muebles embarcase;

haciendo que de noche y escondido
en la nave el tesoro se cargase,
con tan grande secreto, que ninguno
tuvo dello noticia ó rastro alguno.
Tenia sesenta cajas prevenidas,
llenas de gruesa arena y aplomadas,
de fuertes cerraduras guarnecidas,
con dobles planchas de metal herradas:
estas fueron en público traidas
donde, á vista de todos embarcadas,
daban muestras que en ellas iba el oro,
las joyas, las riquezas y tesoro.
Luego Elisa, con tierno sentimiento
del lastimado pueblo, se embarcaba,
dando presto la vela al manso viento
que favorable en popa respiraba:
la nave con sereno movimiento
el llano y sosegado mar cortaba,
comenzando á seguir toda la flota
de la alta capitana la derrota.
Aquella noche y el siguiente dia
corrió con viento próspero la armada;
mas ya que el mar las costas encubria
y del todo se vió Dido engolfada,
la noble y obediente compañía,
al borde de su nave congregada,
hizo en torno allegar la demas gente,
que á la vista tambien fuese presente,
Diciéndoles con pecho valeroso,
que su designio y pretension no era
ir al injusto hermano cautoloso,
de quien era enemiga verdadera,
porque con trato y término alevoso,
debajo de hermandad y fe sincera,
movido de sacrílego deseo
habia dado la muerte á su Siqueo.

Por donde ella tambien no asegurada
de sus secretos, fraudes y traiciones,
queria dejar la cara patria amada,
su reyno, su morada y posesiones:
y al mar dudoso y vientos entregada,
buscar nuevas provincias y regiones
á donde con seguro viviría,
lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habian sido
la causa de su daño y perdimiento,
matándole por ellas el marido,
y lo serian quizá del seguimiento;
todas consigo las habia traido,
con voluntad y resoluto intento
de echarlas en el mar do pereciesen,
porque jamas á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
los cofres del arena barreados,
y con alarde y auto manifiesto
en el profundo mar fueron lanzados:
los ministros del rey con triste gesto,
atónitos, confusos y turbados,
se miraban, teniendo por extraña
de la animosa reyna la hazaña,

Y por el grave caso discurriendo,
que mudos y espantados los tenia,
la furia del rey mozo conociendo,
que el perdido tesoro aumentaria:
suspensos y medrosos, no sabiendo
qué razon ó descargo bastaria
á que el airado rey no los culpase,
y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reyna viese
camino y coyuntura aparejada
por do á su devocion se redujese
la gente del hermano amedrentada,

antes que el tiempo y la tardanza diese
lugar á alguna novedad pensada,
haciendo sosegar toda la gente,
les dijo prosiguiendo lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mio
habeis visto á los ojos ya la prueba,
y como la Fortuna á su albedrío
errando por el ancho mar me lleva:
podreis volver si ya no es desvarío,
á dar al rey la desabrida nueva
del tesoro anegado, y mi huida
á tierra y á region no conocida.

Pero ya conoceis por experiencia
su irreparable furia acelerada,
que, viendo que volveis á su presencia
sin el tesoro y prenda deseada,
descargará con bárbara impaciencia
sobre vuestra cerviz la mano airada;
sin escuchar descargo ni discalpa,
añadiendo maldad y culpa á culpa.

Y pues es de temer la tiranía
y el ímpetu de un mozo rey airado,
que asi del caro reyno y patria mia
á buscar nuevas tierras me ha sacado;
quien quisiere seguir mi compañía,
no se verá de mí desamparado,
mas de todo el provecho y bien que espero
será participante y compañero.

El lugar y aparejo es oportuno,
y para haber consejo me remueve:
asi que, pues sois sabios, cada uno
elija de dos males el mas leve:
si al rey volveis no ha de escapar ninguno;
y este dolor y lástima me mueve
á quereros rogar que vais conmigo,
por no ser yo la causa del castigo.

Las muertes figurad y crueldades
que en vósotros habráu de ejecutarse:
no mireis á las casas y heredades,
que todo por la vida es bien dejarse;
que en fortunas y grandes tempestades
solo en lo que se escapa ha de pensarse,
conociendo que están todos los bienes
sujetos á peligros y vaivenes."

A las razones de la reyna atentos
los turbados ministros estuvieron,
y en la perpleja mente y pensamientos
mil cosas en un punto revolvieron:
al cabo (aunque diversos los intentos)
todos de un parecer se resolvieron
de seguir hasta el fin en su viage,
dándole la obediencia y vasallage.

La fé con juramento establecida,
sin que ninguno dellos rehusase,
dando vela, á la flota detenida
mandó Dido que á Cipro enderezase
donde graciosamente recebida,
como allí su designio declarase,
llevó del ciprioto pueblo amigo
ochenta mozas vírgenes consigo,

Para á tiempo casarlas con la gente
que en su servicio y devocion llevaba,
buscando alguna tierra conveniente
donde fundar un pueblo deseaba:
así la vía de la Africa al poniente
con favorable viento navegaba:
mas forzoso será, segun me siento,
dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII.

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta; cuenta como fundó á Cartago y la causa por que se mató. Tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida
por la carrera de virtud fragosa,
y dan en la del vicio mas seguida,
de donde es el volver dificil cosa;
el paso es llano y facil la salida
de la vida reglada á la anchurosa,
y mas agrio el camino y ejercicio
del vicio á la virtud, que della al vicio.

Asi Pigmaleon habia tenido
señales de virtud en su crianza,
y con grandes principios prometido
de justo y liberal buena esperanza;
pero, de la codicia pervertido,
hizo en breve sazon tan gran mudanza,
que no solo de bienes fue avariento,
pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
de la secreta muerte del cuñado
que alegre y contentísimo vivia:
en la ley de hermandad asegurado:
mayormente que entonces parecia
el rey á la virtud aficionado;
que no hay maldad mas falsa y engañosa
que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba,
sino al contrario en todo y diferente,
pues no solo no vió lo que esperaba,
pero perdió las naves y la gente:
la reyna viento en popa navegaba
como dije, la vuelta del poniente,
tocando con sus naves y galeras
en algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando,
de las vadosas Sirte recelosa,
y á vista de Licudia atravesando,
corrió la costa de Africa arenosa:
y siempre tierra á tierra navegando,
pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
llegando en salvo á Tunez con armada,
por el fatal decreto allí guiada;

Donde viendo el capaz y fertil suelo,
de frutíferas plantas adornado,
y el aire claro, y el sereno cielo
clemente al parecer y muy templado;
perdido del hermano ya el recelo,
por verle tan distante y apartado,
quiso fundar un pueblo de cimiento,
haciendo en él su habitacion y asiento;

Para lo cual trató luego de hecho
con los vecinos que en el sitio habia
le vendiesen de tierra tanto trecho
cuanto un cuero de buey circundaria:

los moradores viendo que provecho
de su contratacion se les seguia,
con la reyna en el precio convenidos,
hicieron sus asientos y partidos.
Hecha la paga, el sitio señalado,
mandó Dido buscar con diligencia
un grande y grueso buey, que desollado
hizo estirar el cuero en su presencia;
y en tiras sutilísimas cortado,
tanto trecho tomó, que á la prudencia
de la reyna sagaz y aviso extraño
le quisieron poner nombre de engaño.
Pero recompensó la demasía,
dejándolos contentos y pagados,
descubriendo á los suyos que traía
los ocultos tesoros escapados:
que usado del ardid y astucia habia
de los cofres de arena al mar lanzados,
porque cuando el hermano lo supiese,
faltando la ocasion, no la siguiese.
Corregidas las faltas y defectos
al orden de vivir perjudiciales,
fueron por la prudente reyna electos
cónsules, magistrados y oficiales;
y traidos maestros y arquitectos,
juntos los necesarios materiales,
dió principio la reyna valerosa
á la labor de la ciudad famosa.
Fue la ciudad por orden fabricada,
mostrándose los Hados muy propicios,
en breve ennoblecida y ilustrada,
de suntuosos y altos edificios;
y la nueva república ordenada,
leyes instituyó, criando oficios
con que el pueblo en razon se mantuviese,
y en paz y orden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
con que el pueblo obediente gobernaba,
iba siempre el concurso en crecimiento
y los términos cortos dilataba:
así que, el trato y agradable asiento
los ánimos y gustos provocaba,
viniendo á vecindarse muchas gentes
de tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia
la invencion del papel despues hallada,
que en pieles de animales se escribia,
y era cualquiera piel *carta* llamada,
del cual nombre aun usamos hoy en dia
así aquella ciudad edificada
en el lugar por una piel medido,
de *carta* la llamó *Cartago* Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa
y de tanta grandeza y eminencia,
que era cosa de ver maravillosa
el trato de las gentes y frecuencia:
mostrando aquella reyna valerosa
en gobernar al pueblo tal prudencia,
que muchos otros príncipes y reyes
de su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
que por diosa vinieron á tenella,
ninguna de su tiempo en hermosura
pudo ponerse al paragon con ella:
así que, por milagro de natura,
como cosa no vista iban á vella;
que no sé en las idólatras del suelo
á quién mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas
por la fama á la muerte se entregaron;
otras que por hazañas milagrosas
las opresas repúblicas libraron:

pero todas perfetas tantas cosas
como en Dido, en ninguna se juntaron;
fue rica, fue hermosa, fue castísima,
sabia, sagaz, constante y prudentísima.
Llegó luego la voz desto al oido
del franco Yarbas, rey musilitano,
mozo brioso y de valor, temido
en todo el ancho término africano;
el cual con juvenil furia movido
de un impaciente y nuevo amor lozano,
á la reyna despacha embajadores
de su consejo y reyno los mayores;
Pidiéndole que, en pago del tormento
que por ella pasaba cada hora,
quisiese con felice casamiento
de su persona y reyno ser señora:
donde no, que con justo sentimiento
(como de tan gran rey despreciadora)
sobre ella con ejército vendria
y su gente y ciudad asolaria.
Hecha, pues, la embajada en el senado;
que no quiso la reyna estar presente,
les fue á los senadores intimado
el ruego y la amenaza juntamente.
Causóles turbacion, considerado
el casto voto y vida continente
que la constante reyna profesaba;
que al intento de Yarbas repugnaba.
Luego que los ancianos entendieron
la demanda de Yarbas arrogante,
llevar por artificio pretendieron
el negocio difícil adelante:
así que, ante la reyna parecieron
con triste rostro y tímido semblante,
bajos los ojos, la color turbada,
mostrando desplacer con la embajada;

Diciéndole: «Sabrás que, habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
por la parlera Fama encarecido,
y desta tu ciudad el crecimiento,
de una loable pretension movido,
pide que sin algun detenimiento
veinte de tu consejo mas instrutos
vayan á reformar sus estatutos.

Y siendo de sufrir áspera cosa,
impropia á nuestra edad y profesiones,
dejar la patria cara y paz sabrosa
por ir á incultas tierras y naciones
á corregir de gente sediciosa
las costumbres y viejas condiciones,
todos tus consejeros lo rehusan
y con causas legítimas se excusan,

Viendo que el caro y último sosiego
sin esperanza de volver perdemos,
y no condecendiendo al ímpio ruego
en gran peligro la ciudad ponemos:
pues con grueso poder y armada luego
al indignado jóven rey tendremos
para asolar á hierro y fiera llama
tu pueblo insigne y celebrada fama.

Esto es, en suma, lo que Yarbas pide
con ruegos de amenaza acompañados,
pero nuestra cansada edad lo impide,
y las leyes nos hacen jubilados:
pues no es razon, si por razon se mide,
que de largos trabajos quebrantados
dejemos nuestras casas y manida
en el último tercio de la vida.

Si á los peligros en la edad primera
por adquirir honor nos arrojamos,
es bien que en la cansada postrimera
gocemos del descanso que ganamos:

y á nuestra abandonada cabecera,
al tiempo incierto del morir, tengamos
quien nos cierre los ojos con ternura
y dé á nuestras cenizas sepultura.
Y pues tiene de ser en tu presencia
esta prejudicial demanda puesta,
conviene que con maña y advertencia
te prevengas de medios y respuesta:
atajando tu seso y providencia
el mal que el mauritano rey protesta,
de modo que la paz y amor conserves
y de nuevos trabajos nos reserves."
Estuvo atenta allí la reyna Elisa
á la compuesta habla artificiosa,
y con alegre rostro y grave risa,
aunque sentia en el ánimo otra cosa;
á todos los trató y miró de guisa
tan agradable, blanda y amorosa,
que si en verdad la relacion pasára,
de sus casas y quicios los sacára,
Diciendo: «Amigos caros que á los Hados
jamas os vi rendidos vez alguna,
y en los grandes peligros, esforzados,
hicistes siempre rostro á la Fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
en tan justa ocasion, por solo una
breve incomodidad de una jornada
quereis ver vuestra patria arruinada?
Es á todos comun, á todos llano,
que debe (como miembro y parte unida)
poner por su ciudad el ciudadano
no solo su descanso mas la vida;
y por razon y por derecho humano,
de justa deuda natural debida,
á posponer el hombre está obligado
por el sosiego público el privado.

¡Al alto y grande Júpiter pluguiera
que bastára á ofrecer la vida mia,
que presto el judicioso mundo viera
cuán voluntariamente la ofrecia!
Y pues habeis pasado la carrera
por tan estrecha y trabajosa via,
no es bien que al rematar tan largo trecho
borreis y deshagais cuanto habeis hecho."

Visto los senadores cómo Dido
por el camino de razon llevada
en el armado lazo habia caido
en sus mismas palabras enredada,
cambiando en rostro alegre el afligido,
las manos altas, y la voz alzada,
le dicen: «Todos juntos como estamos
tus urgentes razones aprobamos.

Justamente, señora, sentenciaste,
sacándonos de duda y grande aprieto;
que no hay razon tan eficaz que baste
contra la autoridad de tu decreto:
y porque tiempo en esto no se gaste,
es bien que te aclaremos el secreto,
pues por ningun respeto ni avenencia
puedes contravenir á tu sentencia.

Sabrás, reyna, que Yarbas no te envía
por tus ancianos viejos impedidos,
que en todo buen gobierno y policía
tiene su reyno y pueblos corregidos:
solo quiere tu gracia y compañia,
ofreciéndote en dote mil partidos,
con útiles y honrosas condiciones
y un infinito número de dones.

Advierte que si acaso no acetares
el santo conyugal ayuntamiento,
y con errado acuerdo despreciares
su larga voluntad y ofrecimiento,

harás que el hierro y llamas militares
asuelen á Cartago de cimiento;
así que, en tu eleccion y á tu escogida
queda la guerra ó paz comprometida:
Que si el buen ciudadano alegremente
debe ofrecerse por la patria amiga,
con mas razon y fuerza mas urgente
como cabeza á tí la ley te obliga;
y no puedes con causa suficiente
dejar de redimir nuestra fatiga,
dándonos con el tiempo prosperado
la sucesion y fruto deseado.
Cuando á seguir estés determinada
el casto infrutuoso presupuesto,
mira á tus pies esta ciudad postrada
y al inocente cuello el lazo puesto,
que por tí renunció la patria amada,
debajo de promesa y de protesto
que al descanso y quietud que pretendias
el sosiego comun antepondrias."
Sintió la reyna tanto al improviso
la gran demanda y condicion propuesta,
que, por mas que encubrir la pena quiso,
della el rostro señal dió manifiesta;
mas con su discrecion y grande aviso,
suspendiendo algun tanto la respuesta,
soltó la voz serena y sosegada
que la gran turbacion tenía trabada,
Diciéndoles: « Amigos, yo quisiera,
para que todo escándalo se evite,
que responderos luego yo pudiera,
antes que Yarbas mas nos necesite:
pero el negocio y caso es de manera,
que mi estado y grandeza no permite
que me resuelva á responder tan presto,
aunque os parezca á todos que es honesto;

Que es mostrar liviandad: y demas deso
falto á la obligacion y fe que debo,
si del intento casto y voto expreso
á la primera persuasion me muevo;
borrando el inviolable sello impreso
de mi primero amor con otro nuevo.
Asi que, combatida de contrarios,
son el tiempo y consejo necesarios.

Tres meses pido, amigos, solamente
para acordar lo que se debe en esto,
y dar satisfaccion de mí á la gente
en no determinarme asi tan presto:
que el libertado vulgo maldiciente
aun quiere calumniar lo que es honesto;
y, como instituidores de las leyes,
tienen mas ojos sobre sí los reyes.

Yarbas no se dará por enemigo
en cuanto el fin de los tres meses llega;
y pasado este término me obligo
de responderle grata á lo que ruega:
tomar, pues, menos plazo del que digo
mi honestidad y estimacion lo niega;
y no conviene á Dido dar disculpa,
que es indicio de error y arguye culpa."

Cerróse aqui la reyna, y fue forzado
hacer con los de Yarbas nuevo asiento
que aguardasen el tiempo señalado
para determinar el casamiento:
los cuales, por el ruego del senado
y el gracioso hospedage y tratamiento,
quedaron en Cartago aquellos dias
con grandes regocijos y alegrías.

Y aunque el senado en la demanda instaba
por el provecho y general sosiego,
la reyna la respuesta dilataba,
dando gratos oidos á su ruego:

y entretanto en secreto apsrejaba
lo que tenia pensado desde luego,
que era acabar la vida miserable
primero que mudar la fe inmudable.
Llegado aquel funesto último dia,
el pueblo en la ancha plaza congregado,
ricamente la reyna se vestía,
subiendo en un exento y alto estrado,
al pie del cual una hoguera habia
para la inmola y sacrificio usado,
de donde á los atentos circunstantes
les dijo las palabras semejantes:
«¡Oh fieles compañeros, que contino
en todos los trabajos lo mostrastes,
que por seguir mis Hados y camino
vuestras casas y patria renunciastes!
hoy la Fortuna y áspero Destino,
por el último fin de sus contrastes,
me fuerzan á dejar á costa mia
vuestra cara y amable compañia.
Si apartarme de amigos tan leales
hace esta mi partida dolorosa,
los consultados dioses celestiales
no disponen ni pueden otra cosa:
y asi, por desviar los grandes males
que tienen á Cartago temerosa,
pues ponen en mis manos el remedio,
quiero quitar la causa de por medio:
Que pues del Cielo el áspero decreto
de poder tener bien me inhabilita,
y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
á quebrantar la fe me necesita;
quiero cortar á Yarbas el sugeto
del engañado amor que asi le incita,
dando á mi vida fin, pues deste modo
faltando la ocasion cesará todo.

Esto será con darme yo la muerte;
y aunque os parezca este remedio extraño,
es mas fácil, mas breve y menos fuerte,
y en fin, particular y poco el daño:
pues, sin peligro vuestro, desta suerte
saldrá el errado Yarbas de su engaño,
y yo conservaré con mas pureza
del casto y viudo lecho la limpieza.

Hoy por el precio de una corta vida
la vejacion redimo de Cartago,
dejando ejemplo y ley establecida
que os obligue á hacer lo que yo hago;
y con mi limpia sangre aqui esparcida
al cielo y á la tierra satisfago;
pues muero por mi pueblo y guardo entera
con inviolable amor la fe primera.

No lamenteis mi muerte anticipada,
pues el cielo la aprueba y solemniza;
que una breve fatiga y muerte honrada
asegura la vida y la eterniza:
que si el cuchillo de la Parca airada
al que quiere vivir le atemoriza,
no os debe de pesar si Dido muere,
pues vive el que se mata cuando quiere.

Adios, adios amigos, que ya os veo
libres, y á mi marido satisfecho."
Y no les dijo mas con el deseo
que tenia de acabar el fiero hecho:
asi, llamando el nombre de Siquéo,
se abrió con un puñal el casto pecho,
dejándose caer de golpe luego
sobre las llamas del ardiente fuego.

Fue su muerte sentida en tanto grado,
que gran tiempo en Cartago la lloraron;
y en memoria del caso señalado
un suntuoso templo le fundaron,

donde con sacrificio y culto usado,
mientras las cosas prósperas duraron,
de aquella su ciudad ennoblecida
por diosa de la patria fue tenida.
Y aborreciendo el nombre de señores,
muerta la memorable reyna Dido,
por cien sabios ancianos senadores
de allí adelante el pueblo fue regido;
y creciendo el concurso y moradores
vino á ser poderoso, y tan temido,
que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
le puso en gran trabajo y estrecheza.
Este es el cierto y verdadero cuento
de la famosa Dido disfamada,
que Virgilio Maron sin miramiento
falsó su historia y castidad preciada
por dar á sus ficciones ornamento;
pues vemos que esta reyna importunada,
pudiéndose casar y no quemarse,
antes quemarse quiso que casarse.
Iban todos atentos escuchando
el extraño suceso peregrino
cuando al fuerte llegamos, acabando
la historia juntamente y el camino;
y en él aquella noche reposando,
venida la mañana nos convino
procurar de tener con diligencia
del buscado enemigo inteligencia.
Mas un indio que acaso inadvertido
fue de una escolta nuestra prisionero,
hombre en las muestras de ánimo atrevido,
suelto de manos y de pies ligero,
con promesas y dádivas vencido
dijo: «Yo me resuelvo y me profiero
de daros llanamente hoy en la mano
al grande general Caupolicano.

En un áspero bosque y espesura,
nueve millas de Ongolmo desviado,
está un sitio muy fuerte por natura
de ciénagas y fosos rodeado,
donde por ser la tierra tan segura
anda de solos diez acompañado,
hasta que vuestra próspera creciente
aplaque el gran furor de su corriente.

Por una estrecha y desusada vía,
sin que pueda haber dello sentimiento,
seré en la noche escura yo la guia
llevando á vuestra gente en salvamento;
y antes que se descubra el claro dia
dareis en el oculto alojamiento,
donde á cumplir del todo yo me obligo
pena de la cabeza lo que digo."

Fue la razon del mozo bien oida,
viéndole en su promesa tan constante;
y así luego una escuadra prevenida
de gente experta y número bastante,
para toda sospecha apercebida,
llevando al indio amigo por delante,
salió á la prima noche en gran secreto,
con paso largo y caminar quiëto.

Por una senda angosta é intricada,
subiendo grandes cuestas y bajando,
del solícito bárbaro guiada
iba á paso tirado caminando:
mas la escura tiniebla adegazada
por la vecina aurora, reparando
junto á un arroyo y pedregosa fuente,
volvió el indio diciendo á nuestra gente:

«Yo no paso adelante, ni es posible
seguir este camino comenzado,
que el hecho es grande y el temor terrible,
que me detiene el paso acobardado:

imaginando aquel aspecto horrible
del gran Caupolican contra mí airado,
cuando venga á saber que solo he sido
el soldado traidor que le ha vendido.
Por este arroyo arriba, que es la guia,
aunque sin rastro alguno ni vereda,
dareis presto en el sitio y ranchería
que está en medio de un bosque y arboleda:
y antes que aclare el ya vecino dia
os dad priesa á llegar, porque no pueda
la centinela descubrir del cerro
vuestra venida oculta y mi gran yerro.
Yo me vuelvo de aqui, pues he cumplido
dejándoos como os dejo en este puesto,
á donde salvamente os he traido,
poniéndome á peligro manifiesto:
y pues al punto justo habeis venido,
os conviene dar priesa y llegar presto,
que es irrecuperable y peligrosa
la pérdida del tiempo en toda cosa:
Y si sienten rumor desta venida,
el sitio es ocupado y peñascoso,
fácil y sin peligro la huida
por un derrumbadero montuoso:
mirad que os daña ya la detenida,
seguid hoy vuestro Hado venturoso,
que menos de una milla de camino
teneis al enemigo ya vecino."
No por caricia, oferta ni promesa
quiso el indio mover el pie adelante,
ni amenaza de muerte ó vida opresa
á sacarle del tema fue bastante:
y viendo el tiempo corto y que la priesa
les era á la sazon tan importante,
dejándole amarrado á un grueso pino,
la relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
de un arcabuco lóbrego y sombrío,
sobre una espesa y áspera quebrada
dieron en un pajizo y grau bohío:
la plaza en rededor fortificada
con un despeñadero sobre un rio,
y cerca dél cubiertas de espadañas
chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela en esto descubriendo
de la punta de un cerro nuestra gente,
dió la voz y señal apercibiendo
al descuidado general valiente:
pero los nuestros en tropel corriendo
le cercaron la casa de repente,
saltando el fiero bárbaro á la puerta,
que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado
y el presente peligro de la vida,
con un martillo fuerte y acerado
quiso abrir á su modo la salida:
y alzándole á dos manos, empinado,
por dalle mayor fuerza á la caida,
topó una viga arriba atravesada
do la punta encarnó y quedó trabada;

Pero un soldado á tiempo atravesando
por delante, acercándose á la puerta,
le dió un golpe en el brazo, penetrando
los músculos y carne descubierta:
en esto el paso el indio retirando,
visto el remedio y la defensa incierta,
amonestó á los suyos que se diesen
y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas, requiriendo
que entrasen en la estancia asegurados,
que eran pobres soldados que huyendo
andaban de la guerra amedrentados:

y así, con priesa y turbacion, temiendo
ser de los foragidos salteados,
á la ocupada puerta habia salido,
de las usadas armas prevenido.
Entraron de tropel, donde hallaron
ocho ó nueve soldados de importancia,
que, rendidas las armas, se entregaron
con muestras aparentes de ignorancia:
todos atrás las manos los ataron
repartiendo el despojo y la ganancia,
guardando al capitan disimulado
con dobladas prisiones y cuidado;
Que aseguraba con sereno gesto
ser un bajo soldado de linage;
pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
daba muestra de ser gran personage.
Gastóse gran espacio y tiempo en esto,
tomando de los otros mas lenguage,
que todos contestaban que era un hombre
de estimacion comun y poco nombre.
Ya entre los nuestros á gran furia andaba
el permitido robo y grita usada,
que rancho, casa y choza no quedaba
que no fuese deshecha y saqueada,
cuando de un toldo que vecino estaba
sobre la punta de la gran quebrada
se arrojó una muger, huyendo apriesa
por lo mas agrio de la breña espesa.
Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
que tras ella se echó por la ladera,
que era intricado el paso y muy estrecho
y ella no bien usada en la carrera:
llevaba un mal envuelto niño al pecho
de edad de quince meses, el cual era
prenda del preso padre desdichado,
con grande extremo dél y della amado:

Trújola el negro suelta, no entendiendo
que era presa y muger tan importante:
en esto ya la gente iba saliendo
al tino del arroyo resonante,
cuando la triste Palla, descubriendo
al marido, que preso iba adelante,
de sus insignias y armas despojado,
en el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la grau pena;
ni de flaca muger dió alli la muestra,
antes de furia y viva rabia llena,
con el hijo delante se le muestra
diciendo: «La robusta mano agena
que asi ligó tu afeminada diestra,
mas clemencia y piedad contigo usára
si ese cobarde pecho atravesára.

¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
hinchió la redondez de sus hazañas,
que con solo la voz temblar hacias
las remotas naciones mas extrañas?
¿Eres tú el capitan que prometias
de conquistar en breve las Españas
y someter el ártico hemisferio
al yugo y ley del araucano imperio?

¡Ay de mí! como andaba yo engañada
con mi altiveza y pensamiento ufano,
viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia muger del gran Caupolicano:
y agora, miserable y desdichada,
todo en un punto me ha salido vano,
viéndote prisionero en un desierto,
pudiendo haber honradamente muerto.

¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,
que asi costaron tanta sangre y vidas:
las empresas dificiles dudosas
por tí con tanto esfuerzo acometidas?

¿qué es de aquellas victorias gloriósas
de esos atados brazos adquiridas?
¿Todo, al fin, ha parado y se ha resuelto
en ir con esa gente infame envuelto?
Díme, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
para triunfar de la mudable diosa?
No sabes que una breve muerte honrada
hace inmortal la vida y gloriósa?
Mirárás á esta prenda desdichada,
pues que de tí no queda ya otra cosa;
que yo, apenas la nueva me viniera,
cuando muriendo alegre te siguiera.
Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
con que el lícito amor me habia ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado:
cria, críale tú, que ese membrudo
cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero título de madre
del hijo infame del infame padre."
Diciendo esto, colérica y rabiosa
el tierno niño le arrojó delante,
y con ira frenética y furiosa
se fue por otra parte en el instante:
en fin, por abreviar, ninguna cosa
de ruegos ni amenazas fue bastante
á que la madre ya cruel volviese,
y el inocente hijo recibiese.
Diéronle nueva madre, y comenzaron
á dar la vuelta y á seguir la via,
por la cual á gran priesa caminaron,
recobrando al pasar la fida guia
que atada al tronco por temor dejaron;
y en larga escuadra al declinar del dia
entraron en la plaza embanderada,
con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los indios diligencia
porque con mas certeza se supiese
si era Caupolican, que su aparencia
daba claros indicios que lo fuese:
pero ni ausente dél ni en su presencia
hubo entre tantos uno que dijese
que era mas que un incógnito soldado,
de baja estofa y sueldo moderado;

Aunque algunos despues mas animados,
cuando en particular los apretaban,
de su cercana muerte asegurados,
el sospechado engaño declaraban:
pero luego delante dél llevados,
con medroso temblor se retractaban,
negando la verdad ya comprobada,
por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
y que encubrirse al cabo no podia,
dejando aquel remedio infructuoso
quiso tentar el último que habia;
y así, llamando al capitan Reinoso,
que luego vino á ver lo que queria,
le dijo con sereno y buen semblante
lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano: muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general.

¡Oh vida miserable y trabajosa
á tantas desventuras sometida!
¡prosperidad humana sospechosa,
pues nunca hubo ninguna sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido,
á quien la vida larga ha deslustrado;
que el mundo los hubiera preferido
si la muerte se hubiera anticipado:
Anibal desto buen ejemplo ha sido,
y el cónsul que, en Farsalia derrocado,
perdió, por vivir mucho, no el segundo,
mas el lugar primero deste mundo.

famoso capitan y gran guerrero,
que en el término amérco-indiano
tuvo en las armas el lugar primero:
mas cargóle Fortuna así la mano,
dilatándole el término postrero,
que fue mucho mayor que la subida
la miserable y súbita caida.

El cual, reconociendo que su gente
vacilando en la Fé titubeaba,
viendo que ya la próspera creciente
de su Fortuna apriesa declinaba,
hablar quiso á Reinoso claramente,
que venido á saber lo que pasaba,
presente el congregado pueblo todo,
habló el bárbaro grave deste modo:

«Si á vergonzoso estado reducido
me hubiera el duro y áspero Destino,
y si esta mi caida hubiera sido
debajo de hombre y capitan indino,
no tuve el brazo así desfallecido
que no abriera á la muerte yo camino
por este propio pecho con mi espada,
cumpliendo el curso y mísera jornada;

Mas, juzgándote digno y de quien pueda
recebir sin vergüenza yo la vida,
lo que de mí pretendes te concedo
luego que á mí me fuera concedida,
ni pienses que á la muerte tengo miedo,
que aquesa es de los prósperos temida;
y en mí por experiencia he probado
cuán mal le está el vivir al desdichado.

Yo soy Caupolican, que el Hado mio
por tierra derrocó mi fundamento,
y quien del araucano señorío
tiene el mando absoluto y regimiento:

la paz está en mi mano y albedrío,
y el hacer y afirmar cualquier asiento,
pues tengo por mi cargo y providencia
toda la tierra en freno y obediencia.

Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
y quien dejó á Purén desmantelado;
soy el que puso á Penco por el suelo,
y el que tantas batallas ha ganado:
pero el revuelto ya contrario cielo,
de vitorias y triunfos rodeado,
me ponen á tus pies á que te pida
por un muy breve término la vida.

Cuando mi causa no sea justa, mira
que el que perdona mas es mas clemente;
y si á venganza la pasion te tira,
pedirte yo la vida es suficiente:
aplaca el pecho airado, que la ira
es en el poderoso impertinente;
y si en darme la muerte estás ya puesto,
especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí á tus manos
ha de faltar cabeza en el estado,
que luego habrá otros mil Caupolicanos,
mas como yo ninguno desdichado:
y pues conoces ya á los araucanos,
que dellos soy el mínimo soldado,
tentar nueva fortuna error sería,
yendo tan cuesta abajo ya la mía.

Mira que á muchos vences en vencerte;
frena el ímpetu y cólera dañosa,
que la ira examina al varon fuerte,
y el perdonar venganza es generosa;
la paz comun destruyes con mi muerte,
suspende ahora la espada rigurosa,
debajo de la cual están á una
mi desnuda garganta y tu fortuna.

Aspira á mas, á mayor gloria atiende;
no quieras en poca agua así anegarte,
que lo que la Fortuna aquí pretende
solo es que quieras della aprovecharte;
conoce el tiempo y tu ventura entiende,
que estoy en tu poder, ya de tu parte,
y muerto no tendrás de cuanto has hecho
sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

Que si esta mi cabeza desdichada
pudiera ¡oh capitan! satisfacerte,
tendiera el cuello á que con esa espada
rematáras aquí mi triste suerte:
pero deja la vida condenada
el que procura apresurar su muerte,
y mas en este tiempo que la mia
la paz universal perturbaria.

Y pues por la experiencia claro has visto
que libre y preso, en público y secreto,
de mis soldados soy temido y quisto,
y está á mi voluntad todo sujeto:
haré yo establecer la Ley de Cristo,
y que sueltas las armas, te prometo
vendrá toda la tierra en mi presencia
á dar al rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
que yo sé que el ejército y senado
en todo aprobarán lo que hiciere:
y el plazo puesto y término pasado,
podré tambien morir si no cumpliere;
escoge lo que mas te agrada desto,
que para ambas fortunas estoy presto."

No dijo el indio mas, y la respuesta
sin turbacion mirándole atendia,
y la importante vida ó muerte presta
callando con igual rostro pedia;

que por mas que Fortuna contrapuesta
procuraba abatirle no podia,
guardando, aunque vencido y preso, en todo
cierto término libre y grave modo.
Hecha la confesion como lo escribo,
con mas rigor y priesa que advertencia
luego á empalar y asaetearle vivo
fue condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término excesivo
causó en su gran semblante diferencia,
que nunca por mudanzas vez alguna
pudo mudarle el rostro la Fortuna.
Pero mudóle Dios en un momento,
obrando en él su poderosa mano,
pues con lumbre de Fe y conocimiento
se quiso bautizar y ser cristiano:
causó lástima y junto gran contento
al circunstante pueblo castellano,
con grande admiracion de todas gentes
y espanto de los bárbaros presentes.
Luego aquel triste, aunque felice dia,
que con solemnidad le bautizaron,
y, en lo que el tiempo escaso permitia,
en la Fe verdadera le informaron,
cercado de una gruesa compañía
de bien armada gente le sacaron
á padecer la muerte consentida,
con esperanza ya de mejor vida.
Descalzo, destocado, á pie, desnudo,
dos pesadas cadenas arrastrando,
con una soga al cuello y grueso ñudo
de la cual el verdugo iba tirando,
cercado en torno de armas, y el menudo
pueblo detras, miraudo y remirando
si era posible aquello que pasaba,
que visto por los ojos aun dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado
que estaba un tiro de arco del asiento,
media pica del suelo levantado,
de todas partes á la vista exento;
donde con el esfuerzo acostumbrado,
sin mudanza y señal de sentimiento,
por la escala subió tan desenvuelto
como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
á un lado y otro la serena frente,
estuvo allí parado un rato viendo
el gran concurso y multitud de gente,
que el increible caso y estupendo
atónita miraba atentamente,
teniendo á maravilla y gran espanto
haber podido la Fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde habia
de ser la atroz sentencia ejecutada,
con un semblante tal, que parecia
tener aquel terrible trance en nada,
diciendo: «Pues el Hado y Suerte mia
me tienen esta muerte aparejada,
venga, que yo la pido, yo la quiero,
que ningun mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
que era un negro gelofo, mal vestido,
el cual viéndole el bárbaro presente
para darle la muerte prevenido,
bien que con rostro y ánimo paciente
las afrentas demas habia sufrido,
sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo qué? ¿en cristiandad y pecho honrado
cabe cosa tan fuera de medida,
que á un hombre como yo tan señalado
le dé muerte una mano asi abatida?

Basta, basta morir al mas culpado,
que al fin todo se paga con la vida;
y es usar deste término conmigo
inhumana venganza y no castigo.
¿No hubiera alguna espada aqui de cuantas
contra mí se arrancaron á porfia,
que usada á nuestras míseras gargantas
cercenára de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
maneras la Fortuna en este dia,
acabar no podrá que bruta mano
toque al gran general Caupolicano."
Esto dicho, y alzando el pie derecho
(aunque de las cadenas impedido)
dió tal coz al verdugo, que gran trecho
le echó rodando abajo mal herido:
reprehendido el impaciente hecho,
y él del súbito enojo reducido,
le sentaron despues con poca ayuda
sobre la punta de la estaca aguda.
No el aguzado palo penetrante,
por mas que las entrañas le rompiese
barrenándole el cuerpo, fue bastante
á que al dolor intenso se rindiese:
que con sereno término y semblante,
sin que labio ni ceja retorciese,
sosegado quedó de la manera
que si asentado en tálamo estuviera.
En esto seis flecheros señalados,
que prevenidos para aquello estaban
treinta pasos de trecho desviados,
por orden y despacio le tiraban:
y, aunque en toda maldad ejercitados,
al despedir la flecha vacilaban,
temiendo poner mano en un tal hombre,
de tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas Fortuna cruel, que ya tenia
tan poco por hacer y tanto hecho,
si tiro alguno avieso allí salia,
forzando el curso le traía derecho:
y en breve, sin dejar parte vacía,
de cien flechas quedó pasado el pecho;
por do aquel grande espíritu echó fuera;
que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
al mas cruel y endurecido oyente
deste bárbaro caso referido,
al cual, Señor, no estuve yo presente,
que á la nueva conquista habia partido
de la remota y nunca vista gente;
que si yo á la sazon allí estuviera
la cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
que por vivo llegaban á mirarle,
que la amarilla y afeada Muerte
no pudo aun puesto allí desfigurarle:
era el miedo en los bárbaros tan fuerte
que no osaban dejar de respetarle;
ni allí se vió en alguno tal denuedo
que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora Fama presurosa
derramó por la tierra en un momento
la no pensada muerte ignominiosa,
causando alteracion y movimiento:
luego la turba, incrédula y dudosa,
con nueva turbacion y desatiento,
corre con priesa y corazon incierto
á ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba
del contorno y distrito comarcano,
que en ancha y apiñada rueda estaba
siempre cubierto el espacioso llano:

crédito allí á la vista no se daba,
si ya no le tocaba con la mano,
y, aun tocado, despues le parecia
que era cosa de sueño ó fantasía.
No la afrentosa muerte impertinente
para temor del pueblo ejecutada,
ni la falta de un hombre asi eminente,
en que nuestra esperanza iba fundada,
amedrentó ni acobardó la gente;
antes de aquella injuria provocada
á la cruël satisfaccion aspira
llena de nueva rabia y mayor ira.
Unos con sed rabiosa de venganza
por la afrenta y oprobio recebido,
otros con la codicia y esperanza
del oficio y baston ya pretendido,
antes que sosegase la tardanza
el ánimo del pueblo removido,
daban calor y fuerzas á la guerra,
incitando á furor toda la tierra.
Si hubiese de escribir la bravería
de Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén, Cayocupil y Mareande,
en un espacio largo no podria,
y fuera menester libro mas grande,
que cada cual con hervoroso afecto
pretende allí y aspira á ser electo.
Pero el cacique Colocolo, viendo
el daño de los muchos pretendientes,
como prudente y sabio, conociendo
pocos para el gran cargo suficientes,
su anciana autoridad interponiendo,
les hizo mensageros diligentes
para que se juntasen á consulta
en lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban;
luego para la junta se aprestaron,
y muchos, recelando que tardaban,
la diligencia y paso apresuraron:
otros que á otro camino enderezaban,
por no se declarar no rehusaron,
siguiendo sin faltar un hombre solo
el sabio parecer de Colocolo.

Fue entre ellos acordado que viniesen
solos á la ligera sin bullicio,
porque los enemigos no tuviesen
de aquella nueva junta algun indicio,
haciendo que de todas partes fuesen
indios que con industria y artificio
instasen en la paz siempre ofrecida
con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado,
en un cómodo valle y escondido,
la convocada gente del senado
al término llegó constituido;
y entre ellos Tucapel determinado
de por bien ó por mal ser elegido,
y otros que con menores fundamentos
mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
moverse gran discordia y diferencia,
hervir con ambicion los corazones,
brotar el ódio antiguo y competencia,
variar los disiguios y opiniones,
sin manera ó señal de conveniencia,
fundando cada cual su desvarío
en la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo
los caciques y nobles congregados,
todos con sus insignias y aparejo,
segun su antigua preeminencia armados;

Colocolo, sagaz y cauto viejo,
viéndolos en los rostros demudados,
aunque aguardaba á la sazon postrera,
adelantó la voz desta manera:.....

Pero si no os cansais, Señor, primero
que os diga lo que dijo Colocolo,
tomar otro camino largo quiero
y volver el designio á nuestro polo:
que, aunque á deciros mucho me profiero,
el sugeto que tomo bästa solo
á levantar mi baja voz cansada,
de materia hasta aqui necesitada.

Mas, si me dais licencia, yo querría
(para que mas á tiempo esto refiera)
alcanzar, si pudiese, á don García,
aunque es diversa y larga la carrera:
el cual en el turbado reyno habia
reformado los pueblos, de manera
que puso con solícito cuidado
la justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villa-rica el fértil llano
que tiene al sur el gran volcan vecino,
fragua, segun afirman, de Vulcano,
que regoldando fuego está contino;
de allí, volviendo por la diestra mano
visitando la tierra, al cabo vino
al ancho lago y gran desaguadero
término de Valdivia y fin postrero:

Donde tambien llegué, que sus pisadas
sin descansar un punto voy siguiendo,
y de las más ciudades convocadas
iban gentes en número acudiendo
pláticas en conquistas y jornadas;
y asi, el tumulto bélico creciendo,
en sordo son confuso ribombaba,
y el vecino contorno amedrentaba;

Que arrebatado del ligero viento,
y por la Fama lejos esparcido,
hirió el desapacible y duro acento
de los remotos indios el oido:
los cuales, con turbado sentimiento
huyen del nuevo y fiero son temido;
cual medrosas ovejas derramadas
del ahullido del lobo amedrentadas.

Nunca el escuro y tenebroso velo
de nubes congregadas de repente,
ni presto rayo que, rasgando el cielo,
baja tronando envuelto en llama ardiente;
ni terremoto, cuando tiembla el suelo
turba y atemoriza asi la gente,
como el horrible estruendo de la guerra
turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entraban
destruyendo ganados y comidas:
quién que la tierra y pueblos saqueaban
privando á los caciques de las vidas:
quién que á las nobles dueñas deshonraban
y forzaban las hijas recogidas,
haciendo otros insultos y maldades,
sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desórden, crece el desconcierto
con cada cosa, que la Fama aumenta,
teniendo y afirmando por muy cierto
cuanto el triste temor les representa:
solo el salvarse les parece incierto,
y esto los atribula y atormenta;
allá corren gritando, acá revuelven,
todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado
que la gente llevaba derramada
dejó en ella lugar desocupado
por donde la razon hallase entrada;

el atónito pueblo reportado,
su total perdicion considerada,
se junta á consultar en este medio
las cosas importantes al remedio.
Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
persona de valor y entendimiento
en la araucana escuela dotrinado,
que por cierta cuestion y acaecimiento
de su tierra y parientes desterrado,
se redujo á doméstico ejercicio,
huyendo el trato bélico y bullicio;
El cual viendo en el pueblo diferente
el miedo grande y confusion que habia;
pues sin oir trompeta ni ver gente
le espantaba su misma vocería,
en un lugar capaz y conveniente,
junta toda la noble compañía:
sosegado el rumor y alteraciones,
les comenzó á decir estas razones:
«Excusado es, amigos, que yo os diga
el peligroso punto en que nos vemos
por esta gente pérfida enemiga,
que ya cierto á las puertas la tenemos,
pues el temor que á todos nos fatiga
nos apremia y constriñe á que entreguemos
la libertad y casas al tirano,
dándole entrada libre y paso llano.
¿A qué fosado muro ó antepecho,
á qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
os podeis retirar en este estrecho,
que baste sola una hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
desnudo le ofrecemos al cuchillo,
pues nos coge esta furia repentina
sin armas, capitan, ni disciplina:

Que estos barbudos crueles y terribles,
del bien universal usurpadores,
son fuertes, poderosos, invencibles,
y en todas sus empresas vencedores:
arrojan rayos con estruendo horribles,
pelean sobre animales corredores,
grandes, bravos, feroces y alentados,
de solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiereza
defensa no teneis de fuerza ó muro,
la industria hà de suplir nuestra flaqueza,
y prevenir con tiempo al mal futuro;
que mostrando doméstica llaneza
les podeis prometer paso seguro,
como á nacion vecina y gente amiga,
que la promesa en daño á nadie obliga;

Haciendo en este tiempo limitado
retirar con silencio y buena maña
la ropa, provisiones y ganado
al último rincon de la montaña:
dejando el alimento tan tasado,
que vengan á entender que esta campaña
es estéril, es seca y mal templada,
de gente pobre y mísera habitada.

Porque estos insaciables avarientos,
viendo la tierra pobre y poca presa,
sin duda mudarán los pensamientos,
dejando por inútil esta empresa:
y la falta de gente y bastimentos
los echará de este distrito apriesa,
guiados por la breña y gran recuesto,
de do quizá no volverán tan presto.

Teneis de Ancud el paso y estrecheza
cerrado de peñascos y jarales,
por do quiso impedir Naturaleza
el trato á los vecinos naturales:

cuya espesura grande y aspereza
aun no pueden romper los animales,
y las aves alígeras del cielo
sienten trabajo en el pasarle á vuelo.
Llevados por aqui, sin duda creo
que, viendo el alto monte peligroso,
corregirán el ímpetu y deseo,
volviendo atras el paso presuroso;
y si quieren buscar algun rodeo,
desviarse de aqui será forzoso,
dejando esta region por miserable
libre de su insolencia intolerable:
Y aunque la libertad y vida mia
sé que corre peligro en el viage,
con rústica y desnuda compañía
salir quiero á encontrarlos al pasage;
y fingiendo ignorancia y alegría,
vestido de grosero y pobre trage,
ofrecerles he en don una miseria
que arguya y dé á entender nuestra laceria.
Quizá viendo el trabajo y poco fruto
que se puede esperar de la pobreza,
la estéril tierra y mísero tributo,
el linage de gente y rustiqueza,
mudarán el intento resoluto,
que es de buscar haciendas y riqueza;
haciéndoles volver con maña y arte
las armas y designios á otra parte."
No acabó su razon el indio, cuando
se levantó un rumor entre la gente
el parecer á voces aprobando,
sin mostrarse ninguno diferente:
y asi, la ejecucion apresurando
en lo ya consultado conveniente,
corrieron al efeto, retirados
los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
al último confin habia venido,
dando remate á la postrer jornada
del límite hasta allí constituido;
y puesto el pie en la raya señalada,
el presuroso paso suspendido,
dijo, si ya escucharlo no os enoja,
lo que el canto dirá vuelta la hoja.

CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el Interes no allana,
y qué dificultad que no la rompa?
¿qué pecho fiel, qué voluntad tan sana
que éste no le inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
no hay orden que no altere y la interrompa,
ni estrecha entrada ni cerrada puerta
que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
desata el ñudo y vínculo mas fuerte,
vuelve en enemistad las amistades,
y el grato amor en desamor convierte:
inventor de desastres y maldades,
tropella á la razon, cambia la suerte,
hace al hielo caliente, al fuego frio,
y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
golfos profundos, mares no sulcados,
hasta las partes últimas ignotas
trujo sin descansar tantos soldados;
y por vias estériles remotas,
del Interés incitador llevados,
piensan escudriñar cuanto se encierra
en el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado
con práctica y lucida compañía
al término de Chile señalado,
de do nadie jamas pasado habia:
y en medio de la raya el pie afirmado,
que los dos nuevos mundos dividia,
presente yo y atento á las señales
las palabras que dijo fueron tales:

«Nacion á cuyos pechos invencibles
no pudieron poner impedimentos
peligros y trabajos insufribles,
ni airados mares, ni contrarios vientos,
ni otros mil contrapuestos imposibles,
ni la fuerza de estrellas ni elementos,
que rompiendo por todo habeis llegado
al término del orbe limitado;

Veis otro nuevo mundo, que encubierto
los cielos hasta agora le han tenido,
el dificil camino y paso abierto
á solo vuestros brazos concedido:
veis de tanto trabajo el premio cierto
y cuanto os ha Fortuna prometido,
que siendo de tan grande empresa autores
habeis de ser sin límite señores;

Y la parlera Fama discurriendo
hasta el extremo y término postrero,
las antiguas hazañas refiriendo,
pondrá esta vuestra en el lugar primero:

pues, en dos largos mundos no cabiendo,
venís á conquistar otro tercero,
donde podrán mejor sin estrecharse
vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazon tan oportuna
y poco necesarias las razones,
no quiero detener vuestra fortuna
ni gastar mas el tiempo en oraciones:
sús, tomad posesion todos á una
de esas nuevas provincias y regiones,
donde os tienen los Hados á la entrada
tanta gloria y riqueza aparejada."

Luego, pues, de tropel toda la gente
á la plática apenas detenida,
pisó la nueva tierra libremente,
jamas del extrangero pie batida;
y con orden y paso diligente,
por una angosta senda mal seguida,
en larga retahila y ordenada
dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin tino algunos dias
de solo el tino por el sol guiados,
abriendo pasos y cerradas vias
rematadas en riscos despeñados.
Las mentirosas fugitivas guías
nos llevaron por partes engañados;
que parecia imposible al mas gigante
poder volver atras ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
contra su curso el sol hácia el poniente
al mundo cuatro vueltas habia dado
calentando del pez la húmida frente,
cuando al bajar de un áspero collado
vimos salir diez indios de repente
por entre un arcabuco y breña espesa,
desnudos, en monton, trotando apriesa,

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
cubiertos de un espeso y largo vello,
pañetes cortos de cordel ceñidos,
altos de pecho y de fornido cuello,
la color y los ojos encendidos,
las uñas sin cortar, largo el cabello;
brutos campestres, rústicos salvages,
de fieras cataduras y visages.

Venia un robusto viejo el delantero;
al cual el medio cuerpo le cubria
un roto manto de sayal grosero,
que mísera pobreza prometia.
Este, pues, como dije allá, primero
era Tunconabal, que pretendia
mudar nuestros designios y opiniones
con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando
ser gente de montaña fugitiva;
mas ellos, nuestros pasos atajando,
venian á mas andar la cuesta arriba;
y al pie de un alta peña reparando,
por do un quebrado arroyo se derriba;
todos nos aguardaron sin recelo
puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces y en extraña
lengua de nuestro intérprete entendida,
dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña
por falso engaño y relacion traida,
do la serpiente y áspera alimaña
apenas sustentar pueden la vida,
y donde el hijo bárbaro nacido
es de incultas raices mantenido!

¿Qué informacion siniestra, qué noticia
incita asi vuestro ánimo invencible?
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia
os ha facilitado lo imposible?

Frenad, aunque loable, esa codicia,
que la empresa es difícil y terrible;
y vais sin duda todos engañados,
á miserable muerte condenados;
Que cuando no encontreis gente de guerra
que os ponga en el pasage impedimento,
hallareis una sierra y otra sierra,
y una espesura y otra y otras ciento:
tanto, que la aspereza de la tierra
por la falta de yerba y nutrimento
y contagion del aire no consiente
en su esterilidad cosa viviente:
Y aunque me veis en bruto transformado
á la silvestre vida reducido,
sabed que ya en un tiempo fuí soldado,
y que tambien las armas he vestido:
así que, por la ley que he profesado,
viendo que va este ejército perdido,
la lástima me mueve á aconsejaros
que sin pasar de aquí querais tornaros:
Que estas yermas campañas y espesuras,
hasta el frígido Sur continuadas,
han de ser el remate y sepulturas
de todas vuestras prósperas jornadas:
mirad destos salvages las figuras,
de quien son (como fieras) habitadas,
y el fruto que nos dan escasamente,
del cual os traigo un mísero presente.»
En esto, de un fardel de ovas marinas,
á la manera de una red tegidas,
sacó diversas frutas montesinas,
duras, verdes, agrestes, desabridas;
carne seca de fieras salvaginas,
y otras silvestres rústicas comidas;
langosta al sol curada, y lagartijas,
con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la extrañeza
de aquella gente bárbara notable,
la gran selvatiquez y rustiqueza,
el fiero aspecto y término intratable:
la espesura de montes y aspereza,
y el fruto de aquel suelo miserable;
tierra yerma, desierta y despoblada,
de trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí, si prosiguiendo
la tierra era adelante montuosa;
respondiónos el viejo sonriendo,
ser mas áspera, dura y mas fragosa:
y que así la montaña iba creciendo,
que era imposible y temeraria cosa
romper tanta maleza y espesura,
puesta allí por secreto de Natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
que era de proseguir siempre adelante,
y que el fingido aviso malicioso
á volvernos atras no era bastante,
con un afecto tierno y amoroso,
mostrando en lo exterior triste semblante,
puesto un rato á pensar, afirmó cierto
haber cerca otro paso mas abierto:

Que por la banda diestra del poniente,
dejando el monte del siniestro lado,
habia un rastro, cursado antiguamente,
de la nacida yerba ya borrado,
por do podia pasar salva la gente,
aunque era el trecho largo y despoblado,
para lo cual él mismo nos daría
una práctica lengua y fida guia.

Fue de nosotros esto bien oido,
que alguna gente estaba ya dudosa;
y el donoso presente recebido,
tambien la recompensa fue donosa:

un manto de algodon rojo teñido,
y una poblada cola de raposa,
quince cuentas de vidrio de colores,
con doce cascabeles sonadores.

La dádiva, del viejo agradecida,
por ser joyas entre ellos estimadas,
y la guía solícita venida,
con todas las mas cosas aprestadas,
pusimos en efeto la partida,
siguiéndonos los indios dos jornadas,
dando vuelta despues por otra senda,
dejándonos el indio en encomienda;

El cual nos iba siempre asegurando
gran riqueza, ganado y poblaciones,
los ánimos estrechos ensanchando
con falsas y engañosas relaciones
diciendo: «Cuando Febo volteando
seis veces alumbráre estas regiones,
os prometo, so pena de la vida,
henchir del apetito la medida."

No sabré encarecer nuestra altiveza,
los ánimos briosos y lozanos,
la esperanza de bienes y riqueza,
las vanas trazas y discursos vanos:
el cerro, el monte, el risco y la aspereza
eran caminos fáciles y llanos,
y el peligro y trabajo exorbitante,
no osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
por cumbres, valles hondos, cordilleras,
fabricando en los llanos pensamientos,
máquinas levantadas y quimeras.
Así ufanos, alegres y contentos
pasamos tres jornadas las primeras;
pero á la cuarta, al tramontar del dia,
se nos huyó la mentirosa guía.

El mal indicio, la sospecha cierta,
los áuimos turbó mas esforzados,
viendo la falsa trama descubierta,
y los trabajos ásperos doblados:
mas, aunque sin camino y en desierta
tierra, del gran peligro amenazados,
y la hambre y fatiga todo junto
no pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo
siempre mas arcabucos y breñales,
la cerrada espesura y paso abriendo
con hachas, con machetes y destrales:
otros con pico y azadon rompiendo
las peñas y arraigados matorrales,
do el caballo ostigado y receloso
afirmase seguro el pie medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos
quiso impedir el paso la Natura,
y que asi de los cielos soberanos
los árboles midiesen el altura:
ni entre tantos peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tegido.

Tambien el cielo en contra conjurado,
la escasa y turbia luz nos encubria,
de espesas nubes lóbregas cerrado;
volviendo en tenebrosa noche el dia:
y de granizo y tempestad cargado,
con tal furor el paso defendia,
que era mayor del cielo ya la guerra,
que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
en las hondas malezas sepultados,
otros, ayuda! ayuda! voceaban,
en húmidos pantanos atascados;

otros iban trepando, otros rodaban;
los pies, manos y rostro desollados,
oyendo aqui y alli voces en vano,
sin poderse ayudar ni dar la mano.
Era lástima oir los alaridos,
ver los impedimentos y embarazos,
los caballos sin ánimo caidos,
destrozados los pies, rotos los brazos:
nuestros sencillos débiles vestidos
quedaban por las zarzas á pedazos,
descalzos y desnudos, solo armados,
en sangre, lodo y en sudor bañados.
Y demas del trabajo incomportable,
faltando ya el refresco y bastimento,
la aquejadora hambre miserable
las cuerdas apretaba del tormento;
y el bien dudoso y daño indubitable
desmayaba la fuerza y el aliento,
cortando un dejativo sudor frio
de los cansados miembros todo el brio.
Pero luego tambien considerando
la gloria que el trabajo aseguraba,
el corazon los miembros reforzando;
cualquier dificultad menospreciaba:
y los fuertes opuestos contrastando,
todo lo por venir facilitaba;
que el valor mas se muestra y se parece
cuando la fuerza de contrarios crece.
Asi pues, nuestro ejército rompiendo,
de solo la esperanza alimentado,
pasaba á puros brazos descubriendo
el encubierto cielo deseado:
ibanse ya las breñas destegiendo,
y el bosque de los árboles cerrado
desviando sus ramas intricadas,
nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta;
la entrada de la luz desocupando,
el yerto risco y empinada cuesta
iban sus altas cumbres allanando:
la espesa y congelada niebla opuesta,
el grueso vapor húmido exhalando,
así se adelgazaba y esparcia,
que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
abriendo á yerro el impedido paso,
que en todo aquel discurso no tuvimos
do poder reclinar el cuerpo laso:
al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pie del monte y áspera ladera
un extendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago, poblado
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado
góndolas y piraguas presurosas.
Marinero jamas desesperado
en medio de las olas fluctuosas
con tanto gozo vió el vecino puerto,
como nosotros el camino abierto.

Luego pues, en un tiempo arrodillados,
llenos de nuevo gozo y de ternura,
dimos gracias á Dios, que así escapados
nos vimos del peligro y desventura:
y de tantas fatigas olvidados,
siguiendo el buen suceso y la ventura,
con esperanza y ánimo lozano
salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
el cojo, el manco, el débil, el tullido,
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,
el desmayado, el flaco, el desbambrido

quedó sano, gallardo y alentado,
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,
pareciéndole poco todo el suelo,
y fácil cosa conquistar el cielo.
Mas con todo este esfuerzo, á la bajada
de la ribera, en partes montuosa,
hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa:
y aunque agreste, montés, no sazonada,
fue á tan buena sazon y tan sabrosa,
que el celeste maná y ollas de Egito
no movieran mejor nuestro apetito.
Cual banda de langostas enviadas
por plaga á veces del linage humano,
que en las espigas fértiles granadas
con un sordo rozar no dejan grano;
así pues, en cuadrillas derramadas,
suelta la gente por el ancho llano,
dejaba los murtales mas copados
de fruta, rama y hoja despojados.
A puñados la fruta unos comian,
de la hambre aquejados importuna,
otros ramos y hojas engullian,
no aguardando á cogerla una por una,
quién huye al repartir la compañía,
buscando en lo escondido parte alguna
donde comer la rama desgajada,
de las rapaces uñas escapada.
Como el monton de las gallinas cuando
salen al campo del corral cerrado
aquí y allí solícitas buscando
el trigo de la trox desperdiciado;
que con los pies y picos escarbando
halla alguna el regojo sepultado,
y alzándose con él, puesta en huida,
es de las otras luego perseguida;

Así aquel que arrebata buena parte,
de este y de aquel aquí y allí seguido,
huyendo se retira luego en parte
donde pueda comer mas escondido:
ninguno, si algo alcanza, lo reparte,
que no era tiempo aquel de ser partido;
ni allí la caridad, aunque la habia,
extenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor de esta manera
gustando aquella rústica comida,
llegó una corva góndola ligera,
de doce largos remos impelida;
que zabordando recio en la ribera,
la chusma diestra y gente apercebida
saltaron luego en tierra sin recato
con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quien es la gente,
y la causa de haber así arribado,
no puedo aquí decíroslo al presente,
que estoy del gran camino quebrantado:
así para sazon mas conveniente
será bien que lo deje en este estado,
porque pueda entretanto repararme
y os dé menos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI.

Sale el cacique de la barca á tierra: ofrece á los españoles todo lo necesario para su viage; y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. Embárcase don Alonso Ercilla para España, y recorre varias provincias de Europa: manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
que las juzga por fábulas la gente,
y tanto cuanto son maravillosas,
el que menos las cuenta es mas prudente:
y aunque es bien que se callen las dudosas,
y no ponerme en riesgo así evidente,
digo que la Verdad hallé en el suelo,
por mas que afirmen que es subida al cielo:

Estaba retirada en esta parte,
de todas nuestras tierras excluida,
que la falsa cautela, engaño y arte
aun nunca habian hallado aquí acogida.
Pero, dejada esta materia aparte,
volveré con la priesa prometida
á la barca de chusma y gente llena,
que bogando embistió recio en la arena;

Donde un gracioso mozo bien dispuesto,
con hasta quince en número venia,
crespo de pelo negro y blanco gesto,
que el principal de todos parecia:
el cual con grave término modesto,
junta nuestra esparcida compañía,
nos saludó cortés y alegremente,
diciendo en lengua extraña lo siguiente:

«Hombres ó dioses rústicos nacidos
en estos sacros bosques y montañas,
por celeste influencia producidos
de sus cerradas y ásperas entrañas;
¿por cuál caso ó fortuna sois venidos
por caminos y sendas tan extrañas
á nuestros pobres y últimos rincones,
libres de confusion y alteraciones?

Si vuestra pretension y pensamiento
es de buscar region mas espaciosa,
y en la prosecucion de vuestro intento
teneis necesidad de alguna cosa,
toda comodidad y aviamiento
con mano larga y voluntad graciosa
hallareis francamente en el camino
por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,
tierra donde moreis aqui os daremos:
si os aplace y agrada mas la sierra,
allá seguramente os llevaremos;
si quereis amistad, si quereis guerra,
todo con ley igual os lo ofrecemos,
escoged lo mejor, que á eleccion mia,
la paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el trage
del gallardo mancebo floreciente,
el expedido término y lenguage
con que así nos habló bizarramente,

el franco ofrecimiento y hospedage,
la buena traza y talle de la gente,
blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
de manto y floja túnica vestida,
La cabeza cubierta y adornada
con un capelo en punta rematado,
pendiente atras la punta y derribada,
á las ceñidas sienes ajustado,
de fina lana de vellon rizada
y el rizo de colores variado,
que lozano y vistoso parecia
señal de ser el clima y tierra fria.
Las gracias le rendimos de la oferta
y voluntad graciosa que mostraba,
ofreciendo tambien la nuestra cierta,
que á su provecho y bien se enderezaba;
pero al fin, nuestra falta descubierta
y lo mal que la hambre nos trataba,
le pedimos refresco y vitualla
debajo de promesa de pagalla.
Luego con voz y prisa diligente,
vista la gran necesidad que habia,
mandó á su prevenida y pronta gente
sacar cuanto en la góndola traía,
repartiéndolo todo francamente
por aquella hambrienta compañía,
sin de nadie acetar solo un cabello,
ni aun querer recebir las gracias dello.
Esforzados asi desta manera,
y tambien esforzada la esperanza,
se comenzó á marchar por la ribera,
segun nuestra costumbre, en ordenanza;
y andado una gran legua, en la primera
tierra que pareció cómoda estanza,
cerca del agua, en reparado asiento
hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado,
ni puestas en lugar las demas cosas,
cuando de aquella parte y de este lado,
hendiendo por las aguas espumosas,
cargadas de maiz, fruta y pescado
arribaron piraguas presurosas,
refrescando la gente desvalida,
sin rescate, sin cuenta ni medida.

La síncera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras
daban bien á entender que la Codicia
aun no habia penetrado aquellas sierras;
ni la Maldad, el Robo y la Injusticia,
alimento ordinario de las guerras,
entrada en esta parte habian hallado
ni la Ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo,
les dimos lugar ancho y ancha entrada:
y la antigua costumbre corrompiendo,
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la Codicia su estandarte
con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente
la nueva por las islas extendida,
llegaron dos caciques juntamente
á dar el parabien de la venida,
con un largo y espléndido presente
de refrescos y cosas de comida,
y una lanuda oveja y dos vicuñas
cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
de ver hombres así no conocidos,
blancos, rubios, espesos y barbados,
de lenguas diferentes y vestidos:

miraban los caballos alentados,
en medio de la furia corregidos,
y mas los espantaba el fiero estruendo
del tiro de la pólvora estupendo.
Llevábamos el rumbo al sur derecho,
la torcida ribera costeando,
siguiendo la derrota del estrecho,
por los grados la tierra demarcando:
pero cuanto ganábamos de trecho,
iba el gran archipiélago ensanchando,
descubriendo á distancias desviadas
islas en grande número, pobladas.
Salian muchos caciques al camino
á vernos como á cosa milagrosa;
pero ninguno tan escaso vino
que no trujese en don alguna cosa:
quién el vaso capaz de nacar fino,
quién la piel del carnero vedijosa,
quién el arco y carcax, quién la vocina,
quién la pintada concha peregrina.
Yo, que fui siempre amigo é inclinado
á inquirir y saber lo no sabido,
que por tantos trabajos arrastrado
la fuerza de mi estrella me ha traido,
de alguna gente moza acompañado,
en una presta góndola metido,
pasé á la principal isla cercana,
al parecer de tierra y gente llana.
Ví los indios, y casas fabricadas
de paredes humildes y techumbres,
los árboles y plantas cultivadas,
las frutas, las semillas y legumbres.
Noté de ellos las cosas señaladas,
los ritos, ceremonias y costumbres,
el trato y ejercicio que tenian,
y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando
sus pobladas y fértiles orillas,
otras fui torno á torno rodeando,
cercado de domésticas barquillas,
de quien me iba por puntos informando
de algunas nunca vistas maravillas,
hasta que ya la noche y fresco viento
me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
que de nuestro viage fue el tercero,
habiendo ya tres horas que marchaba,
hallamos por remate y fin postrero
que el gran lago en el mar se desaguaba
por un hondo y veloz desaguadero,
que su corriente y ancha travesía
el paso por alli nos impedía.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
en el ánimo y rostro de la gente,
viendo nuestro camino asi atajado
por el ancho raudal de la creciente;
que los caballos de cabestro á nado
no pudieran romper la gran corriente,
ni la angosta piragua era bastante
á comportar un peso semejante:

Y volver pies atras, visto el terrible
trabajo intolerable y excesivo,
tenian, segun razon, por imposible
poder llegar en salvo un hombre vivo:
quedar alli era cosa incompatible,
y temerario el ánimo y motivo
de proseguir el comenzado curso,
contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía
un joven indio, al parecer ladino,
alegre se ofreció que nos daria
para volver otro mejor camino:

fue excesiva en algunos la alegría,
y asi dar vuelta luego nos convino,
que ya el rígido invierno á los australes
comenzaba á enviar recias señales.
Mas yo, que mis designios verdaderos
eran de ver el fin desta jornada,
con hasta diez amigos compañeros,
gente gallarda, brava y arriscada,
reforzando una barca de remeros,
pasé el gran brazo y agua arrebatada,
llegando á zabordar, hechos pedazos
á puro remo y fuerza de los brazos.
Entramos en la tierra algo arenosa,
sin lengua y sin noticia, á la ventura;
áspera al caminar y pedregosa,
á trechos ocupada de espesura;
mas visto que la empresa era dudosa
y que pasar de alli seria locura,
dimos la vuelta luego á la piragua,
volviendo á travesar la furiosa agua.
Pero yo por cumplir el apetito,
que era poner el pie mas adelante,
fingiendo que marcaba aquel distrito,
cosa al descubridor siempre importante,
corrí una media milla, do un escrito
quise dejar para señal bastante,
y en el tronco que vi de mas grandeza
escribí con cuchillo en la corteza:
«Aqui llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez pasó el desaguadero;
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por hebrero,
á las dos de la tarde, el postrer dia,
volviendo á la dejada compañía."

Llegado, pues, al campo, que aguardando
para partir nuestra venida estaba,
que el riguroso invierno comenzando
la desierta campaña amenazaba;
el indio amigo práctico guiando,
la gente alegre el paso apresuraba;
pareciendo el camino, aunque cerrado,
fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
que siempre en su opinion estuvo fijo,
y por una encubierta selva espesa
nos sacó de la tierra como dijo.
Voy pasando por esto á toda priesa,
huyendo cuanto puedo el ser prolijo;
que aunque lo fueron mucho los trabajos,
es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados
fuimos de los vecinos generosos,
y de varios manjares regalados
hartamos los estómagos golosos.
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
tantos gallardos jóvenes briosos,
se concertó una justa y desafio
donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta,
que estuve en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado,
la voz y fama pública lo canta;
que fue solo poner mano á la espada,
nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso
fue forzosa ocasion de mi destierro,
teniéndome despues gran tiempo preso,
por remendar con este el primer yerro;

mas aunque así agraviado, no por eso
(armado de paciencia y duro hierro)
falté en alguna accion y correría,
sirviendo en la frontera noche y dia.
Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
ordinarios rebatos y emboscadas,
encuentros y refriegas peligrosas,
asaltos y batallas aplazadas,
raras estratagemas engañosas,
astucias y cautelas nunca usadas,
que aunque fueron en parte de provecho;
algunas nos pusieron en estrecho.
Mas, despues del asalto y gran batalla
de la albarrada de Quipeo, temida,
donde fue destrozada tanta malla,
y tanta sangre bárbara vertida,
fortificado el sitio y la muralla,
aceleré mi súbita partida;
que el agravio, mas fresco cada dia,
me estimulaba siempre y me roía;
Y en un grueso barcon, bajel de trato,
que velas altas de partida estaba,
salí de aquella tierra y reino ingrato,
que tanto afan y sangre me costaba;
y sin contraste alguno ni rebato,
con el austro, que en popa nos soplaba,
costa á costa y á veces engolfado
llegué al Callao de Lima celebrado.
Estuve allí hasta tanto que la entrada
por el gran Marañon hizo la gente,
donde Lope de Aguirre en la jornada,
mas que Neron y Herodes inclemente,
pasó tantos amigos por la espada
y á la querida hija juntamente,
no por otra razon ni causa alguna
mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas habia
de camino, por partes despoblado,
luego de allí por mar tomé la via,
á mas larga carrera acostumbrado:
y á Panamá llegué, do el mismo dia
la nueva por el aire habia llegado
del desbarate y muerte del tirano,
saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en Tierra-firme detenido
por una enfermedad larga y extraña;
mas, luego que me vi convalecido,
tocando en las Terceras, vine á España;
donde no mucho tiempo detenido,
corrí la Francia, Italia y Alemaña,
á Silesia y Moravia hasta Posonia,
ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
y otras y otras por ásperos caminos,
traté y comuniqué varias naciones,
viendo cosas y casos peregrinos,
diferentes y extrañas condiciones,
animales terrestres y marinos,
tierras jamas del cielo rociadas,
y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa
del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa,
si no teneis el gusto ya estragado;
mas yo procuraré deciros cosas
que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
de aquellos capitanes señalados,
que en la parte que dije diputada,
estaban diferentes y encontrados:

contaré la eleccion tan porfiada,
y cómo al fin quedaron conformados:
los asaltos, encuentros y batallas,
que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
la trabajada mente y los sentidos,
por las regiones últimas buscando
guerras de ignotos indios escondidos;
y voy aqui en las armas tropezando,
sintiendo retumbar en los oídos
un áspero rumor y son de guerra
y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada,
envuelta entre sus armas vitoriosas,
y la inquiëta Francia ocasionada
descoger sus banderas sospechosas:
en la Italia y Germania desviada
siento tocar las cajas sonorosas,
allegándose en todas las naciones
gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento
y el estrépito bélico y ruïdo
es menester esfuerzo y nuevo aliento,
y ser de Vos, Señor, favorecido:
mas, ya que el temerario atrevimiento
en este grande golfo me ha metido,
ayudado de Vos, espero cierto
llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
me suspende la voz amedrentada,
la materia promete y me asegura
que con grata atencion será escuchada:
y entretanto, Señor, será cordura,
pues he de comenzar tan gran jornada,
recoger el espíritu inquiëto,
hasta que saque fuerzas del sugeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes: y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reyno de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los Portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
con ira justa y pretension movido,
y el derecho del reyno lusitano
á las sangrientas armas remitido:
la paz, la union, el vínculo cristiano
en rabiosa discordia convertido,
las lanzas de una parte y otra airadas
á los parientes pechos arrojadas.

La guerra fue del cielo derribada
y en el linage humano transferida
cuando fue por la fruta reservada
nuestra naturaleza corrompida:

por la guerra la paz es conservada
y la insolencia humana reprimida:
por ella á veces Dios al mundo aflige,
le castiga, le enmienda y le corrige:
Por ella á los rebeldes insolentes
oprime la soberbia y los inclina,
desbarata y derriba á los potentes,
y la ambicion sin término termina:
la guerra es de derecho de las gentes;
el orden militar y disciplina
conserva la república y sostiene,
y las leyes políticas mantiene.
Pero será la guerra injusta luego
que del fin de la paz se desviare,
ó cuando por venganza ó furor ciego
ó fin particular se comenzare;
pues ha de ser, si es público el sosiego,
pública la razon que le turbare;
no puede un miembro solo en ningun modo
romper la paz y union del cuerpo todo.
Que asi como tenemos profesada
una hermandad en Dios y ayuntamiento,
tanto del mismo Cristo encomendada
en el último eterno Testamento,
no puede ser de alguno desatada
esta paz general y ligamiento,
sino es por causa pública ó querella
y autoridad del rey defensor della.
Entonces, como un ángel sin pecado,
puesta en la causa universal la mira,
puede tomar las armas el soldado
y en su enemigo ejecutar la ira:
y cuando algun respeto ó fin privado
le templa el brazo, encoge y le retira,
demas de que en peligro pone el hecho,
peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida
puede la airada vencedora gente
herir, prender, matar en la rendida,
y hacer al libre, esclavo y obediente:
que el que es señor y dueño de la vida,
lo es ya de la persona, y justamente
hará lo que quisiere del vencido,
que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones
por la causa comun, sin cargo alguno,
en batallas formadas y escuadrones
puede usar de las armas cada uno;
por las mismas legítimas razones
es lícito el combate de uno á uno,
á pie, á caballo, armado, desarmado,
ora sea campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafio,
la autoridad del príncipe interpuesta,
bajo de cuya mano y señorío
la ordenada república está puesta:
mas si por caso propio ó albedrío
se denuncia el combate y se protesta,
ó sea provocador ó provocado,
es ilícito, injusto y condenado;

Y los cristianos príncipes no deben
favorecer jamas ni dar licencia
á condenadas armas, que se mueven
por ódio, por venganza, ó competencia:
ni decidan las causas, ni se prueben,
remitiendo á las fuerzas la sentencia:
pues por razon oculta á veces veo
que sale vencedor el que fue reo;

Y el juicio de las armas sanguinoso,
justa y derechamente se condena,
pues vemos el incierto fin dudoso,
segun la suma Providencia ordena:

que el suceso, ora triste, ora dichoso,
no es quien hace la causa mala ó buena,
ni jamas la justicia en cosa alguna
está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo tambien que obligacion no tiene
de inquerir el soldado diligente
si es lícita la guerra y si conviene,
ó si se mueve injusta ó justamente:
que solo al rey, que por razon le viene
la obediencia y servicio de su gente,
como gobernador de la república
le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende
el peso de la guerra y grave carga,
y cuanto daño y mal della depende
todo sobre sus hombros solo carga,
debe mucho mirar lo que pretende,
y antes que dé al furor la rienda larga
justificar sus armas prevenidas,
no por codicia y ambicion movidas:

Como Felipe en la ocasion presente,
que, de precisa obligacion forzado,
en favor de las leyes justamente
las permitidas armas ha tomado:
no fundado el derecho en ser potente,
ni de codicia de reynar llevado:
pues se extiende su cetro y monarquía
hasta donde remata el sol su vía;

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
(que á los sanos corrompe y inficiona)
llamado del derecho y la justicia,
contra el rebelde reyno va en persona:
y á despecho y pesar de la malicia,
que le niega y le impide la corona,
quiere abrir y allanar con mano armada
á la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido;
sus fuerzas y poder disimulando,
detiene el brazo en alto suspendido,
el remedio de sangre dilatando;
y con prudencia y ánimo sufrido,
su espada y pretension justificando,
quebrantará despues con aspereza
del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
la soberbia cerviz de los traidores,
despedazando la pujante armada
de los galos piratas valedores:
y con rigor y furia disculpada,
como hombres de la paz perturbadores,
muerto Felipe Strozi su caudillo
serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
sangre de gente pérfida enemiga,
que si el delito es grave y la insolencia,
clemente es y piadoso el que castiga:
perdonar la maldad es dar licencia
para que luego otra mayor se siga;
cruel es quien perdona á todos todo,
como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente,
si conviene el rigor y es importante;
que el que ataja y castiga el mal presente
huye de ser cruel para adelante.
Quien la maldad no evita la consiente
y se puede llamar participante;
y el que á los malos públicos perdona
la república estraga y inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
la clemencia, virtud inestimable,
que el perdonar vitoria es gloriosa,
y en el mas poderoso mas loable:

pero la paz comun tan provechosa,
no puede sin justicia ser durable;
que el premio y el castigo á tiempo usados
sustentan las repúblicas y estados:
Y no todo el exceso y mal que hubiere
se puede remediar, ni se castiga,
que el tiempo á veces y ocasion requiere
que todo no se apure ni se siga.
Príncipe que saberlo todo quiere,
sepa que á perdonar mucho se obliga,
que es medicina fuerte y rigurosa
descarnar hasta el hueso cualquier cosa.
La clemencia á los mismos enemigos
aplaca el ódio y ánimo indignado,
engendra devocion, produce amigos,
y atrae el amor del pueblo aficionado:
que el contínuo rigor en los castigos
hace al príncipe odioso y desamado;
oficio es propio y própio de los reyes
embotar el cuchillo de las leyes:
Y se puede decir que no importára
disimular los males ya pasados,
si dello ánimo el malo no tomára
para nuevos insultos y pecados:
el miedo del castigo es cosa clara
que reprime los ánimos dañados,
y el ver al malhechor puesto en el palo
corrige la maldad y enmienda al malo.
Mas tambien el castigo no se haga
como el indocto y crudo cirujano,
que siendo leve el mal, poca la llaga,
mete los filos mucho por lo sano,
y con el enconoso hierro estraga
lo que sanára sin tocar la mano;
que no es buena la cura y experiencia,
si es mas recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar, que algun curioso
dirá que aqui y alli me contradigo:
virtud es castigar cuando es forzoso
y necesario el público castigo:
virtud es perdonar el poderoso
la ofensa del ingrato y enemigo
cuando es particular, ó que se entienda
que puede sin castigo haber enmienda.

Voime de punto en punto divirtiendo,
y el tiempo es corto y la materia larga,
en lugar de aliviarme recibiendo
en mis cansados hombros mayor carga:
asi, de aqui adelante resumiendo
lo que menos importa y mas me carga,
quiero volver á Portugal la pluma,
haciendo aqui un compendio y breve suma.

¿Que es ésto ¡oh lusitanos! que engañados
contraponeis el obstinado pecho,
y con armas y brazos condenados
quereis violar las leyes y el derecho?
¿que no mueve esos ánimos dañados
la paz comun y público provecho,
el deudo, religion, naturaleza,
el poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido
hacienda, libertades y exenciones,
no á término forzoso reducido,
mas con formado campo y escuadrones;
y casi murmurado, ha detenido
las armas convenciéndoos con razones,
cual padre que reduce por clemencia
al hijo inobediente á la obediencia.

¿Qué ciega pretension? ¿qué embaucamiento?
¿qué pasion pertinaz desatinada
saca asi la razon tan de su asiento
y tiene vuestra mente trastornada, . . .

que una unida nacion por sacramento
y con la cruz de Cristo señalada,
envuelta en crueles armas homicidas,
dé en sus propias entrañas las heridas:
Y unas mismas divisas y banderas
salgan de alojamientos diferentes,
trayendo mil naciones extrangeras
que derramen la sangre de inocentes,
y introduzcan errores y maneras
de pegajosos vicios insolentes,
dejando con su peste derramada
la católica España inficionada?
A vos ¡eterno Padre soberano!
el favor necesario y gracia pido,
y os suplico querais mover mi mano,
pues en vos y por vos todo es movido,
para que al portugués y al castellano
dé justamente lo que le es debido,
sin que me tuerza y saque de lo justo
particular respeto ni otro gusto.
Y pues vos conoceis los corazones
y el justo celo con que el mio se mueve,
y en los buenos propósitos y acciones
el principio teneis, y el fin se os debe,
dadme espíritu igual, dadme razones
con que informe mi pluma, que se atreve
á emprender temeraria y arrojada
con tan poco caudal tan gran jornada.
Queriendo Sebastian, rey lusitano,
con ardor juvenil y movimiento
romper el ancho término africano,
y oprimir el pagano atrevimiento,
prometiéndole entrada y paso llano
su altivo y levantado pensamiento,
allegó de aquel reyno brevemente
la riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el rey don Felipe, que al sobrino
vió moverse á la empresa tan ligero,
al errado designio contravino
con consejo de padre verdadero:
y pensando apartarle del camino
que iba á dar á tan gran despeñadero,
hizo que en Guadalupe se juntasen
para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
ni el ruego y persuasion del grave tio,
ni una gran multitud de inconvenientes
que pudieran volver atras un rio,
ni el poner la cerviz de tantas gentes
bajo de un solo golpe al albedrío
de la inconstante y variable diosa,
de revolver el mundo deseosa;

Que el orgulloso mozo, prometiendo
lo que el justo temor dificultaba,
los prudentes discursos rebatiendo,
todos los contrapuestos tropellaba:
y tras la libre voluntad corriendo,
su muerte y perdicion apresuraba;
que no basta consejo ni advertencia
contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable
aunque tenga la voz mas expedida,
y aquel sangriento fin tan miserable
de la jornada y gente mal regida:
la ruina de un reyno irreparable,
la fama antigua en solo un dia perdida;
todo por voluntad de un mozo ardiente,
movido sin razon por acidente?

Otro refiera el aciago dia
que á los mas tristes en miseria excede,
que aunque sangrienta está la pluma mia,
correr por tantas lástimas no puede.

Quiero seguir la comenzada via;
si el alto cielo aliento me concede,
que ya de aquesta parte tambien siento
armarse un gran ñublado turbulento.
Despues que el mozo rey voluntarioso,
al africano ejército asaltando,
en el ciego tumulto polvoroso
murió en monton confuso peleando:
y la Fortuna de un vaiven furioso
derrocó cuatro reyes, ahogando
la fama y opinion de tanta gente,
revolviendo las armas del poniente,
Fue luego en Portugal por rey jurado
don Enrique, el hermano del agüelo,
cardenal y presbítero ordenado,
persona religiosa y de gran celo,
de años y enfermedades agravado,
mas que para este mundo, para el cielo;
ofreciéndole el reyno la Fortuna,
con poca vida y succesion ninguna.
El gran Felipe en lo íntimo sintiendo
del reyno y muerto rey la desventura,
y del enfermo don Enrique viendo
la mucha edad y vida mal segura,
como sobrino y succesor, queriendo
aclarar su derecho en coyuntura,
que por la transversal propincua via
á los reynos y títulos tenia,
Con celosa y loable providencia
hizo juntar doctísimos varones,
de grande cristiandad y suficiencia;
desnudos de interese y pretensiones;
que conforme á derecho y á conciencia,
no por torcidas vias y razones,
mirasen en el grado que él estaba
si el pretendido reyno le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,
duquesa de Braganza, pretendia
por hija del infante don Duarte
que de derecho el reyno le venia:
y tambien don Antonio de otra parte
á la corona y cetro se oponia;
mas, aunque del comun favorecido,
era por no legítimo excluido:
Y que hecho el examen cada uno
á tan árduo negocio conveniente,
sin miramiento ni respeto alguno
diesen sus pareceres libremente:
porque en tiempo quiëto y oportuno,
prevenido al mayor inconveniente,
si el reyno á la razon no se allanase,
sus armas y poder justificase.
Todos los cuales claramente viendo
que el transversal por ley y fuero llano
no representa al padre, succediendo
el legítimo deudo mas cercano,
el varon á la hembra prefiriendo;
y al de menos edad el mas anciano,
yendo la succesion y precedencia
por derecho de sangre y no de herencia;
Don Antonio excluido y apartado
por ley humana y por razon divina,
y el derecho igualmente examinado
de don Felipe y doña Catalina,
descendientes del tronco en igual grado,
él sobrino de Enrique, ella sobrina,
él varon, ella hembra, él rey temido,
mayor de edad y de mayor nacido;
Atento al fuero, á la costumbre, al hecho,
y otras muchas razones que juntaron,
con recto, justo, igual y sano pecho,
sin discrepar, conformes declararon

ser don Felipe succesor derecho,
y el reino por la ley le adjudicaron;
con tierras, mares, títulos y estados
bajo de la corona conquistados.

Vista, pues, don Felipe su justicia
por tan bastantes hombres declarada,
sospechoso del ódio y la malicia
de la plebeya gente libertada;
y la intrínseca y vieja inimicicia
en los pechos de muchos arraigada,
quiso tentar en estas novedades
el ánimo del pueblo y voluntades;

Y con piadoso celo, descando
el bien del reyno y público sosiego;
en la mente perpleja iba trazando
cómo echar agua al encendido fuego,
por todos los caminos procurando
aquietar el comun desasosiego,
que ya con libertad, sin corregirse,
comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fue dél luego elegido
don Cristobal de Moura, en quien habia
tantas y tales partes conocido
cuales el gran negocio requeria:
de ilustre sangre en Portugal nacido,
de quien como vasallo el rey podria
con ánimo seguro y esperanza
hacer tambien la misma confianza,

Y enterarse del celo y sano intento,
tantas veces por él representado,
entendiendo la fuerza y fundamento
de su causa y derecho declarado;
no traido por término violento
ni deseo de reynar desordenado;
mas por rigor de la justicia pura,
por ley, razon, por fuero y por natura.

Así que, esto por él reconocido,
como de rey tan justo se esperaba,
mirase el gran peligro en que metido
el patrio reyno y cristiandad estaba:
y tuviese por bien fuese servido
de sosegar la alteracion que andaba,
declarándole en forma conveniente
por sucesor derecha y justamente:

Con que en el suelto pueblo cesaría
el tumulto y escándalos extraños,
y su declaracion atajaría
grandes insultos y esperados daños;
haciendo que en la forma que solia,
para despues de sus felices años,
el reyno le jurase segun fuero
por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristobal la embajada,
y de Felipe la intencion propuesta,
tibiamente de Enrique fue escuchada,
dando una ambigua y frívola respuesta,
que, por mas que le fue representada
la justicia del rey tan manifiesta,
procuraba con causas excusarse,
sin quererla aclarar ni declararse.

Visto, pues, dilatar el cumplimiento
de negocio tan árduo é importante,
por donde el popular atrevimiento
iba cobrando fuerzas adelante,
don Felipe envió con nuevo asiento
largo poder y comision bastante
para sacar resolucion alguna
á don Pedro Giron, duque de Osuna,

Y al docto Guardiola juntamente,
porque con mas instancia y diligencia,
vista de la tardanza el daño urgente,
contra la paz comun y convenencia

diesen claro á entender cual conveniente
era en tan gran discordia y diferencia
que el rey se declarase por decreto
cortando á mil designios el sugeto.
Y porque cosa alguna no quedase
por hacer, y tentar todos los vados,
y la ciega pasion no perturbase
el sosiego y quietud de los estados,
antes que el ódio oculto reventase,
dos eminentes hombres señalados
de los que en su real consejo habia
últimamente á don Enrique envía,
Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
en rectitud, estudio y diciplina,
era de grande prueba y experiencia;
de claro juicio y singular dotrina:
el otro de no menos suficiencia,
famoso en letras, el doctor Molina,
ambos varones raros, escogidos,
en gran figura y opinion tenidos,
Para que Enrique, dellos informado,
y de todas las dudas satisfecho,
á las córtes que ya se habian juntado
informase tambien de su derecho;
y al pueblo contumaz y apasionado,
puesto delante el general provecho,
fueros y libertades prometiesen
con que á su devocion le redujesen.
Y aunque entendiese el viejo rey prudente
ser esto lo que á todos convenia,
pues por la expresa ley derechamente
el reyno á su sobrino le venia;
con larga dilacion impertinente
el negocio suspenso entretenia,
á fin que aquellos súbditos y estados
fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
el término y respuesta diferido,
llegó aquel de la muerte presuroso,
del Autor de la vida estatuido:
por donde al sucesor le fue forzoso,
viendo al rebelde pueblo endurecido,
juntar contra sus fines y malicia
las armas y el poder con la justicia:

Habiendo antes con todos procurado
muchos medios de paz por él movidos,
provocando al temoso y porfiado
con dádivas, promesas y partidos:
mas el poblacho terco y obstinado,
no estimando los bienes ofrecidos,
la enemistad del todo descubierta,
al derecho y razon cerró la puerta.

¡Quién pudiera deciros tantas cosas
como aquí se me van representando,
tanto rumor de trompas sonorosas,
tanto estandarte al viento tremolando,
las prevenidas armas sanguinosas
del portugués y castellano bando,
el aparato y máquinas de guerra,
las batallas de mar y las de tierra!

Veránse entre las armas y fiereza
materias de derecho y de justicia,
ejemplos de clemencia y de grandeza,
proterba y contumaz enemicicia,
liberal y magnánima largueza
que los secos hinchó de la codicia;
y otros matices vivos y colores
que felices harán los escritores.

Canten de hoy mas los que tuvieren vena,
y enriquezcan su verso numeroso,
pues Felipe les dá materia llena
y un campo abierto, fértil y espacioso;

que la ocasion dichosa y suerte buena
vale mas que el trabajo infrutuoso:
trabajo infrutuoso como el mio,
que siempre ha dado en seco y en vacío.
¡Cuántas tierras corrí, cuantas naciones
hácia el helado norte atravesando,
y en las bajas antárticas regiones
el antípoda ignoto conquistando:
climas pasé, mudé constelaciones,
golfos innavegables navegando,
extendiendo, Señor, vuestra corona
hasta casi la austral frígida Zona!
¿Qué jornadas tambien por mar y tierra
habeis hecho que déje de seguiros?
A Italia, Angosta, á Flandes, á Inglaterra
cuando el reyno por rey vino á pediros:
de allí el furioso estruendo de la guerra
al Perú me llevó por mas serviros,
do con suelto furor tantas espadas
estaban contra Vos desenvainadas:
Y el rebelde indiano castigado,
y el reyno á la obediencia reducido,
pasé al remoto Arauco, que alterado
habia del cuello el yugo sacudido;
y con prolija guerra sojuzgado,
y al odioso dominio sometido,
seguí luego adelante las conquistas
de las últimas tierras nunca vistas.
Dejo, por no cansaros y ser mios,
los inmensos trabajos padecidos,
la sed, hambre, calores y los frios,
la falta irremediable de vestidos,
los montes que pasé, los grandes rios,
los yermos despoblados no rompidos,
riesgos, peligros, trances y fortunas,
que aun son para contadas importunas.

Ni digo como al fin por acidente
del mozo capitan acelerado
fui sacado á la plaza injustamente
á ser públicamente degollado:
ni la larga prision impertinente
do estuve tan sin culpa molestado,
ni mil otras miserias de otra suerte,
de comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,
está para serviros hoy mas viva,
desmaya la esperanza quebrantada
viéndome prohejar siempre agua arriba:
y al cabo de tan larga y grau jornada
hallo que mi cansado barco arriba
de la adversa Fortuna contrastado
lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfia
me tenga así arrojado y abatido,
verán al fin que por derecha via
la carrera dificil he corrido:
y aunque mas inste la desdicha mia
el premió está en haberle merecido,
y las honras consisten no en tenerlas,
sino en solo arribar á merecerlas;

Que el disfavor cobarde que me tiene
arrinconado en la miseria suma
me suspende la mano y la detiene
haciéndome que pare aqui la pluma.
Así doy punto en esto, pues conviene
para la grande-innumerable suma
de vuestros hechos y altos pensamientes
otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
no puede andar muy lejos ya mi nave,
y el temido y dudoso paradero
el mas sábio piloto no le sabe:

considerando el corto plazo, quiero
acabar de vivir antes que acabe
el curso incierto de la incierta vida;
tantos años errada y destraida.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,
y á reducirme á lo postrero aguarde,
sé bien que en todo tiempo y toda parte
para volverme á Dios jamas es tarde,
que nunca su clemencia usó de arte;
y así el gran pecador no se acobarde,
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida mas florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aquí adelante
será razon que llore y que no cante.

FIN.

SUMARIO

DE LOS CANTOS

DE LAS PARTES SEGUNDA Y TERCERA.

CANTO XVI. *En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion é isla de Talcaguano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo; asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó* 7

CANTO XVII. *Hace Millalauco su embajada: salen los españoles de la isla: levantando un fuerte en el cerro de Penco, vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.* 26

CANTO XVIII. *Dá el Rey D. Felipe el asalto á San Quintin: entra en ella victorioso: vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.* . . 41

CANTO XIX. *En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco: la arremetida de Gracolano á la muralla: la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.* . . . 59

CANTO XX. *Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso pro-*

ceso de su historia. 71
CANTO XXI. *Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra. Hace Caupolican muestra general de su gente.* 89
CANTO XXII. *Entran los españoles en el estado de Arauco: traban los araucanos con ellos una reñida batalla: hace Rengo de su persona gran prueba, cortan las manos por justicia á Galbarino, indio valeroso.* 103
CANTO XXIII. *Llega Galbarino á donde estaba el Senado araucano: hace en el Consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigos: pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.* 116
CANTO XXIV. *En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochali.* . . 136
CANTO XXV. *Asientan los españoles su campo en Millarapué: llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y sangrienta: señálanse Tucapel y Rengo: cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.* 159
CANTO XXVI. *En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino, y su muerte. Asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.* 177
CANTO XXVII. *En este canto se pone la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase tambien como los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel; y como don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.* 189
CANTO XXVIII. *Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Puren: pasa entre ellos una recia batalla: saquean los enemigos*

el bagage: retíranse alegres aunque desbaratados. 204
CANTO XXIX. *Entran los araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacado brava y animosamente.* 221
CANTO XXX. *Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.* 239
CANTO XXXI. *Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado. Habla con Caupolican cautelosamente, el cual, engañado, viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.* 254
CANTO XXXII. *Arremeten los araucanos al fuerte, son rebatidos con miserable estrago de su parte. Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo. Cuenta don Alonso de Ercilla, á ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido.* 266
CANTO XXXIII. *Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta como fundó á Cartago y la causa por que se mató. Tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.* 287
CANTO XXXIV. *Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general.* 307
CANTO XXXV. *Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos.* 323
CANTO XXXVI. *Sale el cacique de la barca á tierra: ofrece á los españoles todo lo necesario para su viage: y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésale don Alonso en una piragua*

con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. Embárcase don Alonso Ercilla para España, y recorre varias provincias de Europa; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal. 335

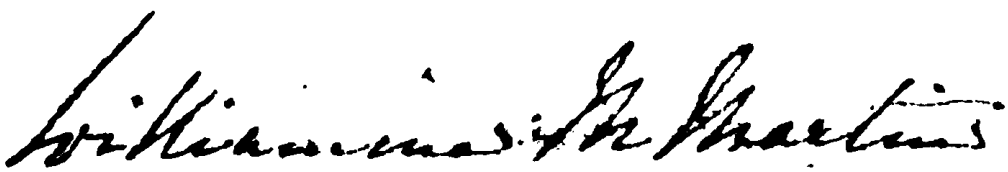
CANTO XXXVII. *En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes: y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reyno de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los Portugueses para justificar mas sus armas.* 346

LA

ARAUCANA.

PARTE
SEGUNDA Y TERCERA.

LA

ARAUCANA.

PARTE
SEGUNDA Y TERCERA.